

**Sartre-Cuba-sartre**  
**HURACÁN, SURCO, SEMILLAS**

*Esta obra se publica en conmemoración del centenario del destacado intelectual francés Jean-Paul Sartre, como parte del Coloquio Internacional Cuba en tiempos de Sartre: Huracán, surco, semillas, organizado por la Cátedra Voltaire de Colaboración Científica y Académica, entre la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana y Francia.*

# **Sartre-Cuba-Sartre**

## **HURACÁN, SURCO, SEMILLAS**

**Eduardo Torres-Cuevas**  
**(Coordinador)**

IMAGEN  CONTEMPORANEA

LA HABANA • 2005

**CASA DE ALTOS ESTUDIOS  
DON FERNANDO ORTIZ  
UNIVERSIDAD DE LA HABANA**

**Ediciones IMAGEN CONTEMPORANEA**

**Director:**

Eduardo Torres-Cuevas

**Subdirector:**

Luis M. de las Traviesas Moreno

**Editora principal:**

Gladys Alonso González

**Administradora editorial:**

Esther Lobaina Oliva

Especiales agradecimientos al artista francés Gérard Fromanger, quien ofreció para la imagen de la cubierta de esta obra su *Retrato de Jean-Paul Sartre*, óleo sobre tela (París, 1976) de la serie “Splendeur”.

Testimonio fotográfico utilizado en “Sartre y los tiempos modernos”, pertenece a la revista *L'Histoire*, número 295 especial, París, febrero del 2005.

Agradecimientos de especial significado para Diana Evangelina Díaz López y Reinaldo Almira Naranjo, quienes brindaron todo su apoyo y el acceso al archivo personal de Alberto Díaz Gutiérrez, *Korda*, en la realización para esta obra del testimonio gráfico “Sartre desde un lente cubano”.

**Responsable de la edición.**

Gladys Alonso González

**Diseño de cubierta, maquetación y emplane:**

Luis A. Gutiérrez Eiró

**Todos los derechos reservados.**

**© Sobre la presente edición:**

**Ediciones IMAGEN CONTEMPORANEA, 2005**

ISBN 959-7078-84-8

Ediciones IMAGEN CONTEMPORANEA  
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,  
Universidad de La Habana,  
L y 27, CP 10400, Vedado,  
Ciudad de La Habana, Cuba.  
e-mail: restherl@infomed.sld.cu

# ÍNDICE

ACTUALIDAD DE SARTRE / VII

Graziella Pogolotti

SARTRE: TESTIMONIO ESENCIAL DE UNA ÉPOCA VITAL / XI

Eduardo Torres-Cuevas

## Primera Parte

### LA REVOLUCIÓN CUBANA VISTA POR SARTRE

IDEOLOGÍA Y REVOLUCIÓN / 5

UNA ENTREVISTA CON LOS ESCRITORES CUBANOS / 17

HURACÁN SOBRE EL AZÚCAR / 41

*RINASCITA* ENTREVISTA A SARTRE / 165

ENCUESTA A JEAN-PAUL SARTRE / 173

*Sartre y los tiempos modernos* / 177

## Segunda Parte

### SARTRE VISTO DESDE LA REVOLUCIÓN CUBANA

EL MUNDO IDEOLÓGICO CUBANO DE ENERO DE 1959 A MARZO DE 1960 / 199

Fernando Martínez Heredia

SARTRE EN CUBA / 221

Jaime Sarusky

LA PRESENCIA DE SARTRE EN LAS PUBLICACIONES CUBANAS DE LA DÉCADA DEL 60 / 229

Natacha Gómez Velásquez

DE ALGO QUE JEAN-PAUL SARTRE NOS DIO FILOSOFANDO  
(PRÓLOGO A *CUESTIONES DE MÉTODO*) / 247

Aurelio Alonso Tejada

SARTRE, ENTRE EL SER Y LA NADA / 259

Lisandro Otero

EL SÍNDROME SARTRE / 275

Jorge Luis Acanda

*Sartre desde un lente cubano* / 299

# ACTUALIDAD DE SARTRE

Graziella Pogolotti

Como muchos otros peregrinos de la Revolución, Jean-Paul Sartre visitó Cuba en los albores de los 60 del siglo xx. Era entonces una de las voces intelectuales que marcaba el ritmo de los tiempos. Su obra de pensador, dramaturgo y narrador había alcanzado rápida difusión en la inmediata postguerra. Los grandes temas del existencialismo —la soledad del hombre y el absurdo de su condición— se acoplaban al estudio de una época signada por las imágenes de la destrucción, de la muerte, del exterminio de los campos de concentración. Muchos textos suyos pasaron por nuestros escenarios teatrales.

Egresado de la Escuela Normal Superior, centro de formación de las elites intelectuales francesas, hubiera podido disfrutar de los beneficios de una prestigiosa carrera académica. Comprendió que el poder de la palabra implicaba el ejercicio de la responsabilidad. Anunciada por las bombas de Hiroshima y Nagasaki, la guerra fría no lo era tanto. Más allá de las zonas de influencia acordadas y de las fronteras geopolíticas establecidas por los bloques antagónicos, los bordes del sistema se quebraban. El sistema de descolonización parecía avanzar a escala planetaria. Dien Bien-Phu liquidaba el dominio francés en Indochina. En África del Norte se desataba la lucha por la independencia. En Argelia crecía la espiral de la violencia. Instrumento de represión, la práctica de la tortura degradaba a unos y a otros.

Sin abandonar la filosofía y la creación literaria, Sartre se entregó al debate de ideas en el terreno político. Sus artículos se apegaron a los conflictos de la realidad inmediata. Hizo de su revista, *Les Temps Modernes*, uno de los órganos más influyentes de la época. Fue un espa-

---

\* Personalidad relevante de la cultura cubana, ensayista y crítica de Arte y Literatura. Profesora universitaria, especialista en Literatura francesa; con una amplia producción cultural, es vicepresidenta de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba y presidenta del Consejo Asesor del Ministerio de Cultura.

cio de reflexión para repensar los problemas del mundo colonial. No conforme con eso, patrocinó un sello editorial en que se publicaron libros escritos sobre la marcha para denunciar la práctica de la tortura y la oleada racista que, en el territorio metropolitano, impregnaba todos los sectores de la sociedad, incluida la clase obrera, ante la indiferencia de los sindicatos.

Sartre había comprendido que las coordenadas de la historia pasaban por el Tercer Mundo, donde la agudización de las contradicciones alentaba el fermento revolucionario. No pretendió cambiar de piel. Su perspectiva era la de un intelectual forjado en la herencia cultural francesa. Pero su riguroso manejo de la dialéctica le hizo percibir la interdependencia de los fenómenos. Contribuyó decisivamente a la difusión de la obra de Frantz Fanon y su breve prólogo a *Los condenados de la tierra* resulta esclarecedor en más de un sentido. Consciente del lugar que ocupaba, de su condición de intelectual europeo, Sartre interviene como mediador. La palabra de Fanon convoca a los suyos, a los intelectuales orgánicos que emergen de la dependencia colonial. La voz de Sartre, en cambio, intenta despertar a sus semejantes, arrastrados por el espejismo de una sociedad del bienestar. Intuye que el futuro del mundo depende de la emancipación de cada una de sus partes.

El gran gurú intelectual de su tiempo no vino a Cuba a ofrecer lecciones, ni a curar antiguas nostalgias, ni a corroborar juicios previamente establecidos. Poco conocedor de los contextos hispanoamericanos, valido de los intérpretes, se limitó a observar y a formular preguntas, a buscar claves para entender un fenómeno desconocido. De un primer viaje a La Habana, conservaba el recuerdo de una ciudad donde la modernidad levantaba altos edificios y donde los restaurantes resultaban muy caros para el europeo empobrecido de la postguerra. Había que descubrir lo que se ocultaba tras esa apariencia. Encontró el hilo de Ariadna, la razón del subdesarrollo en el monocultivo azucarero y en la consiguiente dependencia de los intereses norteamericanos. Por esa vía descubría el vínculo con el drama colonial, tal y como habría de describirlo Fanon. También en el proceso revolucionario cubano convergían dos culturas. Junto a la base campesina, se perfilaba una pequeña burguesía urbana formada en la tradición occidental. Los protagonistas de la lucha insurreccional habían madurado de manera orgánica, libres de ataduras doctrinarias. Un recorrido con Fidel Castro hasta la ciénaga de Zapata le permite advertir el contrapunteo productivo entre la visión totalizadora de los problemas y la atención a lo específico de cada detalle.

La palabra de Sartre alcanzó en los 60 del pasado siglo su más extensa resonancia. Había sobrepasado el círculo limitado de las elites intelectuales —el coto de los mandarines, según una célebre novela de Simone de Beauvoir— para entrar de lleno en el debate público, al calor de la gran ola revolucionaria, abierta a todas las rebeldías. Mayo del 68 quebró muchas ilusiones. Se iniciaba un reflujo que desembocaría en el derrumbe del campo socialista. El pensamiento se desplazaba hacia el estructuralismo y el postestructuralismo. Los intelectuales delimitaban su acción a un campo especializado. Como suele suceder en el movimiento de las ideas, la voz de Sartre, silenciada, pareció integrarse a la historia de un pasado remoto.

Y, sin embargo, en el centenario de su nacimiento recobra el vigor inicial. Repensar el mundo, recuperar el pensamiento crítico resulta hoy más urgente que nunca. Enfrentado a su realidad, el autor de *La náusea* advirtió los peligros que se derivaban del abismo creciente entre los dueños de la economía y los territorios coloniales. Lo que entonces apuntaba, ha adquirido dimensiones apocalípticas que amenazan la supervivencia del planeta. En esta hora difícil, su obra incita a la reflexión y constituye un llamado a los intelectuales, a quienes corresponde cumplir su tarea específica en el necesario debate de las ideas.



# SARTRE: TESTIMONIO ESENCIAL DE UNA ÉPOCA VITAL

Eduardo Torres-Cuevas\*

## I

Para muchos no hubo, en el siglo pasado, otro fenómeno intelectual como el de Jean-Paul Sartre. Fue el pensador más popular de su siglo; también, el más polémico. Todo el mundo quería conocerlo, acercársele, oírlo. Intelectuales y militantes del cambio social de todo el mundo, atravesaban océanos y continentes para disfrutar del privilegio de un intercambio con él, aunque fuese de pocas palabras. Quienes no podían viajar buscaban afanosamente sus escritos o escuchar a uno de esos privilegiados que lo habían visto. Los transeúntes incrédulos de París se detenían al verlo pasar. Atravesar Saint-Germain o Montparnasse con Sartre constituía uno de los mejores atractivos del París de las décadas del 50 y 60 del siglo vigésimo. Eran verdaderas multitudes, con los más diversos grados de preparación, las que acudían a sus conferencias. Si una revista deseaba ser comprada, nada mejor que una foto de Sartre en la portada. Se coleccionaban sus manuscritos, sus impresos y hasta sus colillas. Los fetichistas se disputaban cualquier objeto que tocaron sus manos. “Arman, escultor sagaz, logró sustraer una colilla de Boyard que Sartre acababa de apagar y la petrificó en un bloque de plexiglás, concibiendo así la obra de arte más esnob y, a la vez, más filosófica”, que pueda imaginarse.<sup>1</sup> ¿Cómo explicar la excepcional seducción que Jean-Paul Sartre ejercía sobre una tan amplia multitud pensante? ¿Qué fue, en realidad, el “fenómeno Sartre”? ¿Qué queda de sus ideas? ¿Hasta dónde acertó?

Quienes lo conocieron, hablan del extraordinario placer que se experimentaba escuchando el indetenible fluir de sus palabras. A pesar de la

---

\* Doctor en Ciencias Históricas, de amplia trayectoria intelectual e investigativa en los estudios de la Historia, profesor titular de la Universidad de la Habana, es Presidente de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz y director de Ediciones Imagen Contemporánea. Autor de múltiples libros y artículos, ha obtenido los premios nacionales de Ciencias Sociales 2002 y de Historia 2005.

<sup>1</sup> Michel-Antoine Burnier: “L’intellectuel le plus populaire de son siècle!”, en *L’Histoire*, no. 295, febrero del 2005.

popularidad, de los fotógrafos y de los inoportunos, Sartre se mantuvo siempre accesible. No era un intelectual refugiado en una biblioteca, o en las famosas torres de marfil, o en la naturaleza. Para su tiempo viaja en exceso, China o Estados Unidos, la Unión Soviética o Cuba; pasaba el verano en Roma, pero vivía y escribía en París. Se le encontraba en las calles o en las manifestaciones; se le veía en sus habituales cafés (Flore, Deux-Margots) y restaurantes (La Coupole, Balzar y Lipp); lugares donde también escribía. Siempre había la posibilidad de escucharlo en una manifestación, en una sociedad científica, en una conferencia de prensa o en la reunión de cualquier comité “para combatir la última injusticia”. Su imagen era el ideal del intelectual de la famosa década del 60 del siglo pasado: comprometido, rebelde, interrogador de la realidad, de frases ingeniosas y de calada profunda en las ideas, presente en el lugar y en el momento oportuno, retador del poder y crítico sistemático del “mal gusto” que ocultaba “el dulce encanto de la burguesía”. Incluso, introducía en el lenguaje teórico un nuevo modo más existencial de definir las cosas, no en sí sino para sí.

Este hombre que recorre las calles de París con el escritor que es y con el filósofo que también es, tenía su esencia en su filosofía de la existencia, sustanciada en su filosofía de la libertad. Pero el polémico escritor introducía una actitud ajena a la de los académicos históricos. Este brillante proponente y debatido productor de ideas no tiene, no quiere, sentar plaza en la cúspide de un sistema, para él, discutiblemente educacional: la universidad. A su vez, en los claustros universitarios se le tiene como “persona no grata”; él nunca defendió una tesis doctoral y, a la vez, nunca fue recibido en la Universidad francesa. Su rebeldía se manifiesta en otros espacios. Se niega a los grandes reconocimientos que forman parte de un sistema mundial que clasifica, numera, serializa, condiciona y asimila a los hombres. Es el único intelectual que se ha atrevido a renunciar al Premio Nobel.

En los cafés y restaurantes, en las salas de conferencias o en las calles, gustaba, impaciente, de la feliz faena de conversar informalmente con los jóvenes. No le gustaba que le dijeran *monsieur*, había que tratarlo sólo como Sartre. Se multiplicaban las entrevistas y él se situaba en el centro de toda urgencia política, “en el centro del mundo”, como dice Mathurin Maugarlonne; se compromete, aunque se equivoque (el error es, también, parte del compromiso de pensar la sociedad real y hacer, en construcción permanente, una sociedad diferente). Alguien expresó que de la misma manera que Hegel creyó ver el transcurrir de la historia en la figura de Napoleón cabalgando en la noche de la batalla de Jena, varias

generaciones en el mundo descubrieron la inteligencia en el para sí, la conciencia, que promulgaba y practicaba Sartre desde sus bastiones parisinos. Como filósofo, que lo fue en cualquiera de las fórmulas en que definamos el concepto —a pesar de que lo negó, fue el último que se atrevió a construir un sistema filosófico—, colocaría las ideas en una relación con la realidad más novedosa. Como escritor cubría un amplio espectro de temáticas políticas, sociales, artísticas, literarias; trataba lo mismo de la URSS que de Estados Unidos, de Stalin que de De Gaulle o de Truman, pero también de la condición judía, de Baudelaire, Tintoretto, Mallarmé, de la música serial, de la escultura contemporánea; escribió el guión de algunas películas y las letras de algunas canciones interpretadas por Juliette Gréco. Entre estas creaciones novedosas, ocupan un primer plano sus estudios contra el colonialismo y el neocolonialismo, su defensa de la reafirmación de los valores culturales de los pueblos del Tercer Mundo y la protección que les brindó a sus auténticos escritores.

Para cada tema tenía un razonamiento construido. Implacables, sus ideas se presentaban como un pensamiento sin fisuras. Algunos críticos le atribuían ese extraño encanto y ese rigor a “una aleación excepcional: un arraigado romanticismo y un volterianismo espiritual”.<sup>2</sup> Muchos, al leerlo, se quedaban en el lenguaje de lo escrito, pero él sabía, magistralmente, establecer, en un lenguaje ideológico un discurso teórico; de igual modo, lo hacía a la inversa, en un lenguaje teórico expresar un discurso ideológico. Lo que hacía que Sartre fuera obligatoriamente leído, ya fuese para después expresar un rechazo visceral, ya para cubrir, con un armonioso entinema —que no aportaba nada nuevo—, un artículo de ocasión, ya para un reconocimiento inmediato y no muy meditado o, en fin, para expresar una adhesión vigorosa, era que obligaba a pensar aun para estar en desacuerdo. Creó un mundo a su alrededor en el cual todo era un acto de pensamiento, un acto de conciencia.

Jean-Paul Sartre era la personificación del intelectual de “los tiempos modernos”, esos que ya Charles Chaplin había llevado a escena en irónicas y satíricas imágenes. Por ello tenía el raro privilegio de ser combatido por los conservadores ultranacionalistas, por los stalinistas dogmáticos, por los liberales de un amplio espectro, por los filósofos de los sistemas de ideas y, también, por los filósofos sin sistemas. Su fama comenzó, justamente, gracias a los análisis negativos de sus enemigos; la calumnia y el insulto abrieron el camino de su popularidad. Hubo de todo, desde las

---

<sup>2</sup> *Ibidem.*

más soeces expresiones (como aquel escritor de extrema derecha que hablando del existencialismo de Sartre decía: “tuvimos el movimiento Dada, ahora tenemos el movimiento Caca”; o aquellos otros que, desde la extrema izquierda, lo apostrofaban de “hiena dactilográfica”), hasta los más elaborados trabajos de análisis filosóficos. Sartre era un crítico del mundo del no ser que es el mundo en sí y, a la vez, el inquieto hombre “en situación”, sumergido constantemente en “la angustia existencial” que busca en el mundo para sí, la conciencia frente a la “mala fe”. Un hombre sin excusas ante sí mismo; desprovisto de la ingenuidad que oculta el lado oscuro de la existencia. Desde Tokio hasta Nueva York, desde Sri-Lanka hasta Argentina, surgió una verdadera legión de sartrólogos que se interrogaban acerca no ya del hecho político sino de las esencias del mundo que producía el hecho político. Lo que los jóvenes adoraban en Sartre no era tanto la respuesta a los problemas, sino la invitación permanente y constante a la visión dialéctica de un mundo cambiante y en el cual podía incidirse desde la conciencia de cada hombre.

La aplastante notoriedad que había alcanzado le cayó por sorpresa y no le agradó; no porque la considerara inmerecida sino porque fue prematura. Según él, nunca confundió la notoriedad con la gloria, esta última sólo sucede al escritor cuando ya ha realizado su obra e ingresa en la posteridad. Con esa carga romántica que lo acompañó toda su vida, siempre imaginó al escritor como un ser maldito, desconocido en vida y salvado después de la muerte. El modelo Baudelaire: “la vida es un juego en el que gana el que pierde”.<sup>3</sup>

Tuvo que resignarse a una fama que para él creaba a su doble, una imagen que lo seguía y lo imitaba y ante la cual más de una vez se contempló sin reconocerse; también tuvo que soportar otras deformaciones. Soñando con tener un público proletario era leído por la burguesía. Más de una dama se sonrojó ante sus novelas, pero la curiosidad o la necesidad de decir “yo también leo a Sartre”, la obligaba a ojear, *La náusea*, o la escandalosa *La puta respetuosa* (que por pudor, llamémosle así, se tradujo al español como *La ramera respetuosa*). Durante la guerra de Argelia, a la que se oponía fuertemente, su casa fue coronada con dos atentados con explosivos. El propio Sartre fue agredido en plena calle en la Plaza Maubert; por los Champs-Élysées, los partidarios de la Argelia francesa gritaban: “¡Fusilen a Jean-Paul Sartre!” Se vio obligado a vivir en una especie de semiclandestinidad durante algunos meses.

---

<sup>3</sup> Ibídem.

En Francia, las dos únicas celebridades que alcanzaron esta notoriedad fueron Voltaire, en el siglo XVIII, y Víctor Hugo, en el siglo XIX. ¿Quién era este hombre a la vez tan odiado y venerado? ¿Quién, este osado que pretendió que Europa se despojara de sus disfraces y, a la vez, reconociese su igualdad con los pueblos del Tercer Mundo?

## II

Jean-Paul Sartre nació en París el 21 de junio de 1905, el mismo año que otros tres destacados intelectuales franceses: Paul Nizan, Raymon Aron y Emmanuel Mounier. Ese año resultó especialmente significativo para Francia: surgió el Estado laico con la separación de la Iglesia y el Estado. Fue el año del triunfo de la república liberal. En los subsiguientes cambió la fisonomía de su sociedad. El Estado liberal amplió el espacio público (leyes sobre la prensa, de asociación, de organización comunal, legalización del divorcio, desarrollo de las mutualidades, asistencia jurídica, derecho a las pensiones, derecho laboral), permitió la creación de numerosas organizaciones (Liga de la Enseñanza, Liga de los Derechos Humanos, Libre Pensamiento), de asociaciones (los sindicatos obreros) y de nuevos partidos políticos; entre ellos, el primer partido socialista unificado. Todos estos cambios ocurrían antes que Sartre cumpliera los 10 años. Para él, ésa era la única sociedad conocida; la otra, la del siglo XIX, la combatida por Víctor Hugo, sólo está en un espacio de lectura. La Francia de preguerra será, para Sartre, la sociedad pasada que, pese a sus logros históricos, desembocó en la Primera Guerra Mundial, el desastre humano, con sus millones de víctimas, más grande de la historia hasta entonces.

En realidad, Sartre formará parte de los “hijos de la guerra” (los huérfanos de padre) o, lo que es lo mismo, de los “adolescente de la postguerra”. Estos jóvenes no habían sido combatientes ni héroes de la contienda; no tenían idea clara de la magnitud del desastre, pero, al mismo tiempo, no se sentían aplastados por el destino, ni avergonzados, ni triunfadores y, sobre todo, no eran responsables del genocidio. Su ajuste de cuentas estuvo con el patriotismo chovinista, el nacionalismo extremo y conservador, el republicanismo moderado e inconsecuentemente desigual y el liberalismo doctrinario y devoto; todos ellos, componentes de la república liberal. Para “los adolescentes de la postguerra” resultó evidente la crisis de la democracia liberal, la presencia de “un desorden político establecido” y la desarticulación de una sociedad impuesta.

El pensamiento de Sartre siempre colocó su propia existencia como punto de referencia de su propio pensamiento. De *Las palabras* ese pe-

queño intento de autobiografía, así como de muchos de sus textos, puede colegirse el mundo familiar de Sartre: un padre muerto cuando apenas tenía un año, que para él sería una simple imagen —el retrato que estaba en su habitación— y cuya ausencia interpretaba como la liberación de lo que pudo ser la contención de sus impulsos infantiles y juveniles; un abuelo venerable e imponente —quien con su barba blanca se le asemejaba a Dios y que él confiesa que muchas veces lo confundió con Dios—; una madre adorada y comprensiva, siempre encubridora, y que lo acompañará y compartirá con él toda su vida —la mujer que más amo—; un padrastro rechazado —quien, para Sartre, era la imagen emblemática del burgués—; una mujer que no fue esposa porque fue cómplice, compañera y amiga (*el Castor*); muchas aventuras amorosas y la falta de un hogar convencional. En realidad, su hogar estuvo en lugares como la redacción de *Les Temps Modernes*. Su familia la constituían sus colegas. No tuvo hijos pero cuando las manifestaciones rebeldes de mayo del 68, en más de un mitin se oyó repetir: “¡Gracias, Papa!”; de ese movimiento surgió la Universidad de París VIII, una universidad experimental, en cuya fachada se hizo un gran mural con su imagen.

Después de estudiar en el liceo Henri IV, ingresa, por oposición, en la selecta Escuela Normal Superior —que él y sus “camaraditas” (Nizan y Aron) definían como la escuela “llamada normal y pretendidamente superior”—. Aquí nace el grupo de pensamiento de mayor impacto en la historia intelectual de la Francia del siglo xx. Allí se reúnen, en la misma promoción, Paul Nizan, Raymon Aron y Sartre con Simone de Beauvoir y Henriette Alphen. Esta última pronto se casará con Nizan; Sartre y Simone de Beauvoir (*el Castor*) inician también una relación que durará toda la vida, pero, a diferencia de sus dos amigos, nunca se casarán. Serán la pareja tomada por muchos jóvenes como modelo. De los tres amigos, Sartre es el “más feo”, padece de estrabismo y es de baja estatura; a simple vista, nada atractivo. Es Henriette quien nos ofrece el encanto que ya poseía: “Sartre me parece bastante feo, pero tan simpático, tan lleno de vida, que pronto olvido su fealdad. Nizan es el que le da el pie y resulta encantador. Me seduce de inmediato”.<sup>4</sup> Cuando en 1929 se efectúan las oposiciones de filosofía en Francia, el primer lugar es para Sartre y el segundo, para De Beauvoir.

Durante cierto tiempo, el joven Sartre viaja por el interior de Francia a la par que trabaja como profesor del liceo del Havre; luego obtiene una

---

<sup>4</sup> Pascal Ory: “Millésime 1905”, en *L'Histoire*, no. 295, febrero del 2005.

beca en Alemania, en cuyas universidades trabaja como lector de 1933 a 1934. Es en Berlín donde descubre a Husserl, a Heidegger y la fenomenología. A Sartre no le agradaba la filosofía que le habían enseñado: idealismo, empirismo, realismo. Siente que ha logrado un gran descubrimiento que lo estimula y lo separa, definitivamente, de la filosofía reflexiva francesa, del *cogito* cartesiano. La articulación entre la percepción y la imaginación, constituye uno de los aspectos que lo atrae. Se separa de la psicología positivista de la época —para la cual, la imaginación es una percepción descolorida—, y asume la imagen como una relación con lo real cuando éste no está presente; para Sartre, la imaginación es esencialmente espontánea, creadora, mientras que la percepción es pasiva con respecto a lo real. Para Jacques Colette: “La imaginación será la vía de acceso a lo real y es, por eso, que Sartre logra ser, simultáneamente, autor de obras de ficción y filósofo de lo imaginario”.<sup>5</sup> No sólo es un escritor que penetra en lo real más allá del naturalismo de Zola y del realismo de Renard, sino que, además, en sus obras está presente, más que lo real en sí, lo imaginario para sí, la “conciencia intencional”.

Por otra parte, su acercamiento a Heidegger no deviene una entrega incondicional. Sólo es una toma de herramientas. El desacuerdo de Sartre con el pensador alemán es de fondo: “La ontología fenomenológica de Heidegger es la consideración esencialmente estructural de una realidad humana a la vista no sólo del pensamiento, sino también del Destino mismo del Ser. A lo que Sartre, esencialmente interesado en la antropología, replica con una frase que parece ser una ocurrencia: ‘Cuando Heidegger habla de la apertura al ser, eso me huele a alienación’”.<sup>6</sup> Sartre ha logrado un pensamiento novedoso, independizado, aun frente a la propia fenomenología.

Mientras Nizan ya es un militante comunista y Aron, un liberal crítico, Sartre rechaza violentamente el inmiscuirse en el debate político. Ha descubierto la fenomenología y se expresa como un nihilista burlón, sarcástico. No obstante, es antimilitarista, antiburgués y anarquizante, que sólo aceptaba la idea de ser comunista, “si esto me permite situarme más a la izquierda que el comunismo”. En 1938 da a conocer una de sus obras más famosas, *La náusea*, y al año siguiente publica otra de notable reconocimiento, *El muro*. No obstante, en ese momento, aún no alcanzan ni las obras, ni el autor, el reconocimiento de la crítica y del gran público. En

---

<sup>5</sup> Jacques Colette: “Était-il un grand philosophe?”, en *L'Histoire*, no. 295, febrero del 2005.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

1940, el mundo de entre guerras termina violentamente. Nizan muere —después de haber rechazado el pacto germano-soviético de agosto de 1939— en los combates de retaguardia que le permiten a las tropas inglesas y francesas embarcarse en Dunkerque; Aron se exilia en Londres; Sartre es hecho prisionero y permanecerá en el campo de concentración de Tréveris hasta 1941. Al ser liberado, regresa a París como autor dramático e intelectual comprometido. Es el momento en que abandona su nihilismo burlón y erosivo, para adoptar una postura militante.

Simone de Beauvoir afirma que la guerra provocó en Sartre una “conversión decisiva”; su experiencia como prisionero “le enseñó la solidaridad”, por lo que participó con entusiasmo en la vida de la comunidad del cautiverio. Él había manifestado que la guerra era una “basura”, por lo cual había que rechazarla en tiempos de paz, hacer todo lo posible por evitarla, pero que, una vez iniciada, había que “sumergirse en ella”, vivirla como un hecho existencial. La esencia de la conversión estaba en que, para él, el futuro dejó de estar en una “posibilidad que había que asumir subjetivamente” para tomar forma en el socialismo, por medio del cual lograría “su realización personal”. Lo que Sartre ha descubierto durante la guerra es la dimensión histórica de la existencia humana. A partir de ella, en su pensamiento entran las nociones de compromiso y de historicidad. El camino al marxismo está ya expedito.

Participa en la Resistencia. Pero aún esta actitud resulta tenue, “menos osada que la de Marc Bloch, más precoz que la de André Malraux, y de la misma transparencia que la de Louis Aragón”.<sup>7</sup> Mas, de todos los intelectuales franceses vinculados al “lado bueno”, es Sartre —ni el más heroico ni el más pusilánime— quien se convierte en el prototipo del escritor de la Resistencia; el hombre que todos identifican como la más vigorosa expresión de la Francia sojuzgada. ¿Cómo explicar este fenómeno? Michel Winock halla razones: los artículos de Sartre en las publicaciones recién salidas de la clandestinidad, *Combat*, en agosto de 1944, y *Les Lettres Françaises*, en septiembre del mismo año, le permiten encontrar en la gran masa de los franceses un retrato de la Resistencia silenciosa y colectiva contra la ocupación. Uno de estos artículos, “La República del silencio”, alcanza tal repercusión, que se editará en otros países como ejemplo de lo que había sido, no sólo la lucha de los partisanos, sino también la de todo el pueblo francés. De esta forma, Sartre, más que un resistente más, se convierte en la voz auténtica, profunda y desgarradora de la Francia

---

<sup>7</sup> Pascal Ory, ob. cit.

que emerge de la guerra. Sartre dibujó de manera magistral la imagen que necesitaban sus compatriotas para poder recuperarse moralmente de lo que había significado la ocupación alemana, de la humillación sufrida; Sartre les limpió las conciencias y les liberó del sentimiento de culpa. Según él, la ocupación los había hecho más libres. El fenómeno adquirió una magnitud mayor. Para Sartre, lo más importante estaba en el hecho de que él se había comprometido para siempre producto de “una elección”: “Elegimos pues nuestro pasado a la luz de determinado fin, pero a partir de entonces ese pasado se impone y nos devora”.

Al terminar la guerra, Aron y Sartre emergerán como las expresiones de las dos sensibilidades políticas francesas: el primero como la “liberal”; como la “progresista”, el segundo; generalmente opuestas: “Durante un cuarto de siglo, la comedia intelectual francesa, de notable visibilidad en el extranjero, se organiza alrededor de estas dos figuras”.<sup>8</sup> Pero Sartre será el único intelectual francés que logró servir de maestro a tres generaciones sucesivas. Su primacía intelectual no se alcanzará por ninguno de los otros. La avalancha sartriana es impresionante. El gran público, los escritores y los filósofos descubren la amplitud, diversidad y profundidad de su talento. Es filósofo (*El ser y la nada*), novelista (*La náusea*, *La edad de la razón*, *El aplazamiento*), dramaturgo (*Las moscas*, *A puerta cerrada*, *Muertos sin sepulcros*, *La puta respetuosa*), ensayista político (*La República del silencio*, *El existencialismo es un humanismo*, *Reflexiones sobre la cuestión judía*), teórico de la literatura (*¿Qué es la literatura?*, *Baudelaire*), periodista y editor.

De los momentos iniciales de la segunda postguerra, constituye legítima expresión la revista que funda Sartre y que está entre las más prestigiosas de la segunda mitad del siglo pasado, *Les Temps Modernes*, cuyo primer número ve la luz en octubre de 1945. En el artículo de presentación de la revista, ya Sartre esboza su teoría de la “literatura comprometida”. Afirma la necesidad de “una moral de la responsabilidad; todo discurso tiene una repercusión, una resonancia; todo silencio, también lo tiene”. La responsabilidad del escritor está en “contribuir a que se produzcan ciertos cambios en la sociedad que lo rodea”.<sup>9</sup> Sartre aclara que no propone a los intelectuales un programa político, sino, la toma de posición en cada caso, sin tener en cuenta su militancia política. Se manifiesta contra el arte por el arte, porque “el escritor comprometido sabe que la palabra es acción”,

---

<sup>8</sup> Ibídem.

<sup>9</sup> Michel Winock: “¿Sartre s’est-il toujours trompé?”, en *L’Histoire*, no. 295, febrero del 2005.

“Sabe que las palabras son pistolas cargadas”. Un escritor de la vieja guardia escribe: “el manifiesto de Sartre me ha disparado un tiro de gracia (...) da la impresión de que la loza de una tumba, pesada y fría, implacable, definitiva, acaba de caer sobre todo aquello que amábamos en este mundo (...) Hemos sido barridos con todo el pasado por este presente fogoso que se lanza al asalto (...) No hay dudas de que Sartre es un portavoz anticipado de las generaciones que surgen”.<sup>10</sup>

La repercusión de *Les Temps Modernes* no sólo fue en Francia y Europa, quizás es la revista que más influyó en los movimientos intelectuales y políticos del Tercer Mundo durante las décadas del 50 y 60. Entre sus rasgos estuvo ser una expresión combativa anticolonialista, nada panfletaria, y, lo que resultaba muy importante en esos y en estos tiempos, antineocolonialista. Entre los numerosos trabajos publicados desde su fundación, están los estudios de contenido sobre el colonialismo y el neocolonialismo en sus diversas manifestaciones, desde las culturales hasta las políticas y económicas. Sus páginas dan cabida a notables figuras del movimiento político e intelectual del Tercer Mundo. Sartre precisa sus objetivos en 1947: militar a favor de la libertad, de la Revolución Socialista y de las luchas de los pueblos del Tercer Mundo. John Gerassi hace la siguiente observación: “a partir de 1945, Sartre ha hecho más que cualquier otro intelectual del mundo para denunciar la injusticia y para apoyar a los condenados de la tierra”.<sup>11</sup>

De 1945 a 1952, Sartre gana el espacio intelectual francés. El éxito de *La náusea* (1945) sólo constituía la punta visible de un *iceberg* intelectual. En realidad, era *El ser y la nada*, esa enorme obra sistematizadora de 724 páginas de un 6 X 9 pulgadas, que se había editado, en forma clandestina, a partir de 1943, la base del triunfo sartreano. Después de la liberación francesa, las tesis de esta obra se divulgaron y constituyeron toda una alternativa para el mundo ante la crisis, intelectual y moral, que representó la caída de Berlín. Los viejos intelectuales de antes y durante la guerra, habían sido descalificados o por su compromiso con las distintas variantes fascistas, o por cierto silencio culpable, o por no haber tenido una alternativa válida —por diferente y nueva—, ante el desmoronamiento de los refugios ideológicos de la preguerra. De seguro no fueron muy numerosos quienes se aventuraron en los interiores de esta obra de compleja lectura fenomenológica; pero ella irradiaba las actitudes e ideas que Sartre

---

<sup>10</sup> Ibídem.

<sup>11</sup> Ibídem.

y los “nuevos intelectuales” de su tipo proyectaban hacia la vieja sociedad y la política fracasada. *La náusea*, así como sus artículos y la proyección de *Les Temps Modernes*, esparcían, en medio de agudas polémicas, el contenido, profundidad y autenticidad de *El ser y la nada*. Michel-Antoine Burnier escribe: “el hecho de que no se hubiera leído mucho a Sartre [se refiere a *El ser y la nada*] es justamente lo que provocaba que la gente acudiera en masas a sus conferencias (...) Sartre resultaba más impactante que los cursos de filosofía que impartía Henri Bergson en el Colegio de Francia cuyas salas invadía la alta sociedad”.<sup>12</sup>

El éxito también estaba en que, para muchos, su filosofía era una filosofía para la vida, más un cauce que un camino. Una noche, abarrotada la sala de conferencias, Sartre pronunció uno de sus más famosos discursos: *El existencialismo es un humanismo*. De inmediato se publicó un libro. Ésta resultó la única publicación que desautorizó por estimar que reducía demasiado el contenido de su pensamiento, pero, sin embargo, fue una de sus obras más vendidas. Contradictorio, en algunos aspectos, el polémico escritor había negado los sistemas filosóficos y se había proyectado como un liberador del pensamiento. En sentido estricto, él ofrecía una filosofía de la existencia, no un sistema existencialista. Aunque aceptó y utilizó la palabra existencialismo durante algún tiempo, él era enemigo de todos los *ismos*, porque éstos siempre le recuerdan un sistema de ideas encerrado en sí mismo; una doctrina; una mónoda. Su triunfo en el terreno filosófico también se interpretó como la del hombre que triunfa en el momento oportuno. Con la Segunda Guerra Mundial, los grandes sistemas filosóficos también habían quebrado. El propio Heidegger aparecía maculado por su relación con la Alemania nazi. Las religiones y las normas morales prevaletentes hasta antes de la guerra eran confrontadas con Hitler y Auschwitz. De nuevo surgían aquellas célebres frases: “Dios ha muerto” (Nietzsche); “si un Dios ha creado este mundo, yo no quisiera ser ese Dios, la miseria del mundo me partiría el corazón” (Schoopenhauer). Sartre llegaba, acorazado y filoso cortante, a una plaza vacía. Y, ¿con qué propuesta se presentaba para el asalto a la ciudadela abandonada?

En primer lugar, con una filosofía de la existencia, basada en su componente principal: la libertad. Esa libertad partía de una filosofía atea de la conciencia y de la plena responsabilidad, sin refugios en el destino o en Dios. El hombre estaba solo ante sí mismo, ante sus actos

---

<sup>12</sup> Michel-Antoine Burnier, ob. cit.

y, por tanto, debía asumir sus consecuencias. Todo debía partir de un acto de conciencia. Para muchos fue la prueba de que se podía pensar a pesar de los horrores de la guerra y de la caída de los idealismos. “Con un prodigioso análisis de la *mala fe*, como constituyente de las relaciones de las conciencias entre ellas, Sartre lanzaba al hombre a una libertad sin recursos y sin excusas. Era la ruptura radical con los optimismos ciegos que surgieron en ese período que se extendió de una a otra guerra”.<sup>13</sup>

En *El ser y la nada* ya están presentes los aspectos fundamentales del Sartre comprometido. En esa obra, pese a presentarse como una “ontología fenomenológica”, su autor establece una distinción diferente entre la cosa en sí (el mundo exterior), sin poder sobre sí mismo (siempre igual), y la cosa para sí (la facultad que le permite al hombre tener conciencia de sus acciones, de su ser). La novedad del texto está, también, en la profusa ilustración de las “situaciones” existenciales. Esto permite ejemplificar, con la utilización de los efectos dramáticos, todo lo que se refiere “al otro”: la vergüenza, el sexo, el amor, “la mala fe”. Este último concepto resulta esencial en la literatura sartriana.<sup>14</sup>

La “mala fe” no es más que huir de algo de lo que no se puede huir; es huir de uno mismo; es decir, de la responsabilidad. El hombre carece de excusas, porque él es un producto de su propia “elección”; él es lo que ha decidido ser. Sartre carga la mano, brillantemente, sobre todo lo que resulta inauténtico en la relación entre las conciencias: “ser mirado es ser pensado; es ser juzgado”. La relación intersubjetiva de las conciencias, en las cuales se manifiesta la “mala fe”, sólo se expresa en una “situación”. Este término puede considerarse clave en *El ser y la nada* y estará presente en sus trabajos posteriores. Lo más importante no sólo es el análisis psicológico de los individuos, sino la “situación” —el hecho específico e irreplicable en que la libertad del hombre se ve afectada por el mundo exterior en condiciones que no puede controlar—. La existencia estará siempre “en situación”, en la necesidad de autodefinirse y, al mismo tiempo, ante la imposibilidad de ser siempre verdaderamente ella. El hombre real es el hombre “en situación”; enfrentado siempre a una batalla, cuyo éxito o fracaso sólo depende de él. Incluso, lo determinante no es el triunfo o la derrota, sino la lucha en sí misma, porque ella es la existencia en sí mis-

---

<sup>13</sup> Jacques Colette, ob. cit.

<sup>14</sup> F. George Maugarlone: *Le Concept d'existence. Deux études sur Sartre*, Chistian Bourgeois, París, marzo-abril del 2005.

ma. Es la “elección” su plena responsabilidad. *El ser y la nada* concluye con una afirmación: la necesidad de pasar de la metafísica a la moral. Tiempo después, Sartre sólo tuvo que añadir un apellido: moral de la responsabilidad; compromiso ante sí mismo.

### III

Lo más notable que ocurre en Sartre, durante el período de 1945 a 1952, consecuencia de su filosofía de la existencia, es su proclamación del compromiso del intelectual; él es, y quiere proyectar, la imagen del “intelectual comprometido”. En esto, debe tenerse el cuidado de que lo evidente, por evidente, se pase por alto. Él no es un político, es, precisamente, un intelectual que estudia y juzga, que analiza y sintetiza, que actúa y se compromete, que toma partido y arriesga, pero no encabeza ni dirige ningún partido. Desde su condición de intelectual —que adquiere un nuevo perfil en los tiempos de la segunda postguerra— Sartre actúa. En esto está su fuerza y, a la vez, sus límites. El compromiso, a su vez, parece disolver en su persona, otra paradoja: por un lado, la complejidad de la creación intelectual —por lo general encerrada dentro de un escaso público lector— y, por otra, la popularidad que necesitan las ideas para la toma de conciencia de la mayoría.

Un aspecto se hace esencial en sus escritos. La crisis de la *sociedad real* —que no es otra que la sociedad hegemonizada occidental, en todos sus aspectos: económicos, políticos, culturales, espirituales—. Sus búsquedas, al inicio, se presentan lentas, ambivalentes, incluso, desorientadas; se trata de la búsqueda de la *contra-sociedad*. Es, en esencia, negación. Su encuentro —tenue al principio, vigoroso y creativo a partir de 1952— con el pensamiento marxista, le permite pasar de la negatividad “destructora” a la creatividad desde la esperanza. Entonces, el socialismo será, para Sartre, una proyección de cambio, una alternativa posible para la realización de la existencia, para la superación de la *sociedad real*. Años después, escribirá otra obra sistematizadora y monumental, *Crítica de la razón dialéctica*. Después de exponer las insuficiencias de la *Razón analítica* —y ya efectuada la inversión del *cogito* (del “pienso luego existo” de Descartes a su “existo luego pienso”)—, dedica un extenso capítulo a su “teoría del espiral”. El hombre puede encontrar su para sí, su conciencia, a partir de cualquiera de los dos extremos del espiral: o de la totalidad social o de la irreductible realidad del ser.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Jean-Paul Sartre: *Crítica de la razón dialéctica*, México, 1964.

Su encuentro con Marx, que para muchos resultaba incomprendible —al tomar su filosofía de la existencia como una “expresión extrema del individualismo”—, para él resultaba natural y armonioso. El descubrimiento de la historicidad, del compromiso del intelectual y del imperativo moral de la responsabilidad, le da sentido a su negación de toda metafísica. La sociedad real es una “realidad bruta” que hay que modificar. Marx es el único que ofrece un instrumental teórico-práctico para ello. En la idea de que la praxis genera y modifica la teoría, también encuentra su razón existencial “el hombre en situación”. El imperativo moral que reclama en *El ser y la nada* y la exigencia individual de que “soy responsable de todo lo que hago”, armonizan en él con la insuperable posición marxista. La materialidad y la inercia social (que se traduce en las estructuras económico-sociales) constituyen la *cosa en sí* (la *sociedad real*, la capitalista) que condiciona al *ser para sí* (la conciencia... de lo social). Desde este nuevo ángulo del análisis sartreano, todo hombre es, al mismo tiempo, autoafirmativo e históricamente condicionado; es absoluto en su afirmación individual y relativo en su dependencia social. La totalidad de la *sociedad real* (la capitalista) —cuya resultante era la alienación o separación del hombre de su obra— requería, primero, de su destotalización y, después, de la retotalización de todo lo real existente en un nuevo proyecto social (el socialismo).<sup>16</sup> Ello explica su inquieto peregrinar por aquellos lugares donde ha entrado en práctica el “experimento del cambio social”: Cuba, en un lugar destacado.

Estos ejes sartrianos revelan sus proyecciones principales: una Francia, más humana, con los de abajo; un combate sostenido contra la expansión de Estados Unidos y contra sus contrapropuestas culturales; una complicada relación con la Unión Soviética; una presencia en las luchas anticolonialista y antineocolonialista; su colocación, en el Tercer Mundo, de la posible retotalización de las sociedades todas, al ser éste, el espejo de la “mala fe” del primero y, en particular, su encuentro con Cuba, no para enseñar sino para aprender.

#### IV

Una de las ingenuidades de preguerra en Sartre había sido su visión de la sociedad norteamericana y de Estados Unidos. En 1953, ante la ejecución de los esposos Rosenberg, Sartre rompe lanzas contra el coloso

---

<sup>16</sup> M. Porter: *Existential Marxism in Postwar France*, Princenton University Press, 1975.

norteamericano: “Cuidado, los Estados Unidos tienen rabia”, escribe en un artículo que lleva nada menos que el título de “Los animales enfermos de rabia”. En él apostrofa a los estadounidenses: “Los esposos Rosenberg han muerto y la vida continúa. Eso era lo que ustedes querían ¿no es así? Ayer éramos todavía sus camaradas y ustedes los han matado con celeridad para convertirnos en sus sobrevivientes (...) ¿nosotros, aliados de ustedes? ¡Nada de eso! Nuestros gobiernos actuales son los criados de ustedes. Mañana nuestros pueblos serán las víctimas; eso es todo (...) Decididamente hay algo podrido en Estados Unidos (...) Ustedes son colectivamente responsables de la muerte de los Rosenberg, unos por haber provocado el crimen y otros por haber dejado que se cometiera; ustedes han tolerado que Estados Unidos sea la cuna de un nuevo fascismo (...) Cortemos todos los vínculos que nos unen a ese país; de lo contrario, nos morderán y nos contagiarán la rabia también a nosotros”.<sup>17</sup>

A partir de entonces, Sartre se verá siempre enfrentado a Estados Unidos. Quizá, sea él quien emplea el lenguaje más crudo contra la política de ese país. Incluso en la leyenda sartreana, esa hostilidad ocupa un lugar destacado. Él, tan distante en muchos aspectos de Charles de Gaulle, tendrá en esto su punto de coincidencia. Para muchos resulta una rara asociación francesa de la espada y la pluma, la primera esgrimida por De Gaulle, en defensa de su idea de qué es la Francia; la segunda, por Sartre, que ya ha asumido el socialismo y la Revolución como único posible futuro para la humanidad. Para muchos, las causas de este viraje en Sartre están en algún que otro incidente casual o en ciertas veleidades intelectuales.

En realidad, la evolución del pensamiento de Sartre es mucho más profunda y convincente. De joven se había enamorado de Estados Unidos; pero la imagen que tenía de ellos era a través de sus libros, de su música o de su cine. La “fábrica de sueños”, Hollywood, lo había enrollado en las fastasias de sus celuloides. En sus más apreciadas lecturas estaban la de los escritores norteamericanos Faulkner y Dos Passos. A este último lo había catalogado en 1938 como “El escritor más grande de nuestros tiempos”. En *La náusea* se encuentra una de las más apasionantes escenas de las embriagadoras conquistas del jazz sobre la noche planetaria; esa música improvisada y nocturna que se convertirá en cómplice de los existencialistas de Saint-Germain-des-Prés. En 1945, Sartre participa, por primera vez, en una

---

<sup>17</sup> Philippe Roger: *El enemigo norteamericano. Genealogía del anti-norteamericanismo francés*, Points-Histoire, París, 2004.

visita a Estados Unidos y, aunque el resultado es ambivalente, descubre otro país. Al año siguiente realiza su segundo viaje, éste a Nueva York. Junto a la impresión que le causan los rascacielos, está el impacto que sobre él ejerce la constatación del racismo y la segregación. En *La puta respetuosa*, ya aparece la crítica a esos rasgos de la sociedad norteamericana. Pero quedarse sólo en ese aspecto sería reducir todo lo que le impresionó de esa sociedad. Las ciudades norteamericanas se le presentan como frágiles, ligeras, provisionales. Si es cierto que esa ligereza para él constituye, en parte, una garantía de libertad, la fragilidad de ese mundo le hace ver a sus habitantes desprotegidos en el exterior de sus casas y solitarios, indefensos y temerosos en sus interiores. La vivienda no constituye una protección contra la violencia. La ciudad norteamericana es un espacio “inmenso y malévol” y sus calles, una simple vía para circular. En nada son refugio y hogar, nido y raíz.

Si bien el plomazo de “animales atacados de rabia” es de 1953, el proceso que lo ha llevado a ello se había iniciado en 1945. En su crítica a Estados Unidos está la comprensión de una desigualdad indetenible; está la constatación de los potenciales disparejos, del desequilibrio de fuerzas; por doquier, en el mundo entero, se observa a esa potencia que avasalla y sojuzga; en primer lugar, a la propia Francia por medios de mecanismos sutiles (la OTAN, el Plan Marshall). Pero también, de forma desembozada, en Corea, Viet Nam y Cuba. Sartre estará presente en todo combate frente a esa potencia que desequilibra y desigual. Se le verá en la presidencia del Tribunal Russell (tribunal moral más que jurídico), reunido en 1967 para juzgar los crímenes de guerra cometidos por Estados Unidos en Viet Nam; con una feliz sonrisa, en 1960, junto a Fidel Castro, y en la denuncia contra las más diversas actividades expansivas de la potencia norteamericana. Ésta, le dedicó uno de sus mejores homenajes: durante mucho tiempo fue considerado por la CIA como uno de los enemigos principales de Estados Unidos y cuya imagen debía ser socavada en todas las formas posibles.

Casi al mismo tiempo de su ruptura con Estados Unidos se produce su acercamiento a la Unión Soviética. En 1947, Sartre es un activo luchador contra la guerra en Indochina. El 28 de mayo de 1952, el Partido Comunista de Francia organiza una manifestación contra el general Ridgway, nombrado jefe del cuartel general de las fuerzas de la OTAN en Europa. La manifestación es violentamente reprimida por la policía, con varios heridos y dos muertos. Éste es el momento visible del acercamiento de Sartre a los comunistas. Condena la represión. Un año después de su declaración “Cuidado, los Estados Unidos tienen rabia”, en 1954, visita la

Unión Soviética. Sus declaraciones de entonces resultan entusiastas y exageradamente favorables al país de los soviets. Sus estrechas relaciones con los soviéticos se mantendrán hasta 1966, cuando inicia un proceso de retirada progresiva. No obstante, en este tipo de estudio no puede pasarse por alto, que Sartre, el hombre de la postguerra, por lo que realmente se siente atraído, es por todo el potencial que ofrece el marxismo como teoría y práctica para el cambio social. En el socialismo encuentra una sistematización para plantearse la sociedad futura que supere todos los defectos de la *sociedad real* —la real sociedad de su realidad—; el socialismo es, sólo, el ensayo de la esperanza. Sartre viaja afanosamente en la búsqueda de la sociedad “diferente”; de la opción para un futuro distinto para la humanidad; quiere ir al encuentro de la Revolución. Por ello, sus primeros pasos en relación con la URSS son de ponderación a todo lo diferente que descubre. Él, incluso, llega a hablar de que en su conciencia se ha producido una “conversión”. En poco tiempo ocurre el acercamiento con el Partido Comunista francés, su aceptación de la vicepresidencia de la Asociación de Amistad Francia-URSS, su participación en los congresos del Movimiento por la Paz, su presencia en la conmemoración de la defensa de Stalingrado. Sin embargo, esta relación empieza a ser ambigua a partir de 1956. Critica en ese año la intervención soviética en Hungría, pero al mismo tiempo se mantiene distante del informe de Jruschov sobre Stalin, lo cree inoportuno.<sup>18</sup>

El centro de las actividades de Sartre, lo que lo coloca en las situaciones más difíciles de 1956 a 1962, es su abierta y radical posición en defensa de la causa argelina y de su Frente de Liberación Nacional (FLN). La presencia francesa en Argelia se le presenta como un “colonialismo anacrónico impuesto a los pueblos de ultramar”. Su crítica al mito de una “Argelia francesa” y su denuncia al colonialismo, provocan la ira de los nacionalistas extremos. Ponen dos bombas en su casa; lo agreden en la calle. Después de uno de sus artículos, los enemigos de Sartre, le solicitan a De Gaulle que tome medidas represivas contra él. Es famosa la frase del general: “No se puede encarcelar a Voltaire”. En realidad, parece que la frase fue algo diferente: “Perdono a Voltaire, pero no a los que están al servicio del Estado”, lo cual incluía a numerosos profesores. Es decir, perdonaba a Sartre, pero no a los sartrianos. El enfrentamiento De Gaulle-Sartre resultó acaso uno de los duelos de inteligencias más agudos de aquel momento. Sartre provocaba a De Gaulle; deseaba ser encarcelado. Esto le

---

<sup>18</sup> S. Coeuré: *a Grande Lueur à l'Est*, la Seuil, París, 1999.

permitiría, tal como había hecho Emilio Zola con el caso Dreyfus, presentar él su *J'accuse*. El astuto general se dio cuenta de la intención y no le dio al escritor la tribuna que deseaba.

Sartre era consecuente con los ejes fundamentales de su pensamiento: conciliar el socialismo con el imperativo de la libertad. El rechazo, la rebeldía, la intransigencia, el antimperialismo eran, en esencia, la aspiración a una profunda revolución. Continúa su participación activa en el Movimiento por la Paz y se encuentra, en 1961, en la Semana del Pensamiento Marxista. Sigue inquieto en la búsqueda de la nueva sociedad marxista; visita a China en 1955 y se deslumbra con Cuba en 1960. En 1964 recibe el Premio Nobel, pero renuncia a él como muestra de que sigue siendo un rebelde, irreductible por la sociedad dominante.

## V

Hacia la mitad de la década del 60 parecía que la época de Sartre comenzaba a ceder. Para muchos, el existencialismo ya no es la moda, como tampoco el marxismo. Frente al historicismo y humanismo de estas tendencias, parece ganar espacio el científicismo del estructuralismo a lo Levi-Strauss, Foucault y Lacan. Parece ganar la partida la visión de un investigador que, como tal, no está comprometido; que es ajeno a la política de barricada. Pero la historia le permitirá a Sartre una nueva revancha. En 1968, como consecuencia de la guerra de Viet Nam, en Estados Unidos, Alemania, Italia, Japón y Francia se desencadenan los movimientos estudiantiles que desembocan en el famoso mayo del 68. Sartre ha presidido, un año antes, el Tribunal Russell contra los crímenes de guerra de los norteamericanos en Viet Nam. Sartre es asumido, por el movimiento de los jóvenes franceses, como todo un símbolo. Es el padre. A los 63 años, el filósofo se lanza con los colmillos bien afilados. Estará en todas las trincheras enarbolando la bandera de la Revolución. La joven generación lo ha reconocido, pero también sus enemigos.

En 1968, con la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia y el Movimiento de Mayo en París se aleja, definitivamente, de la URSS. Pese a todo, no se une al desmantelamiento ideológico con que empieza a matizarse una nueva izquierda. No participa de la ideología de la desideologización; de la ideología de una izquierda que retrocede y ajena a la de una derecha que avanza reforzando su arsenal ideológico. Frente a los “nuevos filósofos” “detractores virulentos del marxismo”, él no renuncia a su condición de marxista. Frente a los ataques, ya en la década del 70, responde sin titubear desde las posiciones de su izquierdismo con-

secuente. Se acerca, entonces, a los maoístas. En 1978, ya cercano a sus días finales, Sartre verá en su obra “un testimonio esencial” de una época vital; el testimonio de una generación que soñó con cambiar al mundo, que se colocó ante sí misma como la plena responsable de su destino; como la que era capaz de escoger libremente el camino de la libertad. Una generación que creyó que su proyecto existencial trascendería siempre su situación. Sartre, en algunas entrevistas, explica la esencia del contenido intelectual de su itinerario. Su proyecto trascendente ha estado en el socialismo; el socialismo como expresión de una totalidad futura que trasciende la situación. No es un socialismo teleológico, predestinado, definitivo, invariable, ineludible; es la permanente búsqueda de un cambio de situación; la superación de una angustia; una búsqueda permanente; un identificarse a sí mismo, en el cual su yo es su conciencia moralizadora: “es una apuesta, pero diferente a la de Pascal, le apuesto al hombre y no a Dios”.<sup>19</sup>

Poco antes de morir, en una entrevista declara que se mantiene fiel a su ideario revolucionario: “hay que tratar de explicar por qué el horrible mundo de hoy es sólo un momento en el largo desarrollo histórico, que la esperanza ha sido siempre una de las fuerzas dominantes de las revoluciones y de las insurrecciones y cómo percibo aún la esperanza como mi concepción de lo que es el futuro”. Sartre “no se desmiente: o bien el hombre está completamente ‘arruinado’, o bien hará la Revolución”.<sup>20</sup>

En el año 2000 apareció un artículo en el cual se le “pasaba la cuenta” a Sartre. Su título “La pasión del error”. Jean Daniel respondió: “Vale más equivocarse con Sartre que tener la razón con Raymond Aron”.<sup>21</sup> En realidad, él fue la pasión por la gran ilusión revolucionaria; no era el hombre que podía hacer una Revolución, pero trataba de reconocerla. Recordando a Martí, valdría la pena retomar aquí aquella frase de que más vale embarcarse en las carabelas con Colón, que quedarse sentado con los frailes. Éstos mantienen las naves en puerto seguro; no arriesgan, no cometen errores; juzgan *a posteriori* y en terreno seguro. El mérito de Sartre fue vivir siempre en el punto de avanzada y de mayor riesgo dentro la creación intelectual, aquel que significaba pensar la Revolución. Soltó las ataduras, abandonó los caminos seguros, los lugares comunes. Fue a la Unión Soviética, a China; se comprometió con Argelia, con Viet Nam; vino

---

<sup>19</sup> Michel Winock, ob. cit.

<sup>20</sup> Michel Winock, ob. cit.

<sup>21</sup> *Ibidem*.

a Cuba y se adentró en su huracán para tratar de aprender qué era una Revolución sin los fetiches europeos. En esto fue modesto. A la vez, resultaba bastante difícil que pudiese captar los más profundos componentes de realidades distintas a la suya sólo desde una perspectiva intelectual.

Corrían los últimos días de la década del 70. Se abría ese período de cambio profundo no sólo en el mundo social y político sino en el interior de las conciencias, en la pérdida de elementos fundamentales de la conciencia social. Sartre, ciego, sin voz, cargando prematuramente su vejez, vivía sus últimos momentos. Pero aún entonces tuvo su última gran demostración. El 19 de abril de 1980 acontecía el entierro de Jean-Paul Sartre. Fue un hecho extraordinario. Su funeral resultó una verdadera apoteosis de público y conmoción general. La manifestación atravesó Montparnasse acompañando a quien fuera la inseparable compañera de Sartre, Simone de Beauvoir. Lo asombroso es que en aquella multitud se mezclaban varias generaciones sucesivas de sartrianos: sus antiguos alumnos de El Havre o de París, los más viejos; lo seguían sus camaradas de Liberación y los comunistas de los años 50; más atrás, los antiguos militantes por la paz en Argelia y los ya maduros jóvenes de mayo del 68; allí estaba una numerosa representación de jóvenes franceses de la generación que lo conoció viejo y ciego. Todos ellos y muchos más formaron una multitud agradecida que, en alguna ocasión, se deslumbró por un libro, una frase o un acto de generosidad. Quizá, la anécdota que más refleja ese momento es la de un joven a quien su padre preguntó: “¿Qué hiciste por la tarde?”, a lo que el joven respondió: “Participé en la manifestación contra la muerte de Sartre”.<sup>22</sup> Aunque se han comparado los funerales de Sartre con los de Víctor Hugo, dos hombres que fueron actores, testigos y testimoniantes de sus siglos, en realidad, el final de cada uno fue distinto. Hugo muere cuando sus ideas habían triunfado; Sartre, cuando las suyas eran golpeadas por el fuerte empuje neoliberal. La imaginación, sin embargo, permite hacerse algunas preguntas: ¿Qué hubiera hecho Sartre ante el millón de muertos en Ruanda y la guerra de Iraq? Lo imagino marchando en manifestación por las calles de París y escribiendo violentos ataques contra esas expresiones de la sociedad real; lo imagino clamando, insolente, contra el neoliberalismo y proclamando, agudo y afilado, el socialismo, el humanismo, la dignidad humana y la Revolución.

---

<sup>22</sup> Michel-Antoine Burnier, ob. cit.

**PRIMERA PARTE**  
**La Revolución cubana**  
**vista por Sartre**



**A la Revolución cubana**



# IDEOLOGÍA Y REVOLUCIÓN

**H**ace unos días, en la Universidad me hicieron una pregunta que me reprocho de haber respondido con demasiada brevedad. “Puede hacerse una Revolución sin ideología?” Como *Lunes de Revolución* tiene a bien ofrecerme sus páginas, me propongo analizar más ampliamente el problema. Se adivina que no se trata de construir quién sabe qué teoría sobre las revoluciones en general y sobre las nociones abstractas que las guían. Es Cuba la que está en causa: una característica muy particular del movimiento social que aquí se desarrolla, la constituye la naturaleza del lazo que une las acciones y las ideas. A continuación expondré las observaciones que se imponen a un observador extranjero.

Pero ante nada hay que definir los términos. Digamos, pues, que una ideología es un sistema de ideas teóricas y prácticas, cuyo conjunto debe, a un tiempo, fundarse sobre la experiencia, interpretarla y superarla en la unidad de proyecciones racionales y técnicas. No diremos que constituye una ciencia, aunque las ciencias puedan apoyarla; se trata menos, en efecto, de conocimientos desinteresados que de pensamientos formados por los hombres de una sociedad definida, por cuanto son a la vez los testigos y los miembros de esa sociedad. Pensamientos prácticos, como se ve, y que no tratan solamente de captar las estructuras sociales por su esencia, sino sobre todo de mantenerlas o de cambiarlas. La ideología comporta una visión práctica de las circunstancias objetivas. Ello significa que ella establece un *programa*. Aun en las ocasiones en que parece describir, prepara la acción, actúa. La fórmula reaccionaria “Sin azúcar no hay país” se lanzó como una constatación empírica. De hecho, el cultivo de la caña ha producido una comunidad de un tipo particular, y la frase que acabo de citar no es otra cosa que una ideología en estado salvaje: se presenta, bajo su falsa objetividad, como un rechazo de todo aquello que pretendería cambiar el *statu quo*. Se propone desalentar la rebeldía contra el orden social, presentando a éste como la expresión de un orden natural; esa frase presenta a los cubanos su miseria bajo la forma de un destino. Ello equivale a decir que comporta una

concepción pesimista del hombre: pues éste no puede cambiar la vida, que se resigna, pues, a llevar la que alguien le ha impuesto. Detrás de los rigores de la naturaleza, la ideología salvaje nos deja ya entrever los consuelos sobrenaturales. Podrá oponerse a ese pensamiento conservador el optimismo que sabe transformar las condiciones de la vida y que confía en el hombre para hacer la historia sobre la base de las circunstancias anteriores. Cualquiera que sea la ideología progresista que pueda adoptarse, comprendemos, en todo caso, que ella también comporta un juicio práctico sobre los hombres. Pues no otra cosa que decidir sobre la condición humana es presentarla como ahogada en este mundo por leyes inflexibles y, de la misma manera, poner nuestro destino en nuestras manos. Y toda ideología que trate del hombre en la comunidad social, define al hombre a partir del proyecto práctico de conservar o de cambiar las estructuras comunes; nada hay aquí de sorprendente, pues esa ideología se ha producido en cada uno por la situación misma y por la profundidad de las pasiones y de los intereses: la reflexión de un medio social sobre sí mismo define a los hombres, a partir del proyecto práctico de defender sus privilegios o de conquistar derechos fundamentales.

Dije que había ideologías salvajes; existen otras muy elaboradas. Ocurre también que algunas de ellas comporten a la vez un juicio sobre los hombres, un programa político y social definido y hasta el estudio de los medios propios para realizarlos. En este último caso, el conocimiento permite aclarar cada medida práctica: se evita el empirismo y sus costosos errores, pueden preverse los peligros, se establecen planes. La ventaja de un sistema tan minuciosamente desarrollado no escapa a nadie: se sabe hacia dónde se va; conviene agregar que un acuerdo sobre ideas precisas, sobre objetivos a corto o a largo plazo, debe ser un factor de unidad. Mientras más vagas resultan las ideas, mayor es el riesgo de un malentendido y, para terminar, de discusiones intestinas; pero si el grupo acepta una ideología sin ambigüedad, ésta lo llevará de manera inflexible a la integración. Por otra parte, lo que ésta gane en fuerza lo perderá en flexibilidad: todo está previsto menos lo imprevisto, que surge para sacudir el edificio y que resulta más cómodo negar: nada ha ocurrido, nada ha pasado. El peligro de esos grandes monstruos osificados lo constituye eso que se llama el voluntarismo. El programa está hecho por anticipado; sobre él se calcan las planificaciones particulares: se producirá tanto de trigo, tanto de algodón, tanto de maquinarias y herramientas dentro de cinco o diez años. He visto en un gran imperio a hombres de mi edad haciendo proyectos para los

últimos años de este siglo; yo sabía que todos estaríamos muertos y ellos también lo sabían: pero la ideología sobreviviría.

Lo primero que sorprende en Cuba —sobre todo, si se han visitado los países del Este— es la ausencia aparente de ideología. Sin embargo, no son ideologías lo que falta en este siglo; aquí mismo tienen representantes que os ofrecen por todos lados sus servicios. Vuestros dirigentes no las ignoran: simplemente no las emplean. Sus adversarios les formulan los reproches más contradictorios: para unos, esa ausencia de ideas no es más que un engaño; esconde un marxismo riguroso que no se atreve aun a decir su nombre: algún día, los cubanos se quitarán la máscara y el comunismo se instalará en el Caribe, a pocos kilómetros de Miami. Otros enemigos —o, a veces, los mismos— los acusan de no pensar nada en absoluto: “Están improvisando”, se me ha dicho, “y luego de haber hecho algo elaboran una teoría”. Alguien agrega cortésmente: “Trate de hablar con los miembros del gobierno: quizás ellos sepan qué están haciendo. Porque lo que es nosotros, debo confesarle que no sabemos absolutamente nada”. Y hace unos días, en la Universidad, un estudiante declaraba: “La autonomía nos resulta tanto más indispensable, cuanto que la Revolución no ha definido sus objetivos”.

A todo esto he oído mil veces responder: “La Revolución es una *praxis* que forma sus ideas en la acción”. Esa respuesta resulta lógicamente inatacable, pero hay que reconocer que resulta un poco abstracta. Hay que comprender, es cierto, las inquietudes —sinceras o fingidas— de quienes dicen ignorarlo todo o reprochan al movimiento revolucionario no haber definido sus fines. En efecto, en París, hace algunos meses, unos amigos cubanos vinieron a verme. Me hablaron largamente, con fuego, de la Revolución, pero yo traté en vano que me dijeran si el nuevo régimen sería o no socialista. Hoy en día tengo que reconocer que hacía mal en plantear el problema en esos términos. Pero cuando se está lejos se es un poco abstracto y se tiende a caer en esas grandes palabras que constituyen hoy símbolos más que programas. ¿Socialismo? ¿Economía liberal? Muchas mentes se interrogan: están convencidos de buena fe que una revolución debe saber dónde va.

De hecho, se equivocan. Nuestra Revolución, la francesa, la de 1789, fue totalmente ciega. La burguesía —que la realizó— creía ser la diosa universal, comprendió demasiado tarde el conflicto que la oponía al pueblo; y los mismos que votaron por la república, habían sido monárquicos dos años antes. Todo terminó por una dictadura militar que salvó a los ricos y reemplazó a la monarquía. Y, tras los espejismos de un rigor inflexible,

¡cuántas vacilaciones, cuántos errores, cuántos retrocesos sucedieron durante los primeros años de la Revolución rusa! La *Nep* fue impuesta por las circunstancias; la URSS no preveía el fracaso de los movimientos revolucionarios en Europa ni su aislamiento. Las nuevas ideas se expresaban dentro del contexto de una ideología sin flexibilidad, se convertían en quebraduras: el socialismo en un solo país, la Revolución permanente; invenciones que se creía poder justificar mediante citas. Y el pensamiento marxista quedaba desarmado ante la resistencia campesina: se hacía un viraje hacia la derecha, después hacia la izquierda, luego de nuevo hacia la derecha. Sea cual fuere su rigor o la amplitud de sus experimentos, la ideología sobrepasa por muy breve margen al presente.

Mas, la cuestión sigue planteada, bastará responder a aquellos que os preguntan: “¿Vais a hacer el socialismo?” que la praxis definirá ella misma su ideología. Quizá resulte mejor mostrar las consecuencias teóricas de la acción que se desarrolla en Cuba. Acaso se vean mejor los lazos dialécticos que unen la acción al pensamiento. Como yo mismo, extranjero a Cuba, he tenido que seguir ese camino, como he visto a través de las cosas que me han explicado, que los hechos originan las ideas, no me parece inútil retrasar aquí mi itinerario.

Las ideas vienen en parejas y se contradicen, su oposición es el motor principal de la reflexión. He aquí el primer conflicto que se instaló en mi espíritu: alguien que me hablaba de vuestra Revolución, un jefe, y afirmaba que vuestra acción no puede fijarse un objetivo a largo plazo, “porque es una *re-acción*, o si se quiere, algo que rebota”.

Quería decir con ello que vuestro pueblo, colocado frente a un vecino demasiado poderoso, no tenía jamás la iniciativa absoluta y se veía obligado a emplear todos sus recursos de inteligencia y de energía para *inventar* un contragolpe. Y agregaba: “¿Cómo podemos hacer planes a largo plazo cuando podemos vernos invadidos mañana, o bien sufrir la presión económica más intensa? La guerrilla, la resistencia al bloqueo económico, cambiarán necesariamente las estructuras de nuestra sociedad. Lo único que sabemos es esto: no seremos vencidos. Pero las condiciones de nuestra lucha nos cambiarán: *otra* Cuba conocerá la victoria”. Comprendí que él quería decir que vuestras “improvisaciones” no son, de hecho, otra cosa que una técnica defensiva: la Revolución cubana debe *adaptarse* constantemente a las maniobras enemigas. ¿Acaso las medidas de *contra-golpe* darán nacimiento a una contraideología?

Pero, más o menos en esos días, otros dirigentes me hablaban de ellos mismos. Les hice preguntas sobre sus vidas, sobre la evolución de su

pensamiento. Todos me dijeron que la Revolución los había arrastrado mucho más allá de sus primitivas posiciones. Habían ocurrido choques violentos y ellos habían tenido que enfrentarse a severas realidades: algunos de sus antiguos amigos no habían seguido el movimiento; los otros, al principio a regañadientes, se habían *radicalizado*.

¿Choque de rebote, o radicalización? Las dos nociones me parecieron, en un principio, incompatibles. En el primer caso, pensaba yo, uno se adapta, uno contempORIZA, todo debe permanecer fluido y los principios no deben constituir un estorbo. En el segundo, el movimiento revolucionario se hace más profundo, de manera segura y, en conjunto, regular; existe, pues, un orden de marcha, puntos de referencia, una dirección. Quizá resulte demasiado ambicioso llamar “ideología” al descubrimiento de una orientación, pero al menos hay que admitir que las exigencias de la praxis han cambiado las ideas de esos dirigentes revolucionarios.

En esa etapa de mi reflexión ocurrió el sabotaje del vapor *La Coubre*. Vi a Fidel Castro en la tribuna y al pueblo de pie frente a él; Castro habló, la tarde cayó sobre aquellos rostros sombríos, luego vino la noche. La agresión, quienquiera que haya sido su autor, provocaba ese choque: el discurso de Castro, la asamblea de ciudadanos. Para adaptarse al ataque enemigo, el jefe del gobierno tenía que exigir aún más, de vuestro pueblo y, de golpe, confiar aún más en él: reclamaba una unidad indisoluble y, justamente, el acto criminal de la víspera os unía en la cólera y en la movilización de todos los corajes. Si, dos días antes, en el fondo de algunas almas quedaba aún un poco de pereza, un deseo de reposo, de abandono perezoso, un optimismo cómodo, el atentado barría con todas esas ideas cobardes: había que luchar contra un enemigo implacable, había que vencer. Castro se identificaba con el pueblo, su única fuerza; el pueblo manifestaba al mismo tiempo su aprobación y su intransigencia: el agresor había tenido la iniciativa, pero el contragolpe provocado por su torpeza había sido la radicalización del pueblo por medio de sus jefes y de los jefes por medio del pueblo; es decir, las clases menos favorecidas. En ese momento comprendí que el enemigo, con sus maniobras, no hacía más que acelerar un proceso interno que se desarrollaba según sus propias leyes. La Revolución se adaptaba a los actos del extranjero, inventaba sus ripostas. Pero la situación misma de este país tanto tiempo estrangulado, hacía que sus contragolpes fuesen siempre más radicales, concedía cada vez más fuerza a las reivindicaciones de la masa. Queriendo aplastar vuestra Revolución, el enemigo le permitía convertirse en lo que ella era. Creí descubrir en la historia de vuestras luchas el rigor inflexible de una idea.

En resumen, diré que un movimiento —que comenzó bajo la forma de un *putsch*— vio desaparecer uno tras otro sus objetivos, descubriendo cada vez objetivos nuevos, más populares y más profundos, en una palabra, más revolucionarios. Y habéis comprendido, me parece —unos, enseguida; otros, poco a poco—, que el orden de vuestros fines se había presentado a la inversa: para lograr los objetivos más inmediatos y aparentemente más simples, había que apuntar de entrada hacia los más complejos y lejanos. Pero lo contrario también es cierto: para arrastrar a la nación entera, había que proponerle, en primer lugar, los objetivos universales que no alcanzarían sino al final.

¿Cuáles eran, pues, esos objetivos abstractos que parecían estar al alcance de la mano y que realizaban la unión de todas las clases? Son bien conocidos; otros —en 1933, en 1944— los habían definido: una nación soberana, dirigentes honrados, ciudadanos libres. Durante la primera mitad del siglo se efectuó más de una tentativa para realizar ese ideal, pero todas terminaron en el fracaso. Se observará, sin embargo, que la exigencia podía parecer modesta: constituye la más clara y la más simple afirmación de la democracia bajo su forma parlamentaria y burguesa: los ciudadanos deben defender sus derechos mediante su voto, delegan sus poderes en representantes cuya honestidad debe controlarse por el sufragio universal (si roban, no se les reelige) y cuya tarea debe ser defender en el interior y en el exterior los intereses de esa totalidad que es el país.

Ese ideal abstracto podía, en un momento dado, reunir a todo el mundo: ¿quién no reivindicaría la libertad frente a la tiranía, la honestidad frente a la corrupción? Sin duda alguna —y sobre todo, en las ciudades—, el Movimiento 26 de Julio (M-26-7) llegó a todas las clases sociales, porque en un principio no quiso más que eso. Había que derrocar a Batista. Nadie se preguntaba entonces por qué, en 1933, en 1944, hombres que habían sido, en un principio, honestos y rebeldes frente a la corrupción de los demás, se habían dejado a su vez corromper poco a poco y terminaron por traicionar al país. Nadie se preguntaba eso y, no obstante, en cierta forma, la pregunta estaba presente en todos, y hasta recibía una respuesta *ideológica* y pesimista: la inquietud de los cubanos, su escepticismo, se fundaban —en los momentos en que iba a nacer el M-26-7— sobre un profundo desprecio de los políticos; y ese desprecio, justificado por una larga experiencia, rendía en cierta forma servicio a los conservadores: el mismo quietismo que conduce a los campesinos a la resignación al decirles: “Sin azúcar no hay país”, el mismo desaliento, verdadero o fingido, la misma misantropía, empujaban a algunos a desesperar: los

hombres no cambian, el poder los echa a perder, siempre estarán en venta. De nuevo se insinuaba, en la sombra, una *teoría* de la naturaleza humana que convertía vuestras miserias en un destino inmutable. Y en lo referente a aquellos que se negaban a aceptar esa dimisión total, que trataban de unirse en contra del tirano, su desprecio del parlamentarismo y su inquietud misma, demostraban que nada tenían para oponer a las ideologías socarronas de la desesperanza, salvo su juventud, su coraje y su voluntad de cambiar. Pero, mientras tanto se estaba en el plano abstracto del parlamentarismo, la experiencia hablaba en su contra. Y, a partir de ese momento, sentían la necesidad de *otra* ideología, para apoyar sus esfuerzos y para devolverles la confianza. Era, si se quiere, el esquema de una teoría del hombre y de sus poderes; venía *reclamado por contragolpe*; nadie lo había trazado, pero él contenía ya el germen del radicalismo, pues debía facilitar a los cubanos la forma de *pensar* su condición y de cambiarla.

Los primeros elementos de esa nueva teoría se dieron por la práctica: Fidel Castro desembarcó un día en la Isla y subió a la Sierra. El heroísmo romántico de ese desembarco cubrió con un velo brillante el otro aspecto de su tentativa: el desarrollo riguroso de un pensamiento que inventaba a un tiempo sus conclusiones y su método; de manera que las primeras ideas, los principios de la doctrina, se desarrollaron en la sombra y fueron ganando los espíritus sin que éstos se dieran cuenta de ello. El político será siempre venal; Cuba no puede vivir sin la caña: Castro reunía esos dos decretos pesimistas y veía claramente que ambos constituían uno solo. El caso de vuestros políticos reformistas, de sus fracasos y de su corrupción podía compararse a otros esfuerzos y a otras derrotas: en América Latina y aun en China, donde quiera que la existencia aparente de una democracia parlamentaria y soberana esconde la naturaleza semicolonial del régimen económico. En Cuba misma, la corrupción no podía ser la simple consecuencia de la naturaleza humana: tenía por origen la mezcla degradante de poder y de impotencia que había caracterizado a todos vuestros gobiernos. Las instituciones que pretenden estar fundadas sobre la libertad se degradan forzosamente, cuando su fundamento real es la servidumbre. El desarrollo del monocultivo se presenta en *apariencia* como el resultado de una libre elección: Cuba aparenta haber aceptado libremente las inversiones americanas. Pero las transformaciones de las estructuras sociales que resultaban de ahí no podían considerarse ya como aceptadas libremente. El régimen de monocultivo debía dar a vuestro país una de las características más típicas del "semicolonialismo": ponía todas vuestras actividades nacionales bajo la dependencia de un sector de producción controlado por el extranjero y ligado directamente a la exportación. Vuestra economía

estaba condicionada por entero por las variaciones del precio del azúcar en los mercados extranjeros; no podía dirigirse ella misma y quedaba a merced de un desplome del precio y de los valores. Esos cataclismos que la amenazaban del exterior, su inestabilidad, la sucesión inevitable de años de “vacas flacas” y de “vacas gordas”, no eran consecuencias de leyes generales y absolutas, sino que había que ver en ellos los resultados —ríguerosos, en efecto— de una economía semicolonial. Ningún decreto de la naturaleza o de la Providencia había impedido el desarrollo del policultivo o de las industrias nacionales: pero una de las necesidades del “semicolonialismo” es que la potencia semicolonial —en este caso, Estados Unidos— se oponga a la industrialización del país semicolonizado, a la vez para evitar los riesgos de una competencia y para que las industrias necesarias a la “semicolonia” permanezcan bajo el control de los semicolonos y se conviertan en una fuente suplementaria de utilidades. Una de las consecuencias más visibles de ese régimen la constituye el hecho de que vuestro país, estrangulado por el monocultivo, importaba casi la mitad de los productos alimentarios que consumía. Dentro de esa dependencia casi total, ¿qué podían hacer los políticos que os gobernaban? Por el país, nada. Su impotencia no venía de sus vicios, sino de vuestra servidumbre, y, por el contrario, sus vicios nacían de su impotencia. Esos hombres que habían quizás, en la oposición, soñado sinceramente con servir a los intereses públicos, se encontraban por una especie de mixtificación de la cual eran primero víctimas y luego cómplices, conque al llegar al poder no tenían otra cosa que defender más que sus intereses privados. De manera que la corrupción apareció a los ojos de vuestros jefes revolucionarios, desde el año 1952, como un efecto y no como una causa. Si se quería que un gobierno fuese honesto, se precisaba actuar sobre las causas que habían corrompido al personal dirigente. En otras palabras, la democracia burguesa no era más que una broma pesada, sino se la fundaba sobre la soberanía nacional. Y esa soberanía, a su vez, aun cuando todos los países del mundo la reconocían de palabra, continuaría siendo una abstracción vacía en tanto que no resultase la consecuencia concreta de la independencia económica. Los primeros objetivos de la lucha revolucionaria se mostraban ya, descubriendo una finalidad más radical y más imperiosa.

Pero si bien la inmensa mayoría de los cubanos debía comprender y reclamar esa independencia, una minoría ínfima, pero poderosa, no hallaba en ella su interés. Lo que entonces aparecía de manera manifiesta era que el imperialismo económico del extranjero creaba necesariamente sus cómplices en los países mismos que aplastaba. La falta de estructuración de vuestra sociedad tuvo por origen el monocultivo; el monocultivo, a su

vez, creó privilegiados y víctimas; o sea, las estructuras coloniales de la superexplotación. Los mercados internos del país, controlados también por Estados Unidos, seguían, por otra parte, siendo limitados: el monocultivo iba a la par con los *latifundios*. Esa forma atrasada de cultivo, únicamente extensiva, no sólo conducía a dejar abandonadas inmensas extensiones de terrenos, sino que creaba igualmente un puñado de privilegiados que eran dueños de todo y mantenían a la masa campesina en la miseria: la producción nacional no podía encontrar salida en el mercado interior, porque la inmensa mayoría de los campesinos carecía en absoluto de poder adquisitivo. De esa manera, los grandes propietarios —estuviesen o no conscientes de ello— constituían los representantes del imperialismo extranjero sobre su propio suelo: luchar por la independencia de la economía cubana, por la soberanía de vuestro Estado y por la honestidad de vuestro personal dirigente, era luchar *primero* contra ellos. El objetivo político se había desvanecido ante el objetivo económico, y éste, a su vez, se desvanece ante el objetivo social. Los estudiantes, los pequeñoburgueses, querían al principio reformar las instituciones. Pero los revolucionarios, al *pensar* sus reivindicaciones reformistas, descubren de súbito el único instrumento capaz de realizar las reformas: el pueblo. Y, en particular, la clase más numerosa y más desheredada: los trabajadores agrícolas.

En este momento del pensamiento revolucionario, la liberación de Cuba se encuentra en manos del pueblo. Doblemente: sólo el pueblo puede sostener hasta el final la lucha por la independencia, porque el pueblo sufre en su cuerpo, por el hambre, por la miseria, por las enfermedades, por la fatiga inexorable, la dependencia cubana. Y sólo mediante la elevación del nivel de vida popular, sólo así, podrá romperse la estructura esterilizante de la economía, dar nuevo impulso al movimiento de industrialización, al desarrollo del policultivo. La radicalización de la ideología se logra aquí también a través de la práctica. Fidel Castro y sus soldados desembarcaron cerca de Santiago: la razón era muy simple, pero había que hallarla. Ese descubrimiento *práctico* que condicionará toda la ideología revolucionaria, constituirá el mérito histórico de Castro. Nehru decía de Gandhi: él buscó el punto débil del sistema y, una vez que lo hubo descubierto, golpeó sobre él sin descanso y todo el sistema se desmoronó; en otros términos, para suprimir el régimen de castas, Gandhi concibió la idea práctica y radical de atacar el elemento más débil y más fundamental: el problema del paria. Para Castro, cuyo pensamiento parece en este punto vecino del de Gandhi, no bastaba con derrocar el régimen semicolonial: había que encontrar el punto débil de todo el edificio y golpear duro. Comprendió cuál había sido la debilidad de las revoluciones anteriores,

en Cuba y en los Estados de América Latina: éstas se realizaban siempre con el consentimiento del ejército nacional. Pero este ejército, cuyos jefes pertenecían a la clase privilegiada, identificaba sus intereses con los de los grandes propietarios; aceptaba en rigor derrocar a un tirano demasiado impopular, pero no era sino para realizar una insensible labor de zapa sobre el nuevo régimen, para neutralizar sus tentativas de reforma y, finalmente, para hacerle abandonar el poder mediante un golpe de Estado. El ejército cubano protegía los latifundios y devenía, sin que de ello se diese cuenta claramente, el instrumento del imperialismo extranjero. Ese ejército se opondría a cualquier reforma de la estructura. Como, por otra parte, constituía la única fuerza de los grandes propietarios, si él desaparecía, con él desaparecerían sus posibilidades de sabotear una reforma. Había, pues, que atacar primero al ejército, y atacarlo allí donde resultaba más débil: en el campo y no en las ciudades, contando con la ayuda de los campesinos a quienes oprimía. Con él se desplomaría el sistema semicolonial. Esa visión clara y práctica que se concretó en las luchas de la Sierra Maestra, puso a los revolucionarios en contacto directo con la clase campesina y causó inflexiblemente su radicalización. Descubrieron primero la miseria rural, la explotación, la infelicidad: ese descubrimiento constituyó para la mayor parte de ellos un *shock* total; poco a poco fueron comprendiendo toda su importancia. Pero, además, si la población rural debía tomar en sus manos la lucha por la independencia, había que empezar por mostrarle que la independencia era asunto *suyo* y *su* interés fundamental. La naturaleza misma de la lucha debía revelar a los rebeldes la exigencia profunda del pueblo: atacar al ejército de Batista en el campo y promover la reforma agraria constituían en el fondo una sola y misma cosa. Y, a la conclusión de este largo desarrollo, se ven aparecer los primeros elementos de una ideología: la soberanía de Cuba, su independencia, la honestidad de sus jefes y la reforma agraria, están ligadas de manera indisoluble; la elevación del nivel de vida popular y el cambio radical de las antiguas estructuras se condicionan recíprocamente. Entre la ideología derrotista del parlamentarismo burgués, del individualismo y la ideología humanista del pueblo no hay término medio. El hombre es capaz de cambiar sus condiciones de vida. Pero no puede cambiar cualquier cosa y como quiera: en verdad, sólo podrá cambiar las necesidades objetivas, cambiándose *a sí mismo*. Puede obtener la soberanía nacional y la libertad, pero sólo puede hacerlo derrocando la falsa democracia burguesa que conservaba la miseria del régimen de propiedad. Puede hacerlo si deja de pensar en sí mismo y de quererse como *individuo separado*, orgulloso de sus diferencias y perfectamente importante para convertirse, en el pueblo y por el pueblo, en una persona libre en medio de todas las demás.

Detengo aquí mis reflexiones: se ha visto cómo una práctica lúcida ha cambiado en Cuba hasta la noción misma del hombre. Se ha visto también cómo los problemas humanos abstractos (honestidad, soberanía) conducen a los problemas concretos de la producción, de las estructuras sociales, y cómo esos problemas constituyen el aspecto práctico y material de una problemática humana y humanista. El método de pensamiento aparece aquí muy claro: no separar jamás las exigencias de la producción y las exigencias del hombre. El doble aspecto de la reforma agraria es un ejemplo claro de ello: concede un poder adquisitivo nuevo a las clases rurales y quiebra el dominio extranjero, al crear un mercado interno. Pero, al mismo tiempo, la reforma agraria es *justa*: suprime los privilegios y la miseria, permite al trabajador ser dueño de la tierra y fabricar una casa. Esos dos caracteres indisolubles constituyen, quizá, la originalidad de la ideología cubana: el problema humano debe resolverse en términos de producción; el único desarrollo viable de la producción será aquel que satisfaga en todo, todas las necesidades del hombre.

Después de esto, podemos comprender por qué el gobierno no se apura en formular declaraciones socialistas y liberales: lo que él hace día tras día bajo la presión extranjera, toma a sus ojos un sentido original y profundo. La socialización radical sería hoy un objetivo abstracto, y no se podría desecharla más que en nombre de una ideología prefabricada, pues las necesidades objetivas no la exigen por el momento. Si algún día fuese necesario recurrir a ella, se hará primero, por ejemplo, para resistir al bloqueo y a título de economía de guerra. Pero, de todas formas, el fenómeno aparecerá con la doble característica que encontramos en todas las medidas adoptadas por el Gobierno revolucionario: será una reacción, un contragolpe, y si resultase preciso mantenerla, será la expresión del sentido auténtico de la Revolución cubana y el término de su autorradicalización. Por otra parte, en ese instante nos sentiremos seguros de que esa socialización satisface a las nuevas exigencias de la producción y a las reivindicaciones humanas del pueblo cubano. Es muy cierto que la práctica crea la idea que la aclara. Pero sabemos ahora que se trata de una práctica concreta y particular, que descubre y hace al hombre cubano en la acción.

Traducción de J. J. A.

(“Ideología y Revolución”, en *Sartre visita a Cuba*, Colección Literatura, Edición Revolucionaria, La Habana, Cuba, 1961, pp. 1-17.)



# UNA ENTREVISTA CON LOS ESCRITORES CUBANOS

**S**eñor moderador: Señoras y señores: Como este acto es un poco improvisado, hay que advertir que cada persona hará una sola pregunta y la hará en español. El intérprete traducirá las respuestas. Como no tenemos una lista por orden alfabético, quienes quieran hacer alguna pregunta levantarán la mano.

*Señor Antón Arrufat:* ¿Qué cree usted de la literatura hispanoamericana, y en especial de la cubana?

*Señor Jean-Paul Sartre:* Primero hay que decir que, por desgracia, las relaciones culturales entre América Latina, Cuba y Francia, no son lo bastante estrechas para que yo pueda hablar de esa literatura. En lo que me concierne en lo personal, conozco cierto número de obras que me gustan; por ejemplo, la obra de Carpentier, la de Nicolás Guillén, que conozco bien, y otras más. Pero no podría hacer un juicio de conjunto sobre la literatura cubana. Si quieren, puedo hablar de esas obras que conozco, pero no pienso que pudiera hablar en conjunto de la literatura hispanoamericana.

*Señor Sergio Rigol:* En vista de la reciente publicación de algunas obras póstumas de Husserl, quisiera que me diera su balance general de la fenomenología como método y como intento de explicación de la realidad.

*Señor Sartre:* El método fenomenológico viene acompañado de una filosofía fenomenológica. Yo noto que en muchos casos en Europa hay tendencia a separar el método de la filosofía. El método consiste en lo que se llama describir; es decir, el momento en el cual uno se coloca ante un objeto complejo y sintético. Y nos apercibimos de que el análisis es impotente para hablar del objeto; esto es, eso equivaldría a tratar de describir un reloj separando las partes. Lo que se trata de hacer al describir, es describir el conjunto sin separar sus partes. Ese método ha sido justificado por Husserl acerca de una teoría de la conciencia; en particular, sobre una teoría de la conciencia trascendental y somos muchos quienes pensamos que esa teoría, por así decirlo, no es útil. Por ejemplo, en el terreno de la dialéctica, el momento de la fenomenología representa un complemento

del momento dialéctico. Es decir, antes de mostrar el pasaje a una síntesis de concepto, de emoción o de esencia, la fenomenología (y aquí volvemos al sentido que Hegel le daba) hace la descripción de las esencias contradictorias que van a superarse en una esencia nueva.

De manera que podría encontrarse, si se quisiera, en todos los niveles del movimiento dialéctico, un receso que resultaría la descripción; o sea, la fenomenología.

*Señor Rigol:* Le preguntaría si usted cree en una disolución de la fenomenología en la dialéctica; es decir, si la fenomenología ha fracasado como explicación de la realidad, pero ha triunfado como método.

*Señor Sartre:* Es exactamente lo que pienso.

*Señor Rigol:* Entonces, ¿coincide usted con Tran-Duc-Thao?

*Señor Sartre:* De ninguna manera. Porque hay muchas formas de comprender el marxismo, la dialéctica y sus relaciones con la fenomenología.

*Doctora Isabel Monal:* Quiero preguntar al señor Sartre cuál es su opinión sobre el arte social y, en especial, las manifestaciones escénicas del arte.

*Señor Sartre:* Quería contestar con otra pregunta: considero que, de todas maneras, todo arte es social; por consiguiente, pienso que usted hace alusión a cierta clase de arte y quisiera saber cuál.

*Doctora Monal:* Me refería al reportaje de *Revolución* de hoy, en el cual el doctor Fidel Castro hace una serie de manifestaciones sobre este arte y usted le responde que está de acuerdo. Quisiera que me ampliara.

*Señor Sartre:* Pienso que en el fondo, en vista de que somos todos intelectuales, puede presentarse el problema desde el punto de vista de la contribución del artista a un movimiento social del cual formo parte y al cual me adhiero.

Estimo que, en la conversación, él hacía una distinción entre períodos de calma durante los cuales la contribución del artista debía ser menos activa y períodos como el actual en el cual parece que todos los esfuerzos debían servir a esa finalidad. Como en este momento estamos en un período de movimiento, hablemos de eso nada más. El problema es saber si resulta posible para un escritor cubano de hoy en día no inspirarse en la situación en la cual se encuentra. El arte social, de la manera que se le comprende, no viene a imponerse desde fuera, pero si el arte está hecho con el conjunto de características emocionales que personalizan al escritor, es bien evidente hoy que las preocupaciones que acosan a la Revolución —en particular, el peligro en que se encuentra hoy en día— deben

pre-figurar las preocupaciones íntimas del escritor y, al mismo tiempo, su actividad, así como su destino, que debe participar en el momento, pues se trata de ganarlo todo o de perderlo todo.

En esas condiciones, los temas más clásicos y más abstractos —por ejemplo, el amor— no pueden ser sentidos por un escritor en tanto que él mismo es hombre, sino como una cosa que está en peligro y no hay una sola actividad que no pueda desaparecer, que no esté en peligro, por el peligro en que está la Revolución. A partir de ese momento, teniendo en cuenta que el escritor testimonia y le da una significación a ese conjunto práctico que es el suyo, resulta imposible imaginar que él pueda hablar de otra cosa que no sea el conjunto de liberación o de amenaza de una nueva esclavitud, la cual caracteriza esta situación.

Ni siquiera se concibe que ese escritor haya asistido al entierro de las víctimas del vapor *La Coubre* y que haya vuelto a su casa para escribir un poema sobre las flores, que de hablarles a los otros de las cosas que están sucediendo, y me gustaría una explicación de ese concepto.

Eso no quiere decir que una práctica determine una idea. Que no tenga nada que ver con ese acontecimiento. Que ni siquiera es posible desde el interior. Doy mi ejemplo personal. Salí de Francia con un prefacio que había comenzado y que da al tobillo y me siento completamente incapaz de encontrar un interés que me resultaría muy fácil encontrar en París.

Es decir, en definitiva, ese arte que usted llama social y que yo llamo comprometido, no hace más que reflejar el deseo, no hace más que reflejar la situación. Es lo que todos los escritores han hecho siempre, pues su silencio ha estado siempre tan comprometido como sus palabras.

Por consiguiente, puede considerarse que un escritor que no se compromete es un escritor que por ello mismo muestra que no está de acuerdo. En definitiva, no pienso que un arte social pueda imponerse al artista, pero si se estima que un escritor debe ser ante nada como todo el mundo y no una cosa singular, como se creía en tiempos de Maurice Barres, por ejemplo, resulta evidente que lo que él escribe es lo que todo el mundo siente o debe sentir. A mí me parece que el papel del escritor debe consistir en decir lo mejor posible y lo más claramente posible, lo que otras personas no tienen tiempo de decir, porque están ocupadas en otros trabajos, y no buscar cosas particulares o excepcionales que constituirían el dominio propio del arte.

*Señor Mario Parajón:* Usted ha escrito que una idea es al mismo tiempo la objetivación del hombre y su alienación.

*Señor Sartre:* No recuerdo haber escrito exactamente en esos términos, pero es como si lo hubiera hecho. Estoy de acuerdo. Una idea no es otra cosa que el sentido de una práctica. Por ejemplo, la teoría económica del bimetalismo o la concepción absurda del oro mercancía del siglo XVII español, se originaba simplemente en el hecho de que existían minas de oro de las cuales se sacaban lingotes que circulaban en el país. No soy cubano, pero por el hecho de estar aquí, estoy arrastrando ese prefacio como si fuera una bola de hierro que tuviera amarrada. Quiere decir que la práctica y la idea son una sola y misma cosa. Esto es, la superación de una situación por los hombres. Y en esas condiciones, una práctica es siempre alienación, al menos en las situaciones económicas y sociales que nosotros conocemos; porque el hecho de superar cierta situación en medio de otros individuos y de otros grupos sociales, lleva a los otros grupos a superar ellos mismos esa superación.

Y en ese momento, por consiguiente, la acción misma transformada por la acción de los otros, reviene como alienación sobre su autor; volviendo al ejemplo del oro español, tenemos la reacción que sucedió contra la importación en masa del “oro del Perú”.

Para la mayor parte de los comerciantes genoveses, milaneses o franceses de la época, España fue el país que provocó el contrabando de “oro”. De ahí vino esa especie de sangría perpetua de oro que contribuyó a debilitar a España, y, por ende, su acción misma se volvió contra ella.

La idea, la teoría económica del oro, que constituye al mismo tiempo esa cosa práctica que se conocía en esa época, es, por consiguiente, ella misma la transcripción en palabras o discursos de esa práctica alienada. Ella misma se convierte en alienación, y como toda práctica es objetivación de ella misma en el grupo; esto es, ella se crea su propia realidad en el mundo, puede decirse que la idea que representa esa práctica deviene, al mismo tiempo, la objetivación del hombre y su conocimiento como alienado.

Por otra parte, la contradicción se convierte en oposición a ese conocimiento, porque ella es primero una práctica que se opone a la práctica pasada. Si se quiere otro género de ideas, una idea de los cubanos de antes de la Revolución: “Los cubanos reaccionarios que decían que sin caña no había Cuba”. Esto es una idea, pero no era otra cosa que darle forma a un conjunto de prácticas de explotación que existía antes.

Por ello, un hombre que pensaba eso hace algunos años, se pensaba él mismo como cubano, en cierta forma, diciéndose: “Soy víctima de esa situación, mi destino es la caña de azúcar, el extranjero y los latifundistas. Por tanto, soy un hombre dotado de tal impotencia o de tal pequeño po-

der; luego, entonces, mi destino es tal o cual". Y esa idea resultaba cierta hasta que fue superada; es decir, hasta que aconteció la Revolución, la reforma agraria y el policultivo, etc. Y en ese nuevo contexto existe ya otra idea del cubano sobre sí mismo.

*Señor Humberto Arenal:* ¿Cree usted que la Revolución cubana cambiará radicalmente en el futuro las relaciones entre América Latina y Estados Unidos; o sea, entre países subdesarrollados y la última forma del imperialismo?

*Señor Sartre:* Sobre esas cuestiones políticas, quiero decir que vine aquí a aprender y no a decir; pero si quieren mi opinión personal, después de 15 días de estar en Cuba, diré que, en efecto, la Revolución cubana tiene una importancia capital para los países subdesarrollados de América Latina, y pienso, por otra parte, fundamentalmente, que eso da el sentido del conflicto entre la América del Norte y Cuba, y mucho más que los problemas que serían estrictamente de relaciones entre empresas privadas y el Gobierno cubano. Y el ejemplo más simple que he aprendido —porque todo eso, repito, son cosas que he aprendido aquí— es que la Compañía Eléctrica de Cuba es filial de otra compañía que tiene el monopolio de toda la electricidad en América del Sur.

Por consiguiente, los problemas resultan de seguro los mismos. Cuando se ataca a la compañía por haber sobrecapitalizado sus efectivos aquí, es bien evidente que ese tipo de ataque resultaría muy útil a todos los gobiernos de América Latina.

De manera que me parece que tenemos ahí una determinación doble y dialéctica que crea a la vez el peligro de la situación. Y todas sus posibilidades consisten en que, de una parte, Estados Unidos no puede dejar que vuestro país se convierta de cierta forma en el líder de masas de América Latina, y, por otra parte, que América Latina se encuentra ella misma llevada a tomar una posición que devendrá cada vez más favorable a vuestro país, sea cual sea la actitud de los gobiernos de esos países.

Por tanto, entre ese peligro y ese beneficio va a jugarse toda la política de Estados Unidos.

*Señor Eduardo Manet:* Usted hizo, hace algunos años, un guión cinematográfico y desde entonces no ha hecho otro. Quiero saber si rechaza la maquinaria comercial del cine o se ha desinteresado del cine como medio de expresión, y en este caso quisiera saber por qué.

*Señor Sartre:* No es por ninguna de las dos razones, pero usted sabe que los guiones vienen a la orden; es decir, los productores y los directores

vienen y le encargan a un escritor, que puedo ser yo, que escriba sobre un tema. En ese caso, el asunto interesa o no interesa.

Por otra parte, acabo de terminar un guión sobre “La vida de Freud”. De hecho, para mí, el cine constituye un medio de expresión que considero capital y es la razón por la cual, además, no me siento del todo encantado cuando hago un guión, porque creo que las películas que se hacen con un guionista y un director, dos personas completamente diferentes, pueden resultar sencillamente pasables, pero jamás muy buenas. No es de esa forma que concibo el arte cinematográfico. En Francia, como usted sabe, existe ahora lo que se llama “el joven cine”, en el cual, por otra parte, hay sexagenarios, pero que están reunidos todos alrededor de esa idea: o bien el director hace él mismo su guión, o bien director y guionista están unidos de tal manera que la dualidad deja de existir, lo cual no es posible, por ejemplo, cuando se tratan asuntos como en “La vida de Freud”. No pienso que el cine está hecho para eso. Se presta mucho más para describir momentos individuales, sociales o colectivos que para montar historias complicadas por medio de imágenes, y, sin embargo, expresa mucho por ese medio; es decir, por las imágenes. Eso quiere decir que cuando se es escritor de profesión y de edad un poco avanzada, no se tiene mucho que hacer en el cine.

*Señor Guillermo Cabrera Infante:* Quisiera que usted nos dijera si piensa que la “Solución De Gaulle” constituiría la solución correcta a la vez para el problema de Argelia y para el actual problema de Francia.

*Señor Sartre:* Lo que me impide responder es que no conozco la “Solución De Gaulle”. Conozco varias que son contradictorias; pero lo que De Gaulle quiere dar como solución a Francia y a Argelia, cualquiera que ella sea, y aun concediéndole la mejor buena voluntad, no tiene ninguna importancia, si tenemos en cuenta que no hace nunca lo que él quiere. No puede llegarse al poder apoyado por un ejército y realizar una política contraria a los intereses de los que lo llevaron al poder.

Por el momento, el problema de De Gaulle radica en la impotencia. La verdadera pregunta que había que hacer es: ¿Piensa usted que los franceses encontrarán una solución para De Gaulle? A eso, lo único que puedo responder es que es asunto de una generación. Por el momento, la situación no resulta muy brillante. Sería deseable que se hiciera aún peor, porque entre nosotros hay muchos que tienen que ser despertados. Eso es lo que puedo responder. Hay que agregar que el problema de la autodeterminación en Argelia podría resolverse, en primer lugar: a condición de que las elecciones se desarrollaran regularmente, si el ejército no se

encarga de hacer las elecciones, y en segundo lugar, si la solución por la independencia es una posibilidad reconocida a los argelinos. Ahora bien, en este momento queda entendido que será el ejército el encargado de asegurar el orden en las elecciones. Hasta ahora, los musulmanes nunca se han negado a votar, pero como votan con una bayoneta apoyada en los riñones, mientras haya bayonetas seguirán votando de la misma manera. Así que la primera condición nunca se llenará.

La segunda condición era que la autodeterminación pudiera conducirlos directamente a la independencia; pero De Gaulle acaba de declarar en un discurso que, si los argelinos votasen por la independencia, Francia dividiría en dos a Argelia; esto es, tomaría las mejores tierras para los colonos y dejaría a los argelinos libres el desierto, lo cual representa una amenaza. En esas condiciones, la ligerísima esperanza que quedaba de la autodeterminación está completamente aniquilada. Mientras el ejército no quiera terminar la guerra argelina —y no lo querrá jamás—, la situación seguirá como está hoy en día. Ahora bien, el interés del ejército es la guerra de Argelia, porque es un ejército pasado de moda, que puede escoger entre dos cuarteles en Francia y una pequeña guerra colonial de medio millón de hombres; se cubren de gloria manteniendo en cintura a 5 000 rebeldes. Se les doblan los salarios y el poder del ejército sobre el país resulta evidente. Ésa es la verdad. Todo lo demás son palabras.

*Señor Pablo Armando Fernández:* Señor Sartre, ¿cree usted que nos está sirviendo para algo a los hispanoamericanos seguir tan de cerca la cultura europea?

*Señor Sartre:* Lo pienso, pues no constituye un problema que haya que considerar solo, sino que es un fenómeno natural europeo que constituye en sí un rechazo a la cultura de América del Norte; en otras palabras, la cultura de América del Norte tiende demasiado a infiltrarse por todas partes. No hablo de Cuba, de la cual no tengo experiencia, pero veo en nuestra experiencia, la francesa: a nosotros no nos queda el recurso de virarnos hacia Europa. Pero es evidente que un país como el vuestro, mientras más ustedes se interesan en los problemas culturales europeos, más buscarán, en suma, la manera de establecer un dique contra la otra cultura. De manera que, en realidad, ustedes tienen las dos culturas. Ustedes impiden con una, que la otra de sus vecinos los invada, pero gracias a eso, pueden ejercer una selección que permitirá que lo mejor de América del Norte penetre en su país de todas maneras.

La ciencia y la sociología europeas no pueden verdaderamente balancear en todos los planos la sociología norteamericana. Por otra parte,

cierta conciencia que nosotros hemos mantenido puede contrabalancear, por ejemplo, el *Reader's Digest*.

*Doctora Mirtha Aguirre:* El señor Sartre nos hablaba hace un momento del escritor que rehusaba comprometerse y que con eso ya indicaba que estaba en desacuerdo. ¿Cree usted, en realidad, en la posibilidad de la existencia del escritor, del artista no comprometido?

*Señor Sartre:* Pienso que todos los escritores están siempre comprometidos. Se recuerda en particular la indignación que testimonió Thierry Maulnier, un periodista del *Figaro*, que apoya el ejército y la guerra en Argelia y que cada tres días publica un articulito en el tono que ustedes pueden imaginarse, cuando dijo que todos los escritores estaban comprometidos. Maulnier declaró que la literatura tenía el derecho de hablar de otras cosas que no fuesen del dominio corriente y para probarlo cada año ha escrito una poesía contraria. Es decir, selecciona una poesía comprometida en el otro sentido. Parece imposible que no se esté, por lo menos, en sentimiento. Por ejemplo, Simone de Beauvoir ha estudiado el caso de uno de los hombres que parecía menos comprometido en el siglo XVIII, el caso del marqués de Sade; o sea, un hombre que escribía casi exclusivamente obras sobre el erotismo y el sadismo. Ahora bien, si examinamos la vida de ese marqués, constatamos que estuvo desde el principio profundamente formado por la decadencia del Antiguo Régimen y como su reacción literaria y personal fue, de una parte, el sadismo y, por otra parte, presidente de la Sección de Lanzas durante la Revolución —es decir, una de las secciones más revolucionarias del 93—, y si miramos su obra nos apercebimos que es un testimonio apasionado acerca de todas las realidades de su siglo.

Primero, el sadismo del cual nos da pruebas parece, en cierta forma, una última reacción degenerada y apasionada contra la pérdida de derechos de los señores sobre los hombres y sus tierras. Es decir, ahí está contenida una especie de afirmación de los derechos de sus héroes, para hacer mal a las personas que dependían de ellos, lo cual significa en efecto una especie de última tentativa de la parte del señor para reconquistar sus derechos. O si usted lo prefiere, una especie de pensamiento feudal que se vuelve loco, porque ya no halla tradiciones en que apoyarse.

Además, el debilitamiento de esos conceptos deja penetrar en él una muchedumbre de ideas de origen científico burgués. En particular, la idea de la naturaleza en nombre de la cual, como usted sabe, se ha hecho teóricamente la ideología de la Revolución.

Pero entonces se encuentra en presencia de una naturaleza que él quiere probar que es mala, mientras todo el mundo afirma que es buena.

O bien, cuyas destrucciones él quiere probar que son buenas, cuando los otros las ven destructivas. Y por ahí llega a plantearse el problema burgués, de la Revolución, y el problema del pesimismo, mientras que el tipo mismo del revolucionario burgués, es optimista.

Al mismo tiempo, la ruptura de los lazos feudales permitía a la burguesía que se creía universal, tener relaciones, que ella juzgaba humanas, de revolucionario a revolucionario.

Sade planteó el principio de la comunicación por medio del “sadismo”. Esto es, tuvo una concepción pesimista de la comunicación. Ahora bien, a partir del año de 1793, la burguesía no era ya una clase universal, aún no existía el proletariado propiamente; pero había una mezcla de pequeños artesanos, de obreros y aun de campesinos venidos a la ciudad, cuyo pesimismo —porque en ese momento no existía teoría política— negaba las comunicaciones que los burgueses en su optimismo creían establecer con ellos.

De manera que puede verse que la evolución del marqués de Sade ha hecho que su obra, bajo una forma paradójica, rechace todos los momentos ocurridos desde fines del siglo XVIII hasta la muerte de Robespierre.

Si usted dice que se comprometió contra el buen sentido, de acuerdo. Por otra parte, constituye una vía que todavía tiene sentido hoy día y que podemos comparar a los discursos optimistas de los burgueses de la época. O sea, expresa al mismo tiempo la rabia de los ricos que sienten que pierden sus derechos y la decepción del pueblo mezcla todo eso en un grupo cuya existencia sentimos hoy día.

En otras palabras, estamos en una época que se asemeja mucho a la que llevó a Mallarmé a declarar que la poesía era crítica. Hoy podemos afirmar que la literatura se ha convertido en crítica. Todo el mundo se compromete cuando escribe, pues se escribe lo que se ha hecho.

Pero, justamente, la literatura crítica es la que sabe lo que dice. Sade no sabía en términos profundos lo que decía. Representaba una especie de locura de la Revolución. Y en ese sentido puede encontrarse su verdad propia; pero somos nosotros, en 1960, quienes conocemos su verdad. Lo que yo llamo hoy día un “escritor crítico”, “comprometido” es aquel que hablando, tal como se ha hecho desde hace mucho tiempo, conoce ya la verdad de lo que hace, porque critica no para hacer un lirismo loco, sino para llegar a una verdad, lo cual no quiere decir que rechace el lirismo loco, sino simplemente que se conoce a sí mismo.

*Señor José A. Baragaño:* La respuesta que necesito de acuerdo con los trabajos que estoy haciendo, es su opinión actual acerca de su obra del pasa-

do, y cuáles son las proyecciones actuales de su pensamiento. Y sobre todo, estas proyecciones con respecto al poeta, que usted estima especiales de acuerdo con la libertad que usted confiere a todas las artes. Me refiero a la diferencia que usted establece entre las artes en los trabajos que ha hecho sobre este asunto. Es decir, sus obras actuales en relación con sus obras pasadas y después el problema de la libertad del poeta. Ésa es la pregunta.

*Señor Sartre:* Partí de una posición ontológica; es decir, de un estudio de lo que en cierta filosofía se llama “la existencia del hombre”. Y en ese nivel hay que considerar que el método que he utilizado es más fenomenológico que dialéctico. Esa ontología, me parece hoy, en conjunto, siempre cierta y necesaria, porque hasta ahí pueden descubrirse las condiciones de la libertad del hombre; pero la considero profundamente abstracta, pues hay hombres y no existe aparte *Da-Sein* (el Ser-ahí) o la existencia pura alcanzándose ella misma. Hay hombres condicionados primero, por la situación material, por las relaciones de las fuerzas de producción, por las relaciones de producción y por el conjunto de hechos que sobre todos los planes derivan de esas premisas. En otras palabras, me parece que no puede apartarse a los hombres, sin un estudio, que yo llamaría marxista, del grupo en el cual están y del tipo de producción, del tipo de sociedad productora con todas las relaciones internas que ellos representan. Sin embargo, ¿por qué digo yo que la ontología permanece? Porque estimo que para que el hombre, por ejemplo, sea esclavo y para que pueda ser liberado, se necesita que en él mismo exista, aunque no fuese más que para ser engañado y mixtificado, la dimensión de la libertad. Jamás podrá decirse que una piedra es libre, pero tampoco, esclava. Esas dos nociones están completamente ligadas y pienso que el marxismo en sí mismo arriesgaría hoy día degenerar en un economismo, si él no se hubiera salvado de ello por el estudio de esa dimensión particular, de ese ser particular entre todos que es el hombre. Eso no significa más que una dirección suplementaria del estudio. Eso no quiere decir que el hombre sea primero libre y luego esclavo. Hasta ahora siempre ha sido alienado. Constituye simplemente una dimensión y una intuición más profundas de lo que puede ser su alienación y al mismo tiempo, naturalmente, de las posibilidades de poner fin a ella; en particular, la dialéctica materialista tiene lo siguiente en su realidad profunda, lo cual es ignorado por muchos marxistas franceses: la irreductibilidad de las formas superiores a las formas inferiores. No quiero decir por ello la irreductibilidad del hombre a la materia, pues el hombre es totalmente materia y no puede ser otra cosa; quiero decir la irreductibilidad de la acción, de la praxis cualquiera que ella fuese, a las

condiciones que la han producido. A esa irreductibilidad la llamaría hoy en día la libertad.

Para tomar cualquier ejemplo, admitamos que pueda darse el conjunto de circunstancias que debían condicionar cierta acción revolucionaria. O sea, en Cuba había que atacar al ejército que estaba, en suma, pagado por los latifundistas y por ese mismo hecho se encontraba en la situación de ser el apoyo del imperialismo en Cuba. Hoy en día puede razonarse muy bien sobre todo eso y desenmascarar de un extremo a otro la objetividad. Yo digo que la praxis de los hombres que desembarcaron con Fidel resulta irreductible: a las simples condiciones objetivas, las superan revelándolas. El solo hecho de verlas para combatir las implica una superación que es irreductible a un simple determinismo. Resulta imposible que entre todos los revolucionarios que ustedes conocen, nosotros concibamos una determinación de la comprensión. Es decir, de factores que también determinan ese sistema mecánico que sería el hombre y entonces resultaría que la situación objetiva constituiría el reflejo de ese hombre, lo cual es perfectamente imposible.

No debe dejarse que la praxis se convierta a su vez en objetivo, pues, en efecto, a partir de un momento, el solo hecho del desembarco y ocupación de ciertos puntos de la Sierra Maestra, determina para nosotros —lo mismo para los batistianos que para los pequeñoburgueses— una situación nueva en la cual la práctica de Castro existe como factor objetivo y en la cual las reacciones de fuerza pueden considerarse, estudiarse por cada uno; pero todavía ahí se traía de una praxis. Por ejemplo, el pequeñoburgués que decidirá entrar en la clandestinidad, que no puede ser reducido. En otras palabras, la praxis entra todo el tiempo en las condiciones objetivas, pero a condición de superarlas hacia un cambio.

Por consiguiente, ese pasar del objetivo a la aclaración práctica del mismo objetivo por la praxis, eso justamente yo lo llamo la libertad. Pero también podría llamársele dialéctica, porque es la misma cosa. Y por eso considero que el momento del estudio abstracto de la existencia no tiene ya razón de ser por sí mismo, teniendo en cuenta que resulta mucho más interesante volverlo a encontrar todo el tiempo en el estudio de un sector antropológico cualquiera, sea en el nivel de la sociología, en el nivel de la historia. Ésa es la respuesta a la primera parte.

En cuanto a la segunda —es decir, la libertad en el compromiso y la libertad del poeta, que habíamos justamente tratado a propósito del problema dialéctico y el problema de la libertad—, podemos tomar las cosas en los mismos términos. Yo decía hace un momento de una manera más

simple, que la situación objetiva halla su intérprete de otra manera; esto es, no pueden crearse leyes de Estado, leyes estatales para definir cuál es la realidad, la objetividad y cuál, la mejor manera de descubrirla o de cambiarla; pues si se establece de esa manera una forma general o bien ésa será una objetividad absoluta para los escritores que cubrirá la praxis real y que ellos estimarán insuperable, la cual interferirá en el interior de ellos mismos con sus propias maneras de vivir y de ver la situación y que provocaría en ellos lo más grave que puede existir para un escritor; es decir, la autocensura. O bien se considerará —porque el gobierno lo ha determinado, pero sin insistir en verdad en ello— como un contexto que puede superarse, que no es verdaderamente impuesto, entonces la superación misma de esa ley hará que cada uno vaya después de hacer una reverencia, de quitarse el sombrero ante los representantes del gobierno, en la dirección que éste prefiere.

Por ello, no existe otra posibilidad para un literato que ser a la vez una expresión consciente él mismo de esa situación y una actitud práctica libre que lo supere. Quiero decir, no se trata de que por un escritor supere una situación creada por un político, por un pueblo; no es eso lo que quiero decir. Lo que entiendo por superar es que al cabo supere todo en la medida en que expresa todo y lo producido por todo. Por ejemplo, yo supero la casa Upmann entera, cogiendo un cigarrillo y encendiéndolo. Por tanto, superar quiere decir simplemente expresar una objetividad, repito, una significación cualquiera que ella sea; esto es, la expresión humana y práctica del objetivo resulta una superación dialéctica de ese objetivo mismo. Sentarse sobre una silla es superarla. Decir cómo es una silla es superarla. Cantar a una silla es igualmente superarla. De manera que desde ese punto de vista, si consideramos que se trata de producir signos, hay que comprender también que en la medida en que somos escritores tenemos un poder total y no hay que creer que un escritor que tome parte en una revolución sea un hombre desinteresado; por el contrario, afortunadamente, los hombres desinteresados han terminado por encontrar interés y después se “chivaron”.

Si, por el contrario, se está seguro que la causa popular es también ese interés, en ese momento puede contarse con ellos. Siempre los revolucionarios sienten cierta desconfianza de los intelectuales, porque los intelectuales han querido desempeñar un papel demasiado generoso, ponerse al lado de la Revolución. Siempre tenían miedo que al cabo de un tiempo dijeran: “Bueno, ya esto no nos divierte”. En realidad, el interés del escritor es tener un público que sea todo. Un escritor aristocrático del

siglo XIX o del XVIII tenía otros problemas, pero podía tener un lazo, teniendo en cuenta la ideología y la escritura con una aristocracia.

Entonces había un curioso movimiento de balanceo en nuestros escritores del siglo XVIII entre los nobles o los monarcas que los explotaban y la burguesía que ellos explotaban. Hoy en día, la situación resulta más clara, teniendo en cuenta que la burguesía no puede interesar más que a gentes que quisieran tener un público aristocrático, porque es la minoría. Pero, por otra parte, la burguesía está bien lejos de ser una aristocracia, no hay más que examinar la burguesía en las grandes residencias de aquí, por ejemplo. En resumen, la idea de aristocracia lleva en ella una contradicción que la hace morir.

Por consiguiente, el solo público posible para un escritor es todos o, si se prefiere, la mayoría; con la excepción del público de las grandes residencias. Ése constituye nuestro interés. Y entonces se plantea el problema —y ésa es la cuestión de compromiso— de saber cómo puede llegarse a ese público, porque no resulta fácil llegar a él. No es fácil a causa de las circunstancias, a causa de nosotros mismos, de la manera en que estamos hechos y también por lo que es ese público. Digo por las circunstancias primero, porque hay cuestiones difíciles que los intelectuales deben tratar en grupo o aisladamente; esto es, problemas de orden más o menos teórico. Resulta bien evidente que no puede pedirse en el primer momento al pueblo que inicia su revolución que encuentre interés en cuestiones que permanecen lejos de la práctica inmediata. Creo que es interesante para la teoría, para comprender los hechos, determinar, por ejemplo, la relación entre el método fenomenológico y la dialéctica. Pero hay que pensar que ese problema no interesa actualmente a los miembros de una cooperativa. Y puede ser que no llegue a interesar jamás. En ese caso, el problema resulta falso. Si es cierto, terminará por interesar un día. Por el momento es evidente que hay cierto divorcio.

Por otra parte, nosotros mismos sufrimos una contradicción primera, consistente en lo siguiente: no queremos perder las cualidades que hacen de un escritor un testigo fiel. Quiero decir, primero: tomar cierta distancia con respecto a lo que vemos; no tener siempre la nariz metida en las cosas; no repetir, lo que conviene que repitan los periódicos, sino tratar de presentar en una obra las cosas con cierta distancia que permita contemplar una totalidad. En segundo lugar, tenemos el problema propiamente dicho de la forma. Nadie puede creer que en el arte debe desaparecer la forma, sin que el arte desaparezca al mismo tiempo, pues el arte es forma, “poner en forma”. Dicho esto, tenemos lo que llamo “formalistas”,

las personas que tienen una forma antes de tener un contenido. Pero alguien que ha sacado algo que decir de todo un conjunto de experiencias, de acciones y de pasiones, o bien hace un reportaje, si toma la forma común, o bien se convierte en artista, si deja que ese objeto desarrolle él mismo su exigencia de forma. Por ello, tenemos un problema que no resulta completamente el mismo que puede plantearse alguien que pertenezca al pueblo, que actúa en el primer período. Es decir, en el período que la conciencia revolucionaria no está aún desarrollada, ni en ellos, ni en nosotros. El problema radica en que ellos quieren que se les dé una versión simple, pura, sin contradicciones que puedan resultarles molestas y con el máximo de adhesión a las cosas de la política o al objeto que se describe. En otras palabras, un pueblo necesita del optimismo —y no hablo solamente de un pueblo revolucionario, al contrario, quizás él tenga menos necesidad—, hablo, por ejemplo, de Francia, un pueblo donde los obreros se encuentran en una situación de la cual no pueden tener esperanza de salir mañana o pasado mañana.

Les hablo de una manera muy clara en relación con una pieza que van a presentar aquí que se llama *La ramera respetuosa*. Es una pieza sobre el racismo. Una prostituta trata de rechazar un momento y termina por ceder a la presión, porque no existe nadie más respetuoso de las autoridades que una prostituta, y no me pareció, pues, completamente normal, mientras escribía eso, terminar con una rebeldía completa por parte de esa mujer. Ella siempre ha figurado entre lo que se llama “el parásito de la burguesía”, y no había razón alguna para creer que, después de un momento de rebeldía, ella pudiese ser otra cosa, que no recayese en lo de antes.

La pieza se presentó en Rusia, y los rusos me dijeron que cambiara su final y le pusiera el final de la película que era optimista —esto es, la prostituta se dejaba meter en la cárcel para no tener que acusar al negro—, y ellos me dijeron, muy gentilmente, que al público no le gustaría un final como el de la obra.

Lo acepté porque ya había aceptado el final de la película, pero estaba un poco molesto; porque son ellos quienes decían que al público no le gustaría ese final. Pero, en realidad, el público que viese la pieza, si ésta le gustase, también le gustaría el final. Pero me equivoqué, porque un tiempo después un grupo de jóvenes obreros franceses, que querían hacer teatro para el proletariado, quiso presentar *La ramera respetuosa*, y lo hicieron en un pueblecito en “tienda de campaña” durante las vacaciones, donde había, sobre todo, obreros que trabajaban en las carreteras, y la reacción

de todos esos obreros resultó la misma: preguntaron por qué se termina mal, por qué la ramera no se mantuvo hasta el final: ¿Por qué cede? Y ésas eran en verdad gentes que venían de todas partes y habían construido un punto de vista común. Cuento esa historia porque encuentro que suscita un problema el cual constituye una grave contradicción existente, en determinado momento, entre los intelectuales que sirven a una revolución, pero que no son revolucionarios, y las masas. El mismo problema se le planteó a un gran escritor chino (Lu-Sin). Él describía el mundo que veía; es decir, un mundo que le había hecho lo suficiente para rebelarse, para que él se convirtiera en el amigo de los comunistas que querían cambiar ese mundo; pero él escribía al mismo tiempo con una especie de desesperación, lo cual muy a menudo le reprochaban suavemente, y llegó a aceptar cambiar el final de sus novelas dos o tres veces para que fueran menos sombrías.

Y a ese realismo se ha llamado de fábrica, por bien conocido el nombre de realismo crítico, dejando entrever que era el momento cuando la literatura debía hacerse destructiva y dejando, evidentemente, el caso de la literatura constructiva para luego; esto es, con los chinos o los rusos lo que se llama el realismo comunista propiamente dicho. He ahí, pues, el primer problema que planteo, y que me parece en extremo difícil, si lo expongo solamente. Es la contradicción. Si pensamos en verdad que una prostituta no es capaz, teniendo en cuenta su manera de pensar, de resistir a una presión de ese género, ¿debemos o no hacer que esa prostituta tome una actitud revolucionaria y se vaya a la clandestinidad sencillamente por resultar agradable a las personas que no gustan de un final de otro tipo? Es el problema que planteo.

De una manera más general, la literatura constituye una lucha, una posición, al menos como la conocemos actualmente. Aun ustedes que no tienen más que un año de Revolución y que tienen una experiencia precedente en la literatura, ¿por qué oponerse? Si ustedes me muestran un espejo, yo no estaré muy contento y ninguno de ustedes tampoco; pero ésa es la literatura. Por ende, de cierta forma ella dice no, pero cuando se es arrastrado en un movimiento que aprobamos totalmente, el movimiento que el intelectual aprueba totalmente, ¿acaso puede hacerse una literatura que diga sí —entendemos que diga sí al conjunto—, porque si uno lo dijese sería contrarrevolucionario? Que acepte, ¿pero debe ella tener un género de adhesión tal, que su aspecto precisamente de significación desaparezca, pase en silencio? Ustedes saben que en los periódicos locales, de provincia, se describen, por ejemplo, banquetes en los cuales se han reuni-

do antiguos combatientes. Entonces se dice: “La encantadora señora tal tenía un vestido encantador; se sentó a la mesa cubierta de flores; el Presidente de la sociedad pronunció un discurso, después los muchachos y las muchachas bailaron...”, etc. “Y todo el mundo se fue riendo mucho del chiste del señor tal”.

¿Y la literatura se ha hecho para eso, y no constituye un peligro que ella se convierta en algo como eso? Les hago la pregunta porque ya es capital —y resulta capital sin que yo pueda resolverlo en manera alguna—, porque en mi país todavía no he terminado de decir no y estoy tranquilo, pero en un país donde se dice sí, hay un problema especial, el que acabo de decirles: que la autonomía del arte se conserve al mismo tiempo que el arte concurre a la acción social, que es la prueba; pues, en el fondo, la libertad siempre representa una distancia que, entiéndanme bien, no constituye una distancia en lo referente a los proyectos ni a las realizaciones, ni tampoco una crítica de tal o cual medida particular, en manera alguna, pero cierta manera de pintar. En fin, existen los defectos de la situación, defectos de nuestras realidades. Y, en tercer lugar, hay otro problema, particularmente importante en los países subdesarrollados, y es que se necesita que la cultura progrese; en otras palabras, que se suprima de manera progresiva el analfabetismo para que tengamos ese público total que deseamos tener, pues actualmente tenemos el todo como público virtual, pero de ninguna manera como público real.

Eso plantea todavía otro problema y aun teniendo en cuenta que, en países subdesarrollados como China, eso impone deberes a los intelectuales, porque bruscamente se halla uno ante hechos como el siguiente: no hay suficientes profesores o maestros; los niños no tienen suficientes libros, etc. Por consiguiente, se trata de que, en ciertos momentos, el intelectual se someta de una manera mucho más brutal para él a las exigencias de la situación y resulta normal que se pida a intelectuales que escriban libros para niños, si los niños no tienen libros. Y aun ahí tenemos algo que hace todavía más difícil la función misma de escritor y de intelectual. De manera que, en el fondo, son tres puntos de vista que yo planteo, tres preguntas que yo planteo. En cuanto se trata de la poesía propiamente dicha, encontramos todo eso; por ejemplo, hay lenguas poéticas y la poesía no es la prosa. Ya le contestó André Bretón a alguien que le decía que poeta, según Saint Paul Roux, quería decir tal cosa: “Si Saint Paul Roux hubiera querido decir eso, lo hubiera dicho”. El tipo de lenguaje de la poesía es completamente diferente al de la prosa, porque, a mi entender, ella supone cierto fracaso de la comunicación en prosa, representa otra

manera de emplear las palabras, que usamos por su poder de sugestión, las usamos como accidentes que ponen en juego las extrañezas del lenguaje, etc., etc. Pero el lenguaje que el pueblo recibe del intelectual es la prosa, no digo el lenguaje del pueblo en sí mismo, porque los poemas del pueblo — por ejemplo, muchas de nuestras canciones francesas— resultan mucho más difíciles de lo que se creen y no se sabe con exactitud qué significan. Me acuerdo en particular de una de ellas en la cual el lecho de dos amantes que están acostados se convierte bruscamente en el lecho de un río. De modo que se tiene la impresión, sin que se sepa con claridad, de la manera en que ellos se amaron y que culminó en un pacto suicida.

Son poemas que tienen todas las cualidades intelectuales de los poemas que pueden hacer los poetas y el pueblo los comprende. La prueba está en que esa canción de la cual les hablo es una de las más célebres de Francia.

Pero cuando se trata de aquellos que hacen de la misma manera poemas para el pueblo, en tanto que están aislados por la cultura intelectual, no es que no se les comprenda porque son oscuros, sino porque no tienen el mismo género de oscuridad. Eso depende de otras leyes y de otras reglas que constituyen las de un intelectual. Por eso, un error que me parece muy grande y que se ha cometido en ciertos casos, es hacer prosa en verso y creer que se ha resuelto el problema de la poesía popular.

Ustedes pueden ver, así, cómo alguien podría hablar de los grandes sucesos en Cuba —por ejemplo, del entierro que vimos el otro día—, mostrar su belleza y su grandeza, pero eso sería prosa, sería la prosa en verso, pero, prosa.

De manera que desde ese punto de vista parece que sí debe existir una poesía revolucionaria; o bien ella saldrá simplemente del pueblo o bien de intelectuales que habrán sabido redescubrir el uso poético del lenguaje como lo conoce el pueblo.

Claro, ustedes están en un período de transición, pues yo pienso que en la empresa revolucionaria, cualquiera que ella sea, lo que hay de particularmente beneficioso, particularmente feliz, es que ella representa el riesgo de poner en algunos años el nivel del pueblo y sus exigencias por encima de los intelectuales. En ese momento resultarían necesarios nuevos cambios.

*Señor Virgilio Piñera:* A pesar de todo, usted sigue siendo un intelectual. ¿Cambiaría la condición de tal por la de hombre de acción política?

*Señor Sartre:* Por nada del mundo.

*Señor Piñera:* Pero usted ha tenido un partido.

*Señor Sartre:* No, es algo que se ha dicho para desacreditar a ese partido, haciendo creer que estaba dirigido por un intelectual. Ese partido tenía sus defectos, pero también tenía jefes que yo puedo certificar que no eran intelectuales. De vez en cuando he escrito cuando me lo han pedido.

*Señor Fausto Masó:* Partiendo de la base de que todo escritor es un escritor comprometido, ¿usted diría que Heidegger está comprometido?

*Señor Sartre:* Cuando hablo de escritores, no hablo necesariamente de los filósofos. Personalmente pienso que un filósofo que no desemboca directamente sobre los verdaderos problemas humanos, no vale la pena de tomarse una hora estudiándolo; pero resulta evidente que muchos filósofos no han llegado al compromiso. Ahora bien, en lo tocante a Heidegger, diré más bien que en este momento no está comprometido y ello no quiere decir que él desapruueba el régimen actual de la Alemania Occidental. Diría que antes del año 39 tuvo una actitud que lo comprometió un poco con el movimiento nazi, después de la guerra pagó, y después de eso creo que la evolución de su filosofía se ha efectuado en el sentido de retractarse, de renegar de lo que esa filosofía tiene de actual. De todas maneras, no es un filósofo del hombre, pues el hombre constituye el medio del ser en esa filosofía. Él vale por la apertura hacia el Ser. Si queremos expresar las cosas de una manera llana y simplista, entonces tenemos que decir que el Ser —esto es, la realidad profunda— utiliza al hombre para manifestarse. A partir del momento en que hay algo cuyo medio es el hombre y que no es el hombre mismo, tenemos necesariamente, que sea una actitud reaccionaria o cierta manera de retirarse de la historia, al menos, y no ignoro, al efecto, que la historia es el pecado para Heidegger y no hay culpable mayor que Descartes, que ha llegado a declarar que él era responsable de la bomba atómica, porque en un momento dado existían los presocráticos y Aristóteles para Heidegger. Existe el momento cuando el pensamiento es, a la vez, científico y filosófico en el caso de los griegos y cuando el verbo, el logos, se constituye. Ahí tenemos, puede decirse, un lenguaje de profundidades. Y luego tenemos la pérdida de esa apertura, al ver que es toda la historia del mundo moderno y entonces tenemos lo que Heidegger llamaría su propia revolución, que es el regreso a eso. Pero la historia no puede resultar una degradación. Mas, aquellos que piensan que la historia es una degradación, son forzosamente los enemigos de aquellos que han hecho la historia y ellos mismos se ponen fuera de esa historia. Por consiguiente, son enemigos de los hombres, pero si usted quiere, la actual posición de Heidegger puede comprenderse como una especie de resultado de su propia decepción.

Si usted quiere, él estuvo profundamente comprometido, aunque no en el buen sentido cuando pronunció conferencias en Italia antes del 39, las cuales se terminaban siempre con una especie de homenaje al nazismo y una exhortación a los jóvenes a que adoptaran esa posición.

*Señor Fausto Masó:* Entonces, de acuerdo con sus palabras sobre Heidegger, ¿usted cree que el compromiso en el escritor se refiere más bien a la significación de su pensamiento o de su obra o a su filiación política en un momento determinado?

*Señor Sartre:* No es eso exactamente lo que digo, sino que no resulta admisible que un hombre pueda escribir una obra que sea indiferente por sí misma al compromiso individual del autor. Por ejemplo, una filosofía como la de Heidegger antes del 39 no es una filosofía humana en la medida en que él, según sus doctrinas filosóficas, era en efecto bastante indiferente, se haya adherido o no al nazismo. Si una obra está verdaderamente desarrollada debe obligar por sus consecuencias, o bien a participar en ese gran movimiento, totalmente erróneo, pero que existió y que era el nazismo; entonces usted resulta juzgado, usted tiene su filosofía y ello conduce ahí, si bien ello debe igualmente por sus consecuencias obligarlo a rechazar el nazismo, pero no puede existir una filosofía indiferente y eso le reprocho yo a Heidegger, porque al parecer por debilidad de carácter o por tal o cual razón individual, él ha estado en un momento dado comprometido con el nazismo y no a causa de lo que ha hecho.

Como quiera que sea, si se escribe tiene que ser para decir algo.

*Señor Nicolás Guillén:* Señor Sartre, quisiera saber cuál es, a su juicio, el origen del racismo y cuáles serían las condiciones para su desaparición.

*Señor Sartre:* Por mi parte creo que el origen del racismo es económico. Pienso que a eso se han mezclado elementos sexuales, pero que resultan secundarios; la verdadera razón de la segregación racial consiste en la segregación económica.

Tenemos un ejemplo en Argelia, donde los colonos viven de la explotación excesiva, porque el sistema colonial francés mismo consiste en comprar a bajo precio productos alimentarios o materias primas y vender a precios elevados productos manufacturados. Y si pueden venderse a tan bajos precios los productos argelinos es porque en la práctica el salario de los argelinos casi equivale a cero. Por ello, la situación de los colonos está enteramente basada sobre esos excesos de beneficios. Aun los obreros europeos de Argelia que constituyen la minoría tienen ventajas y salarios, con mucho, superiores a los de los musulmanes. En esas condiciones, la única ideología que conviene a esa superexplotación

es la siguiente: como a los argelinos se trata como subhombres, hay que hacer que sean subhombres. Es decir, los colonos, cuando afirman que los argelinos no son otra cosa que subhombres, no hacen más que sacar la consecuencia lógica de su explotación. Al rechazar los derechos políticos a los argelinos, no hacen más que defender sus privilegios. En efecto, durante largo tiempo antes de la guerra, los argelinos pidieron que se les dejara disfrutar simplemente de los mismos derechos que los franceses, pero si ellos hubieran tenido los mismos derechos que los franceses, hubiesen enviado a las asambleas locales y a la Asamblea Metropolitana un número tal de diputados que la superexplotación hubiese dejado de ser posible.

Por consiguiente, se les negó, pero como se les niega, se necesita que sean subhombres, pues eso no puede negarse a un hombre. De manera que la única solución posible contra la segregación racial es, evidentemente, el fin de la explotación y de la excesiva explotación capitalista; en todo caso, en África, por el momento, la descolonización está en curso, está en marcha. Me parece que en un país como Cuba, donde la igualdad económica está en trance de realizarse, cuando ya no haya más discriminación originada en la miseria, cuando algunas competencias debido a la falta de trabajo, el desempleo, podrán suprimirse, cuando la propiedad colectiva haya aumentado lentamente, el racismo, en la medida en que existe aquí, estará muy cerca de eliminarse.

*Señor Carlos Rafael Rodríguez:* La respuesta tan completa y tan profunda que dio el señor Sartre, a una pregunta del amigo Baragaño, me permite reducir lo que pensaba preguntar, a una simple pregunta política.

Al hablar de la situación actual de Francia, el señor Sartre, dijo “que de la dificultad actual de Francia puede derivarse algún beneficio”. Me pregunto si el beneficio principal podría ser el reagrupamiento de las izquierdas. ¿Cómo ve él esa situación?

*Señor Sartre:* Me parece que, en el momento actual, la toma del poder por De Gaulle significa para muchos de nosotros o una constatación de impotencia o el resultado de divisiones que no han podido superarse.

En este momento, en Francia existe una división tal en el corazón de la izquierda francesa, que en ningún caso se han visto unirse los socialistas y los comunistas. No le echo la culpa de ninguna manera a los comunistas que han ofrecido esa alianza. Y personalmente estoy con aquellos que piensan que esa unidad resulta necesaria.

Le echo la culpa a los socialistas que tienen un miedo terrible de perder un público de electores pequeñoburgueses, si hacen esa alianza.

Pero si el paternalismo en el cual vivimos debiese continuar por mucho tiempo, la división permanecería, porque al parecer, en este momento, los franceses se sienten satisfechos de su impotencia. Me parece que, en Cuba, ustedes han debido conocer, en otros tiempos, el momento, cuando verdaderamente uno se dice: “No hay nada que hacer”.

A mi entender, De Gaulle será llevado a ponerse a la cabeza de un fascismo muy duro, o bien ese fascismo se instalará en contra suya por un golpe de Estado militar: porque la guerra crea su propio régimen y resulta imposible continuar esa guerra contra la cual se encuentra en verdad la mayoría del país en este momento, sin una restricción de fuerza. A partir del momento en que el verdadero peligro estará ahí, creo que el movimiento de izquierda volverá a hallar su fuerza.

O sea, no pienso que los jefes socialistas, a quienes los comunistas se han dirigido equivocadamente, demasiado a menudo, cederán y vendrán hacia los comunistas, sino más bien en la base los obreros de ambos partidos se unirán. A partir de ese momento, podrán volverse a encontrar las condiciones para una liberación, porque hoy el fascismo no puede establecerse largo tiempo en Francia, pues no dispone ni de los objetivos prácticos, ni de la ideología que hacía posible conquistar las masas italianas antes de la guerra.

*Señor Lisandro Otero:* Quiero conocer su opinión acerca del realismo socialista y del efecto que ha tenido en la literatura y en las artes plásticas en la Unión Soviética; y al mismo tiempo saber por qué el realismo produce mejores obras en los países que no poseen un régimen socialista.

*Señor Sartre:* El primer punto de vista del realismo socialista, no pienso que haya que rechazarlo *a priori*, se ha definido en otro tiempo hacia el año de 1947 por Zdanof, en un discurso. Es decir, tomar el punto de vista del futuro sobre el presente. Esa definición no solamente me parece buena, sino válida para una multitud de obras que han tenido importancia o que la tienen todavía, se les llame o no realismo socialista. Eso quiere decir, precisamente, tomar un punto de vista más o menos crítico acerca del presente en nombre de una fe que se tiene en el futuro, y cierta manera, por consiguiente, de juzgar nuestro presente en relación con el futuro que él quiere producirnos.

En el fondo, es la actitud misma de todo hombre práctico. Si, por ejemplo, se reprocha a un jefe haber tomado una póliza en una compañía privada en lugar de haberlo hecho en una compañía del Estado, es en nombre del porvenir en el cual nosotros veríamos un conjunto estratificado. Y es porque ese seguro contribuye provisoriamente, en pequeñísimo grado, a

impedir que prosiga esa estratificación. Si juzgamos las relaciones entre el hombre y la mujer en un país o en el otro como una relación de falta de igualdad, resulta igualmente en nombre de un deseo que tienen aquellos que juzgan que esa igualdad se establezca en el futuro y, al mismo tiempo, en nombre de un movimiento que se está realizando. Si juzgamos —como me pedía hace un momento Nicolás Guillén— la discriminación racial, es desde el punto de vista del movimiento que está en trance de eliminarla y del objetivo de su superación. En otras palabras, esa definición constituye en sí misma una definición válida de un tipo de obra de arte, pero ha habido primero obras que me parecen encarnar perfectamente el realismo socialista en Rusia, por ejemplo. Cojamos la novela *Tierra roturada* de Sholojov. Hace un momento hablamos con un amigo cubano aquí, quien me pedía un ejemplo de una literatura que no fuera contrarrevolucionaria, que colaborara con el régimen y que, al mismo tiempo, tomara distancias, que fuera crítica, y el ejemplo que di fue *Tierra roturada*. En ese momento —porque usted es mucho más joven que yo—, cuando se han traducido en Francia cierto número de obras soviéticas de esa época, teníamos la impresión de algo nuevo; pero la doctrina no es lo que molesta, creo que aquí lo molesto es la presión, decir que el hecho de que la literatura del realismo socialista se define en relación con un porvenir riguroso, fijado no por las aspiraciones del escritor, no por el movimiento general de la sociedad rusa y de la Revolución rusa, sino por cierto número de escritores representantes del régimen y que constituían la sociedad de escritores; es el hecho, pues, que en relación con ese porvenir, se ha definido de momento en momento, de una manera o de otra, las posibilidades críticas, declarando, o sea que no existían ya conflictos en la Rusia soviética y, por ello, las obras de arte ya no debían reposar sobre conflictos; a continuación que podía haber conflicto, pero el conflicto venía definido de arriba, como un conflicto entre el presente y el pasado. Por consiguiente, desde el principio, los escritores se habían lanzado sobre definiciones; en tercer lugar, que elementos críticos podían aparecer a condición de que hubiera un acto positivo; en cuarto lugar, que era necesario tratar lo normal con una definición de lo normal del tiempo de Malenkov. El conjunto de esas directivas resultan terriblemente precisas, no se han propuesto impedir el criticismo, por el contrario, muy a menudo se ha querido desarrollarlo, pero definido en tal o cual sentido y de la misma manera se ha querido compensarlo, indicando que había otra cosa que era positiva. No digo ni siquiera que eso resulta falso, no digo que el hombre representaría únicamente por principios lo que puede haber en una época cualquiera de 1917 al 60 de fracaso en Rusia, sin precisar jamás las cosas que

están bien. No digo que ese hombre sería un poco contrarrevolucionario; sólo digo que el conjunto de esas reglas han quitado de manera progresiva la posibilidad de que el escritor defina él mismo la manera en que él pueda ser realista, socialista, y aún hoy en día, en que hay más libertad, en que han aparecido obras que no han sido enteramente conformistas, algo permanece, algo queda, una especie de pesadez, de anquilosis que viene del hecho de que se les hayan dado recetas a los escritores. Ahora bien, ni a los cocineros les gusta mucho las recetas. En realidad, si se quiere comprender el fondo del problema, eso sucede porque hay ediciones del Estado. Ahí, el problema resulta muy complejo, porque para favorecer la difusión del libro en una sociedad socialista se necesita hacer grandes inversiones en ediciones del Estado; pero, en ese momento, el libro que aparece, aparece patrocinado por el Estado. Hay, pues, un problema económico muy complicado y al mismo tiempo un problema práctico. Por eso, ciertas obras como *No sólo de pan vive el hombre* no se han publicado por una imprenta del Estado: porque no se trata ya de una obra que aparece en el orden capitalista, que sólo representa a un grupo de individuos; se convierte en la obra misma que el Estado patrocina y envía con sus propios mensajeros a las ciudades de provincias y hace comprar. Desde ese momento, como ustedes ven, se desarrolla por ahí una autoridad crítica, una autocensura más bien, y se contribuye a formar un grupo de escritores que yo he visto que son nuevos, pero que están formados de tal manera, que ellos forman de la misma manera a los escritores de la generación que les sigue; porque hay algo que está muy bien en Rusia, pero que representa un peligro teniendo en cuenta, justamente, que el peligro que corren esos hombres es que se busca al joven escritor: un jefe de tractores con una experiencia interesante, si escribe 200 páginas con mala ortografía, pero que presenta interés, no se olvidan de él, se le convoca y hay un grupo especializado en el trabajo que lo ayudará, pero con la mejor voluntad del mundo a ese muchacho van a darle sus principios. Así, ustedes ven cómo se hace el conjunto.

El realismo socialismo es una palabra bella en el sentido en que se define por el juicio del futuro por el presente, pero los problemas económicos y prácticos de una sociedad en formación han creado esa especie de estratificación, la cual, por otra parte, está en trance de disolverse un poco. El título importa poco. Los escritores románticos eran todos románticos, pero no tenían ediciones del Estado.

*Señor Lisandro Otero:* Por vía de aclaración. ¿Usted estima que el proceso de desestalinización puede eliminar esa rigidez existente, esa estratificación de la cual hablaba?

*Señor Sartre:* Hay un hecho en Rusia que me parece capital: la elevación del nivel cultural de las masas, el cual parece increíble. Lo que ustedes quieren hacer en Cuba, la segunda enseñanza obligatoria, los rusos lo han hecho.

En este momento, ellos desconfían un poco de sus intelectuales, no hay duda de eso, pero hay un nivel de la cultura popular que no cesa de aumentar; en particular, porque campesinos y obreros han leído, sin duda alguna, malas novelas, pero también todas las obras de Tolstoy, todas las obras de Chejov y muchos han leído a Dostoiewsky y a otros autores. Sus exigencias aumentan.

Me quedé sorprendido en una reunión en una fábrica donde me encontraba, en la cual se interrogaba a un escritor soviético sobre su último libro, por el nivel de las preguntas. No quiero decir el nivel de las respuestas, pero el nivel de las preguntas era notable.

Cuando me refería hace un momento a la hora por llegar en la cual el público resultaría superior al autor, me refería a un momento que está al producirse en Rusia. En ese momento corresponderá a los autores responder a las exigencias del público. No pienso que los viejos podrán responder, sino que habrá jóvenes que lo harán, pero en una atmósfera completamente cambiada. Si quiere llame a eso desestalinización. Se trata, sobre todo, de un cambio en la base que no ha alcanzado aún el nivel de los intelectuales; que ha transformado sencillamente a las gentes. No olviden que los intelectuales no se están jamás felices en ninguna parte. Cuba es su paraíso, pero yo les deseo que se quede así, que siga siéndolo.

*Señor José Rodríguez Feo:* Ya está contestada mi pregunta.

*Señor moderador:* Entonces no queda nadie más. ¿El señor Sartre quiere hacerles preguntas a los escritores cubanos?

*Señor Sartre:* No tengo ninguna pregunta que quisiera hacerles a todos. Ya he dicho que en mi calidad de escritor, que vengo de un país que está bien lejos de ser revolucionario y, por consiguiente, en cierta forma, en él el ciudadano es más desgraciado, pero eso facilita la causa del escritor, pues puede decirse que no.

(“Una entrevista con los escritores cubanos”,  
en *Sartre visita a Cuba*, Colección Literatura,  
Edición Revolucionaria, La Habana, Cuba, 1961, pp. 19-54.)

# HURACÁN SOBRE EL AZÚCAR

**L**a Habana. Esta ciudad, fácil en 1949 cuando la visité por primera vez, me ha desorientado. Esta vez, estuve a punto de no comprender nada.

Vivimos en uno de los mejores barrios, en el Hotel Nacional, una fortaleza de lujo, flanqueada por dos torres cuadradas almenadas.

A sus clientes, que vienen de Estados Unidos, sólo se les pide dos cualidades: fortuna y gusto. Como resultan raramente conciliables, si tienen la primera, se les supone la segunda sin averiguar mucho.

## **El frío de los ricos**

En el vestíbulo tropiezo a menudo con corpulentos “yanquis” (en Cuba todavía los llaman así, a no ser que les digan “americanos”), elegantes y deportivos, y observo con sorpresa sus rostros cansados. ¿Qué los aplasta: los millones o la sensibilidad? Sea como fuere, es un problema que no me concierne.

En mi cuarto de millonario podría caber mi apartamento de París. Tiene sedas, paravanes, flores bordadas o en búcaros, dos lechos dobles para mí solo, todas las comodidades.

Pongo al máximo el aire acondicionado para disfrutar del frío de los ricos. Con 30 grados a la sombra, me acerco a las ventanas y, con estremecimientos suntuosos, miro cómo transpiran quienes pasan.

## **Rascacielos por todas partes**

No he tenido que buscar mucho tiempo las razones en que se funda la supremacía, todavía indiscutible, del Nacional. Me ha bastado correr las cortinas en cuanto llegué: vi largos fantasmas gráciles estirarse hacia el cielo.

El Nacional domina el mar a la manera de las ciudadelas coloniales que desde hace tres siglos vigilan el puerto. Detrás de él, no hay nada: El Vedado.

El Vedado era un coto cerrado. Cerrado contra los hombres, no contra las plantas. Aquel suelo prohibido fue invadido por la locura de las hierbas. Lo parcelaron y las hierbas desaparecieron súbitamente en 1952. Queda un terreno yermo, jalonado por la erupción de esas protuberancias locas que son los rascacielos.

Personalmente, me gustan los rascacielos: apreciados uno por uno, los del Vedado son bonitos. Pero los hay en todas partes y resultan un desorden de formas y colores. Cuando la mirada trata de unirlos, se le escapan: no hay unidad; cada uno vive por sí. Muchos son hoteles: el Habana Hilton, el Capri, 20 más.

Es una carrera de pisos: “Uno más. ¿Quién pone más?” A los 15, el rascacielos es de bolsillo. Cada uno alarga el cuello para mirar el mar por encima del hombro de su vecino. Potente y desdeñoso, el Nacional vuelve la espalda a esa agitación. Seis pisos y ni uno más: ése constituye su título de nobleza.

Todavía hay esto: la Revolución inventa su arquitectura que será bella y hace surgir del suelo sus propias ciudades. Entretanto, combate la americanización, oponiéndole el pasado colonial.

Antaño, Cuba invocaba contra la metrópoli voraz que era España, la independencia y la libertad de Estados Unidos; hoy contra Estados Unidos busca raíces nacionales y resucita a los colonos difuntos.

Los rascacielos del Vedado son los testigos de su degradación: se los vio nacer con la dictadura. Ciertamente, el Nacional no es muy viejo, pero surgió de la tierra antes de la decadencia, antes de la resignación.

Los revolucionarios sólo tienen indulgencia para los edificios construidos por sus abuelos en los primeros tiempos de la democracia.

### **Triplicados los autos desde 1949**

¿Solamente se oponía una forma de lujo a otra? A eso —me decía— no se reducía la aspiración nacional de Cuba. Desde luego, me hablaban de la Revolución todos los días; pero había que verla trabajar, decidir un programa.

Entretanto, la buscaba en las calles de la capital. Durante horas, Simone de Beauvoir y yo caminábamos e íbamos a todas partes: yo encontraba que no había cambiado nada en los últimos 11 años. O más bien sí: en los barrios populares, la suerte de los pobres no me pareció mejor ni peor que antes; en los otros barrios, las señales visibles de la riqueza se habían multiplicado desde 1949.

El número de los automóviles se había duplicado o triplicado. Las máquinas voluminosas y pintarrajeadas desfilaban al paso de un hombre o hacían cola detrás de una carretilla movida a brazo.

Cada noche vierte sobre la ciudad un torrente de luz eléctrica; el cielo se tiñe de rosa, de malva, y el neón pregona y loa por todas partes productos fabricados en Estados Unidos.

No obstante, sabíamos que el gobierno restringía las importaciones de lujo. Sabíamos también, o creíamos saber, que controlaba las divisas, desaprobara los viajes de placer al extranjero y tomaba una serie de medidas para alentar el turismo interior: ello no impedía que una compañía de aviación, en un largo paseo a orillas del mar, se ofreciera en letras de fuego para llevar cubanos a Miami.

### **Comidas de 3 000 francos**

Los restaurantes de lujo constituyen legión. En ellos se come correctamente; pero la cuenta suele ser elevada: nunca menos de 3 000 francos (6 dólares) por cabeza y con frecuencia llega a los 5 000 (10 dólares).

Uno de esos restaurantes fue, en otro tiempo, la “locura” de un ministro prevaricador, quien lo convirtió en un jardín de piedra. Haciendo esculpir las rocas a imagen de la vida y jalonando con una flora y una fauna petrificadas el cemento de las sendas, llevó la probidad hasta reinventar el mundo mineral: la piedra se talló en forma de piedra. Para animar aquel pequeño universo, añadió leones enjaulados. Las jaulas permanecen vacías.

En vez de los leones y del ministro, ahora allí se ven vestidos claros, y señores evidentemente internacionales contemplan con aire ausente los minerales embrujados. Cuando estuve allí, se hablaba inglés en todas las mesas. Se comía a la luz de velas, cosa que resulta el colmo del lujo para un libre ciudadano de Estados Unidos. La electricidad podría brillar a una señal, pero no se hace esa señal. Se desprecia la vil abundancia: con las lágrimas de cera, se representa a todos una degradación visible de los costosos faustos del consumo.

Los clubes nocturnos son más numerosos que nunca. Pululan alrededor del Prado: encima de sus puertas, la electricidad vuelve por sus fueros y nombres atractivos y parpadeantes hieren los ojos del transeúnte.

En Tropicana, el cabaret más grande del mundo, había una muchedumbre alrededor de los tapices verdes. Así, pues, ¿se jugaba en Cuba? Se jugaba todavía. Uno de nuestros acompañantes respondió brevemente: “Se juega”.

Las máquinas de monedas se han suprimido; pero continúa la lotería nacional. Hay casinos en los grandes hoteles, con salas de juego.

En cuanto a la prostitución, se cerraron algunas casas al principio, pero después no se ha vuelto a tocarlas. En los primeros días, más de una

vez me dije, al examinar ese balance más bien negativo: en sus comienzos, todas las revoluciones, o casi todas, tienen una característica común: la austeridad. ¿Dónde está la austeridad cubana?

### **Empiezo a comprender**

Hoy, sentado a mi mesa en una mañana sin nubes, veo por las ventanas el tumulto estático de los paralelepípedos rectangulares y me siento curado de la maligna afección que estuvo a punto de ocultarme la verdad de Cuba: la *retinosis pigmentaria*.

No son palabras de mi vocabulario y hasta esta mañana yo ignoraba el mal que designan. Para decirlo todo, acabo de encontrarlas leyendo el discurso que un funcionario cubano, Oscar Pino Santos, pronunció el 1° de julio de 1959: “No creo que ningún turista extranjero después de algunos días o algunas horas en La Habana —dice—, pueda comprender que Cuba es una de las naciones más afectadas por esa tragedia internacional: el subdesarrollo...

”Sólo habrá visto de esta isla una ciudad de bulevares magníficos, donde en tiendas de las más modernas se venden artículos de alta calidad. ¿Cómo podría creer en nuestra miseria, si cuenta al paso las antenas de televisión, etc.? ¿Cómo no va a creer, después de tantas señales, que somos ricos, que poseemos un equipo moderno que nos permite una productividad elevada?”

### **Una alfombra de diamantes y turquesas**

Bien: el viajero mal informado no carece de excusas. Tranquilizado, me dije que yo iba a ser objeto de un sobreseimiento. Nada de eso: si se deja engañar o se va contento, el turista es un enfermo.

Existe —dice, poco más o menos, Pino Santos— una enfermedad de los ojos que se nombra “retinosis pigmentaria” y que se manifiesta por la pérdida de la visión lateral. “Todos los que se han llevado de Cuba una visión optimista, son grandes enfermos: ven de frente y nunca con el rabillo del ojo”.

No conocía esa palabra: “retinosis”. Pero hace ya algunos días que he comprendido mi profundo error y he sentido vacilar mis prejuicios: de pronto he advertido que para descubrir la verdad de esta capital, había que tomar las cosas por el otro extremo.

Era de noche y regresaba en avión de un viaje al interior de la Isla. El piloto me llamó a la carlinga: se acercaba el aterrizaje. Ya descendíamos hacia un derroche de joyería: diamantes, rubíes, turquesas...

En ese instante, el recuerdo de una conversación reciente me impidió admirar aquel archipiélago de fuego sobre el negro cristal del mar:

aquellas riquezas no eran cubanas. Una compañía yanqui suministraba a toda la Isla la energía eléctrica.

Tenía invertidos en Cuba fondos “yanquis”, pero su sede permanecía en Estados Unidos y repatriaba sus utilidades.

### **El teléfono, propiedad norteamericana**

Las luces aumentaban: las piedras preciosas se agrandaban, se convertían en frutos resplandecientes y rasgaban la alfombra nocturna. Yo veía aparecer claridades a ras de tierra, pero me decía: “El que alumbraba es el oro extranjero”.

En lo adelante, al hacer funcionar de noche un interruptor, sabía que mi habitación salía de la noche gracias a una compañía extranjera, la misma —me dijeron— que tenía el monopolio de la electricidad en todos o casi todos los países de América Latina. La inmensa e inútil lámpara que en el puerto de Nueva York alza la estatua de la libertad, adquiriría su verdadero sentido: los americanos del Norte iluminan el Nuevo Mundo, vendiéndole muy cara su propia electricidad.

El teléfono cubano también pertenecía a una compañía norteamericana la cual había invertido en el negocio capitales sobrantes. Cuando los cubanos hacen una llamada, se comunica, en resumen, con la benévola autorización de Estados Unidos.

### **Emigración de dólares**

Yo lo había comprendido todo al revés: lo que tenía por señales de riqueza eran, en realidad, señales de dependencia y de pobreza.

A cada llamada telefónica, a cada parpadeo de neón, un pedacito de dólar salía de la Isla e iba a integrar en el continente norteamericano, con los demás pedazos que lo esperaban, un dólar entero.

¿Qué decir de un país cuyos servicios públicos tienen la raíz en el extranjero? Los intereses se oponen: ¿qué pueden hacer los cubanos contra ese inmenso trust que monopoliza la corriente eléctrica en todas las repúblicas latinoamericanas?

Esa compañía debe tener una política extranjera y Cuba constituye sólo un peón en el tablero.

Ahora bien, una nación forja su unidad en la medida en que sus miembros se comunican entre sí. Si, quienquiera que sea, debidamente o no, el extranjero se impone a los ciudadanos como un intermediario permanente, si se necesita pasar por él para tratar del trabajo, los estudios y hasta la vida privada; si la electrificación de los campos se resuelve o aplaza

en otra capital, por los habitantes de otro país y teniendo en cuenta intereses de otro país, la nación se resquebraja, adolece de una grieta en lo más profundo de su unidad: los ciudadanos son separados en la comunicación.

Los monopolios de Estados Unidos representan en Cuba un Estado dentro del Estado. Reinan sobre una Isla debilitada por el derroche de divisas.

### **Cadillacs muertos**

Cada vez que las grúas del puerto depositaban en el piso de los muelles un auto nuevo de marca norteamericana, la sangre corría más fuerte y más rápida. Me habían dicho: “Esos autos nos cuestan millones cada año”.

Los miraba mejor y acababa por descubrir en ellos la primera huella de la mano de la Revolución. Cobres y níqueles brillaban, pero resultaban un tanto atrasados: los más nuevos tenían por lo menos 14 meses, quizá 18. En Chicago o Milwaukee, ya sus hermanos gemelos se habían enviado a los cementerios de autos.

En suma, Cuba ya no estaba en la carrera: el gobierno supo lo que hacía cuando gravó tan pesadamente las importaciones de lujo. Los dueños de autos ya no podían mantener el ritmo de Estados Unidos.

Siguiendo con los ojos el incesante desfile que tanto me sorprendía todavía la víspera, me dije que veía cadáveres: la Revolución los había resucitado y obligaba a tratarlos con consideración: era preciso que sirvieran.

Aquellos automóviles cubanos de adopción servirían todavía largos años a Cuba: al cabo de 10 o 20 reparaciones, permitirían conservar en la Isla 10, 20 veces más millones que los que costaron. En ese sector, por lo menos, el derroche estaba detenido.

### **Seis o siete en un auto**

Más tarde, comprendí todavía mejor el sistema que llenaba las calles habaneras de esas pesadas máquinas. Observé que en ellas se amontonaban seis o siete personas y que sus propietarios vestían sin cuidado, a veces pobremente.

En Europa, los automóviles están de acuerdo con la elegancia de las ropas, con la holgura. La mayor parte de las veces, los compran las clases medias.

Pero desde hace mucho tiempo, Cuba ha sufrido la influencia de Estados Unidos, donde la pequeña burguesía y los trabajadores mejor pagados pueden comprar un auto.

Los cubanos imitaron a los yanquis, sin tener sus recursos. Las marcas de autos más caras eran accesibles a bolsillos bastante escuálidos, a

condición de morir de hambre. Aceptaron morir un poco detrás de las paredes para poder aparecer en público al timón de un Chrysler.

### **La única inversión: inmuebles**

También aprendí a ver de otro modo El Vedado y sus rascacielos. Una noche le pregunté a Franqui, el director del diario *Revolución*, acerca de la fiebre que se había apoderado del Vedado en 1952. ¿Quién lo había hecho construir? Cubanos. ¿Con qué capitales? Con capitales cubanos.

—¿Hay tantos ricos?

—No —me dijo—. Hay grandes inversiones, pero proceden principalmente del ahorro pequeño y mediano. Imagínese tenderos que han llegado a la edad madura con economías de 5 000 o 10 000 dólares. ¿En qué las invertirían, pues no existe industria cubana?

—¿Nadie les proponía crearla?

—A veces, algunos aventureros o pequeños industriales que trataban de desarrollar su negocio. Pero eso nunca terminaba bien: a los grandes propietarios no les gustaba, lo decían y el fabricante temerario terminaba por comprender. De todas maneras, por otra parte, no habría vendido una sola acción. La costumbre entre nosotros es ponerlo todo en edificios. Para nuestra clase media, resulta la inversión más segura.

### **Competencia con Miami**

Ahora me parece que mi mirada atraviesa los edificios y descubre el origen de esos palacios modernos en las malas costumbres de un país subdesarrollado.

En Cuba, la riqueza es la tierra: a muchas familias ha dado millones y casi la nobleza. Atraídos por la aparente inmovilidad de los suelos, los burgueses imaginaron que también aseguraban la persistencia de rentas raíces.

A falta de tierra, compraron terrenos; al no poderlos sembrar, los cubrieron de inmuebles: a la aventura industrial prefirieron la engañosa estabilidad de un alquiler. Las máquinas giran, cambian, se las cambia; por el contrario, los bienes “inmuebles” tranquilizan con su mero nombre. La piedra construida es inerte y, por consiguiente, estable: no va a ninguna parte, pues no se mueve.

Por instigación de Batista y los especuladores que lo rodeaban, esos pequeños ricos de un país pobre se lanzaron, sin ver las consecuencias, a la loca empresa de competir con Miami. Hoy, esas inmovilidades soberbias pesan sobre ellos. El rascacielo del Vedado es una copia que contradi-

ce su modelo: en Estados Unidos, la máquina vino primero y ella determinó el estilo de la habitación.

En Cuba, ese brote de *skyscrapers* sólo tuvo un sentido: reveló la negativa tenaz del ahorro burgués a industrializar el país.

La Revolución es una cura de caballo: una sociedad se quiebra los huesos a martillazos, demuele sus estructuras, trastorna sus instituciones, transforma el régimen de la propiedad y redistribuye sus bienes, orienta su producción según otros principios, trata de aumentar lo más rápidamente posible el índice de rendimiento, y, en el mismo instante de la destrucción más radical, intenta reconstruir, darse, mediante injertos óseos, un nuevo esqueleto. El remedio resulta extremo y, con frecuencia, hay que imponerlo por la violencia.

El exterminio del adversario y de algunos aliados no es inevitable, pero resulta prudente prepararse para ella.

Después de eso, nada garantiza que el nuevo orden no será aplastado en el germen por el enemigo de adentro y de afuera, ni que el movimiento, si es vencedor, no resultará desviado por sus combates y por su propia victoria.

## **26 de julio de 1953**

Se concibe que los propios oprimidos le teman a una metamorfosis tan aventurada, mientras su condición siga siendo casi tolerable.

Las masas sólo se deciden en último extremo y cuando ya lo han ensayado todo: ajuste de los intereses, concesiones mutuas, reformas. Y todavía, ¿puede decirse que se deciden?

Generalmente son obligadas a ello por grandes cataclismos. La bancarrota y el hambre, la guerra extranjera y la derrota, deciden por ellas y a veces fuerzan al propio partido revolucionario a asumir el poder en un momento inoportuno.

En Cuba me sorprende que las perturbaciones hayan comenzado tan bruscamente. Nada las anunciaba, no se preveía la menor catástrofe. Cuatro años antes, un golpe de Estado había dado el poder a Batista y pocas gentes habían protestado: se resignaban a la dictadura por asco de sus asambleas charlatanas y podridas.

Así las cosas, el 26 de julio de 1953, un joven abogado, Fidel Castro, se lanzó con un puñado de compañeros al asalto del cuartel Moncada. Lo apresaron, lo encarcelaron en una fortaleza y lo condenaron. La opinión pública no lo apoyó.

—¿Quién es ese aguafiestas? ¡Vaya hazaña! No resuelve nada. Y si Batista se hubiera enojado, habría disparado sobre nosotros.

## **Perdonado, pero desterrado**

Los partidos de oposición no dejaron de censurar al temerario que había fracasado. El Partido Comunista habló de aventurerismo. El Partido Auténtico alzaba los brazos y el Partido Ortodoxos fue el más severo: Castro era miembro suyo cuando intentó su golpe.

“Se necesita —decían todos aquellos hombres maduros y reflexivos— una izquierda. El país cifra sus esperanzas en ella. Por su parte, por demagogia y para persuadir al continente de que en Cuba las opiniones son libres, el Presidente la tolerará a condición de que no levante un dedo. No hagamos nada, fuera de mantener nuestra presencia: el tiempo trabajará para nosotros. Pero no hay que dejar que un muchacho, un irresponsable, ponga ese equilibrio, con una locura, en peligro de romperse”.

El silencio volvió a reinar en la Isla. Dos años después, un mal consejo le hizo creer al dictador que se atraería al pueblo con medidas de clemencia. Perdonado, pero desterrado, Castro partió para México. Aquella falsa magnanimidad no engañó a nadie y, por el momento, sólo le sirvió a él.

## **10 000 dólares cada día**

Después de eso, nada. Tumultos sordos en algunas regiones campesinas; pero el ruido se perdía en los campos y no llegaba a las ciudades. El orden reinaba en Cuba.

En la cumbre del poder, el dictador, apoyado en 50 000 soldados y en una policía adecuada para todo, vendía azúcar y placeres a los norteamericanos y compraba armas a los ingleses. No se preveía bancarrota: desde luego, la Isla no tenía buena cara, pero eso era un mal crónico; en cuanto a Batista, sus cajas desbordaban de dólares.

El jefe de la policía adoraba al régimen y le serviría hasta la muerte. Cada mañana, recibía 10 000 dólares de los banqueros del juego de La Habana. Los días se seguían y, al menos en la apariencia, se parecían.

Los especuladores especulaban; los traficantes traficaban; los desocupados seguían sin trabajo; los turistas se embriagaban, y los campesinos, desnutridos, roídos por la fiebre y los parásitos, trabajaban la tierra ajena un día de cada tres.

De cada dos cubanos, sólo uno sabía leer, pero no leía. Firmemente controlados, los periódicos resultaban ilegibles; la censura se ejercía igualmente sobre los libros y devastaba las librerías y la Universidad.

Los partidos de oposición seguían hablando: se creían guardianes de las libertades democráticas y todos, hasta el P. C., reclamaban una consulta electoral. Pero su voz bajaba de año en año y el país no los escuchaba.

En verdad, Batista era odiado; pero nadie sabía qué hacer. En resumen, el país resignado a una desgracia permanente bajo temperatura constante.

Y entonces llegó un día que no se anunció como mejor o peor que los demás. En La Habana, desde el amanecer, como cada mañana, la policía hacía su recorrido de los garitos y percibía la comisión de su jefe; por otro lado, otra brigada recibía el diezmo de las rameras.

Los diarios hablaban de Wall Street y de la vida mundial y publicaban la lista de los más halagadores huéspedes de Cuba. El cielo estaría nublado; soplaría una fuerte brisa; la temperatura máxima sería de 28° al oeste y 30° al este o algo más. Era el 2 de diciembre de 1956. Ese día, sin anuncio previo, comenzó la Revolución.

### **Un puñado de hombres**

Eran 80 que venían de México, amontonados en un barco viejo. El mar estaba picado y habían necesitado casi una semana para cruzar el golfo. Cuando pisaron la costa, no lejos de Santiago, habían creído morir: muchos apenas podían arrastrarse, exhaustos a causa de los vómitos.

Los soldados y los policías los esperaban. Algunos jóvenes debían levantar en armas a la ciudad para apoyar el desembarco; pero la tempestad había retrasado el barco, el motín había estallado el día fijado y los jóvenes rebeldes, solos y sin recursos, habían sido muertos.

En consecuencia, las fuerzas del orden estaban alertas: señalada y acosada, la pequeña tropa se dividió en comandos. Tenían un solo objetivo: la montaña, donde volverían a reunirse. Muchos faltaron a la cita: algunos fueron perseguidos, muertos o hechos prisioneros; otros se extraviaron y un grupo se dirigió a la capital para crear allí una red clandestina.

Un puñado de hombres alcanzó las cimas de la Sierra Maestra, la cadena de montañas más alta de la Isla, y se ocultaron entre las nubes que rodean de manera permanente aquellas cumbres.

### **Muertos de hambre**

El 1° de enero de 1957, la situación parecía clara. El ejército y la policía dominaban las ciudades y el llano. En una cresta pedregosa, 30 expedicionarios iban a morir de hambre o acabarían rindiéndose, si no era que algún campesino, impulsado por la promesa de una recompensa, los hacía caer en una emboscada.

En las ciudades, mucha gente se encogía de hombros con furia:

—Otra vez, Castro, que hace de las suyas. Pero ahora será el final: ha creído dar un golpe de suerte y ha sido un cabezazo.

En La Habana conocí a un amigo de Castro, compañero suyo de los primeros días, que me dijo sonriendo:

—Al principio, lo reconozco, aquello tenía el aspecto de un *putsch*.

Pero no estuve de acuerdo con él: los *putschs* se ganan o se pierden en las ciudades; un grupito de conjurados se apodera por sorpresa de los ministerios, de los órganos centrales, de los ganglios nerviosos de la capital. Si obtienen la victoria, la deben a la sorpresa: la ciudad, que ha dormido bajo un régimen, despierta bajo otro.

Los hombres del 2 de diciembre hicieron todo lo contrario de lo que les habría aconsejado un *putschista* experimentado: se anunciaron, rehusando equilibrar por la sorpresa la desigualdad de las fuerzas; por decirlo así, se citaron con los soldados de Batista. Es más, dieron su dirección; hicieron saber a toda la Isla que estaban en la Sierra Maestra. Desde el 2 de diciembre, los aviones militares patrullaron cada día por encima de las nubes.

### **La impotencia de Batista**

Si desde el primer día manifestaron de ese modo su presencia, no fue de seguro una falta de habilidad. Cuando lo creyeron necesario, se les vio marchar en secreto sobre el enemigo, atacar rápidamente y desaparecer. Pero al ganar la montaña, se habían fijado un objetivo inmediato: la publicidad. Ante todo, darse a conocer; ocultarse a los regimientos de Batista, pero no al país. Contaban con las tropas regulares para llamar la atención del país: órdenes y ruidos de botas, disparos...

No se engañaban: las fuerzas del orden llevaban el desorden a todas partes y extorsionaban a los campesinos; se pusieron a dar vueltas alrededor de las montañas, y el pueblo, resignado a veces a la opresión cuando ésta asumía el rostro de un oficial residente mucho tiempo en la región, no la encontró soportable cuando llegó bajo nuevas máscaras.

No, no era una fanfarronería, una apuesta estúpida, aquel esfuerzo de unos jóvenes por atraer sobre ellos todas las fuerzas de la reacción.

Corrían un riesgo de muerte para informar a sus conciudadanos que la región más alta de la Isla se le escapaba a Batista: de esa manera, el llano comprendería su servidumbre y las 99 centésimas de la Isla quedarían bautizadas como “tierras por libertar”.

### **La táctica**

No se había llegado a eso ciertamente durante el invierno 1956-1957: primero había que inspirar confianza, y para ello, resistir y nada más: poner rabiosos a los militares y ofrecer a los campesinos el espectáculo de

las columnas prendidas en las laderas de la Sierra, subiendo con gran trabajo hasta la mitad del camino hacia las cimas y bajando de nuevo con las manos vacías, para volver a subir más tarde y regresar a los valles, con la estúpida obstinación de las moscas.

Los rebeldes no eran lo bastante numerosos para trabar combate; eso vendría más tarde. Lo primero era escapar sin cesar, mediante una movilidad extrema, a las pesadas unidades militares, y luego, ocasionalmente, poner una emboscada, disparar, causar el pánico en una compañía y desaparecer.

Había que recomenzar cada día, por todo el tiempo que resultase necesario, aquel trabajo difícil, monótono, hasta que la pequeña tropa, acrecentada con numerosos reclutas, mejor armada y ya temible, concitara todas las esperanzas de la nación; hasta que el pueblo, testigo de aquella lucha desigual, rompiera las cadenas del escepticismo y la resignación, y transformara un “combate dudoso” en una revolución.

### **Peleando con las manos vacías**

Punto por punto, todo se realizó como lo habían previsto. Por consiguiente, habían tenido razón. Pero, ¿por qué?

No hay duda de que la dictadura les pesaba a los cubanos; pero si ha ido disgustándose lentamente de sus instituciones democráticas, un país puede acomodarse por mucho tiempo a un régimen autoritario: la política ya no interesa.

Se requiere una desgracia intolerable para lanzar a un pueblo al asalto de los cuarteles, para que pelee con las manos vacías contra hombres armados. Es más, se requiere un continuo refuerzo de esa desgracia.

Cuando los campesinos se pusieron del lado de los rebeldes; cuando aceptaron el riesgo de matar o morir, la rebelión, desde luego, había merecido y obtenido finalmente su confianza, pero la confianza no basta.

Se necesitó, ante todo, que se llenaran dos condiciones: la inminencia de un desastre, el anuncio de una nueva esperanza. De la segunda condición hablaré dentro de poco; tratemos de comprender mejor la primera.

### **El azúcar, vida y muerte**

He dicho que el cielo estaba sereno; al este y al oeste de la Isla, nada nuevo: la apatía. Como ningún peligro visible amenazaba a Cuba, se necesitaba que fuera devastada por un cataclismo subterráneo; que todas o casi todas las capas sociales, bajo su aparente inercia, fueran arrastradas en un estrépito loco y mortal. Se precisaba que la rapidez del ciclón secreto aumentara día a día, y para terminar, cuando el pueblo se alineó detrás de

Castro, se necesitó que la sociedad cubana se hallara a dos dedos de alcanzar su punto de ruptura.

Ciertamente se trataba de Batista. Se comenzaría por arrojarlo, desde luego, pero el verdadero problema era otro más grave: la nación estallaría o reformaría por completo sus estructuras.

Eso habían comprendido los jefes rebeldes: esperaban que el pueblo se sintiera en situación de extrema urgencia.

La Isla vivía del azúcar, pero un día advirtió que moría por ella. Ese descubrimiento, que transformó la resignación en furor —como lo deseaba Castro— y la inercia en revolución, yo lo hice, a mi vez, apenas dejé las ciudades por el campo.

A mi juicio, un cañaveral no es precisamente alegre. En Haití he visto algunos que se decía eran frecuentados por fantasmas; recuerdo la tierra roja de un camino intransitable y la podredumbre polvorienta de las cañas al sol.

En Cuba vuelvo a contemplar, con el mismo respeto, la abundancia impenetrable de los tallos: se aprietan unos contra otros, se abrazan, entrelazan, y de pronto uno descubre, entre ellos, una fisura, un alto túnel negro y profundo.

Todos los matices del verde —el verde sombrío, el verde ácido, el verde col, el verde crudo, el verde gris—, siempre que sean agresivos, se extienden hasta perderse de vista. Cada año se corta la caña, que vuelve a crecer siete años seguidos. Esa violencia y esa obstinación en la fecundidad me dan aquí, como en Haití, la sensación de asistir a las ceremonias de un misterio vegetal.

### **La transformación**

El central estaba a dos pasos. Fui. Los centrales azucareros, repartidos en toda la Isla, están situados lejos de las ciudades, en las inmediaciones de las plantaciones. Ahí se fabrica ese producto semielaborado, el azúcar crudo.

A la entrada, el trabajo agrícola perdía sus derechos, terminaba en una confusión: carretas de bueyes, camiones, volcaban las cañas sobre una estera rodante; un movimiento brusco, una caída desordenada de tallos verdosos y sucios; nubes de moscas se precipitaban tras ellos en el foso, y la cinta sin fin elevaba todo ese verdor hacia su primera metamorfosis, hacia los férreos rodillos del trapiche encargados de molerla.

Se recoge una linfa turbia, el guarapo, y el residuo sólido (bagazo) se encamina hacia las calderas a las cuales alimenta. En principio, la caña suministra el material a elaborar y el combustible para elaborarlo.

He recorrido un central, caliente como un horno; sudando, perseguido por las moscas; he asistido, a través de una ventanilla, a las transformaciones de la savia de la caña; he visto la evaporación del líquido, las ondas pastosas de la melaza; en el fondo de una cuba o tacho, un plato girando sobre sí mismo, utilizando la fuerza centrífuga para una última purificación. Todo termina al ensacar cristales húmedos y pardos que no brillan.

Se llevaron los sacos, imagino, al puerto más próximo; se los amontonó en los buques. Pero eso me bastaba. Me alejé de allí.

### **Cuba, una isla de azúcar crudo**

Más que el calor, fue el olor lo que me aniquiló: un olor de bestia, como si el azúcar fuese a la vez una savia y una secreción animal.

Ese olor no me dejó en todo el día, saturándome las fosas nasales y el fondo de la boca, azucarando la carne y el arroz, los cigarrillos, hasta la pipa. Conserva la insipidez de una destilación natural; pero su viscosidad un poco quemada evoca ya la cocción, todos los artificios del trabajo.

Es lo que conviene, en suma, a un producto semielaborado, en plena metamorfosis. Las grandes refinerías de Estados Unidos —las cuales reciben esa arena húmeda de la cual hacen cubitos de azúcar blanca—, estoy seguro de que no tienen olor. En Cuba, casi no se refina: ese olor potente y demasiado orgánico, constituye su propio olor.

Es el que sienten los cubanos en el fondo de su garganta, cuando consumen ese subproducto pálido y fresco de su principal industria, el guarapo.

¡Una isla de azúcar crudo! ¿Entonces, quién la obliga a detenerse en pleno proceso de refinación? A menudo se ha dicho que la metrópoli adquiere a la colonia los productos de extracción, los productos alimentarios, mientras, por otra parte, desalienta las industrias de transformación.

Cuba, dominada por un proceso de elaboración que no llega hasta su última metamorfosis, ofrece a simple vista el perfil de un país colonizado. Ahora bien, desde hace 50 años que es un país independiente y soberano. He creído descubrir, detrás de esa aparente contradicción, un truco, una de esas trampas en que la historia hace caer a veces a una nación entera, para luego olvidarla durante años o siglos.

### **“El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo”**

Las plantaciones de caña existían en Cuba antes de 1900. Aun en la época de los españoles, había inversiones yanquis. Sin embargo, la altiva impotencia de los terratenientes no alentaba las grandes concentraciones de capital.

Cuba salía apenas de la época feudal cuando en 1895 volvió a empuñar las armas contra la metrópoli: la “gran guerra” hispano-cubana no resultó simplemente una insurrección anticolonialista; el país quiso cambiar estructuras superadas, realizar con 100 años de retraso su revolución burguesa y fundar las libertades cívicas sobre el liberalismo económico; los derechos del ciudadano sobre los derechos del propietario. Una industria modesta pero eficaz: transformación, refinación, obtención directa de los productos de consumo.

Pero la Isla seguiría siendo, en primer término, agrícola. Se diversificarían los cultivos para diversificar los compradores; se ofrecerían las zafra a todo el mundo; se las vendería al mejor postor. José Martí, el líder —muerto antes del triunfo— de esta primera revolución, escribía: “El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo”.

Sesenta y cinco años más tarde, un discurso de Fidel Castro parece responderle: “Nosotros los cubanos, jamás tuvimos una oportunidad”. Los abuelos de quienes lo escuchan, se dejaron engañar. La revolución les fue escamoteada.

### **1900: un *gang* de hombres de negocios mete la mano en América Latina**

Los cubanos habían empuñado las armas en un mal momento: se habían batido contra el mísero colonialismo de una vieja mendiga, en un momento en que los verdaderos amos del mundo entraban, uno tras otro, en una aguda crisis de imperialismo.

Hombres de levita y militares de uniforme se reunían en torno de los planisferios y se repartían el mundo a golpes de lápiz. Estados Unidos no podía escapar a eso: el crecimiento de la producción lo inquietaba; hacían falta mercados para los productos excedentes; necesitaba plazas seguras para sus capitales sobrantes.

La doctrina Monroe cambió de significado: en su origen era la definición de una política. El 2 de diciembre de 1823, el presidente de Estados Unidos, James Monroe, lanzaba un mensaje que reclamaba “América para los americanos”. Estados Unidos —afirmaba— no intervendría en los asuntos de Europa, pero Europa ya no debía considerar a América como una tierra de colonización defensiva y pacífica: América para los americanos, nada más ni nada menos.

Hacia 1900, un *gang* de hombres de negocios y de políticos tradujo ese principio a un idioma nuevo. El resultado fue: “América del sur para los americanos del norte”.

## **Los cubanos, víctimas de los trusts**

La segunda revolución industrial, sus peligros, la inquietante producción en masa, con las terribles crisis que amenazaba engendrar, todos estos hechos, todavía dispersos y mal comprendidos, pero que de un mismo golpe aumentaban la ganancia y revelaban el sistema en su fragilidad; es aquí donde hay que ver el origen de una metamorfosis que se hizo a la callada y que nadie mencionó: la libertad de empresa y la libre competencia desaparecieron. Nacieron los trusts.

Ésa constituyó la mala suerte de los cubanos; durante un siglo entero habían admirado sin reservas a Estados Unidos; sus grandes proscritos habían estudiado de cerca el libre juego de las instituciones, de la competencia, el vínculo entre los derechos cívicos y el régimen de la propiedad. Y cuando, fortalecidos por ese ejemplo, recomenzaron la guerra, lo que habían tomado por modelo ya no existía: un liberalismo aparente ocultaba el imperialismo de los trusts, del cual iban a ser las primeras víctimas.

## **La “operación milagro” salva a los remolacheros**

El problema de Cuba se puso en estudio, cuando los cubanos aún estaban combatiendo. Pareció entonces, a los extasiados puritanos, que Dios bendecía sus obras: el asunto se presentaba mucho mejor de lo que imaginaran. Dicho de otro modo, con un poco de audacia, Estados Unidos podría obtener resultados imprevistos.

Los remolacheros y los escasos plantadores de caña del sur norteamericano producían poco, y a precios de costo muy elevados. Incapaces de satisfacer la demanda nacional, necesitaban tarifas que los protegieran.

Cuba era el rayo de la Providencia. Bastaría integrar la Isla en un circuito cerrado. Al abrigo de un proteccionismo aduanal, los productores norteamericanos fijarían sus precios según sus costos, sin inquietarse por los precios mundiales. El mercado interior absorbería su producción, y el resto se suministraría por los plantadores cubanos. Mas, para evitar el derrumbe del mercado, el azúcar de la Isla se compraría *al mismo precio* que el de los plantadores yanquis. Ese privilegio económico tendría una primera consecuencia: unir la Isla al continente.

## **La providencial explosión del *Maine***

Hacía tres años, los cubanos peleaban. Las epidemias desolaban el ejército español. Bruscamente, en el puerto de La Habana, voló el *Maine*. Hoy, los profesores de historia, aun en Estados Unidos, no pueden evocar aquel acorazado norteamericano sin una discreta sonrisa.

No obstante, hubo muertos a bordo. La opinión se inflamó. La doctrina Monroe y la generosidad puritana lanzaron a Estados Unidos a una cruzada contra España. La vieja monarquía sangró, replegó sus tentáculos. Antes que los estupefactos cubanos tuvieran tiempo de agradecer a sus aliados, éstos se convirtieron en ocupantes: un tratado firmado en París les dio el gobierno provisional de la Isla.

Se quedaron cuatro años, el tiempo necesario para instalar su dispositivo. Cuando por fin cedieron la plaza a los naturales —en 1903— no habían omitido nada para hacer del naciente Estado un monstruo semejante a los gansos de Estrasburgo, que mueren lentamente en los sufrimientos de un hígado demasiado delicioso.

Inclusive se habían previsto sobresaltos, convulsiones. La Enmienda Platt, agregada a la Constitución, otorgaba a los libertadores el derecho a regresar en caso de conflicto —es decir, cuando ellos quisieran—, y de liberar a sus hermanos cubanos con tanta frecuencia como estimaran necesario.

### **Fecundidad de la Isla**

La fecundidad de Cuba será, en el futuro, su dicha. En 1902 constituyó la fuente de sus desgracias. Allí se planta una estaca, y florece. Es el país donde el cultivo de la caña tiene un costo más bajo.

Gracias a los acuerdos celebrados con los norteamericanos, Cuba era el país que vendía su azúcar a un precio más elevado. Hace poco, aterrado por la visita de Mikoyan, el embajador de Estados Unidos publicó este anuncio: el Gobierno cubano vende a la Unión Soviética el 20 % de su zafra al precio mundial; tiene derecho a hacerlo. Pero si los norteamericanos decidieran pagarle el mismo precio, Cuba perdería cada año 180 millones de dólares.

A lo cual los dirigentes cubanos respondieron simplemente: “Hagan la prueba”.

En efecto, hace mucho tiempo, saben que los intereses de los remolacheros norteamericanos y los plantadores de la Isla son solidarios. El mismo producto será caro en Nueva York y barato en Moscú: así lo ha querido Theodore Roosevelt, así lo han querido después de él todos los inquilinos de la Casa Blanca.

Ahora bien, en el mundo entero, los grandes capitales acarician el mismo sueño: financiar empresas que vendan al precio más elevado lo que ellas producen al precio más bajo. A partir de 1902, desde Pittsburgh, Detroit, Chicago, los dólares sobrantes levantaron vuelo para abatirse sobre las tierras vírgenes del nuevo Edén.

Producido en el norte por el acero y por las máquinas, el dinero industrial se convertía en azúcar al tocar la Isla; compraba campos, los cubría de caña, elevaba centrales que molían la caña para recoger su turbio zumo.

Metamorfosis provisoria: vendido a consumidores yanquis por propietarios yanquis, el azúcar yanqui de Cuba se transformaba en dólares apenas se le depositaba en Estados Unidos; esos dólares regresaban en mayor número que al partir y se les distribuía a los accionistas bajo la forma de los más hermosos dividendos del mundo.

### **La isla de sueño se convierte en isla diabética**

Theodore Roosevelt veía más lejos: esas piezas de oro y de plata que se envían a hacer un paseo a un país pobre, resultan apenas un aspecto del imperialismo económico. Quizás, el más inmediato, el más brillante, pero no el más profundo.

La hipertrofia de la caña formaba el sector clave de la economía cubana. Los otros cultivos, aplastados, desaparecían o no alcanzaban a nacer. Aquellos que resistían, eran confinados en los más estrechos límites. La industria azucarera se desarrolló en detrimento de las otras industrias.

Ésa constituye la fortuna del imperialismo: por el propio juego de la dominación económica, crea en el oprimido necesidades que sólo el opresor puede satisfacer. La isla diabética, asolada por la proliferación de un solo cultivo, perdía toda esperanza de satisfacerse a sí misma.

Los acuerdos azucareros tuvieron su contrapartida: la generosidad puritana prometió arreglarlo todo. Los industriales del Norte cederían al precio corriente los artículos manufacturados, y los agricultores norteamericanos considerarían un deber vender a sus paisanos de Cuba los productos alimenticios.

### **Cuba cae en la trampa**

Al principio, hay que reconocerlo, los cubanos estaban encantados. Todo empezaba como un cuento de hadas: ¡el azúcar se convertía en oro!

En 1901, Estados Unidos había consumido 2 963 000 toneladas de azúcar, de las cuales sólo 550 000 provenían de Cuba. En menos de diez años, la proporción se invirtió: en 1911, sobre 3 800 000 toneladas consumidas en Estados Unidos, 1 674 000 venían de Cuba. En 1925, sobre 6 934 000 toneladas consumidas, Cuba suministró 3 923 000.

Eso significa que, en el primer año del siglo, la Isla recibe 27 millones de dólares; 25 años más tarde, la caña le rinde 193 millones de dólares.

El cambio se reflejó incluso en Europa: españoles pobres emigraron a su antigua colonia. Los largos tallos inundaron la Isla. La caña representaba el 25 % de la producción.

Se necesitó que transcurriera un cuarto de siglo, que llegara la primera crisis económica, para que la joven nación saliera de la embriaguez. En 1901, en la exaltación de la victoria, había aceptado proposiciones equívocas: simplemente porque se la amaba, se le hacía ese ofrecimiento increíble de pagarle, por su principal producto, más de lo que valía.

Naturalmente, la oferta escondía una trampa en la cual cayeron de cabeza los notables cubanos. La Isla entera, cegada por su brusca y loca riqueza, por esa polvareda de oro sobre sus campos, había seguido el mismo camino. Veinticinco años de ignorancia y de inercia: en otros términos, 25 años de complicidad. Cuba se había vendido, y lo advertía demasiado tarde. Su explotador la despreciaba un poco, y para mejor retenerla, la obligaba a vivir por encima de sus recursos.

### **Todo *made in USA***

Ya en aquella época, los más lúcidos comprendieron que el balance del comercio con Estados Unidos resultaría siempre negativo. Cuando alguien se quejaba, los norteamericanos se encogían de hombros:

—Cuba es una isla especializada —decían—. Que trabaje para nosotros. Nosotros trabajaremos para ella.

Trabajaron tan bien, que inundaron toda la Isla con sus mercancías, desde los *bull-dozers* y las grúas mecánicas hasta los cigarrillos y las lavadoras.

En cuanto a la agricultura, las cosas llegaron a tal extremo, que el país más fértil de las dos Américas debió procurarse en Estados Unidos la tercera parte, y en algunos sectores la mitad, de los alimentos que consumía. Luego veremos que Cuba podía producir esos alimentos sin disminuir una sola caña de sus plantaciones. Esto quiere decir, en suma, que pagaba en dólares su derecho a conservar sus campos incultos.

Las tierras baldías de la Isla, sacrificadas no por el monocultivo sino por el régimen social que se fundaba sobre él, tenían su contrapartida en los millares de hectáreas asiduamente cultivadas en Ohio, en Utah, en California. Los cereales que no se sembraban en la Isla, las plantas que allí no crecían, se cuidaban con esmero en el Norte: cubrían vastos espacios, toda una Cuba continental que alimentaba a la otra, la insular.

Los refrigeradores y los tomates salían en barcos, de puertos norteamericanos con destino a Cuba. Pero de los hermosos dólares que pagaban el azúcar, Cuba no veía ni el color. Esas divisas estaban gastadas de

antemano, se quedaban en los bancos de Estados Unidos para pagar lo que compraba Cuba. Y aún así, no eran suficientes. Pues no se producía nada, había que importarlo todo.

Nada malo pasaba cuando la importación y la exportación crecían juntas: se cubrían las brechas transfiriendo a las cuentas de los norteamericanos las ganancias realizadas en otros sectores de la exportación.

En una palabra, los norteamericanos vendían productos elaborados a cambio de materias primas o semielaboradas, las cuentas se estabilizaban en Washington, pero esos sabios equilibrios cada vez enmascaraban menos la realidad. Había un incesante trueque de mercaderías, pero en Cuba el dinero no se veía, porque los norteamericanos no daban nada y se llevaban todo, y en Washington crecía una cifra negativa: la deuda cubana aumentaba sin cesar.

### **Un país abrumado por rascacielos y refrigeradores**

Había años de vacas flacas: Cuba se demoraba en los pagos y renunciaba a cubrir el déficit.

Los norteamericanos se mostraban comprensivos: seguían proveyendo automóviles y refrigeradores, daban crédito a todo el mundo, y el país se arrastraba, aplastado de rascacielos y de mecánica, y cada nuevo gobierno descubría, al asumir el poder, finanzas calamitosas, una economía deteriorada, obligaciones discretamente evocadas pero implacables.

En ciertos países, sin duda muy atrasados, sucede que el patrón restablece el sistema de esclavitud, aprovechando las deudas de sus empleados; basta rescatar las deudas, pagándolas en efectivo; el deudor se perjudicará para liberarse y quedar en paz con el acreedor único; mas, para trabajar hay que comer, entonces se endeudará para trabajar, y la liberación no viene nunca.

Esto era Cuba hasta el 1° de enero de 1959. Tenía un patrón. Uno solo, un solo empleador, un solo vendedor, prácticamente un solo comprador, un solo acreedor. Usaba sus fuerzas y agotaba sus tierras para producir azúcar, en la esperanza cada vez más vana de reconquistar su libertad. La frase de Martí adquirió un nuevo sentido, la gente la repetía sin alegría: “El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo”.

¿Valía la pena haberse batido tanto tiempo contra España para encontrarse un día frente a un cliente solitario y todopoderoso?

### **Si los precios bajan, es la ruina**

El gobierno y el Congreso de Washington tomaban decisiones unilaterales acerca del azúcar. Establecieron, sin apelación, el precio de la tone-

lada corta, la cantidad global a importar, la “cuota” (porcentaje de azúcar cubano en el total de las importaciones).

A Cuba, no le quedaba más remedio que callar. Contra la fuerza, habría podido protestar. Pero la fuerza estaba ausente. O invisible.

Esos decretos autoritarios se fundaban simplemente en el poder del dinero, en acuerdos que dirigentes cubanos habían firmado libremente: Washington tenía sujeto por la garganta al gobierno de la Isla por la sencilla razón de que era y seguiría siendo el único, entre todos los posibles clientes, que pagara el azúcar *por encima* del precio internacional.

Desde 1900, la sociedad y la economía de Cuba se habían desarrollado sobre la base de esos altos precios. Si Estados Unidos, por algún imposible, perdía interés en su proveedor consagrado; si Cuba, sin industrias, sin reservas, se veía constreñida a vender al mejor postor, sin dejar de comprar afuera los productos manufacturados, vendría la ruina. La Isla, desplomándose desde lo alto sobre el mercado del mundo, se rompería los riñones.

### **Los azucareros rivales acechan a Cuba**

Víctima de una falsa abundancia que disimulaba deudas, estrangulado por un privilegio, el país vivió, en medio del lujo de los ricos, una pesadilla, una amenaza apenas disimulada de hambre general.

Indudablemente, Estados Unidos no tenía interés en bajar los precios, para ello habría debido abandonar de golpe su política; además había realizado en la Isla, y en particular en el sector del azúcar, inversiones que debía proteger.

Quedaba la competencia extranjera. En América Latina, los cubanos tenían rivales que soñaban con desplazarlos.

Washington podía pensar en comprarles más. En resumen, podía, de un año a otro, cercenar la cuota cubana. El gobierno de Estados Unidos no ignoraba su poder y no desdeñaba mostrarlo:

—Y si les rebajamos la cuota, ¿eh?

En suma, obligaba a aquella nación “soberana” a bailar al ritmo que le tocaba, y esa nación bailaba, porque no le quedaba otro remedio.

Edificar sobre el azúcar, ¿es mejor que hacerlo sobre la arena? Cuba experimentó con amargura esa fragilidad. Por el azúcar, estaba en manos de los norteamericanos, y a través del azúcar sufría la reacción del resto del mundo ante Estados Unidos.

Según los acontecimientos, según las crisis, el amo incitaba a producir o frenaba la producción.

Al principio la estimuló, hasta arrancar 5 millones de toneladas en 1925. Cinco años más tarde, la sumió bruscamente en el maltusianismo: frenada por las tarifas Hawley-Smoot, la Isla volvió al índice anterior: 2 millones de toneladas. Se necesitó que transcurrieran 17 años para recuperar el nivel de 1925: 5 millones en 1947. En 1952 se batieron todos los records: 7 millones de toneladas. Esto tuvo por consecuencia inmediata una crisis de superproducción.

### **La riqueza construida en la miseria**

Llegó Batista. Creyó que había que tratar la producción como una fiebre, hacerla bajar rápidamente. En un año, volvió a caer de 7 a 4 millones de toneladas. Se comprende que el remedio fue peor que la enfermedad.

Posiblemente la cifra “óptima” se sitúe entre 4 y 5 millones de toneladas. No importa: el azúcar cubano es frívolo; la constancia de un “óptimo” abstracto no hace la riqueza; pero las sacudidas rápidas y brutales de la producción forjan la ruina.

Aún los cubanos no comprendían que la hipertrofia del azúcar había falseado todas las estructuras de su sociedad. Lejos de favorecer una distribución equitativa del producto nacional, este tipo de cultivo establecía la riqueza de los unos sobre la miseria de los otros.

En 1900, Cuba salía apenas del feudalismo. Su economía parecía transitoria: pocos grandes dominios, poca industria, una burguesía escasa, artesanos y, sobre todo, agricultores.

Esta fase del desarrollo nacional se denomina con frecuencia “precapitalista”; en particular, por los propios cubanos. Los acuerdos azucareros precipitaron la metamorfosis, desviándola. La industrialización y la concentración industrial se unieron desde el comienzo.

En cambio, el flujo de capitales norteamericanos y, de manera secundaria, las modificaciones de la cuota azucarera —que arruinaban a los propietarios cubanos menos ricos—, favorecieron la concentración de tierras. Las grandes plantaciones devoraron a las pequeñas, las cuales no podían resistir los golpes. Y de este modo se redondearon los latifundios.

### **Los “grandes” azucareros no viven en la tierra**

Es cierto que en el transcurso de este medio siglo, los propietarios cubanos recuperaron la tierra: en 1939, las empresas norteamericanas producían el 55 % de la zafra; las cubanas, el 22 %; después la proporción se invierte: el 62 % de la zafra se produce por cubanos, el 36 %, por las compañías norteamericanas.

Pero eso no importa. Porque la concentración de la tierra se acelera: 161 empresas llegan a poseer o controlar 184 000 caballerías (la caballería equivale a 13 hectáreas y media); es decir, el 27 % del suelo nacional.

Los propietarios son absentistas: viven en La Habana o en Nueva York; viajan por Europa; sus mayoriales distribuyen el trabajo a los jornaleros, quienes cobran cuatro meses de salario, de diciembre a marzo. Concluida la zafra, que revienten. Hay que vivir ocho meses sin hacer nada. Se endeudan, ya con el bodeguero de la aldea, ya con el patrón. Cuando ocho meses más tarde vuelven al trabajo, su futura paga está consumida de antemano por esos préstamos interesados.

Estas tierras sin hombres, cultivadas por hombres sin tierras, reciben de los cubanos el nombre que designaba las grandes propiedades en la Antigüedad: los latifundios. Como en el tiempo de los romanos, se caracterizan por el absentismo del propietario, por el cultivo extensivo, por la inmensidad de las tierras baldías.

### **Ni maíz ni arroz ni tomates**

¿Reclama todo eso el azúcar? Sí y no. Cualquiera sea el régimen, el cultivo de la caña supone la concentración de las tierras. Pero los acuerdos azucareros sólo exigen el latifundio.

Como ya hemos visto, el interés de Estados Unidos consiste en que sus agricultores alimenten, de manera onerosa, a esos “especialistas” que son los campesinos cubanos. El monocultivo rinde doblemente: primero, por lo que produce; segundo, por lo que impide sembrar.

Si los cubanos siembran arroz, cultivan tomate, ¿qué harán los agricultores norteamericanos? Sin duda, los norteamericanos no deseaban que la caña invadiera la Isla hasta el litoral: temían la superproducción, la inmovilidad de los mercados, las crisis. Pero, afirmaban, ¿para qué violar vuestras tierras vírgenes? Una tierra virgen es una cosa tan bonita. Aceptad nuestras compras de azúcar y la de los raros clientes que os autorizamos, sembrad y recolectad la caña en cumplimiento de vuestras obligaciones; por lo demás, que la Isla siga entregada a la naturaleza; dejadla al sol y al mar.

### **La caña siempre resucita**

Para los grandes propietarios, el consejo era juicioso. Cuanto menos se ocupa uno de la caña, más vale.

Ya señalé que cada siete años se queman las plantas para devolver su vigor a las tierras agotadas. Pero durante seis años seguidos, se corta el

mismo tallo; el tocón vuelve a brotar, y a partir de diciembre aguarda con insolencia el machete negro que la corte.

¿Por qué, entonces, fatigarse sobre una huerta? ¿Para qué trabajar centímetro a centímetro y cubrir la Isla de miniaturas, cuando un gesto basta para preñar 1 000 hectáreas y dar al amo siete años de felicidad? Siete años de viajes por el mundo. Decapitada, la caña resucita y vuelve a ofrecerse al filo del acero. ¿Para qué hace falta el propietario? Nada cambia. Un mayoral basta.

Todas las capitales del mundo han conocido esos hombres pálidos y gordos, siempre abrumados, inclusive en París, por el recuerdo de una temperatura subtropical de la cual han huido. Esos productos semielaborados —como su azúcar— venían a refinarse en Europa: uno de ellos conocía todos los sellos postales emitidos por Alemania; otro, la historia de nuestros gobelinos.

Pero allá en su país, y aunque estuvieran ausentes, seguían siendo bárbaros, porque asolaban las tierras más fértiles con una voracidad grosera, con los métodos más rutinarios, abandonando el resto a las zarzas.

### **Ocho meses sin trabajo**

De 180 000 caballerías que poseían o controlaban, apenas cultivaban 120 000. Aspiraban a una producción flexible y mesurada que siguiera con exactitud el itinerario caprichoso de la cuota.

La especialización de la Isla agradaba a sus protectores extranjeros; pero el propietario cubano también le sacaba provecho. ¿Qué exige el cultivo extensivo? Equipos de obreros agrícolas que trabajen un tercio del año, y a quienes se echa enseguida hasta el próximo año.

El policultivo, si se desarrollara, reclamaría —como ya se había visto en otras regiones de la Isla— una técnica “intensiva”, la presencia asidua del cultivador: habría que desarrollar todo un sistema de granjas, de aparcerías; el terrateniente ya no sería dueño en su casa.

Los latifundistas temían alertar al campesino, volverlo consciente de sus derechos. Los cortadores de caña se alborotaban a veces, pero eran buena gente, que no sabía leer. Y, además, trabajaban por un bocado de pan.

### **Ganado vagabundo en tierras incultas**

El régimen latifundista y la esterilización voluntaria de Cuba van de la mano: el ciclo infernal del azúcar lo exige, y llega a influir en las más viejas empresas de la Isla, en las “ganaderías”.

Introducido por España antes de la guerra, el ganado constituyó hasta fines del siglo XVIII el principal recurso de la Isla. Desplazado por la caña, relegado a un segundo plano, sigue la pauta de su vencedor, y hasta encuentra en esa victoria un estímulo para resucitar o desarrollar sus viejas tendencias coloniales: en 1958, la ganadería produjo 100 millones de dólares y dio trabajo a 100 000 hombres; teniendo en cuenta estos buenos servicios, los criadores estimaban legítimo ocupar, sin trabajarla, un gran porcentaje de la tierra cubana.

En las 300 000 caballerías que se habían adjudicado había de todo, naturalmente: tierras fértiles, otras que lo eran menos. Pero un grupito de pequeños propietarios condenaba de manera indiscriminada a unas y a otras a la infertilidad.

El ganado vagaba en esas grandes extensiones, y en Estados Unidos, los productores de arroz, de tomates, de legumbres, hacían fortuna. Sin hacer un gesto, sin pronunciar una palabra, el imperialismo norteamericano, con ayuda de sus aliados cubanos, reforzaba el feudalismo que su fuerza militar había pretendido destruir.

### **Invasión del mercado cubano**

Criadores y plantadores servían los intereses de los yanquis y los suyos propios, cuando desalentaban la industrialización del país.

Estados Unidos temía la competencia; los grandes propietarios temían las rupturas del equilibrio interior: si se permitía a la burguesía industrial crecer, si los asalariados agrícolas dejaban el campo para trabajar en las fábricas, ¿qué ocurriría?

Estos reyezuelos jugaron al chantaje en nombre de Estados Unidos, sin que los norteamericanos tuvieran necesidad de mezclarse en la operación. Repetían en sus periódicos y en sus comités: “¡Cuidado con las represalias!” Si alguien pretendía fundar una empresa, había que oírlos gritar: “¡Están locos, nos rebajarán la cuota!”

Todos los gobiernos cubanos estuvieron de acuerdo para apartar a las instituciones de su función. La aduana protegió, bajo el dulce nombre del libre intercambio, la invasión del mercado por los artículos norteamericanos; el Banco Nacional, los bancos privados, las oficinas de créditos, al favorecer la construcción de inmuebles, alteraron el curso normal de los capitales, desacostumbraron a los cubanos a invertir en la industria, convirtieron a los pequeñoburgueses —al principio, contra su voluntad, luego con su consentimiento— en propietarios de inmuebles o de apartamentos, en rentistas.

## **Prohibido fabricar estilográficas**

Las ideas nacen de la práctica: cuando se persuadió a estos hombres de que su desgracia permanecería inmutable, porque una ley de hierro, especialmente dictada para las islas del Caribe, prohibía a los cubanos cultivar tomates o fabricar estilográficas, ellos solos sacaron su conclusión: no despertemos la tierra que duerme, dejemos que desfallezca, que el suelo desmontado se agriete bajo el sol; abajo el policultivo y la industrialización, invirtamos nuestros capitales en la edificación y nuestra libertad en el renunciamiento.

Ya en 1949, la propaganda estaba tan bien hecha, que, hallándome en Cuba, un empleado me retiró de la mano el peine que yo quería comprar: “¡Ése no, señor! ¡Ése está fabricado en Cuba!”

Todo el sistema reposa, naturalmente, en los salarios, increíblemente bajos. No resulta posible trocar durante mucho tiempo productos agrícolas —aun a precios elevados— por maquinaria, a menos que la mano de obra rural cueste el mínimo. El desempleo y la superpoblación son auxiliares indispensables: si la demanda de empleo crece para una oferta que permanece constante, cada uno se volverá menos exigente que el vecino, y el salario medio tiende hacia el cero.

## **Habrá que triplicar el número de maestros**

En esta combinación, el analfabetismo desempeña su papel: para que el pueblo, por propia voluntad, se empobrezca, y enriquezca cada vez más a los ricos, hay que mantenerlo en la ignorancia.

Aprender a leer, es aprender a juzgar. Entonces, al pueblo no hay que enseñarle nada. Para empezar, no hay que dar escuelas.

Cuando Castro asumió el poder, la mitad de los maestros tenían licencia ilimitada, o no estaban designados, por falta de locales escolares. Ahora, han vuelto al trabajo, pero habrá que triplicar su número y aún eso no será bastante. En suma, antes de 1959, en Cuba había un 45 % de analfabetos y también un 45 % de campesinos, y pienso que ambos porcentajes, en bruto, representaban a los mismos hombres; la ignorancia no era el resultado de la miseria; la miseria y la ignorancia se imponían al mismo tiempo por los amos de la Isla.

Cuba, se dice en Europa, es un país subdesarrollado. Admiro el pudor de ese neologismo. Subdesarrollado: como si la culpa fuese de nadie. ¿Será del clima? ¿O de los recursos del suelo? ¿Quién sabe? ¿La indolencia de los habitantes? En todo caso, la naturaleza; se ha mostrado madrastra; avara o demasiado pródiga de sus dones; ¿para qué vamos a buscar los responsables entre los hombres?

## **El verdadero crimen**

Mas, desde que vine a Cuba, presencié por todas partes el crimen de los hombres; es algo que salta a la vista: el chantaje y la violencia obligaron a los cubanos a practicar el cultivo extensivo, el más desastroso para la tierra y el más embrutecedor para los hombres; la violencia y el chantaje los condenaron al subempleo por la negativa a diversificar los cultivos, al ocio por la negativa a darles fábricas.

Los hombres, sirviendo a sus intereses, detuvieron la historia de Cuba en 1902, y mediante la inyección de dólares le fabricaron ex profeso una economía retrógrada. Sin duda, Cuba es un país subdesarrollado, pero porque otros países, con complicidades internas, le impidieron desarrollarse.

Esas complicidades resultaron indispensables. Salvaron las apariencias. El puritanismo pudo mantener su buena conciencia. Ya a inicios del siglo XIX hubo plantadores que incitaron a Estados Unidos a apoderarse de la Isla y anexarla.

El Gobierno de Estados Unidos conoció la tentación, pero jamás cedió a ella: un gran país no reniega nunca de sus principios. Y cuando hacia 1900 hubo ingratos que reprochaban al ejército norteamericano su presencia en Cuba, Washington se indignó: el país de la libertad vierte su sangre para dar libertad a otros, y no para quitársela.

## **Los latifundistas y el ejército**

En efecto, el ejército norteamericano terminó por retirarse, cuando el dispositivo colonial quedó ajustado. Estados Unidos otorgó la soberanía a la joven nación; pero, al mismo tiempo, los acuerdos azucareros le arrebatában su independencia económica.

Washington reconocía abiertamente los derechos imprescriptibles de Cuba, pero le quitaba los medios de hacerlos valer. Poco más tarde fundamentaba su autoridad en el chantaje del azúcar. Esta amenaza aterró a los propietarios. Pero no era seguro que intimidara a los campesinos. Padeían demasiado bajo sus males verdaderos, para ir a inventarse aflicciones imaginarias. Si esa gente realista llegaba algún día a irritarse, resultaría inútil agitar la “cuota” ante sus ojos; se necesitaría un llamado al orden eficaz y tangible.

La fuerza. Pero, ¿cuál? Aun en tiempos de la Enmienda Platt, una intervención armada de Estados Unidos habría parecido molesta. ¿Para qué poner los puntos sobre las íes? Afortunadamente, los norteamericanos tenían aliados en la Isla.

Aquí se revela en toda su importancia el acuerdo, concluido en un abrir y cerrar de ojos, jamás denunciado, de los puritanos demócratas y capitalistas con los muy católicos terratenientes del país agrícola. Despojando a la tierra y a los hombres, no sólo por cuenta de los productores yanquis, sino también por cuenta propia, era normal que los latifundistas se diesen por sí mismos organismos de contención y represión: el ejército fue cubano.

### **Cincuenta mil soldados; cuarteles en todas partes**

Salidos de la aristocracia terrateniente, los jefes de ese ejército participaban de los prejuicios de aquella aristocracia. Los soldados eran simples mercenarios, paisanos cansados de la miseria, o desempleados que se habían vendido al mejor postor. Cincuenta mil hombres; cuarteles en todos los cruces de caminos, en las aldeas y en las ciudades, formaron ese ejército.

El ejército no obedecía, en realidad, al jefe del Estado cubano, quienquiera que fuese. Simplemente se prestaba. En realidad, constituía la fuerza manifiesta de los grandes propietarios. Sostenía un régimen en la medida en que ese régimen conviniera a sus verdaderos amos.

Llegado el momento, abatía ese castillo de naipes o bien, anunciando su neutralidad, permitía que otros lo abatieran; venía otro jefe de Estado, se concedía charlar a su antojo a los nuevos dirigentes, pero sus días estaban siempre contados.

Así, las instituciones políticas servían de disfraz a la realidad cubana; enmascaraban la dictadura militar que los terratenientes, aun bajo la democracia, ejercían sobre la miseria.

En cuanto al ejército profesional, bajo sus galones y su nacionalismo, ocultaba su doble papel permanente: algunos de sus oficiales, estoy seguro, se llenaban la cabeza de bruma para no ver que protegían a su casta contra el pueblo, y simultáneamente al imperialismo extranjero. Los más cínicos debían sonreír: estos yanquis habían tenido la malicia de obligar al pueblo cubano a mantener al dispendioso ejército nacional encargado de vigilarlo. De todas maneras, los jefes militares no se interrogaban a sí mismos con frecuencia. Era el ejército del azúcar, y eso es todo.

### **Cuba forjó el martillo que la pulverizaba**

¿Existía connivencia entre los grandes señores feudales y el extranjero? El ejército no tenía por qué mezclarse. Con su presencia, se limitaba a asegurar que la caña de azúcar siguiera siendo el destino de la Isla.

De agrado o por fuerza, la India *perteneció* a los ingleses en tanto hubo allí tropas de Su Majestad. Cuba jamás “perteneció” a Estados Unidos: la prueba era ese ejército nacional, previsto por las leyes fundamentales de la democracia cubana, que garantizaba el orden, las instituciones y la independencia de su país.

Resulta particularmente digno de observar ese truco de prestidigitación: la soberanía nacional hallaba su expresión más saliente, y su apoyo, en la institución armada, y el ejército que Cuba había forjado venía a convertirse, por su existencia, por su origen, por sus connivencias, en el martillo-pilón que la pulverizaba.

Reinaron los puritanos de Washington. Pero nunca mostraron las manos. Hasta resulta posible que, sin mucho esfuerzo, hayan olvidado a esas tropas que no comandaban, que jamás habían visto: sus providenciales servicios eran otro testimonio del favor divino.

Ésa constituye, pues, la desgracia de Cuba, colonia que quiere liberarse y que, después de una guerra de años, vuelve a verse semicolonizada. Esto empieza en 1900. Cincuenta años más tarde, todo salta: es la revolución. ¿Por qué?

Porque esta sociedad rota, atomizada, no ha podido acostumbrarse a su marasmo. En sus flancos ha engendrado un cataclismo subterráneo que, de año en año, ha ido cobrando fuerza, trastornándolo todo y haciendo cada día menos soportable la situación: desde fines del siglo XIX, el índice de natalidad no ha cesado de aumentar.

La falaz prosperidad de los primeros tiempos inicia un movimiento que la miseria toma por su cuenta y acelera. En 1890, la Isla tenía 1 500 000 habitantes. En 1960 tiene 6 600 000.

### **Familias con 11 hijos**

El aumento vertiginoso de los nacimientos deviene un rasgo común a las naciones subdesarrolladas. Frente a la vida y la muerte, el campesino conserva sus aptitudes tradicionales. Engendra hijos sin contar: la naturaleza se los da; si son demasiados, ya los recobrará.

Por otra parte, como puede imaginarse, el cortador de caña ni siquiera tiene idea de lo que en ciertos países se designa como *planning* (planeamiento) familiar. Para regular los nacimientos, hay que tener fe en lo porvenir.

Hasta 1959, los cubanos no tenían porvenir: vivían para el momento; sobre todo, los más miserables, quienes cada año esperaban, después de cuatro meses de trabajo, la vuelta de ocho meses de desocupación. No

hay nada más fecundo que la resignación; en Cuba no son raras las familias con 11 hijos, aun en las ciudades, donde la pequeña burguesía ha conservado la estructura patriarcal de la familia y el ritmo campesino de la natalidad.

En los años 1920, en Cuba se estableció un equilibrio precario entre la multiplicación de los hijos y la de las toneladas de azúcar. Desgraciadamente, la producción culminó en 1925, bajó de nuevo y, al final, a pesar de las brutalidades sísmicas de sus variaciones, se contuvo entre dos límites constantes y cercanos. La marea de los nacimientos lo inundó todo. Por todas partes se abrieron nuevas bocas; bocas que había que alimentar.

### **Hacia Europa**

Pero la alimentación no aumentaba. Los hijos fueron más pobres que los padres. Los niños nacen de la miseria y ésta del sistema; como que se deja que la industria se estanque, los hijos de los desocupados serán desocupados de nacimiento.

Con sus cuatro meses de salario, el esclavo de la caña tiene que alimentar a una familia que crece todos los años. El nivel de vida no cesa de bajar; en los campos, 3 millones de hombres, sin conocer aún el verdadero hambre, han nacido de padres desnutridos y vivirán subalimentados. Al no encontrar trabajo, los jóvenes dejan las ciudades y emigran a Europa.

Yo me preguntaba de qué desastre invisible habían sacado los cubanos esas fuerzas de rebeldía disimuladas por la resignación, esa violencia que los arrojó al camino de la Revolución. Lo supe; en el fondo, siempre es el ciclo del azúcar.

Pero sólo había comprendido de primera intención la disposición general: ahora, veo que ese sistema establecido se desarrolla, origina efectos durables, los consolida y los incrementa: en suma, veo que se halla en perpetuo devenir, que a cada instante acentúa su huella sobre la Isla a costa de sus habitantes.

De año en año, la presión demográfica aumenta el mutuo antagonismo de los asalariados y hace de cada uno para cada uno el competidor que quiere robarle el empleo; de año en año, el salario pedido tiende por sí mismo hacia cero, se hace cola para trabajar y se trabajaría por casi nada; de año en año, sin que ni siquiera sea necesario descuidar o disminuir el ritmo de su construcción, el número relativo de escuelas disminuye.

El sistema se mantiene por sus consecuencias; con sus inyecciones, ha creado ese monstruo diabético: una isla de azúcar. Y la Isla origina, a su vez, otro monstruo: el hombre del azúcar comienza a pulular.

## **La ignorancia norteamericana**

Todo marcha según los deseos de los grandes propietarios y sus amigos continentales. Sin embargo, no: recordemos la superproducción de 1952. ¿Una coincidencia le dio el poder a Batista?

Los jefes del ejército, hombres de la aristocracia, despreciaban a aquel sargento de quien cuchicheaban que tenía sangre india, y los latifundistas le reprochaban, precisamente, ser “pueblo”; es decir, en Cuba, casi analfabeto.

En cuanto a los norteamericanos, no decían palabra de él: la prensa de Estados Unidos jamás aludió a sus procedimientos de gobierno: un abanico; de la corrupción a la tortura y al asesinato. Supongo que para demostrarle por lo menos, en su mayor parte, que Batista fue un verdugo. En pocas palabras, este hombre ni siquiera conquistó la simpatía de quienes lo utilizaban.

No obstante, si en 1952 se recurrió a sus servicios; si el ejército impuso su populacho; si los latifundistas toleraron su violencia y hasta varios de ellos se comprometieron con su régimen, fue porque todos esos aprovechados juzgaban el remedio *indispensable*: cuando la casa se quema, se apaga el fuego como se puede y con lo que se halle a mano.

## **Azúcar y elecciones**

Pero aquel analfabeto imbécil era astuto y temerario: le dejaron hacer. Aún más, Batista se había retirado a Estados Unidos. ¿Quién le aconsejó presentarse en 1952 en las elecciones presidenciales, después de su fracaso en 1944? ¿Quién le financió la batalla electoral?

¿Quién le aconsejó adelantarse al probable nuevo fracaso con un acto de fuerza? De todas maneras, fue la Diosa Caña. Vino a Cuba encargado de una misión precisa: detener la superproducción y, por ende, lanzar a la miseria a millares de familias campesinas y amordazar a la Isla.

Pero si los intereses del azúcar encontraron en 1952 un defensor tan cruel y tan grotesco, no fue ciertamente por casualidad. El propio Machado, quien tiranizó a Cuba hasta 1933, permanecía al nivel del hombre. Hombre ávido y perverso sin duda, pero todavía la Isla no estaba tan enferma, todavía no necesitaba el gobierno de un mono.

Cuando un chimpancé se apoderó del poder en 1952, las cartas estaban jugadas y los amos de la Isla —en su tierra o en el extranjero— comprendían vagamente que no había más que una elección: los cubanos serían monos o revolucionarios.

## **Una población cuadruplicada**

El sistema se había sentenciado a sí mismo: en 50 años, la población se había *cuadruplicado*. ¿Superpoblación? No, bien explotada, la Isla alimentaría cómodamente a 10 millones de hombres.

Pero el régimen del azúcar, con sus latifundios, definía por sí mismo a los recién nacidos, como vidas excedentes, explicándoles, desde hacía mucho tiempo, a los pobres que el hombre viene al mundo para exprimir la tierra con sus manos desnudas hasta hacerla sudar jugo de caña: “Sin azúcar no hay país” y explicándoles también que esa ley de hierro los condenaba a mal vivir y tenían que aceptar su suerte.

Mientras pudieron, aceptaron. Pero la fecundidad de la miseria disminuía, sin reposo, el nivel de vida: resignados un día, al siguiente abrían los ojos para encontrar una situación peor y había que mantener la resignación a costa de un nuevo esfuerzo.

Se les había demostrado la imposibilidad de vivir bien, pero sus cuerpos experimentaban de pronto otra imposibilidad: la de morir aplastados como bestias. Castro, hijo de un terrateniente de Oriente, oyó —solo o casi solo— los primeros murmullos, las primeras voces que gemían: “Esto no puede continuar...”.

Fue el primero en comprender que la condición campesina no se definía por una desgracia crónica, sino por el aumento continuo de la desgracia.

He visto las huellas de esa desgracia: la Revolución trabaja en todas partes, pero sólo cuenta 14 meses, resulta fácil imaginar que queda mucho por hacer. He visto lo que desde su infancia vio el jefe de los rebeldes: los bohíos.

Antes de desaparecer para siempre hace 300 años, los indios legaron a los desventurados que los relevaban en su miseria, sus habitáculos y la manera de construirlos: los bohíos son chozas.

Algunas latas desajustadas dispuestas alrededor de un poste que sostiene un techo puntiagudo, hecho con hojas de palma secas: el piso es de tierra prensada. Falta todo: la electricidad desde luego, pero también las letrinas. En el piso negro y frío, un hormigueo de niños desnutridos y enfermos.

Algunas veces, en el umbral, una mujer nos mira pasar. Tan pronto es una blanca como una negra. Pero blancas o negras, tienen los mismos ojos fijos y hundidos.

## **Trabajando para extraños y absentistas**

En Europa no conocemos esta miseria en la abundancia. La exuberancia vegetal lo cubre todo con sus sedas y sus lanas. Ha habido que

desgarrar la alfombra y recortarla en círculo para hallar un piso para el hombre: el suelo desnudo.

La tierra proyecta contra el cielo las palmas reales, esas soberanas solitarias. Entre los largos cuerpos blancos y suaves, hinchados de savia, el bohío testimonia que la pobreza les llega a los hombres por el hombre.

Con inyecciones masivas de dólares, los ricos han implantado la pobreza, la escasez de las subsistencias, la ignorancia, en el corazón de una fertilidad increíble.

Castro vio esa contradicción cada vez más evidente y presintió que constituiría la fuente de la rebelión campesina: aquellos hombres no aceptarían por mucho más tiempo atormentar a la tierra para mantener a extranjeros y absentistas. Pronto se negarían a trabajar con el estómago vacío y a falsear por orden aquella naturaleza inagotable, para obligarla a no alimentarlos. Aquellas riquezas al alcance de la mano, denunciaban la miseria como un crimen.

### **La cólera sola no basta**

Por haber adivinado ese escándalo agudo, cuando los propios pobres lo sentían sin saberlo, Castro adquirió, desde 1952, el derecho a conducirlos a la victoria.

De ahí, imagino, procede ese naturalismo optimista que, tan a menudo, me ha llamado la atención en los cubanos revolucionarios: la naturaleza es buena, es el hombre quien hace el mal. Tendré que volver sobre esto.

Por el momento, sólo nos hallamos en el diagnóstico: reducida a las estructuras elementales de un régimen feudal, triturada por un mecanismo económico que la transforma en semicolonias, una sociedad, fecunda por miseria, se asfixia en su Isla en medio de tierras yermas y recursos inexplorados.

Un puñado de hombres ha conducido al pueblo a la asfixia: bastará que un puñado de hombres lo llame para que se levante, rompa la máquina infernal y la arroje al fondo del mar.

La cólera puede fomentar un motín, pero no basta para conmover un régimen. Para que un pueblo entero se lance contra la fortaleza de sus amos, se necesita infundirle esperanza.

### **Un rayo sobre los campos**

Durante el curso de su degradación inexorable, los cubanos habían comprendido que la historia hace a los hombres. Faltaba demostrarles que los hombres hacen la historia.

Había que arrancar ese espantajo plantado por los ricos en los campos de caña al destino.

La nación cubana estaba harta de programas: en el viejo tiempo de la “democracia”, hombres de la ciudad habían emborrachado con palabras a los campesinos.

Sólo una acción simple y clara podía devolverles el valor, a condición de que tuviera la irreversible densidad de un acontecimiento y de que fuera, por su falta de conclusión provisional, el inicio sin promesas y sin palabras de una empresa que exigiera el concurso de todos para terminarse; a condición de que cambiara la vida y les infundiera el deseo de unirse para llevar el cambio hasta sus últimas consecuencias.

Esa acción vino. Un día, desde la cumbre más alta de la Isla, el rayo cayó sobre los campos: perseguidos por el ejército y por la policía, los “fuera de la ley” de Castro decidieron llevar a cabo una redistribución de las tierras y lo hicieron saber al país.

Un día, Castro me dijo que era revolucionario por vocación, y como le preguntara qué quería decir con eso, me respondió:

—*No puedo soportar la injusticia.*

Me ofreció ejemplos que extraía de su infancia y su adolescencia, y comprendí que me hablaba *de él solo* y de los malos tratos que habían intentado infligirle. En su respuesta me agradó que este hombre —que ha peleado, pelea todavía por todo un pueblo y no tiene otro interés que el de todos— me haya acercado a sus cóleras personales, a su vida privada.

### **Un pendenciero a los 15 años**

Jamás había dejado que lo maltrataran —me dijo—, devolviendo golpe por golpe, al extremo de ser expulsado del colegio. Lo imaginé a los 15 años: un pequeño pendenciero, indomable pero desorientado.

Aquel hijo de terrateniente, interno en un colegio de Santiago, pasaba las vacaciones en la propiedad de su padre, en Oriente; hijo mayor, ya se disponía, no sin gusto, a continuar la vida de su padre. Pero ni Fidel ni Raúl, el hermano que lo seguía en edad, sabían qué habían venido a hacer a este mundo.

Fidel esperaba entonces salir de dificultades por medio del *conocimiento*: la ciencia le prestaría sus luces, se comprendería a sí mismo y podría deshacer el nido de víboras que había en él, aquella confusa violencia que lo asfixiaba.

## **Los verdaderos responsables**

Partió para La Habana, estudió y se sintió decepcionado: aprendió la inutilidad de las palabras. Los profesores hablaban ante adolescentes desconcertados para no decir nada.

En cuanto a las preguntas esenciales —las que atormentan a un joven a su entrada en la vida—, se tenía cuidado de no responderlas. Su vigor mental se demuestra al sentir la insuficiencia de los programas y de los cursos, como una injusticia deliberada que lo obligaban a sufrir. Querían hundirlo en una ignorancia vanidosa y servil. Fue la primera vez, creo, que expresó su pensamiento profundo, fuente innegable de toda su actividad futura: cualquiera que sea la importancia de los factores naturales, los males que afligen a los hombres les llegan por otros hombres.

Tiranos perezosos y morosos, los amos cubanos de la Isla desconfiaban del saber, porque conducía a la subversión. El abandono de los estudios superiores era premeditado: para proteger el subdesarrollo de la economía cubana, se procuraba producir en Cuba solamente hombres subdesarrollados.

La violencia de Castro no constituye un furor: se manifiesta en la calma con decisiones inquebrantables. No se dejaría vencer, aunque tuviera que derribar a la casta que pretendía quebrantarlo.

## **La prisión y el destierro**

En otro, esa decisión habría seguido siendo verbal. ¿Qué puede un joven solo contra una sociedad?

Pero la hizo práctica y más tarde eficaz, descubrir —al mismo tiempo contra sus profesores, contra su familia y contra su clase— que el mismo régimen, por las mismas razones, ejercía una sola y única presión sobre los estudiantes, negándoles la ciencia; sobre los niños de los campos, privándolos de escuelas; sobre los trabajadores, racionándoles el pan.

Esa visión unitaria de los problemas cubanos se convertirá más tarde en la verdad de la Revolución. En 1952 sólo resulta un presentimiento. Su prematura aparición estuvo a punto de perder a Fidel.

En efecto, el joven no dudó un instante que todos sus compañeros y, finalmente, todos los habitantes de la Isla, compartirían su cólera. Si rugía en él, rugía en todas partes. Sobrestimó, por optimismo, el escepticismo de sus compatriotas: la resignación, ese subproducto de la opresión, disimulaba su honda rebelión. Cada uno esperaba, para tomar las armas, que empezara su vecino. Castro pensó: “Empezaré yo”. Atacaría al cuartel

Moncada y ésa sería la chispa: un instante después estallaría la insurrección general.

No estalló. Castro fue condenado. En la prisión y luego en el destierro reflexionó.

### **El apetito de los ricos**

En esa época, los expertos atribuían gustosamente las desgracias de la Isla a una naturaleza madrastra o a las estratificaciones de la historia. El seguro juicio revolucionario de Castro los hizo buscar a los responsables entre los hombres.

Una mecánica terrible devasta a la sociedad; evidentemente hay que cambiarla, pero no se la cambia. ¿Qué nos lo impide? ¿Los intereses de los grandes propietarios cubanos, de los capitalistas extranjeros? Desde luego, pero ¿cuántos son? ¿Qué fuerza, sometiendo a los miserables, a los desnutridos, a los desocupados —vale decir, a la Isla entera— a los apetitos de un puñado de ricos, aplasta a los cubanos en el polvo, persuadiéndolos, al mismo tiempo, de que deben aceptar su servidumbre como un destino? Es el ejército, pensó Castro. El ejército constituye el peor enemigo de la nación.

¿Y por qué la corrupción parecía ser desde hacía 50 años la ley de Cuba? Cada vez que los demócratas cubanos, conducidos por un Grau o un Prío, habían hecho una campaña contra un gobierno corrompido y contra la venalidad de los administradores; cada vez que habían pedido al pueblo su confianza, prometiéndole reformas, ministros íntegros, funcionarios irreductibles, habían defraudado esa confianza y fracasado en mantener su promesa.

Honrados al principio, pronto se volvían tan ávidos y corruptos como sus antecesores. Al asumir el poder, hacían el aprendizaje de la impotencia: los jefes se repartían los títulos y los honores que pertenecían a los ministros y éstos advertían muy pronto que no se les habían dado las atribuciones de un gobierno. A veces, las pedían a los grandes propietarios y les respondían: “Vengan a tomarlas”. Se empujaba una puerta y del otro lado había soldados. Aquellos ministros sin poder veían un poder sin misterio. La fuerza desnuda.

### **Rehenes de los dirigentes**

En verdad, no tenían manera de actuar: les sustraían las palancas de mando, y a la cabeza del país, volvían a ser lo que habían sido en la oposición: charlatanes.

Ya el pueblo murmuraba como el loro de Zazie: “Hablas, hablas... es lo único que sabes hacer”.

Pero cuando descubrían la mixtificación ya era demasiado tarde: habrían debido renunciar el mismo día de su victoria; aún mejor, no haber aceptado nunca las apariencias del poder. Rehenes de la clase dirigente, resultaban cómplices de la comedia que se representaba para el elector, habían amparado la secreta dictadura de los latifundistas.

Y los jóvenes y los viejos reanudaban en silencio o en conversaciones susurradas el viejo sueño cubano: ¿algún día, la Isla sería gobernada por hombres honrados, austeros, incorruptibles? ¿Por qué, a pesar de la renovación constante, a menudo brutal de los políticos, eso no había ocurrido ni una sola vez?

### **El pensamiento de Castro**

Entretanto, desterrado, reflexionando en México acerca el ejército cubano, Castro había comprendido ya las verdaderas razones de la corrupción cubana.

Las colonias —se decía— tienen, por lo menos, una ventaja sobre la semicolonía: no existe corrupción política por ausencia de políticos a quienes corromper. Se compra a los reyezuelos — sencillamente traidores—, pero, por sí misma, la semicolonía constituye una mentira, pues su *verdad secreta* es la colonización. En consecuencia, todas las palabras mienten: todas las transacciones coloniales hay que trasladarlas a un lenguaje democrático: se llamará “libre contratación” lo que se denomina en verdad “obligación unilateral”.

De esa manera, el oficio del “gobierno” semicolonial, aun cuando honrado —es decir, durante los primeros meses—, es ya falsear el lenguaje, desviar las palabras del pueblo. Traiciona por constitución. Inscrita en los sujetos, su traición lo espera. Cuando lo advierte, cansado ya de venderse graciosamente y contra su voluntad, asume de manera animosa su oficio y pide una remuneración.

No —pensaba Castro—, los cubanos no nacen ladrones y corrompidos. La corrupción surge de la impotencia y ésta, de una soberanía fantasma que disimula la absoluta dependencia de nuestra economía. Una sola fuerza impide que esa mixtificación salte a la vista: el ejército, engaño él mismo, pues su función real y oculta es abolir el poder que pretende apoyar.

## **Solo contra 50 000 soldados**

Gandhi quería destruir el régimen de castas. En alguna parte, Nehru dice que es partidario convencido de la no violencia, tuvo una intuición propiamente revolucionaria; buscó la piedra fundamental que sostenía el edificio y la encontró: la casta de los parias. A partir de entonces, ya no dejó de atacar esa causa y dedicó a ello todo su tiempo y todas sus fuerzas, convencido de que el sistema entero se desplomaría, cuando ella cayera rota en pedazos.

Castro hizo lo mismo: el ejército era la piedra que había que quebrar. Esas reflexiones causaron en él un cambio de objetivo que nadie advirtió: en La Habana y en México se creía que atacaba a Batista, cuando, para él, éste sólo contaba a medias.

Aun cuando el estado mayor cubano hubiese tomado la iniciativa de derrocar la tiranía, de llamar al pueblo a las armas, el ejército habría seguido siendo el enemigo público número uno: pudriría a los futuros demócratas como a sus predecesores y en el instante oportuno extraería de su seno al tirano que los reemplazara.

En cuanto a la pureza, cuya nostalgia se conservaba en Cuba, Castro no habría dado una gota de su sangre por devolverla a los políticos maculados: arriesgaba su vida para garantizarla a los nuevos grupos y para cimentarla en el ejercicio real del poder; en otros términos, en la independencia reconquistada.

Decidió regresar solo o casi solo a la Isla, para derrotar a los 50 000 soldados que lo esperaban.

## **Táctica: pelear en la naturaleza**

Pero ahora reconocía su error: intentar un acto de fuerza en las ciudades donde reinaba el ejército, era contar implícitamente con el apoyo de ciertos elementos militares; era pactar y, por ende, perderse. Mejor instruido, sabiendo que en la pelea de desquite que iniciaba se lanzaba a una lucha mortal, Castro decidió atacar al enemigo en su única debilidad: se pelearía lejos de las ciudades, en la naturaleza.

La tierra deviene la enemiga de los ejércitos clásicos: siempre resulta *demasiado vasta* para los militares, quienes se pierden en ella. En los campos, aquellos príncipes se dispersaban, perseguidos por la soledad: podía atacarse a los puestos uno a uno y capturarse sus ocupantes.

¡Cuántas dificultades, si el estado mayor enviaba refuerzos! Había que asegurar los contactos y el abastecimiento, avanzar paso a paso. La

tierra temblaba bajo aquellas fuertes maniobras, pero jamás causaron gran daño a los insurrectos.

Atrincherados detrás de sus murallas naturales, Castro y sus compañeros dejarían que llegaran. Los batallones se aniquilarían en las cuchillas de las sierras.

Ya he dicho lo que fue la guerra en su primera fase: una fuga “espectacular” alrededor de las cumbres. Al atacar los cuarteles, conduciendo su campamento volante a través de la Sierra Maestra, Castro mantenía el mismo principio: empezar el trabajo y esperar después. Con una sola diferencia: esta vez se organizaba para esperar mucho tiempo.

### **Interrogando a campesinos**

Al principio, no podían contar con nadie. Faltó poco para que el primer guía que les ofreció sus servicios los hiciera capturar. Estaba vendido al ejército.

Algunos campesinos los ayudaron. Conocí a uno que auxilió a la pequeña tropa y, según parece, la salvó de la muerte. Es un comandante, un anciano vigoroso, de barba gris. Al mirarlo, se adivina que aquellos aliados del primer momento pertenecían a la fracción más consciente de la clase campesina.

Sin la menor duda, aquéllos sabían leer y trataban de informarse. Los otros —poco numerosos en la Sierra o en sus primeros contrafuertes— desconfiaban. ¿Qué querían aquellas gentes? No los conocían. “Por otra parte, sólo nos crearán dificultades”.

Al principio, cuando se quería interrogar a un campesino acerca de un movimiento de tropas, sobre un itinerario, había que capturarlos; de lo contrario, el desventurado, al ver aparecer a lo lejos a aquellos hombres sospechosos, emprendía la fuga.

Los rebeldes aprendieron a surgir de la tierra como diablos, a rodear a su hombre y a retenerlo sin violencia. Hacían con delicadeza preguntas que no siempre obtenían respuesta; hacían un poco de propaganda y luego lo dejaban huir.

### **Necesitaban una ayuda completa**

Sin embargo, desde ese instante, el asunto estaba resuelto: la Revolución cubana sería campesina o no sería nada. Tal necesidad provenía de las cosas más que de los hombres y no podía hacerse nada contra ella.

A lo lejos, las ciudades permanecían aplastadas bajo la impotencia. Aun antes de participar en ella, el campo imponía a la rebelión su forma.

Al escoger las pequeñas guarniciones dispersas, los rebeldes atacaban al enemigo de los campesinos, ellos mismos se convertían en campesinos por su manera de vivir y pedían ayuda a los campesinos, a quienes protegían.

La guerrilla expuso sus exigencias: para que un destacamento rápido apareciera de improviso, hostilizara, se esfumara, reapareciera y atacara de nuevo al día siguiente a 20 leguas de distancia, bastaba y se necesitaba que pudiera contar, sin reservas, con la población rural.

La tierra era tan vasta para una veintena de rebeldes, como para un destacamento del ejército regular; todos estaban igualmente perdidos en ella. Pero la soledad del mercenario resultaba definitiva.

Herido, moriría en medio de los campos. Si el rebelde quería ganar, se precisaba que esa soledad fuera provisional. Se necesitaba que la naturaleza desierta que el mercenario atravesaba sin encontrar a nadie, se tornara para él en un hormigueo de aliados.

### **Un buen machetazo vale más que un discurso**

Castro y sus hombres jamás pensaron en atraerse a los campesinos por el terror. Si no hubiera habido otros medios, habrían preferido desaparecer.

Pero ese crimen habría constituido la más imperdonable de las faltas políticas. Las tropas de Batista aterrorizaban al país con un resultado único: hacer el vacío en torno suyo. No habría obrado mejor un contraterror rebelde. Al contrario, en aquellos primeros meses, sus vidas pendían de un hilo; la traición del guía les había enseñado que una sola denuncia podía aplastar a la Revolución en la cuna. Quedaba una solución: hacerse querer. La Revolución debía ponerse en las manos de 3 millones de habitantes.

Pero difícilmente vencería su desconfianza, si no les *probaba* que se hacía para ellos, quienes, desde la guerra de 1895, se habían jurado no volver a sacar las castañas del fuego a las ciudades.

Abogados, médicos, economistas, periodistas, los jóvenes rebeldes eran hombres de la ciudad y tenían que hacerlo olvidar.

Para que los campesinos se convirtieran en rebeldes, éstos se hicieron campesinos: participaron en las labores del campo. No bastaba conocer las necesidades, la miseria de los hombres rurales; había que experimentarlas y combatirlas a la vez. El cultivador se sentiría mejor dispuesto a escucharlos, si se reconocía en ellos: un buen machetazo que cortara los tallos como era necesario, hacía más que un largo discurso.

Al exigir esos nuevos lazos entre los revolucionarios y el pueblo, la guerrilla se hizo conocer finalmente por su verdadero nombre: la *guerra popular*.

### **Ciudadanos por primera vez**

El pensamiento de Castro va por sí mismo a los conjuntos, de la parte al todo. Capta con rapidez este brusco cambio de las perspectivas: la simbiosis del pueblo y sus defensores haría querer a los rebeldes, pero no necesariamente a la Revolución.

Él había decidido derrotar al ejército regular, para tener las manos libres y hacer la reforma agraria; pero, en plena obra, advertía que no conquistaría el apoyo total de las masas, si la Revolución no devenía su interés común.

En pocas palabras, había que derrotar al ejército, para hacer la reforma; pero había que hacer ésta de inmediato, y no simplemente prometerla, si se quería derrotar al ejército.

No se trataba de un círculo vicioso más que en la apariencia: al pasar del proyecto abstracto a la realidad, advertía sencillamente que no se cambiaría la vida de aquellos miserables, o se cambiaría cada día y *por ellos*. En consecuencia, se dedicó a resucitar su rebelión, a descubrirles sus propias reivindicaciones.

Comprendieron rápidamente: en los latifundios, las colonias, el subempleo y el monocultivo, vieron el origen de sus males. No se les presentaba la reforma como un gracioso donativo del futuro gobierno al pueblo; se les explicaba, sin cesar, la urgencia y la necesidad nacional de ella. No se les decía: “El país será generoso con ustedes”; se les decía: “La nación se pierde al perderlos a ustedes”.

Por primera vez, desde el comienzo del siglo, en la Isla se sintieron en su casa: ciudadanos.

### **La reforma agraria**

La reforma emprendida les infundió confianza en el ejército rebelde; los éxitos militares les hicieron tener confianza en la reforma: como se peleaba por ella, cada escaramuza adelantaba su hora; mejor, cada una de ellas era la *reforma* en marcha.

En cuanto conoce sus causas y sus reivindicaciones, la necesidad llega hasta el fin de sí misma; negativa todavía, la comprensión resultó rápida y general. En esta nueva fase de la guerra, los campesinos se transformaron. Aquellos resignados hicieron suyos los planes y las reivin-

dicaciones de los rebeldes y, de cierta manera, ellos “radicalizaron” a los rebeldes.

La reforma agraria era la guerrilla. Pero la guerrilla constituía la verdadera reforma: era el pueblo, apoyando al *putsch*, absorbiéndolo y transformando a aquellos rebeldes de origen burgués en campesinos revolucionarios.

Todo el mundo en Cuba distingue a los rebeldes —soldados combatientes— de los clandestinos —militantes de la resistencia en las ciudades—. Yo también aprendí a hacer la distinción.

No obstante, en los primeros días, no lograba orientarme: barbudos y no barbudos —pensaba— habían hecho los mismos compromisos, corrido los mismos riesgos, demostrando una misma fidelidad que les habían valido las mismas dificultades y los mismos enemigos. A pesar de eso, mis inocentes conversaciones de turista, por lo general muy escuchadas, a veces provocaban cierto malestar.

Un día, durante una entrevista de prensa, me preguntaron si encontraba puntos comunes en la Revolución cubana y la china. Después de insistir sobre las diferencias, hablé del régimen semicolonial que asemejaba a la Isla de la época de Batista con la China de los tiempos de Chang Kai-chek. Todos parecían estar de acuerdo.

### **No tienen los mismos recuerdos**

Pero cuando expuse, sin malicia, que una y otra revolución me parecían campesinas; que en uno y otro caso, los jefes habían liberado las ciudades después de una guerra popular que habían ganado en la montaña y en los campos, algunos de mis amigos me observaron firmemente que estaba engañado.

Según los de la clandestinidad, la Revolución había salido de la ciudad. Con todo lo barbudo que era, Castro mismo, había estudiado en la capital y escogido una profesión de hombre de la ciudad: en otros tiempos había ejercido como abogado. Por otra parte, yo estimaba en poco la resistencia clandestina organizada en Santiago, La Habana y Santa Clara. Los campesinos —añadieron mis amigos— vinieron después.

Varias veces fui testigo de idénticas discusiones. Unos sostenían que los campesinos habían peleado poco o mal; otros, por el contrario, que las ciudades no habían hecho nada: la victoria de los rebeldes sólo se debía al apoyo de los campos.

Yo callaba y sentía, bajo las palabras, no un desacuerdo sino una diferencia de actitud frente a un problema más real y más profundo. Hoy, creo

que comprendo el sentido: los clandestinos y los soldados rebeldes tuvieron, en común, la voluntad de llegar hasta el fin de su programa y el presente los une, y el futuro. Pero no tienen los mismos recuerdos.

### **El movimiento clandestino M-26-7**

Desde 1957 se habían establecido contactos: los rebeldes de la Sierra encontraron amigos en Santiago, en Santa Clara y en la capital. Había que poner en marcha la organización clandestina.

Así, en todos los núcleos urbanos nació un movimiento secreto que se llamó M-26-7; es decir, Movimiento del 26 de Julio. Un 26 de julio cuatro años antes, Castro había asaltado el cuartel Moncada. El M-26-7 se definía *en relación con él* sin duda posible; pero, por el mismo nombre que había escogido, afirmaba su fidelidad a un intelectual, a un hombre de la ciudad, a un *putschista*. En resumen, a alguien que ya no existía.

Sea como fuere, debo convenir en un punto con aquel de mis amigos que defiende la causa de las ciudades: sobre ellas se ejerció primero la influencia de la Sierra.

Al cabo de algunos meses, el M-26-7 ya tenía sus mártires y el campo todavía no había hecho nada por erradicar su inmovilidad. Nada más normal: engañados con demasiada frecuencia, los campesinos desconfiaban. Se necesitó tiempo para convencerlos, en tanto que, acosadas por la policía y los mercenarios, las ciudades, por razón de su misma impotencia, ocasionaban el mayor número de rebeldes.

### **Un ministro de 27 años**

Uno de mis mejores amigos, Oltuski, ministro a los 27 años, se incorporó a la resistencia por una crisis religiosa que lo enfrentó con su familia y consigo mismo.

Se puso a leer apasionadamente cuanto le caía en las manos. Casi no se ocupaba de las ciencias sociales, de la historia ni de la economía: las religiones y la metafísica constituyeron su único interés hasta el día que comprendió que no podría entender nada de éstas sin estudiar también aquéllas.

Iba de libro en libro, consultando a las mejores cabezas de Cuba, sintiéndose decepcionado por unos y por otros, a causa de no saber con exactitud qué esperaba. De esa experiencia conservó un malestar generalizado, un disgusto impreciso pero vivo de su Isla. Siempre terminaba por apartarse de los sistemas: sentía claramente que no convenía ni a su caso ni a la propia nación; pero cada una de sus lecturas le aportaba nuevas razones —todavía abstractas— para condenar a la dictadura.

Muchos de sus compañeros de la época y, sobre todo, muchos jóvenes compatriotas desconocidos, habían llegado por caminos distintos a la misma conclusión negativa: “Hay algo podrido en el reino de Cuba”. La agitación de esa pequeña burguesía ilustrada la llamaré “La política de la rata muerta”. Se percibe un olor a podrido y se busca el cadáver de la rata; pero, en las ciudades, la selva de los efectos oculta las causas y la bestia muerta se nos escapa siempre.

### **Castro: un arquero lejano**

A principios de 1957, aquellos jóvenes confiaban en Castro con reservas. Si lo comparaban con José Martí, el héroe nacional, también debían juzgarlo un poco inelegante: la historia de la Isla se reducía a las luchas de una burguesía valiente contra los feudalismos.

A pesar de ser vencidos siempre, los burgueses habían marcado el siglo con su garra y los jóvenes burgueses de 1957 se reconocían en esa historia burguesa.

La historia popular carece de matices y repugna a las mentes bellas por su vulgaridad: va al fondo de las cosas y eso es todo. ¿La táctica de Fidel no era —se preguntaban— demasiado elemental? ¿Podría desorientar al enemigo, aun cuando éste se llamara Batista? No reflexionaron mucho tiempo: tuvieron el mérito de comprometerse sin fe... Al fin se presentaba la ocasión de acercarse, de unir sus cóleras en comunidad, de organizarse, y la cogieron por los cabellos.

Para trocar esas negaciones impotentes en una sola repulsa irresistible, había que empezar por decir que sí. Sí, a Castro. Se entregaron a aquel arquero lejano, tan poco molesto, que disparaba sus flechas en la montaña. No era más que un mito, el símbolo de la unidad nacional y la energía recuperada; les sirvió de pretexto para desechar, todos a una, el espíritu de grupo, las rivalidades, los rencores, las desconfianzas recíprocas.

### **El secuestro de Fangio**

El M-26-7 tuvo dos funciones: averiguaba en las ciudades para comprar armas a los insurrectos y mantenía la agitación en las masas urbanas por medio de boletines clandestinos y por algunas manifestaciones que llamaban la atención sin dejar huellas.

El Movimiento concibió y ejecutó el secuestro del famoso corredor de automóviles Fangio en el vestíbulo de su hotel, la víspera de una carrera internacional.

Durante dos años, los hombres de la ciudad agitaron, hicieron colectas, compraron y llevaron armas y hasta tuvieron tiempo de reclutar soldados. De Santa Clara a Trinidad, seguí, al pie de una sierra, el camino que Oltuski hacía y volvía hacer varias veces al mes. En 1958, la recorrían en autos, policías y soldados. Detenían a todo vehículo y en cada ocasión había que encontrar pretextos. Sólo había una manera de salir de la carretera nacional: aprovechar los relevos, había que calcularlo todo, para estar en el momento preciso en el lugar exacto.

A veces, lo acompañaba otro miembro de la clandestinidad. Llamaban a un hotel situado en el camino, no lejos de la sierra, y ordenaban un lechón asado. Aquellos dos hombres muy jóvenes llevaban consigo a sus muy jóvenes esposas; las dejaban sentadas frente a la mesa puesta; tomaban su automóvil, “para dar una vuelta antes de la comida”; penetraban en la montaña por caminos rudimentarios; se encontraban con un rebelde; le informaban de un arribo de armas y tomaban la nueva orden.

“Evidentemente —me decía con una sombra de tristeza— no tuvimos el heroísmo de los rebeldes”. Lo encuentro demasiado modesto.

## **20 000 muertos en dos años**

La policía y el ejército mataron a 20 000 hombres en dos años: un millar en la Sierra, en los últimos combates; 19 000 en las ciudades. El M-26-7 pagó muy caro devolver su orgullo a la capital y a varias poblaciones importantes.

Naturalmente, la policía y el ejército torturaban. Nada científico, desde luego; hablo de un país subdesarrollado. Pero se ponía interés, había modelos, se hacía lo que se podía. Carlos Franqui, el director de *Revolución*, no ha conservado un buen recuerdo de un suplicio estúpido, artesanal: percusiones secas y rítmicas en la base del cráneo.

—Creí que me volvía loco —me dijo.

Una de las mujeres más populares de la Revolución fue arrestada en unión de su hermano y su prometido. No volvió a verlos, pero un día le llevaron dos platos: en uno estaban los ojos del primero; en otro, los testículos del segundo. Los interrogatorios resultaron tan concienzudos, que el paciente moría en plena sesión, sin haber respondido. Se fusilaba en el patio de las prisiones. A Franqui fueron a buscarlo siete veces para ejecutarlo: le hacían esperar en la frialdad del amanecer y luego volvían a llevarselo, así se divertían.

Quienes tuvieron la suerte de pasar a través de las mallas, cada vez más estrechas, de la red, despertaban angustiados al alba. En aquel régimen, los nervios se destrozaban. Todos me dijeron:

—La victoria no borra los recuerdos tan pronto. Seguimos desquiciados, inquietos. Se necesitarán años para que volvamos a recobrar el equilibrio.

Por mi parte, concedo más precio a ese valor difícil que al heroísmo militar: lucha solo y sin testigos contra un enemigo todopoderoso que quiere reducir su víctima a la abyección.

Y, sin embargo, Oltuski y otros 20 me hablaron de los rebeldes con humildad. Y, desde luego, los hombres de la Sierra tuvieron el primer coraje, el que cuesta. Fueron ellos quienes mandaron, quienes empezaron y quienes se mantuvieron.

### **Mantener la producción**

Sin ellos, todo se habría desplomado; durante un año sostuvieron la Isla en vilo. Pero cuando la policía, enloquecida de miedo, multiplicó las torturas y los asesinatos, ¿por qué la violencia declarada del régimen no igualó los riesgos y los méritos de todos los insurgentes?

En mi opinión, la razón es sencilla. Al constituirse, el M-26-7 aceptaba, desde luego, subordinar la resistencia clandestina a la insurrección armada; pero, en los inicios, esa cadena resultaba frágil: ¡contaban tan poco los rebeldes! ¡Estaban tan lejos y eran tan escasos! Si caían en una emboscada, si sucumbían, la joven burguesía podía imaginarse que la organización, ramificada en todas las poblaciones, les sobreviviría y conduciría su tarea a buen final. Pero no sucumbieron: sus tropas aumentaron y ganaron sus primeras batallas.

Se hizo manifiesto que habían asumido la tarea de libertar al país y que eran capaces de llevarlo a cabo. En el mismo interior de la insurrección cambió la relación de fuerzas y el M-26-7 tuvo una experiencia desagradable: la subordinación, cuyo principio había aceptado, se convertía en una realidad de hecho; la organización sólo tendría un *ser relativo*.

No era culpa de nadie. Desde lo alto de la Sierra, Castro prohibía el sabotaje y el terrorismo, únicos recursos de los clandestinos acosados, no por quitarles a los jóvenes burgueses su medio de librar un verdadero combate, sino por simple convicción. Los obreros, poco numerosos en el M-26-7, casi no sabotearían. Por otra parte, se necesitaba —hasta donde resultara posible— ganar la guerra sin retrasar la producción. El terroris-

mo no daba resultado: algunos estudiantes trataron de apoderarse del Palacio Presidencial, donde estaba Batista, y perecieron en el lugar o fueron ejecutados en los días siguientes.

De esa manera, Castro no hacía más que prestar su voz a la sentencia que la propia Revolución hacía recaer sobre sus partidarios en las ciudades: eran auxiliares indispensables, pero no debían salirse de su función: el dinero, las armas y nada más.

### **Once comidas en 45 días**

Aquellos jóvenes de las ciudades, a pesar de su adhesión total a la Revolución, estaban lejos de ser tan radicales como el propio Castro. O mejor, permanecían en posiciones que Fidel había dejado atrás hacía mucho tiempo.

En 1958, las relaciones entre clandestinos y rebeldes adquirieron una tensión a veces dramática. Los contactos eran demasiado escasos para descubrir sus divergencias, pero los responsables de uno y otro grupo no se reunían sin cierto malestar.

Oltuski organizaba el abastecimiento de los rebeldes en la provincia de Las Villas. Hacia fines de la guerra, se le avisó de que Che Guevara, al frente de sus tropas, se dirigía a marcha forzada hacia la sierra. No se fijaba el lugar de la cita: los dos debían hallarse en alguna parte en la montaña.

Se encontraron, de una manera tempestuosa. En 45 días, Guevara sólo había comido 11 veces: estaba de muy mal humor y no ocultó su desconfianza al joven que le prometía víveres. Por su parte, este, que había trabajado muy duro y hecho lo mejor que podía, se sintió irritado por aquel malentendido y temió que el hambre empujara a los rebeldes a cometer violencias. Creyó que tenía que habérselas con un aventurero, y el otro que trataba con un contrarrevolucionario.

Los dos se engañaban: radical en sus decisiones, violento como un soldado en la ejecución, Guevara era el hombre más culto y, después de Castro, una de las inteligencias más lúcidas de la Revolución. Lo he conocido, habría que estar loco para creer que la amabilidad y el humorismo que demuestra con sus invitados, los pide prestados los días de recepción. A pesar de su intermitencia, sus sentimientos son bien propios.

Pero cuando vio a Oltuski en 1958, nada lo disponía a las concesiones: ni el hambre ni ese valor sombrío que prefiere pensar lo peor y prepararse para ello.

## **Discusión sobre el reparto de tierras**

Más joven y lleno de respeto frente a aquel combatiente ya legendario, pero tan obstinado como él, Oltuski se oponía a Guevara por la experiencia del terror urbano y por la situación y las relaciones humanas que lo habían formado, más bien que por los intereses y las ideas.

En las ciudades se aprenden las precauciones, la paciencia, las consideraciones; él no se negaba a ir hasta el fin, pero por etapas y lentamente. En pocas palabras, por esa primera costumbre que hace los caracteres, él era más reformista que revolucionario, aunque tuviera los mismos objetivos que la Revolución.

Ya de noche, la conversación tocó la reforma agraria. Oltuski deseaba que se repartiera la tierra entre los campesinos. Pero su prudencia, su cordura burguesa —que cree las reformas más sólidas, cuando se introducen de manera progresiva—, su temor de que la Revolución precipitara las etapas y se desbocara por caminos desconocidos; una profunda preocupación por el interés nacional y, quizás, un viejo vestigio del leve desdén que en todos los países muestran las ciudades por los iletrados del campo, todos esos motivos hicieron que propusiera esperar: se haría el reparto después de la victoria; cada uno recibiría su lote, pero quien trabajara la tierra sólo sería su usufructuario; se convertiría en propietario al cabo de dos años, si había mantenido la producción por encima de un nivel previamente fijado —en general, el nivel medio de los años precedentes—.

Guevara se enojó visiblemente. Si la tierra pertenece a los campesinos, hay que dársela, enseguida y sin condiciones. ¿Con qué derecho los pequeñoburgueses —que no saben nada del trabajo del campo— adoptarían esas arrogantes precauciones contra los campesinos? ¿Porque saben leer? La cultura más profunda se vuelve hojas muertas, palabras, cuando se la enfrenta con una verdadera conciencia revolucionaria. Los campesinos merecían una total confianza; hacían la Revolución y lo sabían; en consecuencia, la producción no bajaría.

## **Castro: la tarea más difícil**

Los dos hombres discutían todavía por la mañana, y ambos pusieron tanto ardor en ello, que cada uno le demostró al otro, sin quererlo, que, a pesar de todo, seguía siendo su hermano. Aquellos dos intelectuales, en desacuerdo en todo, manifestaban su entendimiento profundo, su gusto común por las ideas y la disputa.

Por otra parte, aquella argumentación franca, implacable, constituía una investigación de cada uno sobre el otro. El rebelde y el clandestino

llevaban su investigación hasta el fin y cada uno pensaba, mirando al otro: “Habrá que hacer buenas migas con este extraño animal”.

Eso aparte, y como puede imaginarse, aquellos dos hombres de acción pasaron aquella noche, blanca en intelectuales; es decir, inútilmente: ni uno ni otro tenían autoridad para decidir.

La cuestión quedó resuelta en definitiva a principios del verano de 1959, cuando se promulgó la reforma, y ya veremos que el acontecimiento dio la razón a los dos hombres a la vez.

En 1958, en todo caso, el debate se interrumpió por la llegada de los camiones con los víveres: Guevara se suavizó, sus hombres comieron, y Oltuski ganó en su estimación.

En realidad, el rebelde había extraído de la misma discusión razones para apreciar al clandestino. Éste, conservando sus matices y sus reservas, había tratado ante todo de *comprender* a su adversario, y había demostrado su amplitud de espíritu y su inteligencia, reconociendo la solidez de la posición rebelde.

La guerra había hecho a aquel Guevara y le había impreso su propia intransigencia; la Revolución le había dado su sentido de la urgencia, su rapidez. Con más edad que Oltuski, parecía más joven; frente a él, el clandestino descubría que su gusto por las progresiones lentas y continuas acaso sólo constituía una idea recibida; que quizá se sentía frenado, detenido por prejuicios que le venían de la generación precedente, y acabó por ver, en todas las finezas de hombre de la ciudad que había cultivado en sí mismo, a lo mejor, antiguallas; a lo peor, la solapada esperanza de impedir las reformas con atemperamientos.

Ganó, puso el sentido de los matices al servicio del radicalismo. Su destino resultó ser un intermediario, tener contactos directos con los jefes rebeldes antes de la conquista del poder. Para alcanzarlos y marchar con su paso, sólo necesitó dos virtudes: las más elementales y las más raras: inteligencia y buena voluntad.

La buena voluntad no faltaba de seguro en el M-26-7, ni la inteligencia. Lo que había que deplorar, sobre todo, era el escaso número de contactos.

La Revolución, unánime contra Batista, estaba escindida en dos fracciones que se desarrollaban por separado, sin conocerse. A medida que los barbudos se hacían más fuertes y amenazaban más directamente las ciudades, la derecha de la resistencia se mostraba más indecisa: aquellos barbudos eran repartidores a la cabeza de una *jacquerie* (súlevación campesina).

En la extrema izquierda permanecían igualmente en guardia: muchos jóvenes me dijeron que, al principio, en Castro vieron al hijo de un gran propietario, que, apoyándose en un campesinado reaccionario, se preparaba para ejercer una dictadura de derecha. En suma, ¿qué quería Castro? ¿Quién era?

A fines de 1958, uno de sus compañeros de juventud quien, como todo el mundo en La Habana, esperaba la llegada del vencedor, se acordaba de un adolescente nervioso y sombrío, impulsado por un orgullo implacable hacia las tareas más difíciles: bastaba entonces que una empresa se señalara como imposible, para que se lanzara a ella.

¿No había en eso —pensaba su compañero— con qué hacer un tirano? Un día me contó sus inquietudes y me dijo: “Me ha tranquilizado que la tarea más difícil en Cuba es ejercer el poder, y no ser ni un vendido ni un tirano”.

Las semanas que siguieron a la liberación, a principios de 1959, fueron de regocijo y unanimidad. Aunque en ese momento, por razones que ya veremos, Castro no formó parte del gobierno, aparecía a los ojos de todos como el hombre unánime.

Él quería serlo y no hacía nada por disipar el misterio que rodeaba sus intenciones. La derecha, la izquierda, los partidos, los sindicatos se preguntaban: ¿qué iba a hacer?

Hay algo seguro: se pronunciaba con firmeza contra todo lo que ofreciera el riesgo de romper la unidad de la sociedad cubana.

### **Respeto a los sacerdotes y a los fieles**

Se vio, desde los primeros días, a propósito de Dios. Se había vuelto a poner en vigor la Constitución de 1940, en cuyo preámbulo figuraba su nombre, y los ministros estimaron conveniente quitarlo.

Cuando Castro lo supo, se encolerizó: cualesquiera que fuesen las convicciones de los miembros del gobierno, no podían tocar el nombre venerable que desde hacía 20 años figuraba en el texto fundamental y se había leído por todo el mundo, sin ofender a los sacerdotes y a los fieles y, por ende, sin romper la unidad del país.

El nombre de Dios estaba incorporado a la ley constitucional y no estorbaba: acogiéndolo, la Revolución no se declaraba cristiana; suprimiéndolo, se revelaba atea.

En pocas palabras, durante esa corta tregua, todas las medidas tomadas tuvieron por objetivo consolidar la unidad nacional. En el gobierno figuraron rebeldes al igual que clandestinos: lo había sido Oltuski, ministro

de Comunicaciones; Boti, ministro de Economía; el ministro de Comercio, Cepero Bonilla.

### **Los que olían a naftalina**

Tales precauciones no impidieron la presencia de la tensión en el mismo corazón de la unanimidad. Los habaneros habían recibido a los barbudos como hermanos, pero los barbudos no se sentían muy inclinados a fraternizar.

Aquellos campesinos-soldados, aquellos soldados convertidos en campesinos, traían a las ciudades la austeridad militar y la moral campestre. Era la misma desconfianza con que, algunos años antes, el ejército campesino de Mao acampó en las calles de Shanghai, la ciudad corrompida, víctima y cómplice de los blancos.

Por otra parte, en los primeros días algunos, habaneros manifestaron, una presteza sospechosa; en Francia también recordamos aquellos uniformes que se vieron aparecer en septiembre de 1944 en las calles de París y que olían a naftalina.

Todos acudían en ayuda de la victoria: los viejos políticos apelaban al recuerdo de los vencedores y les hacían saber que aceptarían las cargas del poder, en cuanto se las propusieran. Los rebeldes y los clandestinos llamaron a estos nuevos amigos el “Movimiento del 2 de Enero”; como se sabe, el 1º de enero fue y será para siempre el aniversario de la liberación.

### **Arañazos que se infectan**

Desde luego, la reserva de ciertos rebeldes —que tal vez sólo era timidez— y la decepción de ciertos clandestinos que habían esperado vivir en familiaridad con los libertadores y a veces se veían obligados a respetarlos de lejos; todas esas leves fricciones sólo podían suceder sobre una base de entusiasmo.

La desconfianza y hasta la melancolía eran maneras de vivir una adhesión verdadera y común: para lamentar que los soldados rebeldes se mantuvieran distantes, primero había que ver en ellos a futuros jefes, aceptar por anticipado su autoridad.

Mas, algunas veces, los arañazos se infectaban: cuando no se ha encontrado un lenguaje común, las ambigüedades se tornan hostilidades verdaderas. O, sencillamente, se pierden los contactos.

Por suerte, la Revolución contaba con una oportunidad excepcional: nadie podía presentar un equipo u otro programa frente al equipo y el programa revolucionarios, fuera de dos o tres partidos a los cuales honra-

ba el coraje individual de sus militantes, pero a los cuales habían desacreditado su silencio y su inercia, y de un tirano errante a quien todos los países del mundo —salvo Portugal— negaban asilo. Había que explotar a fondo esa legitimidad de hecho; ahora había que conquistar a la población de las ciudades, y para empezar, satisfacer las exigencias *unánimes*.

### **Rebaja de alquileres**

En las ciudades existían dos reivindicaciones permanentes que unían sin distinción de clase a los obreros y los empleados: aun antes de percibir sus salarios, el alquiler y la electricidad se llevaban la mitad de ellos. Aquello no podía seguir.

Esto ya se decía cuando Fidel Castro estudiaba Derecho en La Habana; se decía 15 y aún más años antes, y continuaba. Pero las exigencias del pueblo están en razón directa con su confianza: los dirigentes habían conocido durante la guerra la presión de las circunstancias; a partir de la victoria, conocieron la experiencia de la presión popular.

De pronto anunciaron una rebaja radical de alquileres: el 50 %. Los motivos de esa decisión resultaban claros: instalado apenas en la ciudad que seguía siéndole extraña, el gobierno no podía permitirse defraudar al pueblo.

Había que actuar y no prometer; librar a los pobres de una carga aplastante; devolver al pequeño comercio cubano el dinero que se iba a Estados Unidos, como pago de automóviles, refrigeradores, etc., o que se reinvertía estúpidamente en otras construcciones inmobiliarias. De esa manera se aliviaba la economía nacional y, al disminuir la renta, los capitales se dirigían hacia la industria.

La mayoría estuvo de acuerdo; pero, a pesar de todo, la unidad se desmoronó por las orillas: ya hemos visto que los edificios absorbían todo el ahorro cubano, no sólo las utilidades de los ricos, sino también la economía de las clases medias.

Esa burguesía creía sus rentas inmutables, y un plumazo las reducía a la mitad. Se asustó y, durante algunos instantes de pánico, La Habana, espantada, vio un espectro rojo: el bolchevismo en las Antillas.

### **Reducción de tarifas**

Hubo menos emoción visible cuando el gobierno obligó a las compañías de teléfono y de electricidad a rebajar sus tarifas: aquí todos se beneficiaban, tanto el empleador como el empleado, pues los costos bajaban.

Además, de los bolsillos de los capitalistas extranjeros se sacaba el dinero del pueblo. Las clases pobres se alegraron francamente: el nuevo gobierno había hecho en algunas semanas, lo que sus predecesores no habían podido hacer en 15 años. Se atrevía a tocar las ganancias norteamericanas y el cielo no se desplomaba sobre su cabeza; podía “cambiarse la vida”.

Pero, en la burguesía, el malestar se acentuaba. Aquellas medidas revelaban una tendencia al dirigismo, el cual, por otra parte, el equipo gobernante no ocultaba y las circunstancias justificaban ante todos los ojos, por lo menos, provisionalmente. Pero en aquello se creyó ver el anuncio de decisiones extremas: los rebeldes vaciarían los bancos y socializarían los medios de producción.

En el seno del Consejo de Ministros se creyó distinguir ya una derecha, una izquierda y un centro, y se consideró a Guevara como algo temible, un radical furibundo.

Tal reputación lo acompañó largo tiempo, y cuando, mucho después del período a que estoy refiriéndome, se le nombró presidente del Banco Nacional, quienes tenían cuentas de ahorro hicieron cola para retirar sus economías. Sólo se necesitaron 24 horas para tranquilizarlos: como no ocurrió nada, la burguesía volvió a depositar su dinero.

### **Período de huelgas**

La actitud del gobierno frente a las reivindicaciones obreras no disipaba la confusión. Para decir verdad, no podía adoptar otra, pero la burguesía no lo admitía.

Los sindicatos —¿quién puede reprochárselo?— quisieron aprovechar el nuevo régimen para reconquistar los derechos adquiridos bajo la república y perdidos en parte bajo la tiranía.

Aceptaban la Revolución, pero permanecían a la expectativa: el gobierno les parecía sospechoso, porque no lograban definirlo y, mucho menos, clasificarlo. En esa incertidumbre encontraban una razón para intentar de inmediato la prueba de fuerza, cuando el poder joven, demasiado joven todavía para haberse dotado de un caparazón y de aparatos represivos, tenía aún la fragilidad de la infancia.

Con ese ataque sorpresivo contaban obtener dos ventajas: primero, una victoria obrera; después, que el gobierno se descubriera en los primeros cuerpo a cuerpo y se supiera a qué clase servía bajo el mito de la unidad nacional y a qué intereses.

Empezaron la agitación desde enero y la mantuvieron durante varios meses sin cansancio. Las huelgas se sucedieron en la capital: estalla-

ban en un sector y más tarde en otro, pero, en casi todos los casos, la ciudad resultaba directa o indirectamente paralizada.

### **Reacción de la clase media**

El gobierno actuaba como árbitro, aconsejando a menudo a los patronos que cedieran, no por debilidad, sino porque su misión era mantener la unidad.

Por otra parte, nacida de la miseria rural, la Revolución no se sentía cómoda en las ciudades y pedía apoyo a los trabajadores más humildes. Aparte de que no tenían voluntad ni manera de romperlas, los jefes se sentían desarmados, no por las huelgas sino por las necesidades, el malestar que las provocaban.

La clase media experimentó el acoso de las huelgas hasta la exasperación. Ella lo había hecho todo por los rebeldes y por el país; los obreros, decían, no habían hecho nada. Por añadidura, los comerciantes y los pequeños industriales se creían los aliados naturales del régimen, pues Castro pensaba defender a Cuba contra la invasión de los productos continentales. ¿Por qué se los sacrificaba a aquellos revoltosos asalariados? Además, ¿qué pensaban aquellos rebeldes? ¿Dónde tenían la cabeza? Antes, sólo hablaban de reforma agraria, ahora se arrojaban al obrerismo con la misma pasión. ¿Qué había de serio en todas aquellas historias? ¿Resultaban propaganda y demagogia?

No pasaba un día sin que un ministro u otro dejara de reafirmar el propósito común: producir más. ¿Pensaba el gobierno lograrlo, tolerando aquellas constantes vejaciones, aquellos días de trabajo perdidos?

### **Urrutia presidente**

La causa secreta de su malestar era la incertidumbre. Acostumbrada a los regímenes definidos, la clase media hacía preguntas decisivas: ¿liberalismo o socialismo? ¿Democracia o dictadura? No recibía respuesta. Embriagada todavía por la libertad reconquistada, se puso a espiar en los discursos y en la prensa las señales ambiguas de su destino.

Las mismas gentes le hacían al gobierno dos reproches contradictorios: “Nos divierten con declaraciones solemnes y, mientras tanto, suavemente, instalan el comunismo” y “No saben qué quieren e improvisan, nadie puede decir hoy qué harán mañana”.

Hasta la primavera de 1959, en todas partes se decía eso y no sin aparente razón; ello originó en muchos revolucionarios el temor tenaz de parecer como improvisadores.

A los cubanos lo desorientaba que la Revolución incubaba su enfermedad infantil, la cual estalló a fines del invierno bajo la forma de una crisis —benigna por suerte— de legalismo.

Urrutia, el presidente de la república, había merecido el exilio y la gloria, porque, como magistrado bajo Batista, legalizó la Revolución con sus sentencias. La tiranía de Batista —decía— es ilegítima; por consiguiente, la Revolución es legítima. Resultaba un argumento de abogado.

Sin haberlo visto jamás, los rebeldes decidieron, en sus montañas, ofrecerle la presidencia de la futura república. Vino a la Sierra, Castro habló largamente con él y quedó consternado: había esperado un hombre y sólo había visto un principio.

De todas maneras, era demasiado tarde para revocar una designación que se había comunicado a la prensa extranjera. Fidel sabía que los principios son abstractos, imperiosos, inflexibles, y pensó tan mal del futuro gobierno que, no pudiendo quitar a Urrutia, prefirió excluirse de él.

Siempre habría tiempo para volver después de la catástrofe inevitable. La decisión se imponía, pero devino causa de la estupefacción cubana.

### ***Croupiers sin trabajo***

A partir del 1° de enero de 1959, en un cuarto del hotel Habana Hilton hubo un comandante del ejército rebelde llamado Fidel Castro que parecía cesante, en tanto que, en un palacio de la ciudad vieja, un rígido hombre de leyes presidía el Consejo de Ministros.

Durante su presidencia, Urrutia resultó la legalidad misma, en su universalidad más formal y más tiránica.

—Hay que suprimir —decía— las casas de juego, los casinos y las máquinas “traganíqueles”.

Los jóvenes ministros aprobaban: la burguesía habanera se mostraba favorable a toda medicina que curara a la ciudad de su vergonzosa lepra. El presidente firmó el decreto.

Al día siguiente, una muchedumbre inquieta invadía el Hilton, se oprimía en los ascensores, trepaba por las escaleras e irrumpía en las habitaciones de Castro, sin más formalidad. Eran los empleados de las casas de juego con sus familias. Se lamentaban de que los condenaban a muerte. ¿No bastaban ya 700 000 desocupados? ¿Había que arrojar a la calle a todos los trabajadores de los casinos, desde la vendedora de cigarrillos hasta los *croupiers*?

Amenazadas igualmente, las prostitutas no acudieron al Hilton, pero escribieron cartas dignas en que reclamaban su derecho a ejercer su oficio.

Castro llamó de inmediato a los ministros, quienes dejaron el Palacio Presidencial, el Consejo y a Urrutia, cruzaron la ciudad y encontraron a su verdadero jefe, blanco de cólera en un palacio norteamericano. Fidel les explicó su pensamiento: se habían convertido —les dijo— en cómplices de un moralismo imbécil e inhumano que ponía en peligro a la Revolución.

¿Suprimir el juego? Bien, a condición de clasificar y capacitar de nuevo al personal cesante. ¿Y cómo clasificarlo y capacitarlo de nuevo, si no existía la industria? Se liquidarían los juegos, cuando se hubiese resuelto el problema de la desocupación, cosa que no ocurriría mañana. En cuanto a las prostitutas, casi todas venían del campo: hijas supernumerarias, sus familias no podían alimentarlas; por tanto, tenían que morir o venderse.

“Suprimiremos la prostitución —explicó Fidel—, cuando hayamos suprimido la miseria campesina”.

Ordenar a las mujeres fáciles de La Habana que no se ofrecieran a los clientes, era hablar para no decir nada: la prostitución se acogería entonces a la clandestinidad.

### **Castro asume el poder**

Consternados, los ministros regresaron a sus ministerios y a sus preocupaciones; luego, en el primer Consejo que siguió, se esforzaron, con infinita delicadeza por hacerle comprender a Urrutia el punto de vista de Fidel Castro.

El magistrado los escuchó sin cólera, pero permaneció inquebrantable: la moral prohibía que pudiera ganarse o perderse dinero, poniendo fichas sobre un tapete.

—Por lo demás —dijo finalmente—, resulta muy sencillo: he dado mi palabra.

En efecto, parecía que, embriagado por su gloria, en el exilio había contraído compromisos que no le exigían.

Castro puso término a la candidez de los ministros, imponiendo su ley. No podía soportar comprometer una revolución popular, dándole como efecto un aumento de desocupados.

Se suprimirían las máquinas traganíqueles que no daban trabajo a nadie y robaban pesos cubanos para las pandillas continentales; se mantendría la lotería nacional, pero transformándola, y se conservarían los juegos, pero el Estado se haría cargo de los casinos, percibiría las ganancias y pagaría al personal.

En cuanto a las prostitutas, que continuaran. En aquella primera fase revolucionaria y en el momento en que el nuevo gobierno hacía el inventario y descubría la herencia de males que le había dejado el régimen anterior, todo lo que podía hacerse era suprimir los explotadores de aquellas mujeres: los chulos que pretendían protegerlas y los policías que las harían pagarles.

Este conflicto me parece significativo: como ocurre con frecuencia, después de los grandes movimientos populares, el poder resultaba bicéfalo. La verdadera autoridad no era legal; la autoridad legal no era verdadera.

El gobierno legalista, actuando según principios, cometía el mismo error que sus predecesores en 1949 y en 1933: combatía los efectos en vez de emprenderla con las causas. La prostitución y el juego devenían efectos.

Urrutia, burgués jacobino, inflexible en cuanto a los principios, deseoso de restablecer la virtud en las ciudades, miraba sin hostilidad, pero también sin entusiasmo, las transformaciones en profundidad de la sociedad cubana: no eran asunto suyo. En todos los países, abogados, jueces y otros intelectuales burgueses, cuando entran en juego las ideas, exageran la intransigencia para disimular sus vacilaciones ante los actos.

La Revolución cubana todavía se enredaba en sus contradicciones; temía, imagino, lanzarse en lo desconocido, interpretar las cosas y darse su ley, cuando ya el pueblo de La Habana no se engañaba: trabajadores y amas de casa invadían el barrio de los rascacielos, irrumpían en el Hilton y exponían sus reivindicaciones a Castro.

Éste comprendió que ya era tiempo de asumir el poder. Los ministros de Urrutia lo nombraron jefe del gobierno. Al fin, la liberación iba a transformarse en revolución.

Para todos los cubanos el 17 de mayo de 1959 fue el día de la verdad: el gobierno promulgó la reforma agraria. Prácticas, detalladas, realizadas sin dilación, las estipulaciones de la ley resultaban más radicales que todas las indicaciones precedentes.

A partir de la promulgación, los extranjeros —como representantes de una sociedad o individualmente— no pueden adquirir la menor parcela del suelo nacional. Se suprimen los latifundios: nadie puede poseer más de 30 caballerías (400 hectáreas).

Aun así, debe llenarse una condición: la tierra se concederá hasta ese límite al propietario que la trabaje. Si el propietario vive de rentas, la tierra pertenecerá en adelante a quienes trabajan para él. Fuera del límite, el Estado expropia las caballerías excedentes y las reparte entre los campesinos o los trabajadores agrícolas.

## **Dos caballerías por familia de cinco personas**

Nadie puede poseer, al mismo tiempo, una plantación de caña y un central azucarero. Cuando eso ocurre, el propietario conserva el central, pero pierde la colonia. Cuando un individuo o una sociedad son objeto de una expropiación, el Estado los indemniza con bonos.

Las tierras recuperadas de esa manera se redistribuyen nacionalmente. Con tal fin, el gobierno creó un ramo especial: el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA). Se establece como principio que un lote de dos caballerías puede alimentar a una familia de cinco personas. El INRA efectúa la distribución de esos lotes, adaptando el principio a los casos particulares.

Sin embargo, esa fragmentación presenta el riesgo de perjudicar ciertos cultivos: la caña, particularmente con Revolución y sin ella, exige siempre grandes espacios y un trabajo de equipo. Parcelar los cañaverales traería, como resultado seguro, el desajuste de la producción. Por ello, la ley estipula que la finca se distribuya en lotes o se transfiera, indivisa, a una cooperativa, según los intereses de la nación. En suma, el cultivo decide: reclama del INRA trabajadores individuales o cooperativistas.

## **La carta de los países subdesarrollados**

Tales son los artículos esenciales de la reforma agraria. Pero el Gobierno cubano explica sin cesar, trata de convencer. En efecto, no tiene otra fuerza, que la adhesión de los gobernados.

Por esa razón, tiene la costumbre de poner un preámbulo “pedagógico” a cada ley. En esos textos —de una precisión y una claridad admirables en su mayoría— se expone a los ciudadanos la situación objetiva, sus peligros y sus exigencias, y se indican los fines que se persiguen y los medios de lograrlos. Basta leer bien para comprender la necesidad de las decisiones que se toman.

En Francia se presume que nadie *ignora* la ley; en Cuba se supone que todo el mundo debe *comprenderla*. Hombres nuevos, muchos de los cuales fueron estudiantes de Derecho o abogados y a quienes desagradaba el formalismo jurídico, quieren fundar sus decretos en la razón. En la Isla se está creando un nuevo idioma que une a las nobles y bellas redundancias españolas la sequedad precisa y apasionada de un nuevo racionalismo.

Entre esos textos, que constituyen una fecha en la historia del lenguaje cubano y en la historia universal de las instituciones humanas, el más profundo, el que menos puede olvidarse, es el preámbulo a la ley de la

reforma agraria. La Revolución se lo jugó allí todo; en esas pocas páginas, Fidel Castro podía ganar o perderse. Ganó.

Sencillamente, los considerandos y los resultandos de la ley representan —en estos tiempos, cuando los pueblos hacen resquebrajarse en todas partes las cortezas carcomidas de la colonización— la carta de los países subdesarrollados.

### **La reforma no destruye: construye**

Desgraciadamente, sólo puedo ofrecer aquí extractos de esa introducción capital, que debería traducirse a todas las lenguas. He aquí los pasajes que abrieron los ojos a los cubanos:

La reforma agraria tiene dos metas principales:

“a) Facilitar el surgimiento y extensión de nuevos cultivos que provean a la industria nacional de materias primas y que satisfagan las necesidades del consumo alimenticio, consoliden y amplíen los renglones de producción agrícola con destino a la exportación, fuente de divisas para las necesarias importaciones.

”b) Elevar a la vez la capacidad de consumo de la población mediante el aumento progresivo del nivel de vida de los habitantes de las zonas rurales, lo que contribuirá, al extender el mercado interior, a la creación de industrias que resultan poco rentables en un mercado reducido y a consolidar otros renglones productivos, restringidos por la misma causa”.

El mérito de Castro y su fuerza de pensamiento se revelan en esas pocas y sencillas líneas: hasta aquel mes de mayo, en Cuba, todo el mundo consideraba la reforma agraria como una medida *negativa*, cuyo propósito era la *destrucción* del antiguo régimen. Ahora bien, desde la primera lectura del preámbulo, se advertía que el momento negativo de la Revolución había pasado. El texto no apelaba, en ninguna parte, a los resentimientos populares: definía la reforma como la organización fundamental de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción.

Por consiguiente, no había nada oculto. El preámbulo no disimulaba la miseria ni la injusticia social, pero no tenía interés en nombrar a los responsables; si se refería a la penosa situación de las clases rurales, era por simple cuidado de eficacia. Para aumentar la producción total de la nación, había que elevar la productividad de cada una y, desde luego, mediante la mecanización de la agricultura, en cuanto resultara posible; más adelante, no al momento. Pero curando primero al campesino de sus tres dolencias endémicas: miseria, enfermedad e ignorancia.

## **La batalla del arroz y del tomate**

El lector se sintió ganado, porque, en los resultados de la primera ley revolucionaria, descubrió el sentido y la originalidad de la Revolución cubana: destruir el antiguo régimen equivalía a colocar la primera piedra del nuevo.

Expulsar a los malos amos y devolver a la nación los millares de caballerías de tierra que de manera sistemática dejaban improductivas, era proveerse, de un golpe, de las maneras de diversificar los cultivos; poner aquellas tierras incultas en manos de los campesinos, era realizar ya la diversificación. Los nuevos propietarios se verían obligados, por la exigüidad de sus posesiones, a explotarlas a fondo; con la propiedad individual, el cultivo intensivo reemplazaría las negligencias del trabajo en extensión. Al romper de un golpe la orgullosa violencia de los grandes señores y su servil sumisión a los productores extranjeros, se le daba al mismo tiempo a la nación la independencia alimentaria: la Isla fecunda adquiriría el derecho de producir su subsistencia; a partir de aquel momento se sembraría arroz dos veces más. Con la cosecha de 1960, Cuba dejaría de ser tributaria del extranjero en cuanto a ese alimento básico.

El cambio resultaría todavía mayor en lo concerniente a otros renglones alimenticios: en el año 1959-1960 se empeñaría y se ganaría la batalla del tomate, y no contentos con satisfacer en ese sector la demanda interior, los productores cubanos competirían en América Latina con los ex abastecedores de Cuba.

Pero, sobre todo, el gobierno decía en términos claros que la elevación del nivel de vida rural no era, de *primera intención*, una medida de justicia, sino un intento de poner la economía nacional en marcha mediante la revisión de las estructuras sociales.

## **Los ricos ya no pueden traicionar**

Falta de industrias, la Isla había conocido 50 años de inmovilidad; la industria no había podido nacer por falta de mercado interior.

Recuerdo haber visto en todas las paredes de Inglaterra, durante una crisis, esta apremiante exhortación: "*Buy british*" ("Compre artículos ingleses"). ¿Quién, antes de 1959, hubiese exhortado en las paredes habaneras a "comprar artículos cubanos"? A los ricos les tenía sin cuidado la Isla y los pobres carecían de dinero. Ya he dicho la consecuencia: los pobres hacían crecer los dólares con el sudor de su frente, los cosechaban y se los daban a los ricos, quienes los enviaban a los productores de Estados Unidos.

Las divisas huían de la Isla, pero los ricos recibían autos y refrigeradores. La nación cubana jamás recibía pago: cualquiera que fuere su trabajo, se empobrecía cada día más.

La *reforma* aportaba la solución: se le suprimía a un número ínfimo de consumidores la posibilidad de arruinar a todos los demás con gastos suntuarios en el extranjero. Ofrecía la ventaja de reducir el tren de vida de aquellos parásitos y, consecuentemente, sus compras en el exterior; por otro lado, para quitarles por completo a los ricos las ganas de traicionar, el gobierno fijaba impuestos aplastantes a las importaciones de lujo.

Esas dos medidas complementarias (expropiaciones y tarifas aduanales) constituían ligaduras: comprimían la arteria abierta y detenían la hemorragia. Mas, no habrían significado nada, si la misma ley, mediante la promoción de los humildes, no hubiese cambiado de manera coincidente las condiciones de los trabajadores, para crear una demanda interior y estimular la industrialización.

### **Liberada Cuba del proveedor único**

No hay que creer en los Reyes Magos: los cubanos saben que la industrialización será lenta, habrá que llevarla a cabo con prudencia.

En Cuba, como en todas partes, los capitales, las fábricas, las máquinas, tienen sus costumbres, sus inercias: cualquiera que sea la demanda, no hay que pensar que hará brotar las fábricas de la tierra.

Cuba quiere renunciar a su economía colonial, y eso quiere decir que, a las estructuras clásicas del subdesarrollo (industrias de extracción con grandes inversiones extranjeras, producción agrícola), el gobierno se propone añadir un sector esencial, al desarrollar las industrias de transformación.

Pero hay que ser modestos, aun a largo plazo. Cuba producirá sus artículos de consumo, pero no puede soñar —en la actualidad, se entiende— con producir sus máquinas-instrumento, su equipo: resultaría una carga inútil y nefasta para una población de 6 o 7 millones de habitantes. En consecuencia, la industria pesada permanecerá donde se encuentra: en el extranjero.

Pero, en ningún caso, la independencia de un país demanda la supresión de sus importaciones: si se suprime el régimen preferencial que lo encadena a un proveedor único —o sea, a un cliente único—; si equilibra la balanza del comercio exterior, subordinando el aumento de las compras al de las ventas; si bloquea con impuestos las compras inútiles, y si determina con rigor las importaciones de interés nacional, cimentará su soberanía viva en una estrategia a escala mundial, lista siempre

para garantizar su libertad de maniobra por medio de cambios de alianza y de clientela.

### **125 000 desocupados encuentran trabajo**

En resumen, los grandes propietarios impedían, a la vez, el policultivo y la industrialización. La reforma ha hecho comprender a los cubanos que la realización inmediata del primero también iniciaría la segunda.

No mintió. El policultivo y el aumento de la demanda ulterior son una sola cosa; bajo la presión de las masas rurales, se han puesto en marcha máquinas paradas por falta de clientes. Catorce meses después de la victoria de los rebeldes, 125 000 desocupados habían hallado trabajo.

En aquel mes de mayo de 1959, la Revolución reveló su radicalismo: destruyó las grandes propiedades. Pero pocas gentes se asustaron: después de los considerandos de la reforma, resultaba evidente que sólo la situación había impuesto aquella división.

El nuevo equipo se burlaba de las ideologías. Algunos dirigentes las ignoraban, y otros encontraban todas las teorías dignas de interés sin satisfacerse con ninguna: demasiado generales o demasiado particulares, a las mejores les faltaba haber nacido en Cuba, de una meditación sobre los acuerdos azucareros.

### **Una selva virgen de tallos verdes y azucarados**

Sin la menor duda, habría causado viva resistencia una revolución que se proclamara socialista. Pero la reforma agraria no se daba nombre alguno.

Con justicia, atacaba un régimen de propiedad ya casi no existente —como no sea en los países retrasados—, un régimen feudal. Ocurría que parcelaba —dos caballerías por familia— la tierra recuperada. ¿Qué hacía en tal caso? Sólo lo que habían hecho, siglo y medio antes, las revoluciones que cambiaron la faz de Europa: introducía la propiedad burguesa en los campos.

En otros casos, por el contrario, la propiedad pasaba, indivisa, a una cooperativa. Esa nueva atribución parecía inspirarse claramente en experimentos socialistas. Todo ocurría, en suma, como si la propiedad feudal, al desaparecer, engendrara los dos modos de apropiación que hoy se encuentran en todas partes.

Pero, en Cuba, la cooperativa está inscrita en la naturaleza de las cosas. La caña necesita grandes espacios. De los antiguos latifundios se separan, desde luego, las tierras baldías y se entregan a otros cultivadores

para que las dediquen a otros cultivos. Pero la propiedad en sí, con sus millones de tallos verdes, no podría dividirse sin destruir la producción de azúcar.

¿Esas propiedades se iban a poblar con 20 000 pequeños productores aislados, opuestos por la competencia, por los intereses, por la diversidad de útiles y de técnicas? ¿Cómo indicar en aquella selva virgen las fronteras de cada propiedad? También existía el ingenio, que espera la cosecha y muele la caña: ¿para qué en particular, si hay que cortar juntos los tallos y usar en común los medios de transporte?

### **El amo no volverá a su palacio vacío**

En una palabra, la caña exigía la unidad de una empresa común. En otro tiempo, era la comunidad feudal de los desposeídos, de los jornaleros esclavizados, endeudados, sin tierra; mañana será la cooperativa de producción.

Los principios o las opiniones no cuentan: es el propio antiguo régimen que se transforma en una organización colectiva. Y ello, por una sola razón: porque la propiedad feudal, para adaptarse a las exigencias del azúcar, ya estaba organizada como una comunidad de trabajo.

Ésa es la suerte de Cuba. No volverán a encontrarse en ella las contradicciones que ensangrentaron en otro tiempo a la Europa socialista. La necesidad de trabajar la tierra en común no tropezará, en los propios trabajadores, con la áspera voluntad de poseerla individualmente. Releamos el texto de la reforma agraria: se ve aparecer allí de pronto, sin ruido, subrepticamente, la palabra “cooperativa” y la ley no se preocupa en ningún momento por definirla o justificarla. La razón resulta muy sencilla: fruto de las tradiciones y las necesidades, la cooperativa existía antes de instituirse.

¿Qué encontraban, hasta 1958, quienes visitaban una gran propiedad? Un palacio vacío, un administrador y un equipo de trabajadores agrícolas.

Hoy, el palacio continúa vacío: su dueño no regresará jamás y el administrador ha preferido desaparecer o cambiar de ocupación; sólo queda el equipo, con su saber práctico, su experiencia de la tierra y sus útiles. Él, de un régimen a otro, asegura la continuidad de la producción; todos estos hombres se conocen, han trabajado y sufrido juntos, y, sobre todo, están acostumbrados a trabajar juntos.

Como esa colectividad rudimentaria y tradicional, constituida desde hace mucho tiempo, se halla sola en el lugar, y como su presencia resulta indispensable, la reforma hace de ella, indivisiblemente, la usufructuaria de la propiedad que cultiva y así queda bautizada como “cooperativa”.

## **Los tenderos cierran sus tiendas**

Prácticamente, se trata de una transformación esencial: el equipo de obreros venderá la cosecha sin intermediario al central azucarero y —tal es el principio, al menos— percibirá de manera íntegra la utilidad.

Antes de 1959, los jornaleros se abastecían en la tienda del pueblo más cercano, y aquellos comerciantes, perdidos en la naturaleza y muchas veces sin competidores en más de 20 leguas, se convertían por sí solos en un monopolio y fijaban los precios soberanamente. Además, aprovechándose de la temporada de falta de trabajo, no desdeñaban practicar la usura, y con esos dos procedimientos ganaban el dinero de los pobres sin esfuerzo, pero les costaba mucho más trabajo ganar su simpatía.

El nuevo Estado decidió acabar con esos pequeños aprovechadores por medio de la competencia y encargó al INRA que facilitara la producción cooperativa, organizando la cooperativa nacional de consumo.

Las “tiendas del pueblo” aparecieron en cada propiedad, cerca de los trabajadores: en ellas se encuentran los artículos de primera necesidad a precio de costo, más un 10 % para cubrir los gastos de transporte, locales, salario de los empleados, etc. El comercio privado no resiste, los tenderos cierran sus tiendas.

## **El dinero de la lotería sirve para construir casas**

El dinero de la lotería nacional pasa a las manos de otra institución, el Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas (INAV), que lo dedica a construir casas.

Cada familia recibe los materiales básicos y todo el mundo se pone a construir; los domingos, vienen obreros de la ciudad y ayudan. Se explica a los campesinos el plano de cada casita y se muestran conformes; pero, en el sector privado, la tarea es relativamente sencilla: se sustituye la incomodidad solitaria del bohío por la cómoda soledad de la residencia nueva. En el sector socializado, no basta construir alojamientos, hay que agruparlos.

Hasta la reforma agraria, los equipos de trabajadores rurales no habían conocido esa imagen estable de la solidaridad: la comunidad de residencia. Trabajaban cuatro meses las tierras del amo y se amontonaban en cualquier parte para dormir. Cuando llegaba la primavera con la desocupación, se dispersaban por todos los caminos, para ir a reunirse, a veces en el otro extremo de la Isla, con sus familias en tugurios.

Hoy día, el cooperativista debe residir en el lugar donde trabaja. Aconsejado por arquitectos, el gobierno ha establecido un modelo de caserío

muy económico y —como los trabajadores deben construirlo ellos mismos— muy sencillo.

Todas las cooperativas tienen o tendrán una copia. Pueden adaptar el modelo a las circunstancias particulares; sólo en un punto se muestran intransigentes los dirigentes: el caserío debe completarse en sí mismo; las residencias privadas deben agruparse alrededor de la escuela, de la tienda y de otras construcciones públicas.

### **Las cooperativas son como colmenas**

No se trata de incitar a los campesinos a hacer una vida comunitaria: los cubanos no lo admitirían, son muy apegados a su intimidad familiar.

Se quiere, sencillamente, *hacerles ver* que su caserío no es un campamento; que el grupo de residencias no puede limitarse a una suma de casualidades, de vecindad fortuita. Viven juntos porque trabajan juntos: tal es la verdad que deben descubrir cada mañana al abrir la ventana, si quieren profundizar su “conciencia revolucionaria”.

En marzo de 1960, cerca de un año después de la promulgación de la reforma, todo estaba por hacer y, sin embargo, estaba hecho lo esencial: en todos los lugares que se ha podido, las cooperativas se han puesto a trabajar, se han adelantado a veces a la fecha fijada por el gobierno y han emprendido la construcción del caserío antes de recibir el plano de construcción.

Las he visto en todas partes, zumbando como colmenas, soñando hacer subir rápidamente, de día en día, de hora en hora, la producción nacional a través del continuo aumento de su producción particular. Los obreros discuten: si el responsable local no sirve, señalan sus faltas y le reprochan no saber aprovechar la competencia de cada uno. Si elogian a alguien, puede estarse seguro de que lo merece. Cada quien quiere inventar, organizar, racionalizar.

### **Todo lo que poseían: un machete en la cintura**

Pero esa alegre turbulencia demuestra, precisamente, el profundo acuerdo de todos con el sistema cooperativo: no hay una sola de sus críticas que no suponga un consentimiento previo.

Sí, racionalizar, organizar mejor las tareas para producir más, pero sin salirse nunca del contexto de la producción socializada. Cuando pregunté a mis amigos cubanos la razón de tal armonía, me respondieron

enumerando las ventajas de la reforma: la suerte de los trabajadores de las cooperativas resulta incomparable con la de algunos jornaleros.

—¿No sienten, a veces, el deseo de repartirse las tierras?

—¿Por qué habían de hacerlo? —me respondieron—. El gusto de la propiedad privada no está inscrito de antemano en el cerebro. Admitiendo que sea una verdadera tentación, hace falta, por lo menos, haberla experimentado. De padres a hijos, esos hombres nunca han poseído nada, salvo el machete que llevan en la cintura. Su herencia: el hambre, la miseria y las enfermedades. Quieren que los libren de ellas, tener un techo sobre sus cabezas, trabajar para sí mismos, trabajando para todos; elevar su nivel de vida sin cesar, no tener más amo que la nación e incorporarse a la sociedad cubana. Tienen lo que desean o lo tendrán. Constituyen reivindicaciones tangibles, y junto a eso, la posesión de la tierra —individual y hasta colectiva— resulta para ellos una abstracción.

Para Estados Unidos, la cuestión es simple: Castro ha tomado el poder sin presentar su candidatura. En el año y medio que lo ejerce, no ha consultado al cuerpo electoral ni ha tenido la simple cortesía de indicar a los electores la fecha —por alejada que sea— de una próxima convocatoria. En suma, la dictadura desnuda.

Los ciudadanos norteamericanos están profundamente atados a sus instituciones. Libre empresa y parlamentarismo son, a sus ojos, las dos mamás de la democracia. Y, naturalmente, hay democracia o hay fascismo, o comunismo para ellos, todos los regímenes discrepantes deben ponerse en la misma bolsa. La prensa aprovechó esa situación. Desapareció el Robin Hood de la Sierra Maestra, el público aterrado descubrió en su lugar a Hitler. O Stalin. A elección.

Fidel los inquietaba tanto más cuanto que, desde el primer día, había restablecido la Constitución de 1940.

¿Para qué —preguntaban los periódicos norteamericanos—, si no la aplica?

Aquel respetable texto preveía un parlamento electo, ministros responsables. En el nuevo régimen no había trazas de parlamento, electo o no. Había ministros, pero nadie sabía ante quién eran responsables. Los puritanos del norte se exasperaron ante aquella declaración de principios; vieron en ella una hipocresía, lo que en Francia llamamos un homenaje del vicio a la virtud. Esa Constitución constituía un engaño. Sin cesar violada por el déspota que la había creado, otro déspota —decían los norteamericanos— la había recogido del arroyo, había restablecido su gloria, para violarla a su turno.

Los yanquis tienen cierta idea de la democracia, esa idea subordinada — si no en la práctica, al menos en teoría— la economía a la política. He aquí el resultado: el presidente de Estados Unidos solicita el libre sufragio de individuos libres que libremente se lo otorgan; para conservarlos favorables a su partido, protegerá la libertad individual y, por consiguiente, la libre propiedad. Heredero de un tirano y tirano él mismo —argumentan—, Castro no quiere saber nada con elecciones libres, con una asamblea electa que controle sus caprichos; se burla del consentimiento, sólo quiere la obediencia; de golpe, la Isla se convierte en su dominio, pasa a la categoría de propiedad privada. En resumen, el parlamentarismo crea, mantiene, multiplica las formas privadas de la propiedad y de la producción; la dictadura conduce al socialismo; es decir, según esos pensadores norteamericanos, a la concentración de los bienes de todos en las manos de uno solo.

### **Todo lo contrario**

El malentendido viene de ahí: Castro y sus amigos tienen justamente la idea opuesta.

Demócratas, los cubanos lo son en extremo, eso quedará muy claro luego. Pero las semicolonias, aun recientemente liberadas, no tienen el noble idealismo de la metrópoli; al ver fluir bajo sus ojos el oneroso fulgor del neón extranjero, al meditar sobre los vínculos que unían la caña, la miseria, la esclavitud y la impotencia, los jóvenes cubanos se habían acostumbrado, poco a poco, a pensar que la economía condicionaba la política.

Entendamos que no tenían una doctrina en torno a este punto; el doctrinario era el puritano Estados Unidos. El puritano generaliza: es el placer de los hombres abstractos. El cubano no generaliza jamás. Su problema, único y singular, es la Isla, y lo que hay que hacer en ella. Si usted le dice que en otros países, en Europa o en África, lo urgente es construir un régimen político antes que aumentar la producción, le escuchará con interés, sin duda le creará, y concluirá simplemente:

—Aquí, es todo lo contrario.

O bien, no dirá nada. Sabe que se le comprende. Y comprender, en la Isla, es compartir las certezas revolucionarias. Está, sobre todo, la primera: en Cuba se impone el dirigismo económico, porque las circunstancias lo exigen.

### **La palabra “dirigismo” escandaliza a Nueva York**

En Nueva York, en Washington, la mera palabra “dirigismo” basta para provocar escándalo: por esta razón se ha tomado la curiosa costumbre de llamar *comunista* a un gobierno que no tiene opinión sobre el régimen de la propiedad.

Si alguna vez discuto con los amigos que me quedan en Estados Unidos, empezaré por prevenirles sobre esto; no se trata de hablar de principios; no están en discusión; lo que hay que examinar, es la oportunidad.

El subdesarrollo no debe definirse como una simple deficiencia de la economía nacional. Resulta una relación compleja entre un país atrasado y las grandes potencias que lo han mantenido en ese atraso: la semicolonía, liberada de sus cadenas, vuelve a encontrarse en la miseria frente a una antigua metrópoli irritada. Debe salirse lo antes posible de la pobreza, o volver a caer en la dependencia. No hay alternativa: aun cuando un golpe de magia librase a la Gran Potencia de sus concepciones imperialistas, la colonia liberada debe salvarse por sus propias fuerzas o volver a ponerse por sí misma en las manos de sus antiguos colonizadores.

En una palabra, el subdesarrollo es una tensión violenta entre dos naciones, y su intensidad se determina en función del *retraso* de una con respecto a la otra.

### **Sesenta años de retraso**

Una isla dormida, cerrada, sueña en 1958 que vive en 1900. Se despierta para comprobar que el reloj del vecino marcha, y que el vecino vive como debe vivirse en 1958.

Casi 60 años de retraso: ahí está todo. Y el único problema cubano es: ¿cómo recuperar ese tiempo perdido?

El retrasado inicia la marcha con esa demora de medio siglo: se tambalea sobre sus piernas y descubre muy lejos entre el polvo, el pelotón de vanguardia. Tiene que darle alcance. Eso significa que el desdichado debe correr más rápido que los mejores.

La Isla debe llevar un tren infernal; si renuncia a producir por sí misma el menos importante de los artículos que puede fabricar, tendrá que hacerlo venir de Nueva York o de Chicago; ése resultará el inicio de una regresión que no podrá frenarse; se volverá a los latifundios, al azúcar, a la esclavitud.

Entonces, haga lo que haga el gobierno, la producción cubana en este período que sigue de cerca al estado semicolonial, no se desarrolla libremente. La velocidad y el ritmo de la producción futura, y sobre todo el aumento de la tasa de crecimiento, estarán condicionados de entrada por el desarrollo anterior, por las transformaciones presentes y por las perspectivas de las potencias que rodean al país.

—Nos piden ideas, una doctrina, pronósticos —me ha dicho Che Guevara—. Pero se olvidan que somos una revolución de contragolpe.

## **La urgencia cubana**

Quería decir que la Isla no dirige el juego; en las relaciones con Estados Unidos, las medidas tomadas por los jefes revolucionarios son siempre réplicas; eso cae de su propio peso.

Por una parte, un pequeño país de 6 600 000 habitantes; por otra, un coloso de 200 millones, y el ingreso nacional del país grande es 5 veces más elevado por persona que el del pequeño.

En esa economía forzada, Estados Unidos representa la presión. Pero creamos por un instante en Papá Noel y atribuyámosle una inocencia perfecta. Aun en ese caso límite, los fabricantes de Pittsburgh o Detroit, a menos que paren sus máquinas, denuncien de manera objetiva el retraso cubano y creen en Cuba la urgencia; es decir, la presencia casi mensurable de un peligro mortal.

Creo que en Europa no se hallaría un liberal que no lo admitiese; las circunstancias cubanas exigen el dirigismo, la hiperindustrialización de Estados Unidos exige el dirigismo a la pequeña Isla agrícola. El Gobierno revolucionario *experimenta* esa presión de la realidad, delibera cada día *bajo la amenaza*, transforma la amenaza extranjera en exigencia de la economía cubana, da a conocer el esfuerzo que se necesita realizar, ¿qué sector está bajo un peligro más o menos inmediato? ¿Cómo podría ser de otro modo?

¿La Isla tiene el derecho de arrojar dinero al mar, cuando la naciente industrialización reclama ásperamente capitales? ¿Se permitirá que la industrialización se haga al azar, mediante el encuentro fortuito, aquí o allá, de un capricho en una cabeza y unos pesos en un bolsillo? *No*. El país *no puede* despilfarrar sus fuerzas.

## **Indigestión de dólares y azúcar**

La agricultura misma demanda un dirigismo moderado; después de la reforma agraria, poco importa quién posea la tierra; lo importante, mientras instaura el policultivo, es que la nación, en su totalidad, decida qué va a sembrar el propietario individual o colectivo.

Desde luego, la nación está representada por el INRA, el cual no ha sido electo ni ha recibido mandato. Pero cuando se comprende que el país muere de una indigestión de dólares y de azúcar; cuando se sabe que hay que recetarle otros alimentos, arrancados de su suelo, o dejarlo reventar, entonces se reconoce al INRA una soberanía técnica y sin mandato, que no viene siquiera de Castro, sino de la necesidad bruta; ese organismo hace lo que hay que hacer.

Existen y existirán otros institutos, todos creados por el gobierno. Hace falta un pensamiento total concibiendo los ordenamientos de detalle, a partir del todo que se desea crear.

Para obtener de los obreros la mayor eficacia, sin imponerles un exceso de trabajo fatigoso, sólo existe —en ausencia provisoria de máquinas modernas— un medio: la organización; se remodelarán de un solo movimiento —pero sin cesar— las estructuras y las relaciones de la producción. ¿Y quién hará ese remodelamiento, si no es un equipo dirigente que concentre el saber y el poder entre sus manos?

Pero el puritano de Estados Unidos condena en bloque, sin excepción y sin atenuante, las experiencias del dirigismo.

Para él, sólo los tiranos piensan en concentrar en sus manos el poder económico, y el motivo es que ya usurpan todo el poder político. Aun los más liberales entre los norteamericanos no admitirán jamás que la centralización de la economía resulte en absoluto compatible con el ejercicio real de la democracia. Es un credo.

Pero el malentendido resulta aún más radical; porque un yanqui de buena voluntad diría entonces a los cubanos: “¡Y bien! Pruébenos que vuestro gobierno puede ejercer su dirigismo de acuerdo con una asamblea electa”.

En el fondo quiere decir: el dirigismo es la dictadura; pero os damos una oportunidad: atemperar los rigores del ejecutivo con la sabiduría del legislativo. Una vez más, esto es lo contrario de lo que hacen los cubanos: convencidos de que lo económico tiene primacía por encima de todo, los jefes quieren suscitar la libertad popular en los mismos lugares donde debe ejercerse el dirigismo económico: el pueblo no será libre jamás, sino empieza por realizar su libertad soberana en el taller o en los campos.

### **Cada golpe de machete abre el camino a la democracia del trabajo**

El capitán Núñez Jiménez, director del INRA, me ha dicho: “¿Elecciones, por qué no? No me opongo. Hablo de ellas sin entusiasmo, porque por el momento la política está muerta; usted conoce nuestros problemas, nuestra urgencia. Más tarde —dice cortésmente—, cuando la política renazca...”.

Le pregunto, para ver:

—¿Por qué habría de renacer?

Es un hombre fino. Por encima de la barba, que le oculta el pecho, una sonrisa plegó su rostro. Pero no me respondió. Después de un momento de silencio dijo:

—¿Por qué hablar siempre de la democracia bajo su aspecto político? Ese aspecto existe, y tenga la certeza de que no subestimo su importancia, pero viene en último término. No constituye más que una farsa, si no resume en la libertad del voto todas las manifestaciones de la libertad. No sé cómo son en su país las relaciones entre los patronos y los empleados. Pero aquí, antes del 1º de enero de 1959, puedo decirle que no eran democráticas. Hoy la Isla está en marcha, y hemos puesto al pueblo en posesión de sus derechos; cada golpe de machete, cada remache colocado, nos hacen avanzar hacia nuestro primer objetivo, la democracia del trabajo.

Varios días después, pedí la impresionante recopilación de leyes revolucionarias. Me la trajeron, la consulté. Pero comprendí muy rápidamente mi error; la había tomado por el repertorio de las nuevas instituciones cubanas, y justamente eso no podían ser. Esas nuevas instituciones, en efecto, no existían. No porque esa revolución resulta todavía demasiado joven para haberse dado leyes fundamentales; otras, a seis meses de su nacimiento, se definen para toda la eternidad, aun cuando por un golpe de fortuna desaparezcan enseguida.

No. Los cubanos tienen prisa por poseer cultivos de tomates y plantas siderúrgicas. Mucha menos prisa por darse instituciones. Veremos qué clase de leyes les impone la situación; en todo caso, puedo adelantar, desde ya, que son actos y no palabras.

### **El fin del parlamentarismo**

Queda la Constitución de 1940. ¿Por qué adoptarla —se dirá—, pues no era el momento de aplicarla? La respuesta resulta simple.

En primer término, el viejo testamento de la república era popular; los cubanos estaban satisfechos de que les hubiera permitido expulsar por primera vez a Batista en 1944; y lo amaban también contra ese mismo tirano que en 1952 había pretendido escamotearlo.

Al resucitarlo, los revolucionarios prolongaban la unión de los cubanos; éste era, como ya he dicho, uno de sus principales objetivos. Pero existía ya, entre ellos y el pueblo, una complicidad que los observadores norteamericanos no supieron descubrir. Ningún cubano se engañó; ninguno esperaba con impaciencia la próxima consulta electoral; les agradaba que el gobierno rindiera homenaje a ese monumento histórico.

Pero unían, de manera paradójica, a su profundo respeto por la Constitución, un desprecio igualmente profundo por el régimen que ella engendró.

Podemos comprenderlos. También a los franceses nos ha ocurrido, en nuestra historia, sentir la boca amarga y hiel en la garganta, cuando pensábamos en las asambleas electas: en 1849, por ejemplo.

En Cuba, el parlamentarismo se ha desmoronado por mucho tiempo. Se dice que en una sola oportunidad Castro fue silbado. Era en Oriente, su provincia natal. La guerra estaba ganada, pero la Revolución no había asumido el poder; Fidel habló en un mitin, lo aplaudían. Pero cuando el orador, hablando de la soberanía del pueblo, enumeró las formas que le permitirían ejercerla, en particular el régimen de las asambleas representativas, hubo tal tumulto que juzgó conveniente no insistir.

De todas maneras, había que rendirse a la razón: esa gente no amaba a sus antiguos representantes; en el momento en que se los arrancaba a la humillación, a la impotencia, se negaban a ser de nuevo sumergidos, no querían ser entregados a los monos.

### **Si hubiera elecciones, Castro tendría el 90 % de los votos**

En cuanto a los jóvenes dirigentes, su aversión al parlamentarismo no se funda tanto en el pasado, en las desagradables experiencias de sus padres, como en el futuro, en las amenazas que contiene en germen el sistema representativo.

—¿Qué se pretende? —me preguntó uno de ellos—. ¿Que votemos? Cero. Trasmítale nuestras condolencias, y que no vayan a contar en su país las tonterías norteamericanas: que estamos muertos de miedo de quedar en minoría después de una elección. ¿Cómo se atreven ustedes a reclamar, al mismo tiempo, que los dirigentes cubanos hagan un referéndum, a repetir, en todos vuestros libros de historia política, que el referéndum no es por regla general otra cosa que la consagración de un hecho consumado? Conocemos nuestra Isla y sabemos que una consulta electoral —referéndum o no— daría a Castro el 90 % de los votos. Usted puede creerlo o no, pero aguarde un poco, pasee con Fidel, y entonces será como nosotros, entonces *estará enterado*.

Tenía razón. Dos días más tarde, me enteré; mejor dicho, vi; volveré a hablar de eso, y daré mis razones al lector.

Pero aún era demasiado pronto. Dije a aquel joven:

—Admitiendo que vuestras cifras resulten exactas, ¿no cree usted que hacen necesario el referéndum? Sería un triunfo tan grande, que cerraría

tantas bocas hostiles, que no entiendo muy bien por qué ustedes se privan de él.

—Por una sola razón —me dijo—. No queremos pagar el triunfo de los revolucionarios con el aniquilamiento de la Revolución. ¿Qué le da sentido a nuestro equipo? La unidad de los puntos de vista, la unidad práctica. Somos muchos en uno; un solo y mismo hombre en todas partes al mismo tiempo; explicamos sin cansancio esa verdad; después que ha expulsado a sus latifundistas, una nación subdesarrollada hace de la producción el denominador común de todas las clases, su común interés. En este momento, ¿qué sería una asamblea electa? El espejo de nuestras discordias.

—Usted dice que ya no las hay.

—Justamente, hace falta la tensión del trabajo, una temperatura de fusión para que los grupos y las personas puedan liberarse de sus estrechos puntos de vista. Por fortuna, todo se hace en caliente. Pero si usted detiene todo para dictar una ley electoral, la gente volverá a dividirse, porque esa ley está hecha para dividirla. La prueba es que la ley se estimará equitativa, si los grupos y los intereses están representados en la asamblea en proporción a su importancia nacional. Por otra parte, se precisa que el elector elija; por tanto, habrá por lo menos dos partidos. Eso significa un equipo de repuesto, lo que no resulta demasiado grave, pero, también y sobre todo, una economía de repuesto. Dos economías, ¿por qué no?, pero no en nuestra Isla y en este momento.

### **Los jóvenes en el poder**

Enseguida me preguntó:

—¿Qué haría usted, si tuviera que realizar en Cuba una consulta electoral?

”Al elector, se lo encuentra siempre; él no nos inquieta. ¿Pero los elegibles? Estableceremos sobre el papel la pluralidad de los partidos. Muy bien. Pero los partidos reales, ¿de dónde los saca? ¿Usted cree que renacerán solos? Lo dudamos; vea usted, más bien, con cuánta prisa desaparecen. ¿Cuáles son los árboles secos que pueden reflorar? El Partido Ortodoxos ha conservado una existencia nominal, una categoría social; algunos cuadrageñarios lo reclamarían. ¿Pero se encargaría usted de hallarle un programa? Esa formación burguesa de izquierda moderada no tendría la audacia de situarse a la izquierda de los revolucionarios; ni la ingenuidad de colocarse a la derecha. La Revolución resulta irreversible; ¿puede creerse que el pueblo daría sus votos a quien le propusiera volver atrás en la reforma agraria, regresar a cero?

”En verdad, ninguna posición es posible hoy en el hemisclio: la Revolución, en la unidad de su acción práctica, resulta *forzosamente* su propia derecha y su propia izquierda. En ella se han encontrado y unido clandestinos y rebeldes. Todo nuevo partido debería aceptar de entrada los cuadros de la actividad revolucionaria, su objetivo fundamental y sus medios: nada podría hacer sin retomar por su cuenta el objetivo actual de toda la Isla: aumentar la producción.

”¿Entonces, dónde, estarían las divergencias? De todas maneras, la urgencia es la misma para todos. Hay que marchar de prisa. Por doquier, como veremos, la gente aprende a exigir; todos tienen interés en apresurar el movimiento. ¿Se imagina a un candidato que se distinga del equipo revolucionario, proclamando ante los electores que marchará más lentamente? El único medio de separarse sin perderse, sería adelantarse”.

Pero estos jóvenes que gobiernan son ágiles, y ya tienen 18 meses de experiencia. Resulta difícil alcanzarlos. Ni siquiera se intentará: pero si mañana hubiera una consulta electoral, incluso si varios partidos se disputaran los votos de los cubanos, la elección sería demasiado fácil: por una parte, un equipo adiestrado, eficaz, ilustre, que podría argumentar sobre sus glorias, sus empresas y sus resultados; por otra, formaciones apenas salidas de sus pañales, sin ninguna experiencia del poder, que no tendrían nada que dar, salvo abstractas promesas.

El mayor escándalo de la Revolución cubana no es haber expropiado fincas y tierras, sino haber llevado muchachos al poder. Desde hacía años, los abuelos, los padres y los hermanos mayores, esperaban que el dictador quisiera morir para sucederlo: el ascenso se efectuaría por antigüedad.

En previsión del día lejano en el cual se cambiaría de equipo, los partidos corrían, de cuando en cuando, el riesgo de anunciar públicamente su adhesión al parlamentarismo. Todo iba bien, cuando, un día, los de menos edad se adueñaron del poder y proclamaron que lo conservarían.

¡Fuera los viejos del poder! No he visto uno solo entre los dirigentes: al recorrer la Isla, en todos los puestos de mando, de uno a otro extremo de la escala, sólo hallé a mis hijos, si así puede decirse; y en todo caso, a los hijos de mis contemporáneos. Los padres no se hacen notar; los quincua-  
genarios de esta Isla son los más discretos del mundo.

Rubio y delgado, lampiño, con sus 29 años, el ministro de Comunicaciones no es el Benjamín de esta Revolución, pero tiene la alegría seria de los adolescentes. Ello basta para que sus jóvenes colegas se diviertan gastándole bromas acerca de su juventud, lo cual equivale a sorprenderse de ella.

Armando Hart tiene 27 años; Guevara y Raúl Castro apenas rebasan la treintena. Cuando no hablan de los asuntos públicos, son como los demás jóvenes cuando se reúnen: se lanzan bromas, y uno advierte en sus palabras que, para ellos, la vejez empieza muy pronto; demasiado pronto en mi opinión.

Los he oído atribuir a la pesada carga de los años la obstinación de Urrutia, quien no llegaba a sexagenario. No obstante, están de acuerdo en que el titular de la presidencia de la república requiere tener cierta edad, como señal externa del equilibrio. En consecuencia, se alegran de que el nuevo presidente, el doctor Dorticós, cuente —me dijo uno de ellos— “por lo menos 40 años”.

En lo concerniente a mí, cuando estaba entre ellos, me sentía más viejo que en París y, a pesar de su extremada amabilidad, temía a la vez importunarlos y traicionar a mis contemporáneos.

### **Los padres libertados por los hijos**

Como se necesitaba una revolución, las circunstancias designaron a la juventud para hacerla. Sólo la juventud experimentaba suficiente cólera y angustia para emprenderla y tenía suficiente pureza para llevarla a cabo.

El crecimiento demográfico rompía el equilibrio en la Isla y convertía en minoría a los viejos. Pero éstos ocupaban cargos desde hacía mucho tiempo y se aferraban a ellos. Apenas los recién llegados alzaron la cabeza y miraron a la sociedad cubana, vieron todas las salidas bloqueadas y los últimos puestos tomados por asalto por sus hermanos mayores. Después, se cerraron las puertas: no había avance posible.

Hubo así, de un lado de la muralla, la inmutable pirámide de los asalariados, y del otro, la muchedumbre de los sin trabajo, la cual aumentaba todos los años y cuyas primeras filas sufrían cada vez más cerca, acentuada sin cesar, la presión de las últimas. No había porvenir sino la degradación de las subsistencias. Los nuevos desocupados descubrieron que la desocupación no era efecto de un accidente sino, sencillamente, su destino. De pronto, aquellas jóvenes masas negaron el sistema que les negaba la vida. Los adultos tenían la suerte —hoy, acaso, la mala suerte— de estar encasillados: todavía tenían algo que perder: por modesto que resulte, un salario fijo inclina a la resignación.

La juventud no tenía nada que perder. Veía a sus mayores contemporizar con la tiranía y pensaba: “Se resignan a *nuestras* desgracias”. Lanzándose contra los privilegios, aquellos muchachos se rebelaban, a la vez,

contra las personas mayores. Frente a la renuncia de los adultos, inventaron una intransigencia que no han perdido y que les permitió comprender el llamamiento que lanzaba la intransigencia de Fidel Castro. Para aquellos muchachos terribles, lo mismo era rebelarse contra un régimen dictatorial y contra la culpa de quienes lo habían permitido o sostenido con su pasividad; lo mismo era pulverizar al ejército mercenario y obligar a sus mayores a la abdicación.

En esa curiosa aventura, las ciudades fueron libertadas por el campo y los padres, por los hijos.

### **Un encuentro típico**

Cuando los soldados regresan de la guerra, mantienen una fraternidad que excluye a los civiles. En Cuba, la exclusión resultó aún más radical: los jóvenes soldados de la clandestinidad confiaban, a veces, sus designios a sus hermanos o hermanas jóvenes, pero experimentaban un placer pícaro en guardar el secreto frente a la anterior generación.

Era, sin duda, una cuestión de seguridad; pero, precisamente, ¿de qué provenía que los adultos no resultaran seguros? Los hijos de familia recorrían regiones con nombres y papeles falsos, en tanto que en la casa paterna sus hermanos y hermanas menores vigilaban prontos a mentir, a prevenirlos si podían, y, en cambio, los poderosos dueños de casa lo ignoraban todo.

En una ciudad provinciana, algunos días después de la victoria, un médico necesitó gasolina. La pidió y fue enviado a las autoridades revolucionarias, a las cuales se presentó en el cuartel general. El jefe local se hallaba ausente en viaje de inspección, y como la gasolina dependía de él, había que esperarlo. El médico esperó. Como todo el mundo, conocía al joven dirigente por el nombre que usaba en la resistencia, así como por sus méritos: según el rumor público, había hecho tanto, que los rebeldes le habían confiado la ciudad en cuanto la tomaron, con la misión de borrar a la mayor brevedad los desórdenes de la guerra.

El solicitante se sintió desconcertado muy pronto por las entradas y salidas de jóvenes —colaboradores inmediatos del dirigente—, a quienes creía reconocer por haberlos visto salir de las facultades o de los institutos y que se obstinaban en llamarse por sus seudónimos y en designar al jefe únicamente por su sobrenombre. Un poco más tarde, el médico tuvo el consuelo de descubrir que conocía al dirigente bajo otro aspecto: era su hijo.

## El revolucionario dormía en su casa

Aquel muchacho tranquilo y reflexivo se había casado temprano y tenía un hijo. Como suele ocurrir, la joven pareja vivía en la casa de los padres del marido. ¿Podía soñarse una familia más unida?

La guerra civil se hallaba en su apogeo, pero aquel hijo tranquilo dormía todas las noches en la casa. En realidad, no era así varias veces a la semana, pero su mujer mantenía el secreto de sus ausencias. Presa de sentimientos encontrados, el médico comprendió que tenía un hijo glorioso, pero demasiado discreto.

Engañado por la tranquila presencia de una esposa joven y un nieto recién nacido, aquel padre había vivido en la ignorancia. Lo habían mantenido en ella para que sirviera de coartada; todavía peor: su nuera lo sabía todo, pero se había tenido más confianza en sus frágiles fuerzas que en las de un hombre hecho. El asunto terminó alegremente: la Revolución había triunfado y, por consiguiente, el hijo había obrado bien. Ignoro si el médico se examinó a sí mismo, si buscó los motivos de una reserva que, en resumen, lo condenaba. Si su hijo hubiese confiado en él, no lo habría denunciado, ciertamente, ni siquiera bajo la tortura; pero, ¿lo habría *alentado*?

Fue un joven burgués revolucionario quien, a mi juicio, resumió el punto de vista de la juventud:

—He respetado y respeto todavía a mi padre y a mis hermanos mayores. Son buenos; cuando niño, me sirvieron de ejemplo y habría querido imitarlos toda mi vida. Pero me defraudaron: no es culpa suya ni mía.

Imagino que hay cien otras maneras de describir el carácter de los hombres y el funcionamiento de las profesiones. Por mi parte, empiezo por ésta y a ella me atendré: si es necesario un hilo conductor —y lo es—, la juventud constituye la evidencia más inmediata y más innegable. Está en todas partes, circula por las calles; por la noche, en La Habana, hace ejercicios frente al mar. Además, allí, sin dejar de ser una edad de la vida, se ha convertido en una cualidad interior de sus jefes.

Al declararse revolucionaria, se producía como un estatuto social. Las relaciones de trabajo, los conflictos de clase, todo tenía como fondo la relación fundamental: la de los jóvenes que sufrían su vida con las personas mayores que la hicieron. Hoy, en el taller, en los campos, en un ministerio, *el trabajo es joven*; verdaderamente joven. Y el mando avanza en el sentido de las agujas de un reloj: no se necesita haber vivido demasiado para mandar; para obedecer, basta no tener más de 30 años.

Eso significa que el régimen origina y manifiesta un trastorno radical de las relaciones humanas. Si queremos comprender esas relaciones modificadas, debe buscarse en todos los campos las consecuencias de este acontecimiento histórico: la invasión de Cuba por los bárbaros.

### **El vínculo principal: la confianza**

Una nueva barbarie se ha lanzado contra la población civilizada y un tanto debilitada de la Isla: la juventud que avanzaba enmascarada. Los indígenas son bien tratados por sus nuevos conquistadores, pero éstos guardan las distancias y se casan entre ellos: nada de fraternización.

Muchas revoluciones pueden quejarse como personas: “¡Yo no tuve juventud!” Las pobres, fueron demasiado impulsadas y demasiado pronto, por necesidad; había clases que saltar y exámenes que pasar; las royeron enfermedades infantiles. Hasta aquí, Cuba ha tenido esta suerte: no necesitó penar para su comienzo y resultó una suerte, porque no lo habría hecho sin destruirse. De 1957 a 1959, la Revolución de la juventud preparó una aventura nueva que está viviéndose desde hace año y medio: la juventud de una Revolución.

Preguntémonos qué significa para un poder joven ser ejercido por jóvenes. Por mi parte, sólo estudiaré tres cuestiones esenciales: cómo la nueva empresa condiciona a esos adolescentes para convertirlos en los ejecutantes que deben llevarla a cabo; cómo conservan a la Revolución constructiva su carácter negativo de *rebelión*, y cómo realizan en la práctica la sentencia dictada contra los adultos por la presión demográfica. Dicho en otros términos: ¿qué hace de ellos el poder? ¿Qué hacen ellos del poder? ¿Han operado en esta Isla que se rejuvenece cada día, el cambio de alianza que se impone, y fundado su democracia práctica sobre la más nueva de las relaciones humanas?

Cuando asumieron el poder, su juventud les hizo medir sus insuficiencias y les permitió soportarlas. En todos los puestos se necesitaban profesionales, técnicos, expertos, especialistas: ¿dónde encontrarlos? Había penuria de cuadros, y de todas maneras, si todavía se hubiesen encontrado, había que buscar aquella clase superior en el mundo de los sospechosos, de los adultos.

Los profesionales calificados suelen ser recelosos: se mantienen en cautela, entre la luz y la sombra, y le toman furtivamente el pulso a la Revolución. Ahora bien, al día siguiente de los grandes tumultos, cuando todo está por tierra y se precisa borrar las huellas de la guerra; cuando no puede excluirse del todo un regreso ofensivo del enemigo, el lazo primordial es la confianza.

## Los rebeldes se improvisan técnicos

—Castro —me dijo un día Guevara, indicándome su propia cabeza— raramente podría encontrar una cabeza más completa. Quizá podría hallarla mejor hecha; pero sabe que no encontrará una que se entienda mejor con la suya, hasta en el detalle de los pensamientos.

Los profesionales autorizados fueron dejados en su incertidumbre; se prescindió de sus servicios y la confianza distribuyó los cargos. En los ministerios y en las instituciones, un gobierno de rebeldes y de clandestinos puso a la cabeza de los servicios más altamente técnicos a clandestinos y rebeldes.

Ahora bien, lanzados a la lucha a los 20 años, ni unos ni otros habían tenido tiempo de adquirir conocimientos particulares acerca de un sector de la Isla, de obtener competencia y perfeccionarla. Ya dije que todos se quejaban de la enseñanza como de un verbalismo falto de verdad. A quienes habían avanzado en sus estudios, buscando en las facultades una primera especialización, Batista les había rehusado aún más categóricamente la cultura: durante los últimos años, usaba el menor disturbio como pretexto para cerrar la Universidad *sine die*.

En verdad, nada ni nadie podía ayudar a los jóvenes dirigentes: ni los adultos, ni las tradiciones —los lazos de la Isla con su folclor, con su voluntad de independencia, las cortaron de un golpe las tijeras yanquis alrededor de 1900—, ni los grandes hombres de otros tiempos.

Su ejemplo no podía resultar útil a Castro, las situaciones seguían siendo demasiado distintas, sólo tenían en común el coraje y su inquebrantable voluntad de conquistar la independencia para su país.

Los conquistadores, pues, estaban reducidos a no contar más que con sí mismos, con objetivos visibles, pero sin camino abierto para alcanzarlos. ¿Qué iban a hacer aquellos jóvenes escrupulosos? Lo que cualquiera habría hecho en su lugar: comprendieron que entraban en la fase del *hombre-orquesta*. Cuando un país subdesarrollado ha intentado el gran esfuerzo de arrancarse la miseria, el movimiento naciente se queda corto, los muertos y los dolores resultan tiempo perdido, a menos que los dirigentes, esperando formar los cuadros, asuman todos los cargos, se atribuyan todas las competencias y no teman trocarse en hombres universales.

—No sé por qué me hicieron ministro de Comunicaciones —me dijo Oltuski—. Acaso porque estaba encargado de destruirlas durante la guerra.

Y Guevara, director del Banco Nacional, al ofrecirme un excelente café en su despacho, me dijo igualmente:

—Primero soy médico, después soldado y finalmente, como usted ve, banquero.

### **Los médicos en el poder**

No es el único caso en Cuba: la Revolución recluta gustosamente sus hombres-orquesta entre los médicos y los cirujanos.

El INRA ha dividido la Isla en zonas económicas. Para administrar cada una de ellas de uno a otro extremo de la escala, se necesitaban agrónomos: se llamó a médicos y, a veces, a veterinarios. Preguntaron qué había que hacer y les respondieron:

—Usted verá.

No faltaron los fracasos —sobre todo, en el primer mes—, pero, en fin de cuentas, el cuerpo médico desempeña esa tarea suplementaria de manera más que honrosa.

—Tienen el sentido de los organismos —me explicó alguien—. Toman una zona, una región económica, por un cuerpo vivo y saben que allí todo depende de todo.

Para mí, el éxito halagador de esos médicos agrónomos proviene, ante todo, de un carácter particular de su saber: desde la facultad, esos *prácticos* aprendieron a unir de manera indisoluble la práctica y la ciencia. Traen a su nueva actividad sus costumbres: ven de una ojeada en la solución que improvisan la *aplicación* de una ley rigurosa que van a tratar de demostrar. En el cuerpo de las leyes conocidas que rigen una economía, ven al momento las que hay que retener *hoy*, porque pueden aplicarse.

La facultad no es la única que reina: hay voluntarios en todas las profesiones liberales, y también se encuentran jóvenes que jamás han tenido oficio.

Dicho en otros términos, el hombre-orquesta resulta siempre un usurpador; ocupa un puesto que, normalmente, pertenece a otro; su única excusa radica en que ese otro no existe. En Cuba, nadie está completamente calificado para hacer lo que hace; pero ello no preocupa: la calificación la otorgará el éxito; la descalificación, el fracaso.

Mientras la Revolución separa la paja del grano y no haya devuelto a las profesiones privadas a los desafortunados o los malintencionados, no hay nadie en Cuba que sea titular de su puesto. Nombrar un responsable en un cargo público, es probarlo y nada más: a cada nuevo éxito gozará de una prórroga. Pero no está asegurado contra el siguiente día a la próxima hora: acaso es un usurpador, pero provisional. La Isla entera ignora lo que en otras partes llaman *derechos adquiridos*.

Aquellos jóvenes, convencidos de su incompetencia, temen el error futuro y la condenación que le seguirá. Ni siquiera tienen idea de que podrían defenderse invocando sus méritos pasados: sería carecer de orgullo.

### **La rebelión por la geografía**

Hay una excepción: Núñez Jiménez. Estaba calificado de antemano para dirigir el INRA: como geógrafo, había publicado en tiempos de Batista el único estudio de valor sobre Cuba. ¿Fue a la geografía por la rebelión o a la rebelión por la geografía?

El hecho es que su libro denunciaba los males e indicaba los remedios con una objetividad que no le agradó al régimen: fue secuestrado. Ha reaparecido, todavía actual.

Pero a lo que quiero ir, una ciencia de las más seguras y una competencia reconocida en todas partes —hasta en el extranjero—, sólo le dan a ese revolucionario una calificación *aparente*: todo lo dicho, escrito y hecho antes del primer día del año 1959, seguirá resultando letra muerta, porque es el pasado. Jiménez, el geógrafo, no está más calificado que Jiménez, el rebelde, para convertirse en Jiménez, el reformador: lo que lo hace digno y capaz de dirigir el INRA, es el difícil esfuerzo que tuvo que hacer, que aún hace, para transformarse, al transformar el país.

Durante la Revolución podía ser, sin trabajo, hombre de ciencia y soldado; las dos profesiones no se aceptan ni se contradicen: se ignoran. Todo empezó después de la victoria: imposible ser en la paz de corazón geógrafo y revolucionario. Jiménez puso la geografía al servicio de la Revolución. Hubo que adaptar los conocimientos científicos al detalle de las necesidades prácticas; hacer de un sabio un practicante constante de manera de controlar la acción por la ciencia.

Su conocimiento de los lugares, del terreno, del clima, perdió toda autonomía: cada día se resume, descifrado sólo para él, en medidas que despachar; instalar en tal lugar una cooperativa de carboneros de 10 o 15 familias; decidir en otro lugar qué se sembrará; en otro comenzar los trabajos de repoblación forestal...

Convertirse en hombre de acción cuando se es un sabio, resulta duro; no se logra sin quebrarse un poco los huesos.

### **No hay que confundir revolución con aventura**

En el momento en que los hombres de gabinete aprendían a poner la teoría en acción; otros hombres, formados por la acción, iban a esclarecerla por la teoría.

Unos y otros sufrieron enormemente a causa de sus lagunas, pero jamás tanto como en los primeros meses de 1959. Frente a la urgencia de las tareas, sentían sus insuficiencias hasta el trastorno. Unos decían: “¿Me atreveré a decidir?” Y los otros: “¿Comprenderé lo que decidiré?”

De los dos aprendizajes, el segundo puede parecer el más deprimente: dos años de sierra y malezas y había que volver a clase. A los 40 años, la edad habría consolidado sus ignorancias y enmohecido sus facultades. Los adultos se ofuscan cuando se les quiere instruir: tememos no comprender o no consolidar. Cuando el hombre-orquesta es demasiado viejo, la Revolución chirría: todo afecta los nervios.

En los países subdesarrollados que intentan subsistir, la escasez de los cuadros ejerce una doble presión sobre los dirigentes: producir constituye la urgencia principal. Se dan batallas: la del tomate, la del arroz y más tarde la del hierro. Tomarse una hora para estudiar la agronomía o el trabajo sobre los metales, es robarle y perderla.

Igualmente se la pierde si uno se compromete a simple vista, si se trabaja en la niebla. Esto se ve menos: es sólo una merma. Pero los gastos resultan los mismos a la postre, y todavía se pagará más caro, si se necesita comenzar de nuevo el trabajo. ¿Cómo producir, aumentar la producción *sin saber*? No hay que confundir la Revolución, que corre riesgos calculados y funda sus invenciones en la experiencia, con la aventura, que sólo es el más divertido de los juegos de azar.

En suma, esa exigencia doble y contradictoria definió el tiempo de los revolucionarios: no había que conceder un solo minuto a la teoría ni emprender ninguna acción que no se fundara en la experiencia. Desde el comienzo, el hombre-orquesta sabía que no sabía nada; que debía aprenderlo todo y, por consiguiente, aprender todo el tiempo; pero tenía que hacerlo todo y, por ende, actuar también todo el tiempo.

En Cuba, su edad preserva a los dirigentes; su juventud les permite afrontar el hecho revolucionario en su austera dureza. Si tienen que aprender, si deben ayudarse con conocimientos técnicos, los responsables no se dirigen a nadie: se las arreglan. Nadie sabrá en qué sector —por lo general, en la vida privada— han recogido algunas briznas de tiempo abandonadas; nadie sabrá que aumentan indefinidamente la intensidad de su esfuerzo para reducir de manera indefinida la duración del aprendizaje.

Pero podemos adivinar lo que no se nos dice. Para citar sólo un caso, el comandante Ernesto Guevara es considerado hombre de gran cultura y ello se advierte; no se necesita mucho tiempo para comprender que detrás de cada frase suya hay una reserva en oro. Pero un abismo separa esa

amplia cultura, esos conocimientos generales, de un joven médico que por inclinación, por pasión, se ha dedicado al estudio de las ciencias sociales, de los conocimientos precisos y técnicos indispensables en un banquero estatal.

### **Durmiendo con el tabaco en los labios**

Nunca habla de eso, como no sea para bromear acerca de sus cambios de profesión, pero la intensidad de su esfuerzo se siente. Se traiciona por todas partes, menos en su rostro tranquilo y reposado.

En primer término, la hora de nuestra cita resultaba insólita: medianoche. Y todavía tuve suerte. Los periodistas y los visitantes extranjeros son recibidos amable y largamente, pero a las 2 o las 3 de la madrugada.

Para llegar a su despacho tuvimos que cruzar un amplio salón que sólo tenía muebles a lo largo de las paredes: algunas sillas y bancos. En un rincón, había una mesita con el teléfono. En todos los asientos había soldados aplastados por el cansancio: unos que hacían la guardia y otros que dormían, atormentados en sus sueños por la incomodidad de su posición.

Detrás de la mesa del teléfono, vi a un joven oficial rebelde, prácticamente doblado en cuatro, con los largos cabellos negros esparcidos sobre los hombros, su gorra echada sobre la nariz y los ojos cerrados. Roncaba suavemente y sus labios sujetaban con fuerza el extremo de un tabaco apenas comenzado: el último acto del durmiente había sido encenderlo, para defenderse de las tentaciones del sueño.

Cruzando aquel salón, experimenté, a pesar de que se hallaba brillantemente iluminado, la impresión de que había subido a un tren antes del alba y penetrado en un compartimiento dormido. Reconocía los ojos enrojecidos que se abrían, los cuerpos apelotonados o retorcidos, extenuados, las incomodidades nocturnas. Yo aún no tenía sueño, pero a través de aquellos hombres sentía la densidad de las malas noches.

### **El horario de las “tres ocho”**

Se abrió una puerta, y Simone de Beauvoir y yo entramos: la impresión desapareció. Un oficial rebelde, con una boina, me esperaba; tenía barba y los cabellos largos como los soldados del vestíbulo, pero su rostro terso y dispuesto, me pareció matinal. Era Guevara.

¿Salía de la ducha? ¿Por qué no? Lo cierto es que había empezado a trabajar muy temprano la víspera, almorzado y comido en su despacho, recibido a visitantes y esperaba recibir a otros después de mí. Oí que la puerta se cerraba a mi espalda y perdí a la vez el recuerdo de mi viejo

cansancio y la noción de la hora. En aquel despacho no entra la noche: en aquellos hombres en plena vigilia, al mejor de ellos, dormir no les parece una necesidad natural, sino una rutina de la cual se han librado más o menos.

No sé cuándo descansan Guevara y sus compañeros. Supongo que depende: el rendimiento decide; si baja, se detienen. Pero de todas maneras, ya que buscan en sus vidas horas baldías, es normal que primero las arranquen a los latifundios del sueño.

Imaginen un trabajo continuo, que comprende tres turnos de ocho horas, pero que desde hace 14 meses se realiza por un solo equipo: he ahí el ideal que casi han alcanzado aquellos jóvenes. En 1960, en Cuba, las noches son blancas. Todavía se las distingue de los días, pero es sólo por cortesía y por consideración al visitante extranjero.

A pesar de sus extremas consideraciones, no podían menos que reducir al mínimo estricto las necias horas que yo dedicaba al sueño: acostado muy tarde, me hacían levantar muy temprano. Yo no lo sentía; al contrario, con frecuencia me contrariaba, por tardía que fuera la hora,irme a dormir cuando ellos todavía velaban, aunque se hubiesen levantado temprano; por saber que me habían precedido varias horas. Y es que resultaba imposible vivir en aquella Isla sin participar de la tensión unánime.

### **La energía, segunda naturaleza**

Aquellos jóvenes rinden a la energía, tan amada de Stendhal, un discreto culto. Pero no se crea que hablan de ella, que la convierten en una teoría. Viven la energía, la practican, quizá la inventan. Se comprueba en sus efectos, pero no dicen una palabra de ello. Su energía se *manifiesta*.

Para mantener día y noche la alegría limpia y clara de la mañana en su despacho y en su rostro, Guevara necesita energía. Todos la necesitan para trabajar, pero todavía más para borrar, a medida que se presentan, las huellas del trabajo y las marcas del sueño. No rehúsan hablar de su nerviosismo, pero no lo dejan mostrarse: llevan el control de sí mismos hasta parecer, o mejor, hasta sentirse tranquilos. Las cosas van tan lejos, que emplean esa energía, convertida en su segunda naturaleza, en tiranizar su temperamento.

Hacen lo necesario, todo lo necesario, más de lo necesario y hasta lo superfluo. Ya dije que se escatimaban el sueño; es necesario. Por otra parte, no soportarían —y yo lo concibo también— que si ocurriera una agresión los sorprendiera en sus lechos. ¿Quién no los comprendería? ¿Quién no comprendería que la angustia y la cólera frente a los atentados y los sabotajes los mantienen despiertos más de una noche?

Pero ellos van aún mucho más lejos; casi llegan a repetir la frase de Pascal: “Es preciso no dormir”. Se diría que el sueño los ha abandonado, que también ha emigrado a Miami. Sólo les conozco la necesidad de velar.

### **Velar es una pasión**

Porque se trata de una necesidad, y en todo caso, de una pasión: velan sin motivo. O más bien, al crepúsculo, tenían la imperiosa obligación de terminar un trabajo.

Lo terminan cuando apunta el día, pero se niegan a irse a su cuarto, echar las cortinas y crear de nuevo las tinieblas que espanta el sol; a embotar su lucidez, durante algunas horas disponibles en la mañana, en el atontamiento de una falsa noche.

Se van a mirar el día, las palmeras o el mar, y se sienten felices; regresan a su despacho, hojean sin sentarse otro expediente menos urgente, se sientan para leer uno de los documentos; y su primer visitante los encuentra a las 8 o las 9 de la mañana, frescos, sonrientes, rasurados, pero con los ojos ya cargados de las sombras de una inminencia nueva.

No hay afectación en eso; muy al contrario. Se preocupan, se interrogan: de seguro, van a gastarse demasiado aprisa. En los consejos de ministros, en las reuniones de comités o en otras discusiones comunes, siempre hay un grupo de jefes —nunca los mismos— que decide sermonear a los otros, hablarles de manera razonable: quien quiere ir lejos tiene que cuidar su cabalgadura; en resumen, es hora de irse a dormir.

Tales consejos provocan el entusiasmo de los demás y se decide por unanimidad seguirlos al instante. La reunión termina y todos se despiden: ¡Buenas noches! Cada uno sube al auto que lo espera, despierta al chofer y, a la vuelta de la esquina, le ordena dirigirse al ministerio, al instituto, etcétera.

Simplemente, quiere dejar una orden sobre su mesa para que la encuentren por la mañana. Al día siguiente está esa orden y otras muchas debajo de la carpeta; y se encuentra también al ministro o al director que, con eficacia, traza el plan de una nueva instalación.

### **Franqui come un bocado y vuelve al trabajo**

Carlos Franqui, el director de *Revolución*, es otra cosa. Tiene apenas un poco más de edad que el promedio de los revolucionarios; vivía libremente, escribiendo o no según su humor, antes que la Revolución apretara las tuercas a su vida.

Ahora, ésta es dura, plena y sin tregua; pero cuando se lanzó a la resistencia clandestina, cuando se encargó de la prensa clandestina, cuando escogió la lucha secreta, la pasión, la guerra civil, sintió que la violencia lo arrancaba de sus ritmos naturales y le comunicaría, hasta la muerte, un ritmo casi insostenible, una creciente tensión.

De cuando en cuando siente su cansancio y se preocupa; sobre todo, es preciso que sus nervios no lo traicionen. Vuelve hacia nosotros sus grandes ojos, a menudo graves —hasta cuando sonrío—, y nos hace saber que no ha dormido en 32 horas y que se retira.

Sin entonación, con una voz tranquila; es demasiado orgulloso, demasiado discreto, para importunarnos con su estado físico o sus preocupaciones. Ello no impide que comprendamos que está *en verdad* extenuado. Si quiere, podemos llevarlo a su casa. Pero no; pide sencillamente que lo dejemos frente al periódico; tiene que resolver algo allí; dentro de una hora estará en la cama.

Es muy tarde. Otros periodistas amigos nos acompañan al restaurante que él ha escogido para nosotros y nos sentamos a cenar. Una hora después, Franqui reaparece; sigue mostrando un rostro fatigado, pero nos sonrío. Tiene que hacer en su periódico: el viaje de Eisenhower por América Latina, unas acusaciones imbéciles que han aparecido en un diario de Estados Unidos y que hay que refutar... En resumen, pasará la noche en el periódico, pero comerá un bocado con nosotros antes de reanudar la tarea. Nos deja un poco más tarde y a la mañana siguiente volvemos a verlo, afeitado y fresco.

### **Los “sandwiches” olvidados**

En esto de las comidas resultan menos estrictos: cuando se acuerdan y no tienen otra cosa que hacer, comen. Esto no quiere decir que lo hagan —ni siquiera frugalmente— dos veces al día. Pero no está prohibido alimentarse.

Cuando me invitaban a comer, lo hacían bien. Sin beber; sólo, por cortesía, un daiquirí, una especialidad cubana que nos agrada por el leve gusto a ron y de su limón diluido en hielo.

Tienen la sobriedad de los latinos. Los extranjeros venían a embriagarse al Vedado, entre las paredes de sus hoteles; pero aun bajo Batista a los cubanos les repugnaba beber.

En verdad querrían volver a los tiempos de la guerra. Entonces, la rareza de las comidas comunicaba la violencia amorosa de un flechazo al breve encuentro de un rebelde con un plato caliente. Ceder al hambre de

pronto constituía el ideal rebelde; pero todos han excluido de su programa cotidiano la sucesión rutinaria del almuerzo y la comida, al extremo que aquellos jóvenes, que muestran a sus huéspedes extranjeros la solicitud más cálida e ingeniosa, en ciertos días, durante nuestras excursiones por la Isla, olvidaron nuestros estómagos, porque no se acordaban de los suyos.

Un día, nos levantamos muy temprano, salimos en automóvil de Santa Clara, llegamos a un puertecito pesquero y subimos a un barco de velas con una docena de amigos. Al cabo de varias horas, todos desembarcamos en una isleta desierta que apenas lo fue menos cuando pusimos el pie en ella. Contenidos en una estrecha franja de tierra y arena por una vegetación que lo envolvía todo, y asaetados por el sol, conversamos despacio.

Caía la noche cuando volvimos a embarcarnos, mejor instruidos que nunca sobre el infortunio de Robinson. Alguien advirtió entonces que no habíamos comido nada. Algunas horas de ayuno no son cosa grave; a decir verdad, no me había dado cuenta de nada. La energía de mis acompañantes es comunicativa: al olvidar tan perfectamente los derechos de su estómago, me habían hecho el servicio de hacerme olvidar los del mío.

Pero me quedé estupefacto al comprobar que no se trataba de un descuido de aquellos jóvenes y sus esposas: en el barco había sandwiches. Los habían hecho en Santa Clara y habían venido con nosotros para comerlos en la isleta desierta; pero 36 habían quedado en la cala del barco. Se preguntará: ¿por qué? Y por poco que uno conozca a los cubanos de hoy, siquiera sea de manera superficial, se sentirá tentado de responder: por qué los llevaron.

Lo más sorprendente para mí fue que, durante toda nuestra robinsonada, el barco estuvo constantemente anclado ante nuestra vista. Ellos lo veían, pero no veían los sandwiches; de estar solos, ni siquiera se hubiesen tomado el trabajo de *prepararlos*, de preocuparse de *antemano* por su apetito.

### **La imposibilidad vencida**

De todos esos noctámbulos, Castro es el más insomne; de todos esos ayunadores, Castro puede comer más y ayunar más tiempo.

Hablaré de su locura: la suerte de Cuba. Pero, de todas maneras, los rebeldes son unánimes en eso: no pueden pedir esfuerzos al pueblo, sino son capaces de ejercer sobre sus propias necesidades una verdadera dictadura. Trabajando 24 horas seguidas y más, acumulando las noches en vela, mostrándose capaces de olvidar el hambre, hacen retroceder para los

jefes los límites de lo posible. Semejante triunfo provisional; esa imagen, presente en todas partes, de la Revolución actuando siempre, alienta a los trabajadores de la Isla a liquidar de manera definitiva el fatalismo y a conquistarse todos los días, sobre el viejo infierno irrisorio de la imposibilidad.

Para decirlo todo, los jefes hacen lo imposible. Lo hacen cada día y saben que no lo harán mucho tiempo; la imposibilidad vencida se venga del vencedor, acortándole la vida. Pero, ¿experimentan ellos un gran deseo de morir viejos? No les agrada el rebelde que se retira: la rebelión no es un honorariato.

Por otra parte, hace cuatro años tomaron una decisión radical: podrían matarlos, pero no someterlos. De esa manera, su nueva vida nació de una muerte aceptada: era una iniciación, el bautismo de fuego. Hoy, Batista está derrocado y los otros adversarios de Cuba vacilan: es demasiado tarde o demasiado pronto para pelear. Pero la presencia de la muerte está en ellos; su existencia ya está dada; no se la han quitado todavía, pero siguen ofreciéndola. El frenesí en el trabajo es el desgaste: su vida arde y se consumirá con rapidez por una obra que durará mucho tiempo.

### **Vale más no perder una hora en 1960 que vivir en 1970**

¿Cuánto se necesita? ¿Cinco, diez años? No saben nada: la Isla lo decidirá. No se irán mientras no se haya llevado a cabo la unión, no se haya suprimido el analfabetismo y formado cuadros para las nuevas industrias.

¿Qué harán después? En el segundo período, los conocimientos diversos y siempre incompletos del hombre-orquesta, no harían otra cosa que estorbar a los técnicos y a los sabios que ellos mismos habrán formado. En suma, los jóvenes dirigentes tienen como objetivo *realizar* la fase actual de la Revolución, conducirla hasta la orilla del momento siguiente y suprimirla, eliminándose por sí mismos.

Conocen su fuerza; saben que la década que comenzó el Año I es suya. En el Año X, todo irá todavía mejor. Aceptarían no vivir un solo día de 1970, si se les prometiera que no perderán siquiera una hora en 1960.

Es la misma alta exigencia que se halla en el rigor de sus costumbres. Desde la infancia detestaron las falsas gracias, las complacencias que la capital vendía a los extranjeros y, aún más, los placeres dudosos que distraían a los cubanos —ricos y pobres— de su desgracia. Cuando veían a los turistas tratar a la Isla como una buena chica nada arisca, una muchacha fácil, sentían vergüenza, y ésta, como lo hizo notar Marx, resulta un

sentimiento revolucionario. Eso bastó para trazar las grandes líneas de su moral; será lo contrario de lo que se hacía hasta ahí.

He visto la casa de Franqui, el director de *Revolución*; he visto, del otro lado de la misma vía, la de Oltuski, el ministro de Comunicaciones: dos casitas a la orilla del mar, agradables, pero económicas, en medio de otras casitas habitadas por pequeñoburgueses.

En La Habana, en otros barrios, frente al mar, existen quintas de lujo. Algunas se han confiscado, entre otras, un verdadero palacio que un rico funcionario de Batista hizo construir para su querida; pero no era Jiménez quien residía en ella, ni Guevara, ni siquiera Castro: la entregaron a los escritores y los intelectuales para que reciban en ella a los extranjeros hasta que se convierta en sede de su sindicato.

Los ministerios poseen autos, pero no los ministros; el Estado propietario entrega los automóviles a los departamentos e ignora a las personas. Eso aparte, ni a unos ni a otros les agrada gastar gasolina inútilmente, ni estropear frenos y neumáticos sin motivo preciso. Cuba no fabrica automóviles ni los fabricará en mucho tiempo, y la situación del país tampoco permite —salvo urgencia— importarlos.

### **Clase de lujo para el embajador; clase turista para el ministro**

Se tienen por deudores de todo su tiempo a la nación, pero se niegan a malgastar su dinero. Cuando van al extranjero, toman el avión para ahorrar el tiempo nacional, pero viajan en clase turista para ahorrar el dinero público.

Por lo demás, esa modestia conviene con su edad: ¿qué harían en clase de lujo? A veces, Cubana transporta, en medio de mujeres y niños, de hombres dormidos, a un joven delgado, muy derecho en su asiento, que tiene los ojos abiertos. En otros tiempos, habría sido un buscador de fortuna; hoy, un jefe que viaja.

Recientemente, en alguna parte de Europa, un alma vieja se sintió molesta y advirtió su vejez y que terminaba una época. Se trataba de un viejo y honrado diplomático que se había acomodado a todos los regímenes, menos a la dictadura de Batista. El nuevo régimen lo reintegró a la carrera y él partió a tomar posesión de su cargo.

En una de las escalas del avión, el diplomático se encontró con un joven bastante mal vestido que tenía en la mano una carta de embarque. Se sonrieron y subieron al aparato. El joven cedió el paso al anciano, quien se instaló en su asiento de la clase de lujo, como todos los dignatarios: en el extranjero, el honor de una nación se mide por los honores concedidos a sus embajadores.

Volviéndose hacia su acompañante, le dijo:

—Hay un asiento a mi lado.

El joven hizo un ademán de excusa:

—Yo viajo en clase turista.

Y se fue a su asiento entre los emigrantes del cielo. En la escala siguiente, el embajador no apareció:

—Figúrese usted: yo era su ministro. Se sentía avergonzado de mí.

Al contarme la historia, mi amigo cubano no quería ciertamente burlarse del diplomático. Le parece legítimo no escatimar, cuando se representa a la nación cubana en el extranjero. Todo para el embajador: un asiento de lujo y hasta orquídeas, si es posible, a la llegada. Pero el ministro no es un representante, se tiene por un obrero del nuevo régimen; uno de los 100 000 trabajadores que dan a los embajadores una nación que representar.

Cuando estalla una insurrección, en todos los países del mundo, el gobierno oficial da a los insurgentes el nombre de *rebeldes*, con lo cual quiere significar que se alzan contra la autoridad legítima en nombre de apetitos innobles y tendrán que someterse o morir.

Si ocurre que la insurrección triunfa, el gobierno huye o se amontona en las cárceles y los jefes vencedores asumen el poder. Entonces se llaman libertadores, revolucionarios y cuanto quieren, para hacer comprender al pueblo que han suprimido el desorden anterior y que van a instaurar un nuevo orden. La palabra “rebeldía” desaparece por algún tiempo del vocabulario, para reaparecer designando la próxima insurrección. Todo eso se da por descontado y el ajuste de las palabras a la situación se efectúa de manera automática.

Menos en Cuba. La palabra “rebeldía” se leía en los periódicos de la dictadura y sigue leyéndose ahora en la prensa revolucionaria, aplicada en ambos casos a los mismos hombres: Castro y los guerrilleros de la Sierra.

Un día, en un automóvil, yo hablaba con el chofer —un militar muy joven— y cometí el error de interrogarle acerca de los “soldados”. Había respondido alegre y vivamente a todas las otras preguntas, pero aquélla lo confundió. Me miró con un poco de desconfianza, como si le hubiese hablado en una lengua desconocida, y acabó por lanzarle una ojeada a Franqui —el director de *Revolución*—, quien se hallaba a su lado, para pedirle ayuda.

—Quiere decir “soldado rebelde” —le explicó Franqui.

No se necesitó más para devolver al joven su confianza y su buen humor. Volviéndose hacia mí, Franqui añadió:

—Entre nosotros, la palabra “soldado” ya no significa nada. Sola, resulta algo indeterminado. O significa: mercenario de Batista. De igual modo, “el ejército”, sin más calificativo, es la institución militar del régimen anterior; si usted habla del nuestro, debe decir “el *ejército rebelde*”.

### **Civiles convertidos en soldados**

El pueblo entero se ha apropiado de ese vocabulario: de cierto modo, exige que los pioneros del régimen sigan siendo hombres fuera de la ley.

¿Por qué? Ante todo, por una razón fundamental y práctica: las tropas de Castro se forjaron en una guerra civil —es decir, en una guerra que los civiles hacían a los militares— y su propósito declarado no sólo consistía en vencer, sino en hacer desaparecer el ejército regular, cosa que lograron.

De un golpe, esos civiles, vencedores de los mercenarios, se transformaron en soldados por su victoria. Se sabe que cuando los ejércitos populares triunfan, se encuentran frente a una alternativa: transformarse en instituto militar o suprimirse. Pero, por una desgracia que es la regla, en el instante de escoger, el nuevo régimen descubre que su enemigo más poderoso está en el extranjero. Resultaría una locura dejar las armas, cuando el país está amenazado de invasión. El ejército popular continúa, pero sin estatuto: es un aparato oficioso mantenido en vida solamente por las exigencias de la defensa nacional.

En Cuba, nadie admitiría esa tolerancia vergonzosa del aparato militar, porque ese aparato se ha constituido para lograr un objetivo singular, perfectamente definido por Fidel Castro: destruir de manera sistemática el ejército regular y desaparecer inmediatamente después.

### **Un antiejército**

Como los soldados, de dondequiera que vengan, no tienen otra misión que mantener al pueblo en la esclavitud, la Isla no mantendrá jamás soldados. De hecho, los compañeros de Castro tienen como tarea principal adelantar el momento en que ese ejército civil, militarizado contra el ejército militar y para vencerlo, podrá proceder a su propia liquidación.

Bajo su impulso, el pueblo entero se organiza en milicias. En octubre del año pasado no había ninguna. Hoy, campesinos y hombres de la ciudad aprenden el manejo de las armas. Hay unos 100 000 milicianos; los combatientes de la guerra civil no eran más que 3 000 o 4 000.

Cuando la población entera constituya la fuerza armada, el ejército rebelde terminará. Sólo quedarán algunos servicios técnicos para organizar, si es necesario, una guerrilla popular.

Mientras el pueblo se arma para la guerra, los soldados de Castro aprenden los trabajos de la paz. El cambio que se hacía en caliente en la lucha contra Batista, se prosigue sistemáticamente. Las tropas son retiradas de las ciudades y divididas en pequeñas unidades que trabajan en los campos junto a los campesinos.

En resumen, este ejército se destruye y se instala: se instala destruyéndose; se destruye instalándose. Se trata de un proceso irreversible y complejo: la nación ha originado un aparato defensivo y lo reintegra y lo disuelve en ella. Creado especialmente contra la institución militar, este órgano debe anunciar lo que es: un antiejército.

### **Siguen las barbas y los cabellos largos**

Todo eso debe revelarse en las señales, en las insignias. Ésa constituye la razón por la cual los héroes de la guerra se llaman “rebeldes” y continúan usando barba y llevando los cabellos largos.

También por eso, el grado más alto es el de comandante y a la cabeza del antiejército se halla un negro, que es el jefe porque es el único capaz de hacer lo que hace, pero que antes de 1957 no habría tenido la menor oportunidad de demostrar su capacidad.

Las barbas son la consecuencia de un voto: no afeitarse antes de la terminación de la guerra. Me parece bien, pero la guerra terminó y las barbas crecen y los cabellos continúan largos. Cuando se trataba de un juramento, hicieron lo más fácil de cumplir: siempre en alerta, agotados por las marchas, acosados por los aviones, ¡qué problema si hubiesen tenido que afeitarse todos los días!

La cabellera y la barba crecían entonces en desorden y constituían un testimonio de que aquellos hombres estaban contra el orden. En efecto, la mayor parte de los ejércitos regulares, ordena a sus hombres afeitarse. No es casualidad que esas mismas fuerzas resulten incapaces de ganar una guerra popular: en la Sierra, los pelos vencieron a las barbillas rasuradas y el arte militar quedó en ridículo.

—Los soldados de Batista —me dijo un compañero de Fidel— nos encontraban tan poco correctos, tan inconvenientes, que se atemorizaban. Según ellos, la barba era la emboscada, la ley de la selva y el exterminio. Los hacíamos prisioneros sin tocarles un pelo, nos tenían por caníba-

les: al final, cuando en las incursiones por la montaña veían una barba detrás del brillante cañón de un fusil, se desbandaban.

### **Menos barbudos que en Saint-Germain-des-Prés**

Hoy sólo conservan la barba y los cabellos largos los 3 000 caníbales que los usaban antes de 1959. Son las condecoraciones del desorden.

Tres mil barbas para toda la Isla: desde mi llegada a La Habana vi menos que en una tarde en Saint-Germain-des-Prés. Por lo demás, las nuestras señalan en los jóvenes cierto conformismo: se les cuida y cultiva, son flores de la barbilla, todas iguales. En los cubanos, cada una crece como puede, a voluntad del sistema piloso.

He visto negros ríos cubrir el pecho hasta el diafragma y he visto rostros lampiños, con cuatro pelos desesperadamente cultivados en la unión de la barbilla y el cuello.

No había cesado de admirar el abanico de una barba, cuando su propietario al despojarse de su gorra militar, me revelaba una calvicie precoz. En los jovencísimos héroes de los últimos combates, el rostro es liso, lampiño como el de una joven, pero los cabellos caen sobre los hombros. Al levantarse muy temprano, el chofer de Fidel Castro se arreglaba los cabellos frente al retrovisor y los sujetaba con una hebilla.

La extremada variedad de las combinaciones testimonia, dentro de la disciplina, un individualismo profundo. De todas maneras, el pueblo no se engaña: después de 14 meses de poder, aquellos jefes hirsutos desean seguir siendo a todos los ojos y en su verdad tales como se los vio entrar en la capital, extenuados por su victoria, cuando todavía no eran más que *libertadores* y en ellos se veía la negación triunfante de un orden riguroso, pero insoportable.

### **La guerra fría**

Desde luego, sólo se trata de una señal, como lo es también la palabra “rebelión” que han querido conservar. Detrás del lenguaje y las actitudes pudiera imaginarse una reconstrucción sistemática del ejército, pero ello sería demostrar a la Revolución cubana una desconfianza sin objeto, sin más motivo que el placer tan francés de desconfiar.

El equipo dirigente ha puesto las cartas sobre la mesa y dicho y repetido que la institución militar defendía los privilegios contra la miseria, y que no sólo se necesitaba destruirla, sino también tomar medidas para que jamás pueda reconstruirse.

Hay que ir más lejos: ciertas condiciones hacen imposible en Cuba la guerra, como no sea una guerra popular, de guerrilla. Las relaciones de la Isla con Estados Unidos no son buenas y cada día se las ve deteriorarse más. Indignados y preocupados, los cubanos se preguntan si Estados Unidos no boicoteará los barcos cubanos que tocan la costa sudeste del continente, si rebajará la cuota de azúcar y organizará el bloqueo de Cuba.<sup>1</sup>

O bien sí, después de haber dejado caer en paracaídas suficientes armas para los ex soldados de Batista diseminados por toda la Isla, anunciará una falsa guerra civil para justificar una intervención armada de la ONU; es decir, de Estados Unidos.

Desde luego, los cubanos no dicen que se ha llegado ya al cambio de golpes y esperan que no se llegará jamás; pero comprueban que la libertad cubana exaspera al país de la libertad. Guerra de nervios, vejaciones, alfilerazos y, en ocasiones, una intuición súbita y siniestra que ilumina el mar hasta la costa: la explosión de *La Coubre*. Se oye al paso la verdad *trágica*: “Cuba es mortal”, luego se deshace. Se vuelve sencillamente a la guerra fría.

### **Un rayo fulminó a Guatemala**

Sí, la guerra fría. Entre adversarios de la misma talla y que buscan equilibrios, resulta, después de todo, una manera de congelar la guerra.

Pero cuando esa tensión insostenible enfrenta a una nación pequeña y pobre con un coloso irritado, la desproporción de fuerzas crea una situación de violencia. Admitamos momentáneamente que Estados Unidos modere su animosidad, que jamás ha tenido y no tendrá nunca intención de recurrir a la fuerza. Pero *puede* recurrir a ella. *Puede* bloquear a Cuba; en cambio, ¿cabe imaginarse a la isla de azúcar bloqueando las costas norteamericanas?

Si congresistas estadounidenses declararan en Washington que rechazan *en todos los casos recurrir* a la intervención armada, ese compromiso ambiguo inquietaría. ¿Por qué abstenerse del ataque súbito, de la invasión de la Isla, a no ser porque se tiene la posibilidad permanente de ello y, a veces, la tentación?

Nadie le pide a Castro que jure que no se lanzará con sus tropas al asalto de la Casa Blanca. ¿Para qué? En suma, encontramos en todas par-

---

<sup>1</sup> Las preguntas a que se refiere J.-P. S. tuvieron respuesta poco después de escrito su artículo: se rebajó la cuota azucarera y organizó el bloqueo económico contra Cuba (PL).

tes la unilateralidad de los acuerdos azucareros: ésta caracterizaba la relación fundamental de la metrópoli con su semicolonía y arruinaba a ésta en provecho de aquélla.

Desde el 1º de enero del Año I, la semicolonía pone en marcha un nuevo dispositivo económico que la libera en tres cuartas partes de su metrópoli. Mas, la unilateralidad persiste como una amenaza brutal y constante, porque se desprende de la desproporción increíble de las fuerzas. Detrás de las variaciones de la economía, hoy se muestra sencillamente en su desnudez: es la ley de la fuerza. La iniciativa pertenece al más fuerte y él decide si mostrará su fuerza para no usarla o si la comprometerá por entero en una operación tanto menos escandalosa, cuanto más rápidamente se lleve a cabo.

La razón del más fuerte resulta siempre la mejor: impone su orden y lo mantiene, mientras otro fuerte no lo reemplace. El más fuerte tiene todos los derechos en su mundo, trátase del nuevo o del viejo. Las naciones vieron, con la respiración en suspenso, el rayo que fulminó a Guatemala, pero en su mayoría no dijeron nada. Las fuerzas más brutales son las del orden: sin conmoverse, el mundo vio a Monroe llamar al orden a Guatemala.

### **El orden del Nuevo Mundo se elabora en Washington**

A cada instante, Cuba corre el riesgo de aquella república: la vuelta al orden. Cada uno de sus progresos puede resultarle fatal, pues en cada uno de ellos afirma su irreductible voluntad de independencia.

En consecuencia, el peligro proviene de sus mejores obras y crece con su mejoramiento; es una carrera contra el reloj. Cuba puede tener razones para creer que la unión del pueblo en armas, añadida a la industrialización, es susceptible de suprimir por sí misma la amenaza.

Pero mientras la Revolución no haya cruzado ese umbral, cada paso que la acerque a él también acerca el instante de la ofensiva extranjera. En pocas palabras, marcha en descubierto. Para los timoratos, la suerte de Guatemala constituye una evidencia: en el Nuevo Mundo existe un orden que se elabora en Washington y se impone al continente y a sus islas desde Alaska a la Tierra del Fuego. Ese orden no permitirá mucho tiempo lo que juzga un pequeño desorden insular: un día, las fuerzas armadas del continente irán a poner en razón a ese pedazo de azúcar que protesta.

Pero todas esas evidencias del cansancio y del miedo surten un efecto bien distinto en los revolucionarios: los supeditan a la rebelión. Si Estados

Unidos no existiera, tal vez la Revolución cubana lo inventaría: él le conserva su frescura y su originalidad.

Porque, en toda la Isla, los cubanos se encuentran frente a Estados Unidos en la situación en que se hallaban los rebeldes de la Sierra Maestra en 1958 frente a los 50 000 hombres de Batista.

Entonces, también había un orden y fuerzas del orden: sus padres se sometían a él, y el resto del pueblo, convencido por la propaganda de que la razón del más fuerte resulta siempre la mejor, se aferraba todavía al viejo lema de la opresión: “Sin azúcar no hay país”.

Por todas esas razones, los hombres de la Sierra Maestra eran rebeldes. Rebeldes contra mitos y símbolos que les repugnaban sin que los pudieran mirar de frente. Rebeldes contra prejuicios que querían destruir en todas partes y con los cuales sentían que habían sido marcados. Rebeldes contra un orden establecido que se presentaba como la misma razón, como la verdad, y que tenían que destruir en sí mismos para darse la fuerza con que derribarlo por las armas. Rebeldes —experimentaban ese sentimiento en las horas de cansancio— contra un régimen con el cual tropezaban, insinuante, invencible, en el secreto de su cuerpo; contra ideas necias que sus educadores les habían inculcado como costumbres.

Pero haber renunciado a la vida, una vez por todas, en ese dudoso combate, les aportaba claridades particulares, una “gracia eficaz”.

Para un hombre cuyo secreto más profundo y la suerte más inmediata son la muerte, todo cambia: las empresas imposibles se convierten en posibilidades a su medida. El orden establecido reserva sus evidencias a quienes quieren vivir; pero cuando se ha escogido la tortura y la muerte y la elección se expresa por un verdadero bloqueo de las fuerzas vivas, el retorno al orden se convierte en imposibilidad radical, la evidencia se apaga y otros faros la reemplazan y descubren la falta de razón del más fuerte y su impotencia. “Libertad o muerte” era el grito de los cubanos durante su guerra de independencia. Fidel Castro lo recoge hoy:

—Tendremos la libertad mientras conservemos la unidad nacional. Hay que decir: “Patria o muerte”.

### **“El bloqueo es el arma más innoble...”**

Vencedores de los batistianos, Fidel, sus compañeros, los clandestinos y el pueblo, vuelven a encontrarse de pronto, en plena lucidez, en la situación que motivó la rebelión del 26 de julio: como una chalupa en el mar, una isla entra en lucha contra la fuerza de atracción de una enorme masa continental que quiere reintegrarla a su campo de gravitación.

Se trata de una partida de antemano, exactamente como la que jugaron contra el ejército regular y ganaron. Para lanzarse al juego, no basta ser revolucionario; hay que estar roído por la rebelión, ese vicio orgulloso. La primera imposibilidad del rebelde es vivir bajo la opresión; la primera impotencia del opresor resulta de ello: imponer su régimen a seres vivos. Antes de iniciar la partida, el orden ha perdido; si el pueblo cubano prefiriera borrarse de la historia, el estatuto colonial desaparece con él. Los reyes del azúcar aceptarían con alegría recuperar sus dominios, pero, ¿quién aceptará trabajar para ellos?

La otra impotencia del más fuerte radica en no poner nada por encima de vivir: el soldado de la opresión tiene miedo del rebelde y lee en sus ojos su doble muerte; siempre al borde de la derrota, admira y detesta a un enemigo que no teme a nada.

Llevando las cosas al límite, podría decirse que el rebelde obliga al agresor a escoger entre dos derrotas: o el reembarque de las tropas o el genocidio. ¿Cuál es peor? Doy a escoger. Y de que ése constituye el punto de vista *rebelde*, doy como ejemplo estas palabras de Castro:

—El bloqueo es el arma más innoble: se aprovecha de la miseria de un pueblo para someterlo por hambre. No aceptaremos eso —prosiguió—. Nos negamos a morir en esta Isla sin alzar un dedo para defendernos o para devolver los golpes...

—¿Qué harían ustedes? —le pregunté.

Sonrió tranquilamente:

—Si quieren empezar por el bloqueo —respondió—, no podemos impedirselos. Pero podemos hacer que lo abandonen con la verdadera guerra, por la agresión a mano armada, y lo haremos, se lo garantizo. Vale más morir de heridas en combate que de hambre en la casa.

### **Dos años de lucha: 20 000 muertos**

Esa violencia indomable, esa seguridad fúnebre pero total, esa certeza de vencer *en todo caso*, extraen su fuerza, ante todo, de la indignación.

El régimen de los latifundios los indignaba, porque engendraba subhombres —demasiado miserables o demasiado resignados— y los mantenía en la subhumanidad. Entonces se indignaban contra todas las frustraciones que esperaban a un cubano desde su nacimiento, en nombre de todas las oportunidades que le hubiesen podido ofrecer; en suma, en nombre de lo que ellos deseaban hacer por los habitantes de la Isla.

Hoy, dueños sin oposición, su vieja cólera sagrada se duplica. Se indignan en nombre de lo que los cubanos han hecho. Dos años de lucha, 20 000

muertos, torturas, un esfuerzo que no aflojó ni en los 24 meses de guerra ni en los 18 de paz; todo ese trabajo al cual, poco a poco, todo el mundo se ha dedicado y cuyo fin es arrancar a la Isla de su miseria, resulta tiempo perdido, el esfuerzo irrisorio y ridículo de una mosca destinada a trepar a lo largo de un cristal, y la historia es sólo una historia “estúpida y contada por un idiota lleno de ruido y de frenesí”, si basta el malhumor para que un coloso de cabeza un poco débil destrozase la Isla a puñetazos.

Aquellos jóvenes constructores sienten de manera permanente que la fragilidad de su obra, amenazada sin cesar, estriba en la mala voluntad de ciertos norteamericanos y, a partir de ahí, la influencia capital que el gigante ceñudo conserva sobre el desarrollo del nuevo régimen. A ese nivel, sin cesar les ocurre tropezar en su empresa con una resistencia extranjera todavía demasiado eficaz, y la mayor parte del tiempo proveniente de grupos privados y no directamente, por el momento, del gobierno de Washington,<sup>2</sup> sienten que los frenan, que ponen su obra en peligro, y eso basta para mantener y desarrollar el espíritu rebelde.

### **Una revolución controlada por la rebelión**

Ya no basta realizar reformas para el pueblo y por él: hay que mantenerlas, a pesar de la resistencia de un vecino poderoso.

La negación, la repulsa, la rebelión contra el orden inhumano, se nutren en el mismo corazón de la acción positiva: resulta tanto más radical cuanto más corazón pone el revolucionario en construir. Raúl Castro lo expresa muy bien, a mi juicio, en uno de sus discursos: “Las campañas contra Cuba son un dinamo que produce una fuerza más grande en provecho de la Revolución”.

Fidel Castro ha dicho que el nuevo régimen era un humanismo. Es verdad. Sin embargo, hay que reconocer que, en sus primeros tiempos, muchas revoluciones han merecido ese hermoso título y lo han perdido bajo el aplastante peso de sus cargas. Lo que hoy protege —quizá la protegerá mucho tiempo— a la Revolución de Cuba, es estar controlada por la rebelión.

Castro no es hombre fácil de encasillar. En la mayor parte de los países, para entenderse con un ministro, se necesita más bien atenuar la luz: el poder simplifica mucho las cosas. Para comprender a Fidel, creo que lo mejor es alimentar su propia llama al extremo: esclarecer lo nuevo como se presenta, sin recurrir a viejas experiencias.

---

<sup>2</sup> Después de escritas esas palabras, Washington se decidió a actuar directamente (PL).

La primera vez lo vi en Holguín en traje escolar; se devolvía un cuartel al pueblo y Castro inauguraba esa nueva vestimenta.

Llegamos muy retrasados. Apenas salió de la ciudad, el auto había seguido una increíble fila de vehículos y peatones: coches privados, taxis —hacían el viaje gratuitamente— y camiones cargados y recargados de niños. Presas en las mallas de aquella inmensa red, las máquinas iban, como suele decirse, “a paso de hombre”.

Había familias por todas partes. Endomingados, los hombres vestían la ligera camisa cubana que descende sobre el pantalón hasta medio muslo, y pequeños y grandes se resguardaban del sol con redondos sombreros de guano, de bordes levantados que, a los ojos de las gentes de la ciudad, son, más que el machete, el símbolo del trabajo en los campos.

Todos reían y charlaban, y esperaban *algo*. ¿Qué? Ver a Fidel Castro, desde luego, y acaso tocarlo —como hacen, a menudo, las mujeres—, para robarle un poco de su insolente mérito, de su felicidad.

### **Un mar de niños en un estadio**

Bajamos al fin de nuestro Buick y lo estacionamos entre un Packard y un Chevrolet. “Es por ahí”, nos dijo un soldado rebelde. Y vimos un estadio.

A mis pies, en las gradas, había miles de niños y abajo, en el terreno, decenas de miles. Sobre aquel mar de niños había una balsa que parecía hallarse a la deriva; una tribuna, si se quiere: algunas tablas unidas y sostenidas por unos postes delgados los cuales hasta el día anterior habían sido troncos de árboles.

Castro había querido que fuera así, para hablarle *lo más cerca posible* a aquel joven público. Una baranda de madera pretendía proteger el estrado, azotado sin cesar por la multitud. Un soldado alto y fuerte le hablaba a aquella multitud. Yo lo veía de espaldas: era él.

—Por aquí.

Un joven rebelde de uniforme nos abrió paso y bajamos hasta las gradas. En la primera fila, cruzamos una pasarela y nos hallamos en medio de los rebeldes.

Castro terminaba su alocución. Estaba preocupado; aún tenía que pronunciar dos discursos antes de que acabara el día. El más importante era el último: debía dirigirse en La Habana a los representantes de los sindicatos obreros y pedirles que sacrificaran una parte de su salario para las primeras inversiones que iniciarían la industrialización del país.

Ahora bien, sentía que, de minuto en minuto, su voz enronquecía. Apresuró su alocución y le dio fin en algunos minutos. Todo parecía terminado, pero todo comenzaba. Durante más de un cuarto de hora, aquellos chicos gritaron como enloquecidos.

### **“Ven con nosotros, Fidel”**

Castro esperaba un tanto confuso: sabía que a Cuba le gustan los discursos largos y que él ha contribuido a inculcarle ese gusto; comprendía que no había hecho bastante. Quiso compensar sus palabras demasiado breves permaneciendo más tiempo en la tribuna.

Entonces advertí que dos de sus oyentes, de 8 a 10 años a lo sumo, se habían aferrado a sus botas. Entre la muchedumbre infantil y Castro se había establecido una intensa relación. Aquélla esperaba algo más: la perpetuación de aquella presencia por un acto.

Ahora bien, ese acto estaba allí. Era, detrás de nosotros, el cuartel humillado por las coronas de la paz. Pero aquello se había anunciado desde hacía tanto tiempo, que había perdido la novedad. En el fondo, aquellos escolares no sabían qué querían, salvo, quizás, una verdadera fiesta que sintetizara, en la unidad de su esplendor, el pasado que ya se esfumaba y el futuro que se les había prometido.

Y Fidel, que lo sentía muy bien, permanecía allí casi confundido: él, que se da por entero en sus actos revolucionarios, al servicio de toda la nación, se asombraba de reducirse a aquella presencia desnuda y casi pasiva. Agarró por las axilas al chico que se aferraba a su bota derecha y lo alzó del suelo.

—¿Qué quieres? —le preguntó,

—¡Ven con nosotros! —gritó el pequeño—. ¡Ven al pueblo!

—¿Ocurre algo malo?

El chico era delgado, de ojos brillantes y hundidos; se adivinaba que sus enfermedades, heredadas del régimen anterior, resultarían aún menos fáciles de curar que las de la nación. Respondió con convicción:

—Todo va bien, Fidel, ¡pero ven con nosotros!

Imagino que él había deseado cien veces aquel encuentro, en el cual ahora no sabía qué hacer. Deseaba *aprovechar* al hombre que lo sujetaba en sus fuertes manos, pedir, obtener. No por interés, sino por establecer entre el niño y el jefe un verdadero lazo. En todo caso, experimenté ese sentimiento. Y creí adivinar que también Castro *vivía* con toda lucidez aquel pequeño drama.

## **El sombrero de guano**

Prometió ir un día y no era una promesa vana. ¿Adónde no va él? ¿Adónde no ha ido? Después bajó al niño.

Ahora, miraba a la muchedumbre incierto, un tanto disgustado. Llamado vivamente por sus compañeros, trató de irse dos veces. Se alejaba un poco de la baranda, pero no se iba; parecía intimidado. Se volvió hacia adelante: el chico lloraba. Fidel le dijo:

—¡Pero si te he dicho que iré!

En vano. Los niños habían vuelto a gritar, y se apretujaban con tanta fuerza contra la tribuna, que la hacían correr el riesgo de despalmarse. Los soldados rebeldes —unos 100, con palas y fusiles, hombres y mujeres— que debían desfilar frente a Castro, no pudieron abrirse paso. Fidel permanecía perplejo frente el entusiasmo desencadenado. Finalmente, tomó el sombrero de guano que le tendía un niño y se lo puso, sin sonreír.

Señalo el hecho porque es raro: Castro detesta las actitudes demagógicas y los disfraces. Hizo el símbolo de un acto, porque no había acto que hacer. Pronto se despojó del sombrero de guano, el cual estuvo un instante en la cabeza del comandante Guevara y —no sé cómo—, por último, vino a parar a la mía: lo conservé en medio de la indiferencia general, porque no tuve valor para quitármelo.

De pronto, sin motivo preciso, Castro emprendió la fuga literalmente y detrás de él, los demás jefes rebeldes también huyeron, escalando las gradas.

## **Una joven de uniforme: Celia**

El primer sábado de Carnaval, asistimos al desfile y a los bailes de las “comparsas” y nos paseamos entre los bailadores populares.

Me dormí a las 5 de la mañana. Dos horas después, la voz bien despierta de Carlos Franqui, el director de *Revolución*, me sacó sobresaltado de mi sueño: nos avisaba que Fidel Castro pasaría a recogernos a las 7:45. A esa hora, una llamada telefónica me advirtió que el doctor Castro me esperaba en el vestíbulo. Yo no estaba listo y llegué diez minutos más tarde.

Castro no estaba en el vestíbulo, como si los mármoles y las luces de las lámparas le hubiesen detenido en el umbral. Permanecía afuera, bajo la marquesina, con un pie en el último peldaño superior de la escalinata, y tenía a su derecha a una joven de uniforme: Celia, su secretaria. Combatí con él en la Sierra, es una rebelde ilustre.

Corrí hacia Castro para excusarme y me saludó, pero permaneció molesto; más que nuestro retraso, lo irritaba la ausencia del intérprete. Arcocha no había sido prevenido a tiempo y lo buscaban. Lo esperamos y yo miraba incómodo a aquel gigante ceñudo que no me miraba. Llevaba el uniforme rebelde en toda su sencillez: camisa y pantalón caqui y botas negras que terminaban debajo de las rodillas, todo muy limpio, pero gastado. Estaba descubierto y yo veía el abundante desorden de su cabellera castaña: la barba y el bigote son menos abundantes y casi no cambian su rostro. Se los creería plantados al azar y por el único motivo de darle a la Revolución un emblema.

En una foto que me mostraron es el mismo hombre joven y sin barba. Sólo me haría reconocerlo entre todos su perfil oblicuo, su larga nariz que se recoge bajo la alta prominencia de la frente; sus mejillas amplias y planas; sus gruesos labios rojos, fruncidos sin cesar por la reflexión, la irritación o la amargura, y a veces alisados por una sonrisa. Los he visto trágicos o coléricos, nunca sensuales; salvo, acaso, cuando se cierran como un puño alrededor de un largo tabaco generalmente apagado.

### **Los pobres ya pueden ir a las playas**

Partimos dejando recados para Arcocha; era mejor que soportar aquella tensión idiota. La conversación se hizo, lenta y rara, en inglés.

Costeamos el mar por largas franjas de blanca arena. Antes de 1950, las playas y las quintas ribereñas se compraban y un pobre no podía poner el pie en las arenas cubanas. Desde la liberación, las playas son propiedad nacional.

Siempre descontento, Castro dijo brevemente que esperaba mostrarnos algunas, en particular, Varadero, la más célebre de todas, a 100 kilómetros de La Habana. Era un nuevo mal entendido. “¿Qué pueden importarme esas playas?”, me decía yo. Esperaba otra cosa de Castro.

En realidad, él llevaba a cabo una visita de inspección y yo debía saberlo. Antes de 1957, el turismo extranjero —sobre todo, en invierno— constituía una de las principales riquezas de la Isla. Disminuyó con la guerra y Cuba perdió millones de dólares. El Gobierno revolucionario ha hecho mucho por reanimarlo, pero en vano hasta ahora.

Entretanto, trata de compensar sus pérdidas creando el turismo interno y se dedica, ante todo, a desarrollar el turismo popular. Ese placer desconocido de los trabajadores pobres, debe traer aparejada, al mismo tiempo, una ampliación beneficiosa del mercado interno. Pero casi todo

está por hacer: decidir al pueblo a recorrer la Isla como hacen sus jefes, resulta toda una campaña que debe librarse.

Yo ignoraba eso: haga lo que haga Castro, jefe del Gobierno cubano, sólo puede ser por varios motivos a la vez. Habiéndome invitado a dar un paseo por la Isla, lo aprovechaba para inspeccionar los trabajos en ejecución, y también podía decirse que, habiendo resuelto visitar las instalaciones turísticas, había aprovechado la ocasión para invitarme y mostrarme a Cuba bajo sus aspectos más agradables.

### **La limonada tibia**

No habíamos recorrido diez kilómetros sin que al fin comprendiera la seriedad que él ponía en aquello como en todo. El auto se detuvo y bajamos a la arena entre nuevas instalaciones.

Se trataba de una playa popular, abierta y vacía hasta perderse de vista. No había un alma en ella, salvo los tres empleados del INIT (Instituto Nacional de la Industria Turística): dos mujeres y un hombre. Una de las mujeres se ocupaba de las taquillas y la otra se hallaba detrás del mostrador de una cantina; el hombre parecía un vigilante.

Los tres nos afirmaron, con todo el poder de la fe, que esperaban trabajadores aquel mismo día. “¿Muchos?” “Algunos”. Castro se ensombreció un poco. Quiso verlo todo, hasta las toallas. Nos mostraba las cosas, pero era su manera de ver él mismo. Finalmente, nos brindó limonadas.

Apenas mojó los labios en la suya, la rechazó y dijo con voz fuerte: “Está tibia”. Permaneció silencioso, sombrío, como si refrenara su cólera, y comprendí de pronto lo que pensaba: “¿Cómo van a venir si no se brinda comodidad?”

No obstante, las dos mujeres no parecían preocuparse. Veían su descontento y conservaban sus modales abiertos, como si hubiesen sentido que él no se dirigía a ellas.

—¿No hay refrigeradores aquí? —preguntó Castro.

—Sí —respondió la sirvienta—; pero no funcionan.

—¿Se lo dijeron al responsable?

—Desde luego, la semana pasada. Y no es gran cosa —añadió la mujer con familiaridad—: un electricista lo arreglaría en dos horas.

—¿No se ha llamado a nadie para la reparación?

La mujer se encogió de hombros:

—Usted sabe como son las cosas...

## **Negligencia culpable**

Por primera vez comprendí —aunque todavía vagamente— lo que he llamado ya “democracia directa”.

Entre la sirvienta y Castro se había establecido de inmediato una connivencia: ella dejaba ver en su tono, en su sonrisa, en su encogimiento de hombros, que no se forjaba ilusiones, y el primer ministro —que es también el jefe rebelde—, al expresarse sin rodeos delante de ella, la invitaba tranquilamente a la rebelión.

“Es un agitador”, pensé por primera vez.

—Déjenme ver eso —dijo él.

La mujer le mostró el refrigerador. Según ella, la causa de todo era una mala conexión. Castro inspeccionó de manera cuidadosa el aparato y faltó poco para que lo desmontara.

Cuando, al cabo, se volvió hacia la mujer, le habló severamente, pero resultaba visible para todos que su severidad no se dirigía a ella.

—Una negligencia como ésta —dijo— no sería nada, porque a todo el mundo puede ocurrirle tener que beber tibio; pero revela una falta de conciencia revolucionaria. Si en cada playa no hacemos lo máximo por el pueblo, éste pensará que no deseamos lo bastante su presencia y no vendrá. Y digo que si alguien no hace todo el tiempo todo lo que puede —y más—, es exactamente como si no hiciera nada en absoluto.

Y terminó gruñendo una frase que anoté:

—Díganles a sus responsables que, si no se ocupan de sus problemas, los tendrán conmigo.

Desde hacía tiempo, a propósito de la reforma agraria, yo había captado el poder de ese pensamiento totalizador: para mí, Castro era el hombre del todo, de las visiones de conjunto. Y me bastó verlo en la playa vacía, hurgando apasionadamente en un refrigerador descompuesto, para comprender que es también el hombre del más pequeño detalle. O mejor, que en cada circunstancia relaciona el detalle y el todo de manera inseparable.

## **El auto capturado por campesinos**

Un segundo auto se detuvo detrás del nuestro; al fin, el intérprete y un reportero nos habían alcanzado.

Sin embargo, la sustitución del inglés por el español no fue lo que devolvió el buen humor a Castro, sino su primer encuentro con los campesinos.

Pasábamos por un camino vecinal y, a la izquierda, a cierta altura, vimos una cerca detrás de la cual algunos hombres nos miraban desde

debajo de sus sombreros de guano. Había una curva incómoda y el auto aminoró su marcha. De inmediato, uno de los hombres saltó al capó. Había que detenerse so pena de aplastarlo; el auto se detuvo y en el acto fue capturado por los campesinos.

Se abrieron todas las portezuelas y los sombreros de guano y las cabezas oscuras se inclinaron hacia Fidel. La conversación fue larga: la cooperativa le rogaba a Fidel que la visitara y Fidel pretendía seguir su viaje. Por último, se le explicó que la cooperativa tenía el orgullo de haberse adelantado: todavía no había recibido el plano del INRA y, desde hacía más de un mes, todos los domingos, con la ayuda de trabajadores de la ciudad, se había puesto a construir su caserío, el cual estaría terminado en un mes.

—¡Ven, Fidel, ven! ¡Ven a ver los trabajos!

De pronto, vi a Castro en pie fuera del auto: tenía el ceño fruncido y parecía más desconfiado que admirado. Cruzó el camino a grandes pasos, traspuso la cerca y todos entramos detrás de él. Los trabajadores me rodearon y lo perdí de vista. De pronto, le oí gritar con voz regañona y desolada:

—¿Dónde está el caserío? ¿Dónde está el caserío?

Desconcertados, los campesinos se apartaron. Todo el mundo lo miraba: Él sólo tenía ojos para las casuchas de bloques de cemento alineadas a lo largo de un camino polvoriento. Castro se volvió hacia ellos; parecía afligido.

—¡Mírenlas! —dijo, señalando las casitas grises—. ¡Son *ustedes* quienes van a vivirlas, infelices!

—Entonces —dijo un joven, ofendido—, ¿hemos hecho mal en adelantarnos? Tú nos pediste que ganáramos tiempo y...

—No han hecho mal —respondió Fidel. Vaciló y prosiguió—: Denme un palo.

Le trajeron una rama de árbol y trató de dibujar con ella un plano en el polvo. Al cabo arrojó la rama:

—Denme un pedazo de papel y un pedazo de carbón.

Corrieron y le trajeron un pedazo de cartón de envase y un trozo de carbón.

—Bien. Aquí tienen.

Se dejó caer en el suelo, sobre el vientre, apoyado en el codo izquierdo, y mientras hablaba, con la mano derecha trazaba en el cartón gruesos rasgos de carbón. Me incliné con los demás y comprendí: no reproducía el plano del INRA; la cooperativa se había alejado demasiado de él para tratar de seguirlo sin tener que echar abajo todo lo hecho.

Con la pasión que lo he visto en todos los casos, Fidel trataba de adaptar el plano a las circunstancias, darles un modelo habitable, lo más cercano posible al desorden presente. Al fin alzó la cabeza y tendió el esbozo:

—¿Han comprendido?

Yo miraba a los campesinos con curiosidad: ¿cómo aceptarían aquel trabajo suplementario? Sus ojos brillaban, y me dije que habían comprendido con más rapidez y mejor que yo. Castro les había aclarado el sentido de la construcción circular, y sobre todo, en vez de desechar el plano del INRA, había inventado una solución intermedia, la cual servía únicamente para aquel caserío y tenía en cuenta los esfuerzos anteriores.

Habían perdido tiempo, pero, en compensación, se sentían objeto de una solicitud particular; sentían, en una palabra, que aquel coloso tendido en el polvo los quería.

Por la tarde nos apartamos de la costa y entonces, en la vehemencia de las reivindicaciones recíprocas, descubría las relaciones humanas entre el jefe y los agricultores.

Castro hizo una señal y el automóvil, saliendo de la carretera, penetró en los campos. Saltábamos como en una barca sobre las negras y estáticas olas de los surcos y sobre las piedras. A lo lejos, como una amenaza —que hallé en todas partes—, matorrales y malezas parecían dispuestos a recubrir toda la superficie de la Isla a la menor negligencia, semejantes en el horizonte a una invasión de arañas que aguardaban sobre sus patas inmóviles.

Nos detuvimos frente a un grupo de siete u ocho trabajadores. Detrás de ellos había una máquina agrícola y a la derecha aguardaba el auto de la cooperativa. Nos habían visto venir y no dudaron un solo instante que se trataba de Fidel Castro.

Apenas cambiados los saludos, se inició un debate que, curiosamente, subrayó la cordialidad del encuentro. Aquellas gentes no se conocían, jamás se habían estrechado las manos; pero tales formalidades podían reducirse al mínimo, porque todos pertenecían a la misma familia y tenían los mismos intereses y las mismas necesidades.

### **El especialista descontento**

Castro saludó con seriedad y los campesinos respondieron: “Buenas tardes, Fidel”. Inmediatamente, él hizo preguntas: “¿Cuánto? ¿Cuándo? ¿Por qué no se hace más? ¿Por qué no van más rápido?”

Las respuestas no demoraron: porque la distribución de tareas se había hecho mal; porque los trabajos difíciles se confiaban a incompetentes.

El campesino de más edad —un tostado cuadragenario, cuyas sienes blanqueaban— apeló a los otros como testigos: él sabía mejor que nadie manejar y reparar los tractores, y se lo había dicho y probado al responsable, quien, por obstinación, mantenía a un incapacitado en aquel puesto de confianza.

—Que me den un tractor —le dijo a Fidel—, y verás como enseguida te demuestro lo que sé.

En tales casos, Castro se siente entre dos fuegos: en su gusto por las relaciones inmediatas y en su rebelión contra todas las formas de la jerarquía, tiene motivos imperiosos para resolver de manera rápida y soberana la cuestión. Lo imagino perfectamente diciendo: “Ve a buscar el tractor”. Pero la jerarquía que quebrantaría de esa manera es la del INRA, creado por él mismo y del cual, en conjunto, está muy satisfecho.

Sabe que, curiosamente, él constituye un constante factor de desorden: como recorre la Isla y se le encuentra en todas partes, los trabajadores, cualesquiera sean, hallan natural reclamar que resuelva personalmente sus problemas: ¿Por qué contentarse con la primera o la segunda instancia, cuando se tiene la instancia suprema al alcance de la mano?

En verdad, él no detesta estar presente en el corazón de cada cubano, como tampoco el orgullo de éstos en poder explicarse de manera directa, frente a frente, con el jefe del gobierno. Pero, al mismo tiempo, incapaz, a pesar de todo, de bastarse solo para esas innumerables exigencias y de encargarse de los detalles de la construcción nacional, crea institutos y departamentos y quiere mantener la jerarquía.

### **El “maldito camión”**

Vi a Celia, la secretaria de Fidel, tomar algunas notas y comprendí que Castro se informaría de la situación, no toleraría que una mala economía de las fuerzas productivas frenara la batalla en marcha. Pero entendí también que no le harían desautorizar a responsables, a quienes, por otra parte, no conocía:

—Diríjense a sus jefes inmediatos.

Un joven protestó:

—Las faltas son tuyas. No puede esperarse que lo reconozcan.

—Diríjense al jefe de la región —respondió Castro de manera paciente. Pero, a partir de ese instante, sentí que quería irse. La investigación estaba decidida: avisaría a Núñez Jiménez, el director del INRA, pero, por el momento, no quería dar la razón a nadie. Entró bruscamente en el auto, dejando a los trabajadores sorprendidos. Cuando yo entraba a mi vez

en el coche, vi un camión pasar por la carretera y desaparecer en una nube de polvo.

Dimos la vuelta. Detrás de nosotros, los campesinos hacían señales. Volvimos a la carretera y avanzamos tres o cuatro kilómetros. De pronto, la encontramos bloqueada: mujeres, niños y ancianos formaban un grupo compacto, visiblemente decidido a no dejarnos pasar.

Era la cooperativa de que formaban parte el hombre de los tractores y sus compañeros. Todos gritaban: “¡Fidel! ¡Fidel! ¡Detente!”

Nueva parada: yo empezaba a conocer la táctica. Reducido a la inmovilidad, el auto fue sumergido. Hacía un calor sofocante y yo veía manos y rostros inclinados hacia nosotros y respiraba fuego.

Fidel murmuraba. Arcocha, el intérprete, me tradujo: “Dice que aquel maldito camión nos anunció”. Y añadió inquieto: “Daré el alerta a todo el mundo hasta el fin de la carretera”.

### **Siguiendo al jefe**

Algunas mujeres se inclinaron y extendieron sus manos abiertas; unas sólo querían tocar a Fidel; otras trataban de agarrarlo para sacarlo del auto.

—El pueblo exige que vayas a ver nuestro caserío —dijo una con gran dignidad.

Fidel cedió; no podía hacer otra cosa. Salió del auto y nosotros tras él: vi su cabeza y sus hombros sobresaliendo de entre la muchedumbre, pero sólidamente rodeado. Había vuelto a fruncir el ceño y su expresión era de incertidumbre y hasta de timidez.

—Iré hasta la entrada del caserío —nos hizo explicar Celia— y después tratará de apurar las cosas e irse. Manténganse cerca de las portezuelas y suban al auto enseguida.

Ni siquiera tuvimos oportunidad de huir. El polvo se alzó sobre el camino que acabábamos de recorrer, se arremolinó como una tromba, se acercó a nosotros, bajó de nuevo y descubrió un auto viejo que acababa de detenerse detrás de nosotros. Reconocimos de inmediato a los siete hombres que se amontonaban en él: eran los interlocutores insatisfechos de Castro, los campesinos a quienes habíamos dejado poco antes.

También habían visto pasar el camión y habían llegado a la conclusión de que, advertidas a tiempo, sus mujeres detendrían a Fidel y les darían tiempo de alcanzarlo. Querían proseguir la conversación.

## **El secreto de una limitación**

La prosiguieron y Fidel se prestó. No por su agrado, pero sin mala voluntad. Debo decir que me quedé sin saber nada: arrancado de mi lado y zarandeado por aquella multitud vivaz, Arcocha estaba distante y, por otra parte, me pareció que la conversación tomaba otro cariz.

Otros campesinos jóvenes se mezclaron en ella y también algunos viejos. El tono traducía siempre lo mismo: urgencia, una tensión amistosa y alegre, pero sin disminución.

Al principio, Castro se dejó arrancar las palabras; luego, alguien dijo algo que pareció desconcertarlo. Como en un relámpago, vi su expresión inquieta y atenta; después se puso a hablar con fuerza, pero sin violencia. Los viejos lo apoyaron y fue el final. Regresamos al auto, sonaron aplausos y nos dejaron ir.

En el auto, Arcocha me dijo:

—En resumen, se habló de todo y de nada.

Castro se volvió hacia nosotros sonriendo:

—Los convencí —dijo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Hablamos del arroz. Hemos prohibido cultivar cierta cantidad por caballería y uno de los campesinos jóvenes me arguyó que en tiempos de su padre se cultivaba el doble.

Ahora se reía:

—De seguro, Núñez Jiménez y sus compañeros saben por qué limitaron el cultivo: yo no lo sabía. Pero como tengo confianza en el INRA y éste disminuyó en un 100 % el arroz cultivado por caballería, debía ser porque el experimento precedente dio mal resultado. Como había ocurrido hace tiempo, les jugué una mala pasada a los jóvenes: me dirigí a los viejos.

—¿Y qué?

—Que todos se acordaron de que, más allá de la cantidad señalada, el arroz no podía comerse.

## **Petróleo en la parroquia**

Celia miró el retrovisor.

—¡Todavía nos siguen! —exclamó.

Al volverme, vi a los siete campesinos en el automóvil.

—Es como una cacería —dijo Castro— y eso los divierte. De todos modos, es domingo...

Al mismo instante, nuestro auto fue detenido y capturado una vez más por una muchedumbre. Se trataba de una nueva comunidad, de otra

cooperativa. Ésta no pedía nada: miraba y aplaudía. Sin embargo, se apartaron y empujaron a la primera fila, hasta la portezuela, a un sacerdote con sotana blanca, muy intimidado.

—¡Háblele! —dijeron algunas voces—. Es su oportunidad. No la deje escapar...

El sacerdote llamaba a Castro “Fidel” como todos los demás y habló con gran rapidez: tenía que exponer la idea de su vida y el tiempo apremiaba.

Su aspecto era semejante al de sus feligreses, pero su voz afable parecía indicar verdadera cultura. Había explorado la región —dijo— desde hacía 20 años, con geólogos y expertos alemanes cuyos nombres citó y que, según parece, son autoridades en el asunto; tenía la certeza de que el subsuelo de aquellos lugares contenía importantes yacimientos de petróleo que podían explotarse enseguida, porque para la extracción él había perfeccionado nuevos aparatos y nuevas técnicas menos costosos y más apropiados a la configuración del terreno. Retuve los términos exactos de su petición:

—Estoy seguro de lo que digo, Fidel; si me crees, dame un millón. Si dentro de dos años no he hecho a Cuba ganar el doble, puedes mandar que me fusilen.

Castro sonrió; por lo que pude ver, no se compromete jamás, pero Celia toma nota. Los siete campesinos salieron de su auto y quisieron reanudar la controversia interrumpida, pero aquella comunidad se interesaba más por su sacerdote que por sus dificultades y desistieron al no sentirse apoyados. Cuando partimos, regresaron a su cooperativa. Pero debo señalar aquí algo que me llamó la atención: ni una sola vez Castro les prohibió que lo siguieran.

Por lo demás, la disminución de nuestra escolta casi no se advirtió. El cruel camionero había dado la alerta a toda la región. Al dejar al sacerdote, le pregunté a Castro:

—¿Qué piensa usted de lo que ha dicho?

—¿Del petróleo? —me respondió—. ¿Por qué no? Hace ya mucho tiempo que investigaciones serias han señalado capas de gas en esta región.

Iba a proseguir cuando nos detuvieron. Esta vez era un negro solo, gigantesco y furioso, que salió de una esquina cuando cruzábamos una pequeña población de casas bajas y se arrojó sobre nosotros, golpeando violentamente con la palma de la mano el capó del auto.

—¡Imprudente! —le dijo con cólera a Fidel—. ¡Protege tu vida, que es nuestra y no tuya! ¿Qué haces sentado en la delantera del auto? ¡Tú sabes perfectamente que puede dispararse contra ti o hacerte chocar con

un camión! Ve a sentarte atrás con Celia y hazme el favor de sentar delante a toda esa gente que está en el fondo.

—Son invitados míos —dijo Fidel sonriendo.

El negro se encogió de hombros:

—¿Y qué? Lléalos de paseo todo lo que quieras, pero si alguien debe morir, vale más que sean ellos.

Algunos chiquillos acudían corriendo. El negro lo advirtió y, de manera elegante, se apartó:

—Vete —dijo—; tienes prisa. No seré yo quien te detenga.

Fidel sonrió ampliamente y el negro le devolvió la sonrisa, pero amenazándolo con un dedo. El auto reanudó la marcha.

Veinte veces asfixiados y 20 veces liberados por milagro, Simone de Beauvoir y yo vimos con inquietud que el sol, tomate sangriento, descendía sobre las nuevas plantas de tomate.

—¿No regresamos esta noche? —le pregunté a Arcocha.

—Vamos hacia Varadero —me explicó—. Dormiremos allí.

—Pero tengo compromisos para mañana por la mañana.

Se encogió de hombros:

—¡Bah! —dijo filosóficamente—. Cuando sepan que usted está con Fidel...

A pesar de eso, logré que telefonara para excusarme con las personas con quienes debía reunirme.

### **Personas singulares**

El auto se detuvo todavía varias veces; era un ómnibus. Recogimos a una campesina anciana que esperaba un transporte y la dejamos en su pueblo. Ni Castro ni sus ministros rehúyen el *auto-stop*.

Yo almacenaba en la memoria imágenes que iban a embrollarse y resultaba una lástima. Le dije a Arcocha:

—Voy a olvidar esas cabezas, van a entremezclarse y lo siento. ¡Tenía una personalidad tan fuerte cada uno de esos campesinos! Por otra parte, son individualistas: cada uno espera que Castro aparecerá un día frente a ellos y mientras tanto reflexionan. Según su carácter, cada uno prepara una invención o una crítica; pero siempre es el mismo pensamiento repasado todos los días. En todas partes he tenido la impresión de que de pronto sacaban su idea fija y la exponían rápidamente, sin que jamás me hayan dado la sensación de improvisar.

—Dígale eso a Castro —me dijo Arcocha.

—Bien —admití—. Traduzca.

Lo hizo y Castro me sonrió, estaba roto el hielo. Hablamos de los campesinos: él también los tenía por grandes individualistas. En las cooperativas, lo apasionaba la tensión establecida entre la voluntad común y la libre personalidad de cada uno.

—Cuando los responsables son buenos —añadió—, todos los trabajadores sienten la pasión de trabajar en común: es su interés y lo comprenden. Pero en ellos me agrada que en todas partes siguen siendo personas singulares.

—Me he dado cuenta de ello —dije—, a pesar de los sombreros, las camisas y, a veces, los machetes semejantes: nadie se parece a nadie. ¿Saben leer?

—¿Los que hemos visto? Supongo que no la mayor parte.

—Es inexplicable —dije—. Esos iletrados tienen aspecto de cultos.

—Porque reflexionan —respondió Castro—. La Revolución ha sido la chispa. El pensamiento se ha puesto en marcha en cada uno y no se detendrá así como así.

### **El derecho a reclamar**

Habíamos vuelto a la costa y seguíamos una buena carretera. El mar estaba de color violeta al sol poniente.

—¡Cuántas exigencias! —le dije a Castro.

Me respondió:

—¿Qué quiere usted que hagan con su libertad? Lo exigen todo de nosotros: es nuestra desgracia. Desde que derrotamos a los mercenarios, creen que lo podemos todo.

Entonces encendió su tabaco y añadió con cierta tristeza:

—Se engañan. Es mucho más fácil que 100 hombres determinados pulvericen a 50 000 soldados malos, que 6 millones de trabajadores laboriosos dupliquen en un año la producción. Nuestra existencia y nuestros éxitos les han dado ese derecho imprescriptible: reclamar. Y somos nosotros, precisamente, quienes tenemos que decirles: “todavía no”, “este año no”.

—Cuando lo sacan a usted del auto —intervino Simone de Beauvoir—, en los primeros minutos, por lo menos, usted parece de muy mal humor. ¿Es cierto?

Castro se volvió hacia ella y la miró sin responder, sorprendido, atento, como cada vez que se habla de él. Pero Celia dijo de inmediato:

—Es verdad. Muy cierto.

Fidel puso delante de él su tabaco apagado.

—Debe ser verdad —dijo—. Me alegra que me rodeen y me empujen; pero sé que van a exigir lo que tienen derecho a recibir y no tengo manera de darles.

### **Las mujeres rodean a Fidel**

Al pasar por entre cañaverales en un pueblo, un hombre salió con los brazos en alto. No trató de detener el auto, sino que sólo gritó:

—¡Una fábrica, Fidel, una fábrica! —y nos dejó pasar.

—Hace tres años —dijo Fidel—, ese hombre habría pedido un puesto en la administración pública. Vea usted el progreso: quiere que todos los trabajadores de la caña puedan, durante los ocho meses de desempleo, dedicarse a la industria. Por desgracia, eso no será mañana. Pero, si es necesario esperar por la industrialización, ¿se mantendrá esa conciencia revolucionaria?

Calló y se volvió hacia el parabrisas; lo vi extraer algunas bocanadas de su tabaco. Nadie se atrevió a reanudar la conversación.

De pronto recordé una anécdota que me había contado Oltuski —entonces ministro de comunicaciones— y que adquiriría a aquella luz una nueva significación. Una noche, algunos días ante de mi llegada a Cuba, se celebraba un Consejo de Ministros. Todo el mundo estaba presente a la hora señalada, menos Castro, a quien sus compañeros, mirando por las ventanas, acabaron por descubrir en medio de un centenar de mujeres que lloraban y gritaban. Fidel pudo escapar, entró por una puerta cualquiera, vagó por los corredores y entró mucho después en la sala del Consejo. Estaba sombrío.

—Me he retrasado a causa de esas mujeres.

—Ya lo vimos —le dijeron—. Te perseguían por todas partes.

—Es que reclaman su derecho —dijo Castro, sentándose.

Por lo que recuerdo, aquellas mujeres deseaban ser profesoras. Abusando más o menos de su confianza, una escuela privada les había entregado un diploma que, según los directores, era reconocido por el Estado y les daba derecho a enseñar. Desde luego, el diploma no valía nada; en el Ministerio de Educación les informaron que habían sido víctimas de una estafa. Desde entonces, esperaban a Castro en todas partes e imploraban y lloraban.

### **Hay que darles algo: están llorando**

Los ministros esperaban que comenzara el Consejo, pero Castro permanecía mudo y sombrío. Asomándose a una de las ventanas, uno de los jóvenes ministros vio que las mujeres llorosas no se habían ido.

Al cabo, Castro dijo con voz cansada:

—Hay que hacer algo por ellas. —No se dirigía a nadie; pero enseguida repitió, volviéndose esta vez hacia Armando Hart, el ministro de Educación—: Mira a ver si haces algo por ellas...

Hart protestó, no para negarse a ayudarlas, sino para justificarse:

—No son víctimas solamente —dijo—, sino también cómplices. Todas fueron rechazadas en los exámenes del Estado varias veces, lo que anula el derecho a volver a presentarse. Sabían bien que ese diploma privado no vale nada, pero quisieron tenerlo para forzarnos.

Todo el Consejo quedó convencido y le hizo comprender a Castro que se estaba perdiendo un tiempo precioso: aquellas mujeres, para engañar al Estado, se habían dejado engañar ellas mismas y había que poner fin a aquello.

Fidel no se movía. La inmovilidad de su gran cuerpo impresiona; parece vegetar. Repitió suave, pero con firmeza:

—Hay que darles algo, Armando.

Todo el mundo preguntó por qué, y él respondió con convicción, pero sin otra explicación:

—Vinieron, me esperaron y están llorando.

Sus compañeros preguntaron sorprendidos:

—¿Y eso es suficiente?

Fidel movió la cabeza y respondió con tal fuerza: “Sí, es suficiente”, que todos prefirieron resolver el asunto de inmediato. No se reconocería valor alguno al certificado privado de las candidatas; pero, aunque habían perdido todo derecho a ello, se las autorizaría para volver a presentarse en los exámenes oficiales.

### **Nunca sacrificaré esta generación a las siguientes**

Oltuski había concluido sencillamente: “Nos había dado una lección”. Y yo no había respondido; creía volver a hallar en Fidel una idea demasiado querida para que quisiera hablar de ella, salvo con él.

Ahora, en la gris tibieza del atardecer, veía delante de mí sus anchos hombros y me decía que había que preguntárselo. Le dije:

—Todos los que piden, sea lo que fuere, tienen derecho a obtenerlo...

Arcocha tradujo. Fidel no respondió. Insistí:

—¿Opina usted así?

Extrajo de su tabaco una bocanada de humo y respondió con firmeza:

—¡Sí! Porque, de un modo u otro, las peticiones traducen una necesidad. —Respondió sin volverse—: La necesidad de un hombre es su derecho fundamental sobre todos los demás.

—¿Y si le pidieran la luna? —pregunté, seguro de la respuesta.

Fumó de nuevo su tabaco, comprobó que estaba apagado, lo dejó delante de él y se volvió hacia mí:

—Si me pidieran la luna, sería porque la necesitaban —me respondió.

Tengo pocos amigos, porque concedo gran importancia a la amistad. Después de esa respuesta, sentí que él se había convertido en uno de ellos, pero no quise quitarle tiempo diciéndoselo. Le dije sencillamente:

—Usted llama a la Revolución cubana un humanismo. ¿Por qué no? Pero, por mi parte, sólo conozco un humanismo que no se funda ni en el trabajo ni en la cultura, sino, ante todo, en la necesidad.

—No existe otro —me dijo.

Y volviéndose hacia Simone de Beauvoir:

—De cuando en cuando, es cierto, ellos me intimidan. Gracias a nosotros, se atreven a descubrir sus necesidades, tienen el valor de comprender sus sufrimientos y de exigir que se les ponga fin; en suma, son hombres. ¿Y qué les damos?

Su pensamiento giró de manera brusca, pero lo seguí sin trabajo. Dijo con voz abrupta:

—Es necesario que exijamos de cada uno todo lo posible, pero yo jamás sacrificaré esta generación a las siguientes. Resultaría algo abstracto.

Comimos en un hotel del INIT y hablamos poco. Varias veces, Fidel Castro dio como excusa su cansancio. Celia, su secretaria, se alegraba; al fin iban a tener una noche tranquila.

La comida concluía, cuando el gerente del hotel vino a decirle a Fidel que los pescadores del pueblo cercano iban a salir al mar y deseaban llevarlo con ellos. Estarían de regreso al amanecer.

—No sé si podré ir —dijo Castro sin convicción—. Estoy demasiado cansado.

Pero todos vimos en la mirada de Celia que ya había aceptado.

A la mañana siguiente, a las 7, nos encontramos de nuevo alrededor de la misma mesa.

—Castro vendrá enseguida —me dijo Lisandro Otero, un joven periodista cubano—. Está haciendo freír los pescados de anoche.

—¿Lo acompañó usted? —le preguntó Simone de Beauvoir a Celia.

—Regresamos hace un momento —respondió ella.

—¡Usted debe estar muerta!

—¡Oh! —dijo Celia—. He aprendido a dormir en cualquier parte.

En ese instante, Castro apareció completamente fresco y seguido por dos camareros que traían ruedas de pescado frito. Con el corazón y el

estómago todavía nebulosos de sueño, ingerimos aquellos pescados fritos sin vacilar. Mas, creo recordar que Celia no las tocó.

De nuevo en el auto, le pregunté al intérprete Arcocha adónde íbamos.

—A la Ciénaga —me respondió—. Permaneceremos allí hasta mañana.

—Muy bien —dije.

Ya había comprendido, de una vez por todas, que había que mantenerse en estado de disponibilidad perpetua.

### **Hacia el Rambouillet cubano**

En el auto me explicaron las cosas con más claridad y comprendí que un grande de este mundo me llevaba a sus dominios. En Francia, de la tercera a la quinta república, todas han honrado y honran todavía a sus invitados, instalándolos, por ejemplo, en Rambouillet. En aquel momento rodábamos por un camino en malas condiciones, levantando nubes de polvo, hacia el Rambouillet cubano.

Eran pantanos, a derecha e izquierda. Habíamos llegado a la ciénaga de Zapata, región casi desierta, cuyas aguas entibia el sol desde hace siglos y de la cual nadie habría pensado, hasta 1959, que un cubano pudiera hacer otra cosa que huir de ella.

Algunos infortunados, olvidados de padres a hijos, semisalvajes, vegetan allí todavía en el límite de los pantanos: los llaman carboneros. Algo más lejos, han comenzado trabajos: se desecarán y sanearán los pantanos, y en la tierra reconquistada se sembrará arroz —base de la alimentación cubana— en tal cantidad, que no se necesitará traer un grano más del extranjero.

Yo miraba el inmenso pantano y, sin gran éxito, trataba de llenarlo, de imaginar en su lugar arrozales hasta donde se perdía la vista. Pero ya la voz de Fidel Castro me invitaba a otros sueños: en aquel desierto mefítico, el gobierno quiere construir el más bello lugar turístico de Cuba. Al cabo de un instante, la voz añadió:

—Quizás, el más bello del mundo.

Reconocí su orgullosa locura: quiere trocar la escasez en abundancia. Venía a buscar el porvenir en aquellas orillas desheredadas, a mostrarles a sus huéspedes un Rambouillet futuro.

### **Un simple dormitorio**

Se dragaba en todas partes a lo largo de un canal: en la orilla derecha vi una serie ininterrumpida de dragas chorreando fango. Dejamos el auto y subimos a lanchas de motor.

Volamos sobre el fango, franqueamos un paso y atravesamos una laguna: habíamos llegado a la casa de los Castro. Dos pedazos de tierra se enfrentaban, separados por algo parecido al café con leche. A la derecha, en el umbral de una casucha, delante de un pequeño embarcadero, nos aguardaban tres hombres: dos quincuagenarios rojizos, de ojos de loza, y un joven de unos 30 años, desnudo hasta la cintura y en short, que sujetaba un gran pez y lo mostraba a Fidel desde lejos.

—Es Raúl Castro —me dijo Arcocha.

Entretanto, nuestra lancha giró hacia la izquierda y desembarcamos en el otro pedazo de tierra. Dos hombres nos recibieron: el suegro y el cuñado de Raúl Castro. Nos hallábamos en el corazón del “dominio familiar” que, en realidad, es y seguirá siendo propiedad nacional. Vi un edificio largo, de una sola planta, construido con los mismos materiales y según el estilo de las casas del INAV (Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas): bajo el deslumbramiento del techo ondulado, el gris austero de las paredes de bloques de cemento.

Entré; se trataba de un simple dormitorio. A uno y otro lado de un pasillo central había catres o literas de dos pisos provistas de colchones y una sábana. De momento, lo confieso, no comprendí cómo el jefe del gobierno, su hermano, la familia de éste y sus huéspedes, podían pasar la noche en aquel dormitorio; pero en cuanto tuve la certeza de ello, experimenté el mayor de los placeres que pueda conocerse por poco que no se deteste de manera deliberada a los hombres: la víspera, al final de un día agitado, había confiado en Fidel, y ahora me bastaba ver su palacio para confirmar mi confianza.

Del otro lado del dormitorio vi otra construcción más pequeña, pero de la misma clase: el comedor. Cuatro paredes de bloques de cemento con una mesa grande, y a uno y otro lado de ésta, bancos. Armarios y mesitas rudimentarios, una cocina eléctrica y un fregadero, completaban el mobiliario. En el mismo salón se había concentrado cuanto hace falta para preparar la comida y comerla.

Salí por una puerta trasera y me encontré frente a una última construcción: poseía un despacho —única de las piezas que tenía “aire acondicionado”— y cuartos sanitarios rústicos.

Di la vuelta a esta última casita y me hallé en un sendero negro y blando, en el cual, en ciertos lugares, se habían situado tablones para evitar el atascamiento en el fango. Arcocha se había reunido conmigo y Castro se acercaba, seguido por Simone de Beauvoir, llevaba colgado del hombro un fusil de balas explosivas.

—¿Por qué lleva ese fusil? —le preguntó Simone de Beauvoir.

—Para pescar —respondió Castro.

Se echó el fusil a la cara, apuntó hacia la izquierda, a un charco invadido por las hierbas, y disparó haciendo elevarse un *geyser* de fango.

Durante la agitación que siguió, el agua descubrió sus secretos más feos; luego, vuelta al reposo casi de inmediato, en ella se vio flotar un vientre blanco, y Castro, penetrando hasta los tobillos, recogió un pez muerto. Yo había creído al animal reducido a pulpa, pero me explicaron que bastaba con disparar lejos de él: la explosión resultaba suficiente para matarlo.

### **Los vecinos norteamericanos**

Castro resplandecía de satisfacción. Aquel lugar —el más desolado del mundo— a sus ojos no era un alto provisional con que contentarse un día a falta de algo mejor; constituía su El Dorado, el lugar donde, cuando se permitía una fiesta, iba a celebrarla en familia.

Unos instantes después me dijo:

—No hay muchos lugares en la Isla donde no me acosen. Éste es uno de ellos. La Ciénaga tiene mala fama; nadie viene a buscarme aquí.

Se engañaba. Al regresar al comedor, nos encontramos a Raúl Castro y, detrás de él, a los dos vecinos del otro pedazo de tierra.

—Dos norteamericanos —dijo Raúl.

Vi la mirada de Fidel brillar y apagarse: ¡turistas! Los dos hombres se presentaron. Venían de Georgia, en Estados Unidos; todos los años pasaban un mes en Cuba y no les interesaban los acontecimientos políticos. Su hobby era la pesca de la trucha. Venían a la Ciénaga porque las truchas de allí son las más grandes del mundo. En conclusión, nos invitaban a todos a almorzar con ellos.

Hubo indecisión en nuestro grupo. Ciertamente, nadie sentía hostilidad contra los dos individuos, pero tampoco ninguno de nosotros deseaba pasar el día en su compañía. Nadie, salvo Fidel. Nos miró de manera significativa y declaró en medio del más profundo silencio que para todos era un placer aceptar la invitación.

### **Lección de pesca**

Después del almuerzo, Fidel descubrió su juego. Los norteamericanos pescaban a voleo. No sé nada de esto, pero parece que uno y otro usaban unas cañas de pescar admirables y de un modelo completamente nuevo.

Fidel había visto aquellos dos maravillosos instrumentos, cuando los norteamericanos fueron a invitarnos y, fascinado, había seguido, no a los hombres, sino a sus cañas de pescar. Ahora, de pie en una barca amarrada, tenía en la mano una de ellas bajo los ojos encantados de los yanquis y trataba de aprender a usarla. Los hombres de Georgia no le negaron sus consejos ni sus demostraciones técnicas.

De manera infatigable, con la aplicación y la modestia de un buen alumno, Castro estuvo dos o tres horas aprendiendo a lanzar el cebo y a recoger; repitió cien o quizá mil veces cierto movimiento de la muñeca y mejoró de hora en hora su puntuación, sin poder —según parece— igualar a sus dos maestros. En todo caso, si lo consiguió, fue sin testigos, porque, uno por uno, todos fuimos regresando al otro pedazo de tierra, cansados por aquella extraordinaria paciencia a la cual nada cansa.

Cuando regresó, mucho más tarde, nos dijo con aire grave y político, pero sonriendo levemente detrás de su barba:

—Creo que he hecho una buena propaganda.

He ahí el hombre. Como ya he dicho, su pensamiento se mueve en varios planos a la vez, y lo que en tal o cual nivel es detalle, en otro nivel se convierte en parte integrante de un todo.

No deja de extraer algunas ventajas de ello, y con gran sinceridad, hace ver a las mentes superficiales que sus diversiones pasajeras devienen, en lo profundo, momentos políticos de la revolución nacional. Pensábamos que se divertía con una caña de pescar nueva, cuando en verdad ganaba una escaramuza en la guerra del turismo.

Castro no miente: *es verdad* que este hombre complejo, completamente *interesado* cuando se trata de la Isla; *desinteresado* hasta la indignancia cuando se trata de sí mismo, vive todos los acontecimientos bajo todos los aspectos a la vez; descubre alegrías personales o un instante de felicidad en las empresas más austeras y, con la misma sinceridad, encuentra la utilidad nacional de un placer fugitivo y particular.

Tal es su situación y tal su carácter: lo es todo a la vez, la Isla, los hombres, el ganado, las plantas y la tierra. En él, las situaciones nacionales siempre se vivirán de manera apasionada, con rabia o con placer; pero hay que comprenderlo: él no posee a Cuba, como los grandes hacendados o Batista, no, él es la Isla entera, porque no se digna tomarla ni reservarse una parcela.

Creo que durmió, sentado en una silla, frente al dormitorio. Cincuenta minutos: ¿para qué acostarse por tan poco tiempo?

Todavía tenía los ojos cerrados cuando vi, con un girar horizontal de alas, venir hacia nosotros su hipocampo: el famoso helicóptero que por lo general prefiere al automóvil. Entonces descubrí la razón de un disco de madera pintado de vivos colores colocado en el suelo a 20 metros de nosotros, en el extremo de la franja de tierra: era el lugar de aterrizaje.

El helicóptero se encabritó, titubeó un instante y al cabo se posó en el disco multicolor con una torpe gracia. Castró abrió los ojos y al instante se puso en pie.

—Los llevo —dijo.

Partimos; un soldado conducía el aparato. No había portezuela: un cinturón nos sujetaba al soldado y a mí y luego a Castro. Éste me habló, pero no entendí nada. Al soldado no le hablaba, pero le señalaba el suelo con el índice; el joven conductor parecía acostumbrado a ello. Cruzamos la Ciénaga y volamos hacia una estación de cultivos experimentales todavía en construcción. El aparato volaba tan bajo, que las palmas reales parecían sacudirlo con sus penachos.

A Castro le encantan los virajes de costado y el conductor le proporcionaba cuantos podía; dábamos la vuelta, tres cuerpos horizontales y superpuestos tendidos por encima del vacío. Al cabo descendimos en una carretera.

Castro encontró a los obreros demasiado resignados. ¿No tenían comedores? ¿Alquilaban los camiones a empresas particulares? Era absurdo. Esta vez, los incitaba deliberadamente a la rebelión.

—Les he dado el impulso —dijo, subiendo de nuevo al helicóptero. Y añadió con una sonrisa:

—Ellos sabrán continuar muy bien sin mí.

### **La explosión de *La Coubre***

Ya de noche, una lancha de motor nos devolvió al futuro Rambouillet: pero sólo vimos los planos en el despacho del director. Lo que más nos admiró, fue el cuidado puesto en suministrar comodidades a los trabajadores: comedor, dormitorios, etcétera.

De hecho, me parecieron mejor alojados en aquel pedazo de ciénaga que la familia Castro en el suyo. La mayor parte estaba ausente y en el comedor permanecimos Celia Sánchez, Fidel Castro, Simone de Beauvoir, Arcocha, Otero y yo. Hablamos mucho tiempo, y debo decir, para mi vergüenza, que fui yo quien pidió gracia a eso de la 1 de la madrugada.

Durante la misma semana, estalló *La Coubre*. Al escuchar las explosiones, La Habana se levantó: aquella ciudad, largamente prostituida, vol-

vió a hallar en el peligro y en la muerte su firmeza de alma. El pueblo acudió de todas partes e invadió los muelles. El incendio disparaba sus mortales fuegos artificiales, pero nadie se cuidó de ello: la ciudad quería salvar a sus hombres.

Por primera vez, hubo que oponer pechos humanos a la multitud, contenerla con una barrera, impedirle que corriera a la muerte. Por lo demás, ella se vengó: Castro salía de su auto y se dirigía a los muelles solo, haciendo del peligro, contra todos los principios revolucionarios, un privilegio que se reservaba; y 20 brazos lo sujetaron, 10, 20 cuerpos lo derribaron y aplastaron bajo su peso, en tanto las balas luminosas lo rozaban.

Al día siguiente, cuando el entierro de las víctimas, vi aquella capital en pie. Castro habló a 500 000 hombres. Estaba prohibido aplaudir: se despojaba a sus oyentes del medio de elevarlo por encima de sí mismo, manifestando su entusiasmo.

Aquel día no hubo nada de eso: grises y negras nubes, viento frío, un tiempo encapotado, una *realidad* siniestra. Al principio, un batir de manos, extraviado, que decreció; luego, 500 000 silencios en uno, el viento marino, la voz. Fidel comenzó su discurso sin mirar al auditorio, con la cabeza inclinada, en un tono monótono, casi cotidiano. Luego, la voz se reafirmó y precipitó la elocución.

En ningún momento, el ritmo del auditorio se impuso a esa voz; jamás se sintió *poseída* por la urgencia de las necesidades o de las rabias populares. Me alegré; entregada a sí misma, a su sola pasión interior, la oración fúnebre mostró mejor lo que era, lo que son fundamentalmente todos los discursos de Castro: *una explicación*.

Asistí al relato minucioso y preciso de una investigación policíaca, y aquella voz monótona, que al principio parecía querer detenerse en cada palabra, fue adquiriendo, sin endurecerse, una fuerza demostrativa; los hechos reconstruidos y puestos en su lugar, concluyeron por integrar, a la vez, un tejido de pruebas irrefutables y una serie trágica de crímenes: una larga historia sangrienta cuyos principales actores se adivinaban en la sombra.

Fidel piensa hablando, o más bien, vuelve a pensar todo lo que va a decir: lo sabe y, sin embargo, lo improvisa. Para tener tiempo de ver con claridad la relación de las ideas, repite lentamente las palabras, dándole a cada frase —el tiempo de un desarrollo particular— el mismo inicio.

—Y es el pueblo, después de haber sufrido tanto, el que... etc. Y es el pueblo, después de haber luchado tanto, el que... etc. Y es el pueblo después de haber triunfado, el que... etcétera.

Por medio de esas repeticiones, de esa elocuencia pedagógica, a veces un tanto pesada y otras fulgurante, daría a un oyente francés la impresión apenas consciente de oír hablar a Charles Peguy. Me han dicho que sedujo a los cubanos desde el primer día que usó de la palabra. Cansada de discursos, la nación desdeñaba las frases; desde que Fidel le habla, no ha oído una sola. Hechos. Demostraciones. Análisis. Estupefactos, los cubanos no reconocieron en eso los viejos arrebatos del parlamentarismo. La voz humana podía servir, pues, para otros usos.

### **Una voz en medio de 500 000 silencios**

Yo los miraba, sombríos, con la cabeza alzada, aplicados a comprenderlo todo, a no descuidar un eslabón de la cadena, y veía declinar el día y la sombra cubrir aquellos rostros inmóviles que, de oscuros, se tornaron grises y luego negros; mientras, por encima de ellos, una triste claridad gris dejaba paso a la noche.

Encendidas en ese instante, las luces arrancaron a las tinieblas medio millón de rostros; vestigios inútiles de una circulación interrumpida, las luces rojas y verdes barrían con sus colores aquellas caras vueltas. Y en plena noche, bajo las luces de la compañía yanqui de electricidad, Castro se dirigió a los yanquis, los hizo responsables del sabotaje y les lanzó su reto:

—No nos reduciréis ni por el hambre ni por la guerra. Y si nos atacáis, sabed bien que seremos los vencedores.

Había hablado cuatro horas y sólo había dicho lo necesario. Calló; el silencio impuesto al pueblo por su voluntad, había terminado por desconcertarlo a él mismo un poco. La increíble audacia de su desafío quedó en las palabras, en las ideas; no pasó a la voz, y creo que por eso me fascinó.

Bastaría publicar el texto para que la determinación firme y violenta, la indignación sombría, saltaran a los ojos del lector. Pero ningún periódico haría sentir lo que resultó, *en verdad*, el discurso: una larga marcha contra el viento, bajo las nubes, en la noche, hacia un paso todavía desconocido: victoria o exterminio.

El simple texto no reflejaría la inquietud, los tanteos, las paradas, las súbitas arrancadas, la lentitud y la aceleración progresiva de la elocución, ni, sobre todo, bajo el hervor de la cólera, la aplicación honrada, casi triste, el curioso maridaje de la resolución más firme con el deseo concienzudo, casi tímido, de proceder bien. Aquellas palabras eran como pasos: a cada uno de ellos, se avanzaba un poco más, de manera irreversible; a cada uno de ellos, quien marchaba podía detenerse: lo sabía, pero sabía también que había que continuar.

Sola, la voz, por su cansancio y su amargura, por su fuerza, nos revelaba la soledad del hombre que decidía por su pueblo en medio de 500 000 silencios. Iba a bajar de la tribuna y ya la muchedumbre se dispersaba sin una palabra. Lo saludé. Me miró perplejo y me preguntó sencillamente:

—¿Y usted? ¿Qué piensa usted?

Se lo dije, me escuchó y desapareció.

### **Doscientos muertos en un solo sabotaje**

Volví a verlo, pero contaré esa entrevista en un libro, en el cual hablaré de otros aspectos del régimen, de otros problemas y otras conquistas. Ahora, resulta preferible poner fin a este relato con el sabotaje de *La Coubre*. Aquel día, algo apareció a plena luz: el odio.

Cuba tiene enemigos que matan y matarán. Detestan a todo el mundo y a Castro en primer término, pero también a un cortador de caña o a un obrero del puerto. Doscientos muertos en un solo sabotaje, no les pareció demasiado caro a esos pirómanos. ¿Quiénes son? ¿Mr. Herter y los funcionarios del Departamento de Estado? Ni en lo más fuerte de la cólera, ningún cubano lo intentó delante de mí.

Sólo se deploraba que Estados Unidos se hubiera convertido en patria de elección de los criminales batistianos; que, según su propia confesión, el Gobierno de Estados Unidos fuera incapaz de detener a las avionetas que salían de Miami, conducidas por pilotos norteamericanos a sueldo, para ir a arrojar, varias veces por semana, bombas incendiarias sobre los cañaverales de la Isla.

Después del sabotaje, se lamentó que el Gobierno norteamericano haya ejercido presión sobre todos los gobiernos de Europa para que no le vendan armas al pueblo cubano (como lo reconoció el primer ministro inglés en la Cámara de los Comunes); que durante la carga de *La Coubre* en Bélgica, se haya visto en Amberes al cónsul de Estados Unidos, acompañado de un agregado militar de la embajada, correr a todas partes y multiplicar con los representantes de la fábrica de armas y las autoridades del puerto, las gestiones de última hora.

En pocas palabras, las llamas del barco incendiado revelaron a los cubanos la gravedad del peligro, y crearon una tensión que no cesará de aumentar entre los intereses de la Isla y los de las compañías privadas yanquis; en suma, entre el Gobierno cubano, que representa a los primeros, y el Gobierno de Washington, que representa a los otros.

Cuando estalló *La Coubre*, descubrí el rostro oculto de todas las revoluciones, su rostro de sombra: la amenaza extranjera sentida *en la angustia*. Y descubrí la angustia cubana porque, de pronto, la compartí.

Debe haberse visto la alegría siempre despierta de construir y la angustia, el temor permanente de que una violencia estúpida lo aplaste todo; debe haberse vivido en la Isla y haberla amado, para comprender que cada cubano siente, a cada minuto, las dos pasiones *juntas* y que en él una se exalta por la otra.

### **Final**

Después del sabotaje, se suprimieron las fiestas del carnaval que estaba celebrándose y se llevó a cabo una colecta nacional para comprar armas y aviones.

Algunos días antes, los aplausos y los gritos de la muchedumbre me habían descubierto en todos los asistentes la alegría revolucionaria de renovar el esplendor de una fiesta nacional. Después del siniestro, los grandes automóviles conservaban sus adornos chillones, su alegría exterior, pero cruzaban las calles oscuras con la lentitud de cortejos fúnebres y su música resonante estallaba por accesos en medio de un silencio ansioso.

Creo que esa última imagen nocturna hará comprender mejor que ninguna otra, la vida alegre y sombría de Cuba. El futuro deviene su esperanza: la Isla espera de él su salvación; pero también es su temor: puede saltar sobre ella como un ladrón.

Aquellos hombres en pleno trabajo, sin descuidar un solo instante su vigilancia, luchan por salvaguardar, bajo la amenaza extranjera, sus dos conquistas más preciosas: la libertad, desconocida hasta ahora en Cuba, que hicieron nacer y legítima sus reformas, y la nueva arca revolucionaria, la confianza y la amistad que los une entre sí. No veo que ningún pueblo pueda proponerse, hoy, un objetivo más urgente ni más digno de sus esfuerzos. Los cubanos deben triunfar o lo perderemos todo, hasta la esperanza.

("Huracán sobre el azúcar", en *Sartre visita a Cuba*,  
Colección Literatura, Edición Revolucionaria,  
La Habana, Cuba, 1961, pp. 57-244.)

## RINASCITA ENTREVISTA A SARTRE

**L**a entrevista con Jean-Paul Sartre que Rinascita presenta aquí, afronta el tema central del debate de ideas de hoy, en el campo de los intelectuales de izquierda: ¿qué debe entenderse por coexistencia y lucha ideológica?

La reunión de los escritores en Leningrado, realizada durante el verano último, ha profundizado sobre el tema. En la entrevista que ha concedido a nuestra revista, Sartre lo afronta bajo un perfil teórico y un perfil histórico, ofreciendo respuestas, como siempre, que se considerarán incluso, tal vez, parciales, o susceptibles de suscitar discusiones. Rinascita acogerá gustosa las contribuciones que en este sentido se le remitan.\*

*Rinascita:* ¿Qué entiende usted por “militarización de la cultura”?

*Sartre:* El marxismo, entendido como complejo cultural e ideológico, y no sólo en el terreno práctico, se contrapone a un complejo bastante vago, que es la ideología burguesa. Yo considero que toda contradicción presupone una unidad; en otras palabras, que es imposible que el marxismo se contraponga a la cultura burguesa y, recíprocamente, que es imposible que se combatan, como es necesario, sobre el terreno ideológico, si no suponemos una unidad, que no es unidad de ideas, sino que consiste en relaciones unitarias entre los hombres, acercamientos, contactos, discusiones, “entrada en juego” de ideas o de conceptos.

Lo que yo llamo “militarización de la cultura” no es la lucha ideológica, sino, al contrario, la separación. Si, como sucede en ciertos países occidentales, se prohíbe rigurosamente todo lo que es marxista, libros, enseñanzas; si se da lugar a este corte, y si, recíprocamente, el marxismo

---

\* Con esta nota introductora publicó *Rinascita* la entrevista hecha a Jean-Paul Sartre, que reproducimos en este número (inaugurando la sección de “Entrevistas” de *Unión*) por estimar que contiene interesantes aportes del gran escritor francés.

rechaza tener en cuenta cierto número de experiencias que —aunque se hagan, frecuentemente, contra él— contienen un elemento de realidad, porque aceptan llegar a algunos resultados, entonces tenemos que vérnoslas con dos culturas “despedazadas”.

La lucha entre las ideas, que debe desarrollarse continuamente en el descubrimiento, en el conocimiento, en los libros, en el arte, queda bloqueada. Cada uno se queda con su propia cultura y declara que no existen otras.

Yo llamo a esto “militarización de la cultura” porque, si no se discute ya, cada bloque no tiene más que un medio para defender su cultura: los cañonazos. No es esto ciertamente lo que quiere el mundo socialista, pero sí, lo que quieren algunas fuerzas occidentales. Estoy convencido de que, a la larga, el mundo socialista prevalecerá; pero, incluso por esto, es necesario que la confrontación se produzca.

*Rinascita:* ¿Querría darnos un ejemplo de la confrontación de ideas que sería particularmente favorable al marxismo?

*Sartre:* Tomemos el psicoanálisis. En general, se ve con malos ojos en la Unión Soviética. Yo mismo, también desconfío del psicoanálisis cuando sale del campo teórico-práctico y pretende ofrecer una metafísica del inconveniente e, incluso, las bases de una sociología general.

Pero, en verdad, acepto que el psicoanálisis tenga una salida sobre el terreno social. El análisis muestra la importancia de la historia del niño, y ésta depende de la historia de la familia, que, a su vez, refleja la estructura de la sociedad y las instituciones. Hay, pues, mucho que ganar en la confrontación entre psicoanálisis y marxismo; no, claro está, para que se queden en sus posiciones, sino porque el marxismo puede absorber y, a su vez, restituir estas ideas y estos métodos bajo una forma que, además, enriquecerá el psicoanálisis burgués y lo destruirá en la medida en que siga como tal.

*Rinascita:* Partiendo de este ejemplo, ¿puede precisarnos qué entiende usted por “unidad de la cultura”?

*Sartre:* Como ven, no es una coexistencia inerte y apagada. En el terreno económico, “coexistencia pacífica” significa “competencia”. Y también la competencia constituye una lucha. La coexistencia debe tener dos características: una es cierta relación que será preciso mantener entre las naciones que quieran coexistir, y la otra, que en una competencia muy reñida, vencerá el más fuerte.

No veo por qué deba cambiarse este esquema cuando hablamos de cultura. Si definimos la coexistencia cultural como separación e inercia,

yo digo entonces que estamos ante una militarización de la cultura. Si, al contrario, queremos decir que es una lucha de competencia en el interior de una unidad, digo que estamos ante una forma cultural de la coexistencia pacífica. Es necesario impedir que las ideas se utilicen para la guerra; es necesario subrayar que el conflicto ideológico real no se expresa, en nuestros días, como guerra entre las culturas.

En otras palabras, me parece que esta coexistencia pacífica consiste en volver a la vieja noción de “lucha contra las ideas por medio de las ideas”. Bien entendido, la idea resulta esencialmente práctica: depende de un contexto político y social. Por eso, nosotros no pretendemos que la lucha de las ideas sea suficiente, sino que afirmamos que, incluso en cuanto a la superestructura, haya una relativa autonomía de la cultura, y que si se la utiliza a nivel de la contraposición militar entre los bloques, pierde su autonomía, su sentido e, incluso, su eficacia.

*Rinascita*: ¿Cuáles son, según usted, las causas de esta militarización de la cultura? ¿Es necesario culpar, en Occidente, a la guerra fría? ¿Y en el sistema socialista, al culto a la personalidad?

*Sartre*: Creo que la cultura se ha militarizado en el momento en que la lucha ideológica ha cesado de ser un conflicto directo sobre el propio terreno; es decir, a partir del momento en el cual se ha planteado un problema revolucionario universal, el problema de la guerra entre los dos bloques: la revolución se ha ligado a la guerra. Pienso que la unidad del mundo ha hecho nacer la militarización de la cultura. Esta unidad, en efecto, ha hecho surgir una nueva contradicción: la de los dos bloques, lo cual durante algunos años ha hecho disminuir la importancia de los movimientos revolucionarios nacionales.

En ese punto ha cesado la confrontación entre las ideologías. Antes del año 1939, en Francia, por ejemplo, el pensamiento revolucionario quería combatir directamente las producciones de la ideología burguesa. Después de 1945, todo se ha centralizado, tanto por una parte como por la otra, y la lucha cultural está totalmente condicionada por las grandes partidas de ajedrez que se desarrollan a todos los niveles del plano internacional. Hoy, la situación se ha transformado de nuevo, afortunadamente; sobre todo, desde que se ha visto que un país como Cuba podía hacer su Revolución a dos pasos de Estados Unidos.

Ustedes han hablado del culto a la personalidad. Esto ha tenido su influencia. Pero yo creo que el endurecimiento de los soviéticos en lo referente a la cultura se origina en la visión que ellos han tenido, hacia los años 1935-1936, de que la guerra mundial sustituiría a la transformación

del mundo mediante crisis y revoluciones nacionales. Lo que debía triunfar eran las armas; y es cierto que en la URSS se ha temido debilitarse por la introducción de ideas extranjeras, aunque fuera para combatir las. Y esto se debía a que, en efecto, la URSS era, en aquel tiempo, una potencia asediada. En mi opinión, lo importante es sobre todo la transformación de la idea revolucionaria en la idea fatalista de una revolución producida por la guerra. Al contrario de lo que sucede hoy, cuando se considera que la misma evolución y la competencia juegan en favor del marxismo y del comunismo, y cuando se cree que no hay conflicto que no resulte evitable, en este momento histórico particular las discusiones pueden renacer en una atmósfera distinta.

En un caso, pues, se produce el retraimiento, porque se siente la amenaza de la guerra, la amenaza de la destrucción y no se quiere arriesgar la más mínima resquebrajadura, no se aceptan las ideas porque pueden ser un veneno. En el otro caso, por el contrario, se trata de expandirse y de probar, en la competencia, que el valor real está de parte del marxismo.

*Rinascita*: ¿Por qué dice usted que estamos en un momento histórico particular?

*Sartre*: Porque precisamente el mundo socialista, en vez de prepararse para la guerra, se esfuerza por evitarla. ¿Qué es lo que se hace cuando se está en guerra o en peligro de guerra? Se trata de que no se infiltre una quinta columna.

El punto de vista de la guerra es, por tanto, el del rechazo. Culturalmente, la guerra aliena la cultura del país que se prepara para batirse. La sociedad militar es cerrada y su cultura enteramente condicionada a la preparación del conflicto. Cuando, en cambio, se está en un período que rechaza la guerra, debe mantenerse una unidad, pero una unidad agonística. Precisamente por esto, la cultura marxista debe estar en expansión; o sea, debe tomar cosas a los burgueses y restituir las como cosas marxistas: tomar de la sociología norteamericana lo que tiene de bueno, separar lo que tiene de malo, establecer por medio de la ideología marxista el descubrimiento o los estudios de los hechos, esto representa un proceso interno para el marxismo y una amenaza para la cultura burguesa.

Estamos, pues, en un período en el cual realmente se pone el acento sobre la expansión cultural. Nuestra iniciativa no puede, pues, considerarse, como a veces ha sucedido, por incompreensión, como un capricho gratuito y peligroso. Se trata, para los hombres de cultura, de integrarse a un movimiento que ya se está formando. Un acercamiento en la lucha impli-

ca un constante enriquecimiento del punto de vista marxista y para los burgueses, un “enriquecimiento destructivo”; es decir, para luchar contra una interpretación o una explicación marxista, ellos están obligados a una elaboración más compleja de la que poseen, pero, con ello, se acercan un poco más cada vez a la interpretación que rechazan, y esto podrá, a su vez, ser absorbido por el marxismo, que se enriquecerá con ello.

En la época de la competencia cultural, la ideología marxista puede desplegarse y lograr la victoria, no por revisionismo, sino por su propia situación; “resistía” durante el período de la guerra fría, debe “capturar” en el período de la competencia.

*Rinascita:* ¿Por qué usted afirma que la competencia de las ideologías debe necesariamente redundar en provecho del marxismo?

*Sartre:* Primero, le diré que, en realidad, no estamos frente a dos ideologías. Hay una ideología, estructurada, completa, que es el marxismo; que se encuentra en condiciones de explicar los hechos en su totalidad, partiendo de su base. Por la otra parte, hay trabajos diversos, a veces extremadamente interesantes, y, algunas veces, son incluso objeto de envidia por parte de los hombres de cultura de los países socialistas, pero son trabajos que no corresponden a una ideología coherente, por la sencilla razón de que la ideología burguesa, en el momento actual, está en plena disolución. Hay tendencias burguesas, y cosas que los ambientes burgueses quieren conservar, pero en ninguna parte se nos ofrece un complejo teórico-práctico en condiciones de contraponerse al marxismo. Nos encontramos, pues, en presencia de ideas dispersas, sin ninguna clase de cohesión efectiva.

Frente a esto, existe un sistema. Pero, me dirán, eso no basta, pues el sistema puede ser erróneo. Lo que quiero decir es que la ideología marxista es la ideología reclamada por los hechos; la más simple y la más global: a partir del momento en que se ha comprendido que en la base está la necesidad, y las técnicas que permiten satisfacer, y que partiendo de esto nos hallamos en condiciones de comprender dialécticamente todas las relaciones humanas en el orden de su aparición, a partir de ese momento puede esperarse poder explicar la totalidad.

Entre las ideologías que ha producido la burguesía y el marxismo, hay una diferencia de método, que se refiere al orden de los problemas; las ideologías burguesas parten de la idea, del sentimiento, o del acto, a cierto nivel, y por ello les resulta imposible alcanzar el instrumento, la necesidad o las estructuras sociales de la base. A la inversa, el marxismo es un sistema que a partir de las realidades de la base se eleva tranquilamente

hasta las realidades culturales. Por ejemplo, partiendo del marxismo, no se puede “fallar el encuentro” con la cultura, salvo que se trate de un marxismo absolutamente elemental que niegue a las superestructuras una lógica interna, y que las considere como la cuota de reflejos absolutamente inerte de la estructura. Este tipo de marxismo no está muy extendido; pero desde el momento en que se considera que las superestructuras están condicionadas por la base y que poseen su dialéctica interna, y su propio modo de situarse con respecto al curso general de las cosas, resulta imposible rechazar el marxismo. He aquí por qué esta teoría es radical. Spinoza decía que una idea falsa no es más que una idea incompleta. En este sentido, las ideas de la cultura burguesa son falsas; y su naturaleza es no poder completarse. Muchas veces, investigaciones excelentes terminan en conclusiones que se quedan “en el aire”, por no aceptar a radicarse en el hecho elemental y fundamental de la necesidad, de la obligación para el hombre de reproducir la propia vida. En consecuencia es imposible que una idea elimine sus determinaciones negativas y trate de completarse sin encontrarse de nuevo en una perspectiva marxista.

*Rinascita:* ¿Puede darnos un ejemplo para ilustrar esta idea?

*Sartre:* Podemos tomar a Kafka. Checoslovaquia lo ha declarado ahora un escritor popular, y un burgués víctima de la estructura de la burguesía ciega, de la estructura de la comunidad particular de Praga, condicionada por las relaciones entre judíos y no judíos. Esto no implica, en efecto, que deba olvidarse el problema religioso íntimo de Kafka: de su interioridad y de su dialéctica particular; simplemente, lo hemos “alejado”; es decir, lo hemos colocado de nuevo en una visión total del hombre histórico.

*Rinascita:* Usted parece creer que la idea de “coexistencia pacífica” vaya más allá del problema de las relaciones entre gobiernos...

*Sartre:* Exactamente. La coexistencia pacífica no es una simple política oportunista que, día tras día, se contenta con evitar la guerra. Me parece que es un nuevo impulso revolucionario. Se trata de extender la revolución en un contexto de paz. En el Congreso por la Paz, en Moscú, hemos establecido el principio de los contactos entre intelectuales de todo el mundo. La paz es el sentido político de nuestra iniciativa. No consideramos esto como un provecho que nosotros, escritores, podremos derivar de la eliminación de la tensión, tratando de obtener que de ésta venga también la desmilitarización de la cultura, sino como un medio entre otros para favorecer la eliminación de la tensión, y de todos modos para oponernos a la guerra fría. Pero no se nos suben las cosas a la cabeza. Sabemos muy bien que no somos nosotros, un puñado de intelectuales de

todos los países, quienes lograremos ese cambio. Sin embargo, seguimos esa corriente, en el sentido de que, siendo la perspectiva la competencia pacífica en todos los campos, nosotros vamos en esta dirección, luchando primordialmente por la paz. Nuestra manera de laborar por la paz es intentar, al menos, darle la fisonomía cultural que debe tener; o sea, la de la competencia entre las ideas.

(“*Rinascita* entrevista a Sartre”, en revista *Unión*, año III, no. 1, Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, La Habana, Cuba, enero-marzo de 1964, pp. 149-156.)



# ENCUESTA A JEAN-PAUL SARTRE

*El famoso filósofo francés J.- P. S. se disponía a visitar La Habana como un miembro más del Congreso Cultural. Sartre enfermó y no pudo asistir. Reproducimos la encuesta que Sartre contestara en París.*

*P.* ¿Qué importancia concede al Congreso Cultural de La Habana?

*R.* Ese Congreso tiene mucha importancia. Puedo decir que es imprescindible. En efecto, el conjunto de países que han sido —como dice Carmichael— superexplotados, y que han luchado o luchan por su independencia, enfrentan un problema cultural muy grave, pues la cultura es parte de la personalidad nacional.

Ese problema se produce porque los opresores imperialistas, colonialistas, les han impuesto una cultura ajena, como también a veces un lenguaje ajeno, y por ello, su victoria y la recuperación de sus propias personalidades implican que ellos mismos produzcan esta cultura, cultura en contradicción con algunos elementos que quedan de la antigua dominación.

He ahí, pues, un problema muy grave y, a mi parecer, un debate internacional es muy importante para los países hoy independientes, porque, no obstante las diferencias, el conjunto subrayará por esas mismas diferencias ciertos problemas y decisiones que, en el terreno cultural, estos Estados habrán de plantearse y solucionar.

*P.* ¿Qué opina de los factores que actúan sobre la cultura nacional de un país subdesarrollado?

*R.* Justamente pienso que hay problemas muy difíciles, y que han de resolverse antes que todo; por ejemplo, el problema de la lengua.

No cabe duda de que el África llamada francófona sólo es francófona porque fue colonizada y se le impuso esa lengua. ¿Puede una entre ellas servir realmente de vínculo? ¿Ha de trabajarse esta lengua para permitir la expresión de una poesía, de una literatura, así como la reflexión filosófica, etcétera? Éstos son problemas que me parecen muy importantes.

Por mi parte, los africanos que he encontrado siempre me han dicho su gran dificultad: pensar en una lengua que no es francés, pues los han obligado a hablar en francés. Es decir, a expresar su pensamiento propio, que surge de la personalidad nacional, en la lengua francesa, lengua forja-

da aquí en Europa por un pueblo muy antiguo y no responde a sus aspiraciones. Esto constituye, por ejemplo, un problema básico.

Otro problema que influye sobre el desarrollo de la cultura, es que esta cultura debe, naturalmente, tender a expresar no sólo la personalidad nacional de un pueblo, sino también su movimiento hacia la independencia e, incluso, un movimiento revolucionario hacia una sociedad socialista.

Este movimiento, que ha de expresarse en las obras, a menudo fracasa por la existencia de esquemas colonialistas todavía imperantes. Por ejemplo, puede fracasar de dos maneras: esquemas como la lengua, las ideologías importadas que no convienen al pueblo, pueden simplemente oponerse como frenos a la toma de conciencia y al desarrollo literario artístico. Es la primera forma, directa. Pero la segunda, también muy grave, es que al ser todas ideologías impuestas puede surgir una tendencia calificada en las sociedades culturalistas de contraculturación, y consiste en rehusarlo todo sin saber, una vez ya expulsados los colonos, si no existe algo más universal y que pueda adoptarse.

Nos encontramos, pues, ante una contradicción: esa cultura ha de forjarse ella misma, pero está frenada por residuos de la colonización o del imperialismo, y al mismo tiempo rechaza esos residuos, los aparta, mientras que si en vez de colonialismo hubiese habido una libre comunicación de igualdad entre los pueblos, hubiese habido también, como siempre sucede, aporte de las culturas de esos países a la nuestra y aporte nuestro a esas culturas. Así, por ejemplo, nosotros, franceses, quienes hemos impuesto ideología y cultura a los africanos, hemos estado profundamente influidos por su cultura.

No cabe duda que el llamado arte negro en 1900 ha tenido una enorme influencia en todo el desarrollo de la pintura e, indirectamente, en la literatura. Pero entonces, en plano de igualdad, hubiera podido haber osmosis; es decir, los africanos hubiesen podido tomar algo nuestro que les conviniese. Sin embargo, la violencia colonialista ha hecho que nosotros, los agresores, pudiéramos tomar su cultura, pues no nos la imponían, mientras que ellos no podían. Es también un problema que se habrá de resolver.

*P.* ¿Cómo y en qué medida piensa usted que un intelectual de un país industrializado puede compenetrarse con el medio y los problemas de un intelectual de un país subdesarrollado?

*R.* Creo, ante todo, que debe participar de manera directa e indirecta en la lucha política o social de esos países, de lo contrario es totalmente imposible a un europeo, por ejemplo, comprender algo. Si participa en la lucha política —la política es también una cultura—, si participa en esa

lucha, si ve entonces cómo puede comprender el desarrollo de otras formas superestructurales de cultura.

Por ejemplo, no cabe duda que en la medida en que he visto cómo iba desarrollándose la Revolución en Cuba y que, gracias a los cubanos, he podido estando allí ver el tipo mismo de desarrollo revolucionario cubano, puedo comprender mejor el tipo de obra y de cultura artística que los cubanos se dan. Evidentemente, esa cultura depende de la Revolución, la cual, a su vez, depende de las circunstancias que la rodean.

En el caso de Cuba resulta muy importante ver, por ejemplo, que la cultura debe salir naturalmente de la negación de la cultura yanqui impuesta, pero que ha de reanudar lazos —que yo ignoro y que ella decidirá con la antigua cultura española, aunque los españoles hayan sido los primeros opresores—. No cabe duda de que en esa cultura encontrará una cultura y un pasado que le permitirá ir mucho más lejos.

Es necesario hablar con hombres de cultura de esos países, como se hace en Cuba extensa y frecuentemente, y se ha de hablar con la perspectiva política que se hace una revolución. A partir de eso puede comprenderse el problema de la tradición, un problema muy grave en todos esos países donde existen tradiciones, a veces admirables, pero donde 20 o 50 años de explotación y de superexplotación les han hecho en cierto aspecto romper con la tradición.

Resulta terrible ver que en algunos países árabes colonizados durante mucho tiempo, el árabe es casi una lengua muerta por culpa de los colonos, mientras que sigue siendo una lengua viva en el país vecino que no sufrió la misma opresión. Son todos esos problemas de la tradición, la personalidad cultural, el esfuerzo revolucionario, que el europeo debe comprender en su conjunto, sin ello, no entiende nada.

Si un europeo se interesa en una tradición africana, sin comprender el movimiento político en que se inscribe esa tradición, no es sino un admirador del pasado o no la capta sino para utilizarla como artista europeo, pero sin comprender con perspectiva que desembocará en una cultura revolucionaria.

*P.* ¿Qué piensa de los intercambios entre países industrializados y subdesarrollados en el campo de la cultura?

*R.* Los intercambios son importantes a condición de que de ambas partes haya mucho cuidado. Debe evitarse que ciertos modelos que hoy convienen a sociedades burguesas y muy desarrolladas, puedan tentar a gente de un país que construye su desarrollo y que lo construye en la perspectiva socialista.

Creo que, en lo referente a los representantes de culturas industriales, nuestro papel en el intercambio debe ser ante todo negativo, debemos tratar de destruir todos los elementos ideológicos que puedan quedar de nuestra colonización, de nuestra agresión, y al destruirlos acaso puedan sacarse algunas ideas que complazcan a la nación. No hemos de aportar ideas, hemos de liquidar nuestro pasado de modo, que los países que nos acojan capten a través de nosotros nuestra cultura; cultura que de ninguna forma puede convenir a un país en vías de socialización y de desarrollo. La capten con una especie de realidad amistosamente mostrada, pero no impuesta. Si en ese aspecto llegamos a ello, creo que habremos hecho el máximo de lo que puede hacerse.

En cuanto a nosotros, es evidente que de cierto modo no podemos encontrar tipos culturales que convengan, pues vivimos en un mundo que ha producido su propia cultura. Pero me parece que podemos, a partir de la cultura revolucionaria de esos países, tomar cierta distancia acerca de nuestra cultura.

Estimo que vista por cubanos, por latinoamericanos, por africanos o asiáticos, nuestra cultura europea resulta algo totalmente exterior, en que descubren algunos elementos que se nos escapan a nosotros. Y al participar en esos encuentros con todos esos hombres, nosotros, intelectuales europeos, oiremos hablar de nuestra cultura de esa manera, y aprenderemos de esa manera, de forma que, al regresar, seguiremos dentro de ella, pero entonces un poco fuera, lo que nos permitirá hacerla progresar porque veremos lo que es ella como objeto para los demás, mientras que nosotros, al estar dentro, la vemos en la actualidad como una especie de ambiente.

Eso resulta muy importante para nosotros. Añado que un europeo puede tener acceso directo a la cultura de un país en desarrollo; acceso directo que siempre he sentido. Hay cosas que atraen, que seducen enseñada, y que entonces nos aportan un provecho directo.

Hablé antes de África, adonde íbamos como colonos, de la enorme influencia de la cultura africana sobre nosotros. Eso se hizo directamente, y se hizo siendo los hombres que iban allá racistas y despreciativos acerca de todo lo indígena.

*P.* ¿Cómo considera usted el papel del intelectual en una época de tragedias como la que sucede en Viet Nam?

*R.* Primero, como ciudadano, el intelectual ha de participar en todas las acciones de masa que desalientan o intentan desalentar a los norte-

americanos, actuando no sobre el imperialismo sino sobre la juventud, sobre esa fracción de la juventud norteamericana opuesta a la guerra de Viet Nam. Eso es lo primero.

Ahora bien, si usted piensa que el intelectual, por su función, tiene deberes particulares, entonces diré que ha de explicar el sentido de esa guerra, ha de explicar la forma en que se desarrolla y cómo puede lucharse contra ella.

El intelectual ha de utilizar su función teórico-práctica, porque creo que hoy en día un intelectual no puede ser un contemplativo, un monje. Un intelectual es un hombre comprometido por lo que dice, comprometido socialmente, y su primera función es, a mi parecer, analizar el hecho, mostrar hasta dónde ha llegado Estados Unidos, cuál es su objetivo, qué medios emplean para lograrlo y también qué tipo de acción puede emprenderse, contra ellos, aunque esto último sea más bien el político quien lo decide.

Pero, en segundo lugar, el intelectual también debe comprobar los hechos y comprobarlos con el principio del derecho internacional, por ejemplo, o con otros principios firmes, para determinar luego si sólo se trata de una guerra molesta, desagradable, o si se están cometiendo crímenes de guerra en ese conflicto bélico.

El intelectual ha de dedicarse, como lo hemos dicho en el Tribunal Russell, a determinar si puede o no acusarse a Estados Unidos de genocidio en Viet Nam, hemos llegado a la conclusión de que el genocidio es evidente. A partir de eso se ha de luchar por la difusión de esas ideas. Porque creo que la gente comprende mejor cuando se le presentan hechos irrefutables, y son los que hemos establecido.

Cuando a esos hechos se les califica a partir de categorías jurídicas precisas, la comprende mejor que cuando simplemente se la promueve a la indignación. Una indignación no basada en hechos precisos puede ir esfumándose.

Nuestro esfuerzo tiende, justamente, a mantener esa indignación, para que el pueblo francés, por ejemplo, no deje de saber que actualmente se está cometiendo genocidio, resulta imposible que la reacción no sea violenta y duradera.

Quiero también agregar que mucho me complace volver a Cuba, espero poder ver a Fidel Castro, quien para mí, además de un gran estadista, es también un amigo.

## Carta de Jean-Paul Sartre

Señor Ministro:

Sufro de artritis, la cual se agravó hasta el punto que mi médico me prohíbe dejar París. Quisiera decirle que trasmita al Congreso cuán profundamente lamento este contratiempo.

Es evidente que un europeo no puede ser más que testigo de este esfuerzo inmenso y tricontinental de los pueblos liberados, para definir ellos mismos los verdaderos problemas que plantea su subdesarrollo cultural. Pero pienso que para nosotros, ciudadanos de Europa, resultará una experiencia inolvidable ver afirmarse la emancipación cultural de naciones oprimidas desde hace mucho tiempo y culturalmente (por citar sólo este tipo de opresión) por el colonialismo y el imperialismo.

Estoy seguro que podríamos haber sacado de ello, lecciones para revivificar la cultura agonizante de nuestros países. Hubiese querido tomar parte del debate sobre un solo punto y preguntarme con todos los congresistas lo que podrían hacer en Europa los hombres de buena voluntad, impregnados de esa vieja cultura —para ellos de poco socorro, para las naciones ayer colonizadas, instrumento eficaz y aborrecido de nuestra opresión—, si quisieran ponerse al servicio de los jóvenes pueblos en su movimiento para crearse una cultura autónoma. Hubiese querido interrogarme ante los congresistas y preguntarme con ellos, si nuestra cultura —detestable y nociva cuando estaba impuesta— no podría, en el momento en que el libre cambio cultural se instaure entre naciones soberanas e iguales, considerarse en su lugar, sin superestimación ni subevaluación, como un instrumento molesto pero tal vez eficaz, que las naciones liberadas deberían utilizar y sobrepasar hacia su propia culminación cultural y revolucionaria. He aquí, desdichadamente, lo que me está rehusado. Pero le ruego, señor Ministro, tenga la amabilidad de asegurarme a los congresistas mi total solidaridad y el profundo interés con que seguiré desde lejos sus trabajos. Para mí, hombre de cultura, la cultura define al hombre cuando se ha liberado de la opresión y de la explotación. Pero, en el momento en que vivimos, cuando esas jóvenes libertades heroicamente conquistadas contra el imperialismo están todavía amenazadas, cuando la lucha estremecedora de Viet Nam contra el invasor norteamericano, testimonio de la suerte que les puede esperar y que mañana puede alcanzar a Europa, pueden cometerse errores muy comprensibles en el ardor del combate, pero que comprometerían por cierto tiempo el

desarrollo cultural de los hombres libres; es decir, su conocimiento lúcido de ellos mismos. Lo que yo deseaba, ante todo, era ver este Congreso, comprender los errores posibles, formularlos y liberarse de ellos. Lo hará, estoy seguro de ello. Sin mí, y es lo que lamento. Pero no necesita de nadie en Europa para fijar sus propios objetivos, y denunciar las desviaciones posibles.

Le ruego, señor Ministro, decirles a mis hermanos de África, de América Latina y de Asia que soy totalmente solidario de sus trabajos, que considero ese Congreso como un acontecimiento histórico y que deseo, no sólo para los tres continentes que ellos representan, sino también para Europa, que un éxito total corone sus esfuerzos.

Sírvase aceptar mis respetos, señor Ministro, así como la expresión de mi más alta consideración.

("Encuesta a Jean-Paul Sartre", en revista *Islas*, vol. X, no. 3, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, Cuba, julio-septiembre de 1968, pp. 21-27.)



## **Sartre y los tiempos modernos**







*En su casa de la Rue Bonaparte número 42.  
A sus espaldas la iglesia de Saint-Germain.*



*En el Café Flore, trabaja, mientras lo acompaña un grupo de actores.*



*Anne Marie Schweitzer,  
la madre; la mujer que  
él más amó.*



*Jean-Baptiste Sartre,  
el padre; un retrato en  
su cuarto.*



*A la edad de cinco años.*



*Promoción de 1924 de la Escuela Normal Superior. Señalados, de izquierda a derecha, Paul Nizan, Jean-Paul Sartre y Raymond Aron.*

*Paul Nizan, el comunista.*



*Enmanuel Monier, el católico.*



*Tres grandes filósofos y amigos de Sartre en la Escuela Normal Superior.*



*Raymond Aron, el liberal.*



*Sentado en una chimenea, con sus amigos de Escuela Normal Superior: Paul Nizan y Henriette Alphen.*



*En 1939, durante la guerra.*



*Durante sus estudios en la Escuela Normal Superior.*



*Simone de Beauvoir, su compañera inseparable, a quien llamaba “el Castor”, “Pequeño encantador Castor”, “Mi elegante Castor”. Simone alcanzó un reconocimiento universal por sus obras en defensa de la condición de la mujer.*



*Sartre y Simone en París, junio de 1929.*



*En Nueva York, durante su primera visita a Estados Unidos en 1945.  
Al fondo, el hotel Waldorf Astoria donde se alojó.*



*Sartre y Simone junto a los intelectuales soviéticos, durante la segunda visita del primero a la Unión Soviética en 1955. Al fondo, la Plaza Roja.*

*Sartre con Tito en Yugoslavia, 1960.  
Es la etapa del origen del Movimiento  
de los No Alineados*



*Sartre y Simone con Jruschov en Moscú, 1963.*



*Manifestación en la Plaza Maubert de París, 1ro. de noviembre de 1961. Sartre y Simone participan en ella contra el racismo.*



*Sartre en la presentación de su libro L'Affaire Henri Martin.*



*Manifestación en 1952 contra el general Ridgway.*

*El 7 de enero de 1962, una carga de explosivos plásticos estalla en la casa cita en la calle Bonaparte 42, donde vive Sartre. Se le atribuye a la OAS, en represalia por el apoyo de Sartre a la causa argelina.*





*En 1952, en el Café Procope de París, con Boris y Michelle Vian, y su inseparable Simone.*



*En 1970, Sartre y Simone defienden el periódico maoísta La Causa del Pueblo, rechazado por el gobierno.*



*Sartre y Simone, con otros intelectuales franceses.*



*Sartre y Simone con Picasso, 1944.*



*En los últimos años de su vida. Se mantiene como activo intelectual en defensa de la condición humana, el socialismo y la revolución.*





**SEGUNDA PARTE**  
**Sartre visto desde**  
**la Revolución cubana**



# EL MUNDO IDEOLÓGICO CUBANO DE 1959 A MARZO DE 1960

Fernando Martínez Heredia\*

**D**ebo admitir que solamente como estudioso puedo hablar de la visita de Jean-Paul Sartre a Cuba en 1960. No tengo vivencias de interés acerca de ella, excepto que leí, como tantos, su “Ideología y Revolución” —y quizá también la entrevista con escritores—, en uno de aquellos *Lunes de Revolución* que devoraba cada semana. Después leería su “Huracán sobre el azúcar”, en *Sartre visita a Cuba*, el libro cuya edición apareció antes de fin de año. Me simpatizaron su entusiasta y decidido apoyo a la Revolución y su capacidad para decir cosas profundas con palabras sencillas. Quedaron en mi memoria la foto en que están él y Simone de Beauvoir con el Che —fumando Sartre un tabaco en vez de su habitual cigarrillo—, y alguna otra imagen. Pero no me influyeron sus argumentos, su interpretación de la Revolución cubana, y eso me impresiona al advertirlo ahora, cuando pienso que en aquel momento yo estaba participando con el cuerpo y el alma en una agudísima lucha ideológica y política, y también estaba muy interesado en las definiciones de la Revolución.

Es cierto que no había leído nada de Sartre y carecía de formación teórica. Apenas comenzaba mis estudios universitarios, y en el tiempo que hurtaba al descanso, a mi trabajo y a las tareas, consumía —sin tasa ni método— a Keynes o Arciniegas, todas las obras de literatura e historia de América Latina y de Cuba que conseguía, los libros de texto de Derecho y de Ciencias Sociales y, sobre todo, los discursos de los líderes revolucionarios y las educadoras polémicas que se sucedían en los medios cubanos de entonces.

Si he hablado hasta aquí más bien de mí que de otra cosa, es sólo porque, en primer lugar, quiero señalar la diferencia que existe entre el complejo que forman los eventos cuando están sucediendo y las percep-

---

\* Doctor en Derecho, investigador titular en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y profesor titular adjunto en la Universidad de La Habana. Autor de importantes libros, ensayos y artículos, es Premio Ensayo Casa de las Américas 1989 y posee la Distinción por la Cultura Nacional.

ciones y apreciaciones que tienen de ellos quienes están viviéndolos, por una parte, y las interpretaciones y los juicios que se hacen de aquel complejo de hechos en momentos diferentes o en épocas posteriores; es decir, la materia de conocimientos y valoraciones que se construye a partir de aquéllos. Si esta sencilla cuestión de método fuera tenida más en cuenta, la comprensión de los procesos históricos resultaría mucho mayor y mejor.

Advierto otros dos problemas: es necesario darnos cuenta de a quiénes nos referimos cuando hablamos de las percepciones y apreciaciones que se tuvieron sobre un hecho determinado; es relevante que éste suceda o no en el momento oportuno. Sin hacer generalizaciones riesgosas, sospecho que la primera generación carente de experiencias intelectuales anteriores al triunfo revolucionario —los jóvenes de los primeros años 60—, valoraba las ideas, las corrientes de pensamiento y a sus portadores refiriéndolos a la praxis revolucionaria y a una concepción de ella que, aunque no estaba muy formulada, se fiaba sobre todo de sí misma. Los mismos cubanos que entonces eran famosos por su saber, que permanecieron en Cuba y hoy son admirados con justicia —Fernando Ortiz, Ramiro Guerra Sánchez, Emilio Roig y otros—, vivieron sus últimos años sin constituir guías para los jóvenes. Sartre tenía una fama bien ganada de filósofo y de defensor de las causas de liberación de otros pueblos, compartió aquí las jornadas febriles de cambios cotidianos y el suceso tremendo de *La Coubre*, y anduvo con Fidel. Es decir, podía contar con la simpatía y la admiración de todos los revolucionarios. Pero no eran muchos quienes podían seguir sus argumentos con provecho, y aún menos sus interlocutores.

Por otra parte, la oportunidad en que vino Sartre fue un momento impar. Si nos hubiera visitado año y medio después, se habría encontrado una fiebre de preparación militar, duros enfrentamientos, escaseces, salidas del país y una ideología que vivía su primera etapa de dogmatización y sectarismo en nombre del socialismo. Si su primera visita se hubiera diferido seis años, habría hallado un país en busca de la profundización independiente del socialismo y el comunismo, la plenitud de la herejía cubana. En el primer caso, probablemente habría sido más crítico, aunque apoyara la gesta de la defensa armada. En el segundo, casi seguro habría amado esa soberbia elección de un país entero que peleaba por la justicia y la libertad, y, a la vez, sus juicios y exigencias habrían resultado más profundos. Pero nada de eso sucedió. El hombre singular respecto de las banderas ideológicas de su país y Europa de aquel momento vino a Cuba en un momento singular de la historia ideológica de su Revolución.

Pero no es el francés el centro de mi trabajo aquí. Me toca el tema del mundo ideológico cubano en el tiempo de la visita de Sartre, y su relación con ella.

### 1. Postguerra, Tercer Mundo y Revolución cubana

Sartre llegó a Cuba el 22 de febrero de 1960, precisamente al inicio de los que iban a ser “los años 60”, famosos a escala mundial. Pero lo cierto es que en Cuba los 60 habían comenzado un año antes. El atractivo de la Revolución de los jóvenes barbudos, la informalidad sartorial del verde olivo, las fotos maravillosas, no eran solamente la epidermis de un evento deslumbrante que venía como a vengarse de las mezquindades y el mal gusto que habían invadido los años 50 como acta de consumación de un duro recorte. Los sacrificios gigantescos de los pueblos en la Segunda Guerra Mundial, el choque que pareció excluyente entre el fascismo y la libertad, la idea de que después de aquella guerra vendría un mundo nuevo, hicieron avanzar la conciencia y las capacidades de muchos millones de personas, pero gran parte de los frutos esperados no se consiguieron. Quince años después de 1945, las frustraciones se hacían visibles.

Estados Unidos alcanzó una enorme prosperidad interna y una preeminencia mundial avasalladora, que iba desde el dólar y las fuerzas armadas hasta el cine y la música popular; pero reprimió a sus capas progresistas, mantuvo el subdesarrollo de su política doméstica y se empleó en negocios transnacionales y en ser la policía planetaria, sin grandeza política ni moral. Su forma de capitalismo se volvió la dominante en lo material, y en muchos campos ideales, pero Estados Unidos era incapaz de proveer un avance del complejo cultural y la promesa de mejoramiento humano y social que se habían elaborado en casi dos siglos. La economía europea fue recuperándose y comenzó a expandirse, y los sistemas políticos se reorganizaron; mientras, el colonialismo europeo se empeñaba en sus últimos actos criminales, pero cedía ante las luchas de liberación y las identidades de numerosos pueblos, y ante el orden de una nueva fase del capitalismo. El pillaje se sustituía por las relaciones con ventaja y el neocolonialismo. Perdida la iniciativa histórica, la Europa capitalista evitó cambios sociales radicales —aunque resultó inevitable la construcción de pactos sociales—, se subordinó a la superpotencia norteamericana en busca del equilibrio frente a la URSS y de la consolidación de sus regímenes, e inició un camino de integración regional.

La URSS, destrozada por la guerra, llegó, sin embargo, al cenit de su prestigio mundial, por su papel protagónico contra el nazismo y porque la promesa socialista pareció a la orden del día, cuando tantos pueblos exigían justicia social, verdadera democracia y fin del colonialismo y el racismo.<sup>1</sup> Reconstruido el país tras un esfuerzo ciclópeo, el tránsito desde el régimen stalinista —marcado por la esperanza del 20º Congreso del PCUS, en 1956— pacificó la política, pero no democratizó a la URSS ni transformó la ideología autoritaria y dogmática. La razón de Estado seguía guiando la actuación internacional soviética. Esos rasgos negativos presidían sus orientaciones y su influencia en el movimiento comunista internacional y en los medios sociales y culturales afines. En medio de la puja de la guerra fría, el Informe Jruschov fue agujereado por los cañonazos de Budapest. La URSS salió al cosmos y a los mares del mundo, pero las Declaraciones de las Conferencias de los Partidos Comunistas de 1957 y 1960, constituían el ropaje retórico de una política regida por el interés estatal soviético, la geopolítica de las potencias, el reformismo político y la desorientación en cuestiones fundamentales de las luchas en cada país contra el capitalismo, el colonialismo y el neocolonialismo, y eran la respuesta al crecimiento de graves disensiones.<sup>2</sup> La dirección soviética dilapidó la posibilidad de ejercer un liderazgo moral y político —cultural— frente a un capitalismo desprestigiado por los eventos del fascismo y un colonialismo en retirada. Se produjo así un segundo desencuentro del movimiento y las ideas comunistas con fuerzas y ansias sociales, políticas y de pensamiento opuestas al sistema, más trágico que el primero —el de los años 20-30—, por ser más evitable.

Otro mundo se estaba configurando, frente a aquellos dos mundos. Desde el fin de la gran contienda, en todo el ámbito colonial se abrieron paso las exigencias de autodeterminación, y las luchas, presiones y negociaciones resultaron las vías para la aparición de docenas de nuevos Esta-

---

<sup>1</sup> Un ejemplo de esa expectativa, en el caso de intelectuales, es la exposición que hace Albert Einstein de la necesidad de que el mundo pase al socialismo, en un artículo de ideas muy profundas. (“¿Por qué el socialismo?”, en *Monthly Review* no. 1, New York, vo. 1, 1948.)

<sup>2</sup> “Lo que estaba sobreviniendo en la práctica —junto a renovaciones más o menos efectivas— era una diversificación inevitable ante la emergencia de necesidades, aspiraciones y situaciones nuevas en todo el mundo, y también una escisión del campo socialista que hizo de las divergencias chino-soviéticas el teatro de una confrontación agudísima que perjudicó duramente al movimiento revolucionario en el mundo”. (Fernando Martínez Heredia: *Che, el socialismo y el comunismo*, Casa de las Américas, La Habana, 1989, pp. 47-48.)

dos. Setenta años después del Congreso de Berlín de 1885 —la apoteosis del colonialismo—, en la I Conferencia de Solidaridad Afroasiática celebrada en Bandung se reunió por primera vez otro tipo de estadistas y líderes, de 29 Estados y seis movimientos de liberación. Bandung devino el punto de partida de una política internacional que universalizó la ONU y legitimó la autodeterminación y la descolonización, por las vías que fueran necesarias. Había surgido el término “tercer mundo”, y el tercermundismo ganó espacios y adeptos como fórmula de políticas y de alianzas, y también como opción frente a las grandes potencias, el imperialismo y la cultura eurocentrista. Muy pronto empezó a ser también una opción para las ideas de izquierda, y para movimientos de liberación y socialistas que no quisieran someterse al eurocentrismo.

Globalmente asumible como una entidad, las realidades en Asia, África y América Latina y el Caribe eran, no obstante, sumamente heterogéneas, y muy disímiles las posiciones, intereses, culturas y proyectos que albergaban. Lo más avanzado de aquel mundo —a mi juicio— fueron las revoluciones de liberación, porque ellas se proponían cambios profundos de las personas; a la vez que cambiaban las relaciones fundamentales de dominación social y nacional. La situación reproducida sistemáticamente por el sistema capitalista en esos países, no podía superarse mediante evoluciones dentro de sus reglas de funcionamiento, ni los poderes imperialistas lo consideraban permisible. Y las personas colonizadas que esos producen regímenes no serían capaces de sentir, pensar e intentar la liberación y el cambio de su mundo, sino rompían con las camisas de fuerza y los encantamientos de su condición. La revolución, esa violentación a fondo del orden vigente y las conductas esperables, esa ruptura abrupta de los límites de lo posible, devenía la solución. Desde China hasta Cuba, las prácticas revolucionarias aportaron el suelo para un nuevo planteo de la vieja aspiración de liberación social y humana. En los países capitalistas desarrollados hubo personas como Jean-Paul Sartre, que fueron sensibles y supieron entender los cambios de lugar y de circunstancias de la promesa revolucionaria.

Hacia 1960, la soberbia y el racismo colonialistas habían perdido terreno, y se afirmaba la convicción de que una enorme parte del planeta no estaba habitada por sombras que eran materia de antropólogos y modas. La idea de que el triunfo de la Revolución china constituía un engendro soviético y la pretensión de que un general y una enfermera franceses fueran los héroes de Dien Bien-Phu —y no los abnegados soldados de Giap y Ho Chi-Mihn—, pertenecían a un modo de mandar que sólo podía creerse

fuerte por la existencia de la “guerra fría”. Y ésta comenzaba a ponerse en cuestión, aunque tímidamente, a partir de 1959.

Entonces aconteció el triunfo de la Revolución cubana, que conmovió a toda América Latina e interesó a muchos a escala mundial. En un lugar muy estratégico, un pequeño país con una densa historia realizaría la primera revolución socialista autóctona de Occidente, un proceso socialista de liberación nacional. Pero nada de esto era expreso o seguro a inicios de 1960. En el ámbito regional, el triunfo cubano se vio de inicio como una victoria de la democracia contra la dictadura, otra jornada favorable después del enero venezolano de 1958, frente a las viejas dictaduras de Trujillo y Somoza, y las recientes, creadas o renovadas durante diez años al amparo de la guerra fría. Las visitas de Fidel en el continente alentaban la idea de un latinoamericanismo en el cual podían coincidir —y colaborar— Estados y dirigentes diversos, incluso los que estaban lejos de pretender cambios radicales en sus países, pero la Revolución cubana pronto comenzó a mostrar su esencia subversiva. Un poder realmente independiente lanzaba, una tras otra, las leyes que cambiarían la estructura y las relaciones sociales fundamentales del país, y procedía a aplicarlas, con una amplísima participación popular. Invocaba las necesidades del pueblo y la soberanía nacional, se confería rango constituyente y movilizaba una y otra vez al pueblo, para realizar las nuevas tareas y para reconocerse como tal y mostrar su fuerza, orgulloso de encontrar un destino muy trascendente que debía conquistarse sin dilaciones.

A pesar de la soberbia que ciega y del estupor que acompaña a toda novedad, Estados Unidos advirtió desde temprano el riesgo —aunque acaso no su magnitud—, y se aprestó a impedir o derrocar al régimen revolucionario. De las primeras campañas de propaganda —como fue el caso de los fusilamientos— y el duro rechazo a la Ley de Reforma Agraria de mayo de 1959, pasó a una escalada que apeló a fomentar deserciones, conspiraciones contrarrevolucionarias y los primeros actos de sabotaje. Sartre vivió en Cuba la tarde terrible del 3 de marzo de 1960 y la determinación revolucionaria de un pueblo entero en el entierro de los mártires de *La Coubre*, y dejó escritas en seis páginas de dolor y reflexiones su emoción y su comprensión del significado del evento y de los retos mortales que enfrenta una revolución verdadera.<sup>3</sup> Todavía estaba en Cuba el día 17, cuando el presidente D. D. Eisenhower firmó el Programa de Acción En-

---

<sup>3</sup> J.-P. Sartre: “Huracán sobre el azúcar”, en *Sartre visita a Cuba*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1960, pp. 238-243.

cubierta, que disponía y organizaba la agresión a otro país con el cual el suyo no estaba en guerra, sin invocar ni respetar ley alguna. Con frialdad administrativa, ese programa detallaba las cuatro direcciones de la acción, terrorismo de Estado que culminaría en la batalla de Girón. Para ser, la Revolución cubana tendría que ser antimperalista. Pero aquellos planes no eran aún de dominio público al inicio de 1960, y más que el reto mortal que se intuía, constituían temas de debate si la Revolución iba o no hacia el comunismo, si atacaría o no a la fe católica, si a Cuba le resultaba posible organizarse de una manera más justa y sobrevivir frente a una enemistad norteamericana.

La rebeldía y el poder cubanos concitaron una inmensa ola de simpatía entre los pueblos de América Latina, que abarcó a medios políticos avanzados y movimientos sociales combativos, pero también a multitud de personas no organizadas. Entre los primeros, impactó sobre todo a jóvenes que quisieron cambiar sus organismos o fundaron otros nuevos, con objetivos radicales. La vía armada para hacer realidad los ideales de cambios adquirió de súbito un gran prestigio. En un medio más general, Cuba en revolución era noticia diaria. Constituía una esperanza y un ejemplo para todos los que deseaban democracia política unida a justicia social, y ofrecía una opción en español para los proyectos sociales y de mejoramiento humano en este continente. También empezaba a ayudar en la identificación del enemigo, porque agregaba a las experiencias de intervencionismo imperialista en Guatemala de 1954 y en otros muchos lugares, la interrogante de si Estados Unidos respetaría al proceso autóctono de un pequeño país latinoamericano que ansiaba tener soberanía plena y poner a su pueblo en posesión de los recursos de su país. Pronto aparecería la consigna “Cuba sí / yanquis no”.

## 2. La sociedad cubana antes del triunfo de la Revolución

En numerosas ocasiones y textos he abordado el tema de los extraordinarios eventos vividos por los cubanos entre 1958 y 1961-1962. No debo intentar resumirme aquí, y acerca del proceso ideológico de ese período casi no existen obras de análisis a las cuales referirse.<sup>4</sup> De manera sintéti-

---

<sup>4</sup> De mis trabajos, me limito a mencionar “El ejercicio de pensar” (*El Caimán Bardudo*, no. 11, La Habana, febrero de 1967), “Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia” (*Cuadernos de Nuestra América*, no. 17, La Habana, julio/diciembre de 1991, pp. 124-148), “Izquierda y marxismo en Cuba” (1995. *El corrimiento hacia el rojo*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2001, pp. 82-114) y “La fuerza del pueblo” (*Temas*, no. 16-17, La Habana, octubre de 1998-junio de 1999, pp. 82-93).

ca, sólo apuntaré cierto número de hechos y de criterios que pueden ayudar a enmarcar el momento de los primeros meses de 1960, cuando Jean -Paul Sartre nos visitó.

Está claro que las prácticas vividas a partir del derrumbe del aparato militar y político de la dominación, no cabían en las concepciones del mundo y de la vida que habían regido hasta ese momento, no sólo en el suelo común sobre el cual se edificaba el consenso, sino tampoco en las diversidades y oposiciones que hasta hacía dos años se consideraban principales. El nivel general de conciencia política era alto, pero estaba muy lastrado por los resultados del intenso ejercicio de la política bajo la forma democrática de hegemonía predominante durante la segunda república burguesa neocolonial. Constituyeron rasgos de aquel período la organización de los partidos como camarillas al servicio de intereses y apetitos de grupos, la colosal corrupción administrativa, el abandono de los ideales de la Revolución del 30, la demagogia rampante, el fracaso de una institucionalidad y un sistema político que eran realmente avanzados, y una libertad de expresión notable, pero incapaces para resolver uno solo de los problemas fundamentales del país, ni para que la ciudadanía pudiera controlar la vida pública o influir medianamente en ella. A pesar de ello, una parte apreciable de los cubanos aprendió a consumir informaciones amplias y criterios variados sobre los asuntos públicos, a discernir sobre ellos y a ejercer el voto y otras actividades ciudadanas con regularidad.

El liberalismo que rigió en la primera república se enmarcó dentro de un Estado interventor en los conflictos entre las clases sociales y regulador de numerosos aspectos de la vida económica, una tendencia que comenzó en los últimos años 20 y se impuso después de la Revolución del 30. Ese Estado no fue capaz de resolver los problemas básicos de la nación, y las funciones suyas tenían diferentes fines y motivaciones —estancamiento de la exportación azucarera, control social y evitación de luchas de clases, cierta redistribución del ingreso, entre otras—, pero lo cierto es que la creencia en la necesidad de las acciones y las atribuciones del Estado se hizo bastante general. Es error o ignorancia imputar al socialismo que vino después todo el impulso estatizador y centralizador cubano. La sociedad civil tenía un desarrollo realmente extraordinario, y la riqueza de su tejido constituía otra evidencia de la incongruencia entre el adelanto del mundo cívico cubano y el subdesarrollo y carácter neocolonial de su estructura económica, pero los movimientos sociales obtenían muy poco, sólo defendían intereses sectoriales, dependían del lugar social y económico y las relaciones políticas de cada uno, y sufrían desde la cooptación

hasta la inopia. La proporción de trabajadores en sindicatos era de las mayores del continente. Éstos agrupaban su diversidad en un solo órgano nacional —la Central de Trabajadores de Cuba—, gozaban de una legalidad favorable y una presencia influyente. Pero no protegían de la expoliación y la miseria a los más pobres y necesitados del país, y solían sostener vínculos espurios con los gobiernos y partidos políticos, y padecer cúpulas corrompidas.<sup>5</sup>

La superexplotación del trabajo y bajas retribuciones en áreas fundamentales de la economía, un alto desempleo estructural y estacional, profunda miseria rural y marginalidad urbana, pésimos o ausentes servicios sociales y carencia de oportunidades de acceder a ellos, constituían la realidad social en que vivía la mayoría de la población. Persistía la sujeción neocolonial a Estados Unidos, aunque con rasgos diferentes a los de la primera república, y la situación era potencialmente más grave, porque el conocimiento de las cosas, y hasta el ordenamiento legal, contradecían de manera escandalosa lo que sucedía en la práctica.<sup>6</sup> Por ejemplo, la Constitución de 1940 proscribía el latifundio (Artículo 90) y el discurso político y los medios de comunicación lo execraban, pero la concentración de la propiedad de la tierra en Cuba era abrumadora y nunca el parlamento discutió un proyecto de reforma agraria para resolver la situación. Pero junto a la desilusión, el descreimiento y el rechazo profundos existían siempre conciencia, fermentos de resistencia y, en alguna medida, organización e, incluso, rebeldías. Dentro del contexto institucional y el sistema político vigentes se formó en 1947 el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) liderado por Eduardo Chibás Rivas, antiguo revolucionario del

---

<sup>5</sup> Analizo los rasgos principales de esta época en F. Martínez Heredia: “Nacionalizando la nación. Reformulación de la hegemonía en la segunda república cubana”, en *Pensamiento y tradiciones populares: estudios de identidad cultural cubana y latinoamericana*, Centro de IDCC Juan Marinello, La Habana, 2000, pp. 29-50.

<sup>6</sup> Raúl Cepero Bonilla, un gran historiador y economista cubano, decía en 1946 —cuando sólo tenía 25 años de edad—, en artículos en la prensa diaria: “Los interesados en desviar la atención popular del verdadero centro de nuestra problemática agraria, gritan que son el monocultivo y el latifundio improductivo las causas de nuestro atraso material. Pero nada se dice de la ligazón estrecha que existe entre latifundio, monocultivo e industria azucarera”. “Sólo hay una vía para convertir a la industria azucarera en una industria que contribuya ciertamente al progreso del país: la nacionalización”. “...la verdadera reforma agraria, que es la que imperativamente ordena la Constitución, que aún espera la ley complementaria que le dé vigencia y que cuando sea promulgada trazará un nuevo rumbo en la historia cubana” (“La reforma agraria y la industria azucarera”, “La venta de la zafra” y “Hacia la reforma agraria”, en *Tiempo en Cuba*, 24 de febrero, 7 de abril y 23 de junio de 1946. Tomado de *Raúl Cepero Bonilla. Escritos económicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, pp. 5, 11 y 13-14.

30, que atrajo y entusiasmó a una gran parte de la población, con un programa de adecentamiento y de rescate nacional; era el seguro ganador de las elecciones presidenciales de 1952, por lo cual el golpe militar 80 días antes constituyó una agresión y humillación inaceptables.

Para las mayorías, la dictadura resultó la demostración suprema de que todo había sido falso, lo cual no es históricamente cierto, pero la creencia en que fue así constituye una realidad que se volvió un axioma después de 1959. La exaltación del civilismo frente al militarismo había sido un punto muy fuerte de la ideología prevaleciente después de la Revolución del 30, reacción lógica contra la dictadura del coronel Batista — aunque reductora respecto de la raíz de los problemas de la nación—, que también reforzó la legitimación de la democracia representativa e, incluso, se extendió a las interpretaciones históricas. El cincuentenario de la república en mayo de 1952 y el centenario del nacimiento de Martí en enero de 1953, sirvieron para contraponer a la dictadura toda la inmensa carga de nacionalismo y de radicalismo político, patriótico y democrático que está en la base de la constitución ideal de la nación cubana. Era un recuento amargo de frustraciones, pero a la vez enunciaba al país como un proyecto que debía realizarse, aunque conllevara nuevos sacrificios. Sólo después se supo que se trataba de una vela de armas, pero desde que en 1955-1956 se puso en marcha la rebeldía activa, fue general la exigencia de que la acción política no se limitara a derrocar a la tiranía. No hay que “volver al 9 de marzo de 1952”, se decía con menosprecio de esa opción, hay que llevar a cabo una revolución que cambie a Cuba, en lo económico, lo político y lo social. Las formulaciones ideológicas y los medios de comunicación insurreccionales, reinvidicaban ese objetivo para la revolución y el poder que ella establecería.

Demasiado sintetizado, éste es el mundo ideológico en el cual se formó y transcurrió el movimiento insurreccional que triunfó en enero de 1959. Resulta indispensable conocerlo para referirse al mundo fulgurante de los 15 meses siguientes —nada sale de la nada—, pero también porque todavía en 1959 y 1960 su peso era enorme sobre la mayoría de los cubanos. Sus datos y sus situaciones constituían el material de lo existente y de lo que resultaba urgente cambiar, y sus modelos de conducta, sus ideas y buena parte de sus sentimientos se negaron, transformaron u ocultaron en la vorágine que invadió la vida de las mayorías. Los temas, los retos, las exigencias y el contenido de lo político se alejaban cada vez más veloz y bruscamente de ese mundo, por eso resulta tan complejo e importante este primer año y medio, cuando todavía coexistían los hechos revolucio-

narios y sus consecuencias con buena parte del mundo que venían a eliminar o superar. La gran victoria no había dado aún todos sus frutos, y los enfrentamientos de clase no habían generado una dura polarización —como sucede en toda revolución—, ni mostrado todavía sus costados más violentos, sus luces y sus sombras.

### 3. El mundo ideológico de Cuba en revolución

Durante 1957 y 1958, masas cada vez mayores habían pasado de abominar la tiranía a una simpatía activa por la insurrección; miles de personas participaron directamente en ella y adquirieron experiencias muy ricas, decisión y espíritu de sacrificio ante las tareas, gran cohesión e ideales radicales. Esta vanguardia fue el instrumento fundamental de la acción revolucionaria en su primera etapa en el poder; sobre todo, el Ejército Rebelde. Gozó de un prestigio supremo como liderazgo del nuevo régimen y garantía de que las aspiraciones populares se satisfacerían, y proveyó el espinazo de la unidad política entre los revolucionarios, y la del pueblo. El verde olivo estuvo en el centro del nuevo arsenal simbólico, y ayudó a un feliz rescate y apoderamiento de los atributos patrióticos y de la gesta nacional, lo cual multiplicó la fuerza espiritual de la Revolución.

Fidel y los barbudos ocupaban todo el espacio de la política real, y en las cuestiones y decisiones importantes, el pueblo sólo les prestaba atención a ellos. La vieja política había sido silenciada por la violencia durante dos años, pero ahora no tenía posibilidad alguna de regresar, y los grandes y medianos intereses no pudieron movilizar bases para organizar ninguna nueva política moderada propia frente a la Revolución. Es un error creer, como se repite todavía, que hubo una fase “democrático-burguesa” de la Revolución en el poder —que iría del 1º de enero de 1959 al otoño de 1960—, cualesquiera que sean los apellidos que se le asignen. El triunfo de la insurrección destrozó el aparato militar y represivo del Estado burgués, pero además desmoralizó a los sostenedores y beneficiarios de ese Estado —hubieran sido o no batistianos— y les hizo imposible desempeñar ningún papel en negociaciones o maniobras ulteriores. Su curso inmediato no dejó espacio real para alianzas de clase con predominio —o siquiera un papel apreciable— de una burguesía “nacional”, ni podía respetar los intereses y hábitos de mando que ella debería reivindicar.<sup>7</sup> La

---

<sup>7</sup> Los burgueses cubanos fueron bastante sensibles a esa realidad, y retiraron muy pronto los carteles de “Gracias, Fidel” que habían exhibido en las primeras semanas, y también su promesa de donar 10 000 novillas cargadas para la reforma agraria.

disolución de los partidos políticos y la depuración de la administración pública y los sindicatos no confrontaron oposición seria. El gabinete del primer mes y medio resultaba tan provisional como la coexistencia de rebeldes y antiguos militares en los cuarteles. Los líderes revolucionarios no manifestaban respeto por las instituciones e ideas que habían sido consagradas, ni por un retorno rápido al orden, y el pueblo tampoco.

Las medidas revolucionarias que como enormes martillazos iban rompiendo la gigantesca maquinaria que ahogaba al pueblo —gloso “Septembrismo”, de Antonio Guiteras, escrito 25 años antes—, formaban un concierto con las exigencias populares. Fidel, Primer Ministro desde febrero, se convertía en el líder único e indiscutido de la nueva fase, ahora a la escala de un pueblo multiplicado, y emprendía una campaña de educación popular con ayuda de la televisión. Se hacían proverbiales su capacidad persuasiva y su presencia física en cualquier lugar. Si la cuestión de los fusilamientos de los criminales de la tiranía capturados constituyó la primera escaramuza, la Ley de Reforma Agraria devino un combate decisivo. Fue un parteaguas con Estados Unidos, con los burgueses de Cuba y con quienes no deseaban ir demasiado lejos. La Ley Agraria del 17 de mayo de 1959 abrió el camino a un cambio decisivo del sector agropecuario, de factores fundamentales de la producción, la distribución y el consumo, y de las principales relaciones sociales en Cuba. Lo interesante al atender al mundo ideológico es que nadie —estuviera a favor o en contra— creyó que la medida legal podía ser demagógica, o que la reforma podía resultar finalmente mediatizada y desmontada: la credibilidad y el peso moral de la Revolución crecían cada día más.

En realidad había diferencias no públicas en el seno del gobierno respecto del alcance de la Revolución, pero los dirigentes principales mantenían una estructura informal desde las primeras semanas junto a los trabajos de concientización, e hicieron triunfar un curso radical, como sucedió en el proyecto de la ley agraria. Cuando en julio asomó una crisis entre Fidel y el presidente Manuel Urrutia, éste sufrió el repudio popular y fue sustituido por Osvaldo Dorticós Torrado. Quizás, algunos datos de la trayectoria del Che, jefe militar de La Cabaña en enero de 1959 y uno de los protagonistas de aquella estructura informal, sirva para ilustrar ese proceso. En marzo ya también era director de Cultura del Ejército Rebelde, y en esa entidad hacía editar el pequeño libro *Curso de orientación revolucionaria*, dirigido a la formación de sus miembros, y facilitaba la filmación de los dos primeros documentales del ICAIC. En septiembre estaba encargado también del Departamento de Industrialización del INRA,

un activo instrumento hacia lo que sería la nacionalización y la gestión estatal de la industria del país. En noviembre fue nombrado director del Banco Nacional de Cuba, y en enero de 1960 hacía publicar, por el Departamento de Instrucción del MINFAR, el *Manual de capacitación cívica*, no sólo para los militares “sino [para] que sea útil a las Milicias Nacionales, a todas las organizaciones y personas que apoyan a la revolución, es decir, a todo nuestro pueblo”.<sup>8</sup>

El hecho decisivo para el mundo ideológico de aquellos 15 meses que van de la victoria a la visita de Sartre, puede sintetizarse así: el apoyo general a la Revolución, convertido en la multiplicación de los actores a través de la participación y en un proceso vertiginoso de concientización; la decisión y habilidad magistrales con que la dirección revolucionaria aprovechó el tiempo para adoptar las medidas más radicales en todas las cuestiones fundamentales que pudo, sin atraerse más enemigos que los inevitables; la encarnación en la Revolución de toda la acumulación cultural de la nación —expropiándoles a las clases dominantes la parte de ella que habían usufructuado—; el desmontaje de las creencias en la omnipotencia de Estados Unidos y la asunción masiva del antimperialismo, y una ideología revolucionaria que combinaba el patriotismo radical con la exigencia de una justicia social completa e inmediata. La Revolución gozaba de un consenso muy poderoso, porque alentaba la confianza en un futuro luminoso para el país, una realización de la promesa nacional tantas veces frustrada y una superación rápida de los males que aquejaban a todos, o a grupos sociales: la miseria y el desempleo, el fraude, la malversación y la mentira como modelos de conducta pública, la explotación de trabajadores, la falta de salud y educación, el racismo, la prostitución, la incuria, el entreguismo a Estados Unidos. Entre todos podría conseguirse abolir tantos males y las formas de vida perversas a que ellos obligaban.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> Departamento de Instrucción, MINFAR: *Manual de capacitación cívica*, La Habana, 1960, p. 2.

<sup>9</sup> “La Revolución convirtió el presente en cambios y el futuro en proyectos... transformó la cotidianeidad de tal modo que hasta ahora sólo las formas artísticas han podido transmitir eficazmente la gesta a los que no la vivieron. Además, duró bastante tiempo; su prolongación garantizó el cambio de la manera de vivir, de los resultados de la reproducción de la vida social y de las instituciones básicas del país. Para lograr esto fue imprescindible una prolongada unión de los dos impactos principales de las revoluciones: el libertario que se desata, permite vencer y hace posible los cambios, y el del poder revolucionario que da cauces, garantiza y organiza”. (Fernando Martínez: “Significado cultural de la revolución”, en *Cultura y revolución. A cuarenta años de 1959*, Casa de las Américas, La Habana, p. 30.)

El desafío era formidable, y a la vez fascinante. En este tiempo, la vía idónea para triunfar se calificó de humanista, mientras otros describían o invocaban una opción para Cuba frente al capitalismo y el imperialismo, un socialismo cubano que constituiría la consumación de la democracia y la justicia social. La economía dineraria era generalizada y antigua, algo natural para todos los grupos sociales,<sup>10</sup> estaba por ver si eso obraría a favor de las relaciones sociales y la propiedad privada capitalistas. Las ideas generales podían ser objeto de polémica, pero no las medidas revolucionarias ni el apoyo al proceso; esas opiniones se descalificaban por las mayorías. Perdidos la iniciativa histórica y el uso de los atributos nacionales, el intento de algunos de utilizar la ideología de la Iglesia católica institucional contra la Revolución, podía coincidir con los temores de creyentes a que su fe fuera rechazada o atacada “si Cuba va al comunismo”, influidos por hechos reales y por prejuicios, provenientes ambos de las experiencias europeas y de la guerra fría. Pero la Iglesia carecía de peso en la vida pública de la nación cubana, desde la Revolución del 95, y el saldo de los incidentes favoreció a la Revolución.<sup>11</sup> Más peligrosos resultaron la desconfianza, las ideas y los prejuicios que experimentaban muchos respecto del comunismo, como éste se planteaba o se presentaba en los años 50. Esto tuvo una parte notable en el conflicto ideológico que se desencadenó más avanzado el año 1960, pero no era así todavía en los 15 meses que estamos analizando.

El papel de Fidel Castro en esta etapa resultó excepcional. Había sido el iniciador, el martiano más consecuente, el empecinado en seguir la vía armada hasta llegar a tener la razón, quien tejió voluntades y factores tan diversos y no siempre bien avenidos, el hombre de la Sierra Maestra, convertido en líder militar y político, héroe popular y jefe de la organización victoriosa. A partir de enero de 1959 tuvo ante sí una tarea muy diferente y mucho más compleja, y supo desempeñarla de manera ejemplar. Desde

---

<sup>10</sup> Juan Noyola, un notable economista mexicano que encabezó una misión de la CEPAL en Cuba, se admiró al constatar que todos, hasta el último campesino descalzo y analfabeto, referían al dinero el valor de cada cosa. Noyola se enamoró de la Revolución y se quedó a servirla como economista. Pereció con una delegación cubana en un accidente aéreo en Suramérica, en noviembre de 1962. El edificio de la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana lleva su nombre, pero nunca se ha publicado aquí el libro publicado en México que contiene trabajos suyos escritos en Cuba.

<sup>11</sup> Un ejemplo fue la propaganda basada en un cartelito que debía ponerse en las puertas, con un escolar (blanco) y la inscripción: “¿Este niño será creyente o ateo?” La respuesta fue otro cartelito con dos escolares (uno blanco y uno negro) unidos, que decía: “¿Este niño será patriota o traidor?”

1953, Fidel había prefigurado la voluntad revolucionaria de ejercer el poder a partir del principio de soberanía popular, en su famosa defensa al ser juzgado por el asalto al Moncada,<sup>12</sup> dejando a un lado la tendencia —presente desde la Revolución del 30— a declarar que no se desempeñarían cargos cuando se obtuviera el triunfo, como expresión del desinterés y la moral de los revolucionarios frente a la corrupción republicana. Recupera así en la cuestión del poder las concepciones políticas de las revoluciones cubanas del siglo XIX, una de las fuentes del socialismo de liberación nacional de este país. Cinco años después tenía a su favor factores fundamentales que le permitían ejercer ese poder. Pero en política, aun los enunciados generales más acertados deben pasar por innumerables pruebas prácticas, en circunstancias sólo parcialmente previsibles.

Fidel fue el comunicador sistemático con toda la población, prácticamente sin intermediarios, que reclamaba a los cubanos estar atentos a todo problema importante y tratar de conocerlo, manifestar su apoyo, incorporarse a la vida política con su actuación, no sólo con su consenso, tener iniciativas para lograr la ejecución de los grandes lineamientos que se lanzaban, ir cambiándose a sí mismos en el curso de los cambios de las relaciones y las instituciones del país. Maestro de la táctica, la paciencia y el momento oportuno, Fidel no hizo expreso todo el proyecto de cambios; mas, llevó siempre el timón de lo político y lo ideológico, conservó y proyectó el lugar central y la unidad del Ejército Rebelde, controló las decisiones fundamentales y tejió la unidad política de los revolucionarios. En breve tiempo fue más allá de su campo de liderazgo previo —el M-26-7, la insurrección— y pasó a ser el líder del pueblo, una nueva dimensión que comprendía a todos los que se identificaban con el proceso, iniciando la extinción de las banderías previas y recibiendo a todo individuo que participara. La entidad “pueblo” era independiente de la del partido político —que se había desprestigiado tanto—, constituía un flexible lugar de encuentro, identidad y pertenencia general, y expresaba el protagonismo de la gente corriente, la masa del país. Y mientras el “agradecimiento” de la burguesía resultó muy efímero, el pueblo se identificaba cada vez más con él. La relación era directa —Fidel, sin apellidos ni cargos—, la confianza

---

<sup>12</sup> “el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumiría todas las facultades (...) Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia”. (*La historia me absolverá*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, pp. 57-58.)

se hizo absoluta —“si Fidel se entera”, se decía ante lo mal hecho—, y su opinión dirimía las cuestiones.<sup>13</sup>

El sistema de instituciones estatales y locales, relativamente desarrollado, fue intervenido totalmente por la Revolución. En parte, sus métodos y su burocracia mantenían una continuidad con lo que había sido, pero pronto aparecieron radicales diferencias. Lo más impactante resultó el fin de la deshonestidad administrativa, una corrupción gigantesca que era el otro demonio —con los abusos y la represión— que había sufrido el pueblo. Dos nuevos ministerios —Asistencia Social y Recuperación de Bienes Malversados— indicaban las nuevas intenciones, pero la estructura estatal no estaba hecha para canalizar transformaciones profundas. El Instituto Nacional de Reforma Agraria se convirtió enseguida en un instrumento básico del nuevo poder, y las 26 Zonas de Desarrollo Agrario eran una dimensión real de división político-administrativa del país, a muchos efectos. El INRA tuvo su sostén efectivo y su espinazo de cuadros en el Ejército Rebelde, y a su vez comenzó a ser partero de un nuevo Estado.<sup>14</sup> Personas sin la preparación suficiente se hicieron cargo de miles de responsabilidades en toda Cuba, y esto se acentuaba por la nacionalización de las empresas de los cómplices de la tiranía, el abandono de empresas y la salida de técnicos, fenómenos crecientes, pero también por la aparición de una multitud de tareas que no existían antes. En general se juzgaba con benignidad a estos nuevos cuadros, por honestos y bien intencionados, pero también por otra cualidad: procedían de cualquier sector social, incluido el de los de abajo.

Desde enero había empezado una práctica que pronto sería emblemática de la Revolución: las concentraciones populares masivas. El 1° de mayo, soldados rebeldes y obreros intercambiaron fusiles y herramientas en los desfiles en La Habana y Santiago, y para el aniversario del 26 de julio vinieron a La Habana muchos miles de campesinos de todo el país.

---

<sup>13</sup> “Fidel entendió muchas cosas más; se desarrolló como el extraordinario conductor de hombres que es hoy y como el gigantesco poder aglutinante de nuestro pueblo. Porque Fidel, por sobre todas las cosas, es el aglutinante por excelencia, el conductor indiscutido que suprime todas las divergencias y destruye con su desaprobación. Utilizado muchas veces, desafiado otras, por dinero o ambición, es temido siempre por sus adversarios”. (Carta del Che a Ernesto Sábato, de 12 de abril de 1960, en *Ernesto Che Guevara. Obras 1957-1967*, Casa de las Américas, La Habana, 1970, t. II, p. 678.)

<sup>14</sup> En el INRA nacieron, por ejemplo, el futuro Ministerio de Industrias y la Empresa Consolidada del Azúcar (ECA), después Ministerio del Azúcar, a partir del Departamento de Industrialización. También nació el Ministerio del Comercio Interior, a partir de las Tiendas del Pueblo.

La metrópoli llena de cubanos hospedados en casas de familia y mirando el mar con asombro, daba fe de la decisión de volver el país hacia el campo. La democratización de los sindicatos tuvo un hito en el difícil X Congreso de la CTC; la organización de trabajadores cumplió importantes papeles en las tareas de los primeros años 60. En octubre se conjuró en Camagüey el peligro de una sedición dentro del Ejército Rebelde y se fundó la organización de masas más importante de la primera etapa: las Milicias Nacionales Revolucionarias, una forma efectiva de avance hacia el armamento general del pueblo y un agente decisivo de radicalización masiva y de interiorización de nuevas conductas e ideas. Un rasgo principal de estos primeros años fueron las sucesivas ampliaciones del campo revolucionario, aunque desde 1960 ese proceso estuvo acompañado de una delimitación cada vez más radical de la pertenencia a ese campo, con sus consecuencias: necesidad de elegir, rupturas y nuevos lazos, desgarramientos y nuevas tablas de valores y motivaciones. Cuando Sartre nos visitó esta delimitación apenas comenzaba a hacerse visible.

El ambiente intelectual del primer año y medio de Revolución en el poder no puede revisarse sin incluir expresiones que antes no se habrían estimado. La profunda transformación de la materia política reclamó nuevos modos, y su lejanía de la actividad considerada intelectual disminuyó mucho. Consignas como “convertir los cuarteles en escuelas”, “la Reforma Agraria va” y “elecciones para qué”, adquirieron un peso argumental. Se extendió una nueva oratoria, más directa y sin afeites, y, sobre todo, se prefirieron formas más llanas de comunicación. Ahora tomaban la palabra cada vez más personas que antes no se atrevían a hacerlo, ni creían tener nada valioso que decir. Nacían las ansias de alfabetizarse, aumentar la capacidad intelectual, incluso asistir a una obra de teatro, que pronto se convertirían en una verdadera fiebre nacional.<sup>15</sup> La humilde letra y la sencilla música del himno del 26 de Julio comunicaban emoción a los actos públicos, junto a los símbolos nacionales, y se dedicaban a la Revolución los más disímiles frutos del estro popular.<sup>16</sup> El apellido “de la liber-

---

<sup>15</sup> Desde 1959 comenzaron acciones de alfabetización, en el Ejército Rebelde y en otros medios. Se emprendió un esfuerzo ingente por universalizar la enseñanza primaria, creando miles de aulas y empleando a todos los maestros disponibles. En mayo de 1960 se inició una experiencia masiva, la de los maestros voluntarios.

<sup>16</sup> El más famoso cantante, Benny Moré, componía una canción por el Día de las Madres, en honor de los mártires, que también dedicaba un recuerdo a los soldados de fila de la dictadura que habían caído en la guerra. Y una canción tan ayuna de calidad como desafiante decía: “ya se acabaron los privilegios / ahora los pobres van al colegio”.

tad” se agregaba con liberalidad, y lo llevaron desde los carnavales hasta las fiestas de fin de año. Las nuevas publicaciones periódicas pertenecientes a los órganos de la Revolución, gozaban de un enorme favor popular, aunque el sistema previo de medios masivos de comunicación, grande y bastante desarrollado, seguía siendo mayoritario.

Además de las comparecencias televisivas, Fidel, el Che y los líderes más prestigiosos de la Revolución, hablaban eventualmente en los foros culturales existentes, o en el ámbito de ciclos dedicados a los temas acuciantes o más permanentes del país. Numerosas instituciones estatales, locales y sociales editaban folletos y libros con las intervenciones en esos foros, discursos y una variedad de temas de la actualidad, y también históricos. La comprensión de los principales problemas de la economía y la sociedad dejó de considerarse asunto de técnicos y de unos pocos, de modo que empezaron a tornarse tópicos de uso más general el desempleo, la necesidad de luchar por la autosuficiencia alimentaria, consumir productos nacionales y fortalecer un mercado interno, universalizar la atención médica y crear escuelas para todos los niños, la situación financiera, la reforestación del país, la creación de cooperativas, y otros problemas. Aunque con una tendencia creciente a diferenciarse por sus actitudes favorables o no a la Revolución, en los medios aparecía una multitud de noticias, reportajes, entrevistas, imágenes, artículos de opinión, acerca de los hechos, la gente que hacía o a los cuales llegaba la Revolución, y el curso y los proyectos de ella.

Las instituciones culturales habían pasado una etapa difícil, entre la usual carencia de recursos y abandono y la cooptación de funcionarios y voceros. A pesar de que Cuba poseía ya una riquísima historia de la literatura y las artes, ellas eran, sobre todo, asunto individual y de pequeños grupos, que sobrevivían con duros esfuerzos, compartían esas tareas con el periodismo y con trabajos muy ajenos para ganarse la vida, o conseguían papeles y encargos en radio, televisión y algunas paredes de instituciones.<sup>17</sup> Por ser la nación y su Estado republicano frutos de muy duras y prolongadas luchas anticoloniales y sociales, las bellas artes habían tenido una intensa relación con lo político; la Revolución del 30 también renovó aquel compromiso,

---

<sup>17</sup> Uno de los más grandes artistas plásticos cubanos, Carlos Enríquez, había muerto en la más completa miseria, en el hospital Calixto García, en 1957. Poco antes, el escritor Onelio Jorge Cardoso había caminado una gran distancia para ir a visitarlo allí, por carecer de dinero para el transporte. En uno de los países latinoamericanos más famosos por la calidad y diversidad de su música popular propia, la mayoría de los compositores cobraban centavos por sus obras.

que desde entonces incluía propuestas ideológicas y teóricas acerca de las relaciones entre la política y la cultura —entendida ésta en su sentido estrecho—, y un acervo de ideas acerca de las funciones sociales del arte y los deberes del artista. En la segunda república, el Estado también intervino de manera más directa en este terreno, creó estructuras —como la Dirección de Cultura en el Ministerio de Educación— y asignó algunos recursos. La dictadura tuvo sus cómplices y sus cooptados en el campo cultural, pero la mayoría de los literatos y artistas compartió el repudio que le tenía la población.

El triunfo revolucionario levantó una gigantesca ola de alegría y adhesión entre la mayoría de los intelectuales y artistas, expresada en sus obras y sus actitudes públicas. Cierta número de ellos, que vivían en el exterior, regresó enseguida y se integró al medio y al apoyo a la Revolución. Como es natural, este campo era muy heterogéneo; el proceso los aproximó y paulatinamente fue articulándolos como un sector social con organicidad. En 1959-1960 florecieron las reuniones de intelectuales, en las cuales se discutía la situación nacional, se formulaban demandas del sector y se redactaban y acordaban manifiestos revolucionarios. En los medios era habitual encontrar textos de intelectuales —conocidos y noveles— dedicados a los eventos de la Revolución y a su defensa, y las jornadas de la insurrección y de la nueva época comenzaron a ser temas usuales de las creaciones literarias y artísticas. Por otra parte, lo que dijimos antes acerca de las insuficiencias de las concepciones del mundo y de la vida que habían regido frente a las prácticas, urgencias y exigencias de la Revolución, también incluía, enteramente, la actividad intelectual. Con sus especificidades, en ella se dieron —como en otros tantos aspectos de la vida nacional— actitudes negativas y simulaciones, movidas por los valores y hábitos de la sociedad anterior, y en alguna medida también, por el escaso desarrollo de la nueva sociedad.

El nuevo poder tomó los organismos oficiales existentes y situó a su frente a personas prestigiosas; la Biblioteca Nacional constituye un ejemplo notable entre numerosas instituciones que tuvieron rápidos logros en sus funciones. La compañía del Ballet Nacional y otros empeños artísticos de la sociedad, se sumaron con entusiasmo al proceso, y ahora se vieron realmente atendidos. A la vez, la Revolución procedió a crear sus primeras instituciones. Fue el caso de Casa de las Américas y el Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos (ICAIC), dirigidos por personalidades revolucionarias. Muy pronto, un público emocionado veía Revolu-

ción en la pantalla de cine,<sup>18</sup> y en enero de 1960 se celebró el primer concurso literario de Casa de las Américas, insignia de una institución cultural que supo tejer rápidamente innumerables lazos con nuestro continente. Se creó la Imprenta Nacional de Cuba, que empezó a ofrecer libros buenos al pueblo, en ediciones enormes a precios ínfimos. Desde marzo de 1959, el diario *Revolución* publicaba su semanario cultural *Lunes de Revolución*, con tiradas masivas.

Este tiempo fue de un violento florecimiento del consumo de la literatura y las artes, multiplicado por el ansia de acceder a las letras y la cultura, y su identificación con tener una actitud revolucionaria, y por los grandes esfuerzos realizados por muchos que podían ofrecer esos productos a los demás. Un fresco del paisaje cultural antes de la llegada de Sartre mostraría nuevos lectores y nuevas lecturas, diez libros por un peso, obras de teatro sobre problemas sociales, la banda de música de la Policía Revolucionaria tocando en el Aula Magna de una Universidad de La Habana reabierta que es un hervidero de estudiantes, de política, ideologías y milicianos con un búho y un fusil en su distintivo, un XIII Congreso Nacional de Historia celebrado en Matanzas, al calor del INRA, exposiciones de pintura y debates sobre la plástica, jóvenes pintores enviados con becas a París, polémicas más o menos ácidas, misiones de intelectuales cubanos al exterior, una gran exposición soviética en La Habana. Todavía no puede decirse que se multiplicaba el número de intelectuales, pero sí los participantes en los hechos culturales.

El medio cultural era extraordinariamente plural. El ambiente intelectual de 1959-marzo de 1960 forma parte del proceso cubano de los años 60, pero en esa primera etapa aún no actuaban factores que después resultaron decisivos: asunción del control cultural por el poder revolucionario; proclamación del carácter socialista del proceso; problemas de la unidad política y tendencias discordes o enfrentadas, con sus ideologías y sus luchas por el control cultural y de los contenidos de los productos culturales.

Una de las dimensiones necesarias al recordar y analizar la visita de Jean-Paul Sartre a Cuba es inscribirla en ese medio que he tratado de

---

<sup>18</sup> *Esta tierra nuestra* y *La vivienda* eran hechos artísticos y manifiestos revolucionarios. Pronto les siguieron otros cinco documentales, la aparición del noticiero semanal, cortometrajes, los primeros largometrajes, publicaciones. Ver Alfredo Guevara: "Revisando nuestro trabajo", en *Cine Cubano*, no. 2, 1960 (reproducido en A. Guevara: *Tiempo de fundación*, Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, 2003, pp. 75-82).

presentar aquí. Esto puede ayudarnos en varios sentidos, como son, por ejemplo, comprender lo que Sartre escribió sobre su experiencia, lo que otros expresaron acerca de su visita, y el significado de ella en la historia de aquel período. En un orden más particular, la visita de Sartre estuvo ligada a la comprensión que se abrió paso de la necesidad de invitar a Cuba a intelectuales famosos, con el fin de que tuvieran vivencias de la Revolución, la valoraran y fueran influidos, lo que se revertiría en sus manifestaciones públicas más resonantes a causa de su fama, y más creíbles que las de otros voceros. Claro que ya habíamos sido visitados, desde el inicio de la Revolución, por personalidades de numerosos países, que sentían curiosidad, o verdadera simpatía; esa corriente siguió en ascenso según el proceso continuaba y se profundizaba. Sartre fue invitado en razón de su fama de intelectual y su prestigio de hombre de izquierda, pero también ya había declarado abiertamente en Francia su solidaridad con Cuba.<sup>19</sup>

La Revolución cubana impactó muy fuertemente a personas y medios de ideas y actitudes avanzadas de los países capitalistas desarrollados. Era una revolución de liberación en la época del fin del colonialismo, pero en una nación de cultura occidental. Su intensa historia colonial y neocolonial registraba sucesivos vínculos con los centros del capitalismo mundial, y a través de todas las ideas y corrientes políticas occidentales había llevado adelante la creación de su nación y medio siglo de historia republicana. Pero había mucho más. Para los norteamericanos se trataba de un asunto álgido: Cuba se liberaba de la opresión neocolonial de su país, y luchar contra el retroceso de la promesa democrática y el esfuerzo antifascista que trajo la postguerra debía incluir la solidaridad con Cuba. Décadas de denuncia del propio imperialismo podían renovarse ahora en la exigencia de un trato limpio para Cuba, de manos fuera de los asuntos cubanos, que hiciera avanzar una nueva relación con América Latina. En Europa, la cuestión resultaba menos compleja. La Revolución cubana era una rebeldía victoriosa frente a Estados Unidos. Y si uno comprende el colonialismo propio y se opone a él, ¿cómo no apoyar a quienes hacen saltar el yugo neocolonial?

---

<sup>19</sup> Recordemos solamente el manifiesto lanzado dos meses atrás, que firmaban Sartre, André Breton, Simone de Beauvoir, Jean Cocteau, Claude Julien, Jean Cassou y otros. “Una campaña de prensa desencadenada en los EEUU y continuada por los periódicos franceses tiende a deformar en la opinión pública el sentido y el triunfo de la Revolución Cubana, y la inmensa esperanza que representa para el pueblo de Cuba”, decía su primer párrafo. (En *Lunes de Revolución*, no. 41, La Habana, 4 de enero de 1960, p. 10.)

Cuba les propuso otro dilema a estos interlocutores, planteado desde la Revolución bolchevique de 1917, pero a la vez puesto a la orden del día y muy complejizado desde 1945. Era un país que estaba buscando la más completa justicia social mediante una revolución autóctona muy democrática. ¿Esa búsqueda lo llevaría al socialismo, un socialismo que no fuera como el soviético? ¿Un socialismo occidental, en el cual encontrar ejemplo y claves de una concepción que volviera a animar la liberación total del trabajo y de las personas? Formidables implicaciones, que resulta imposible separar de las condicionantes y las posiciones de los extranjeros, porque desde ellas podían mirar y entender a Cuba.

#### 4. Final

Éste es el año del cuadragésimo aniversario de *El socialismo y el hombre en Cuba*, uno de los textos fundamentales del comunismo de la segunda mitad del siglo xx, el manifiesto de una nueva etapa de las revoluciones y las ideas marxistas, lanzado desde aquí, desde América Latina. Y es el año del vigésimo aniversario del inicio del proceso de rectificación de errores y tendencias negativas de la Revolución cubana, que constituyó, a la vez, un reconocimiento de la profunda desviación que había experimentado el rumbo, un testimonio del extraordinario vigor que conservaba el proceso cubano 27 años después de su triunfo y una campaña por recuperar y profundizar el proyecto del socialismo cubano. Sin dudas es una larga historia la de estos 45 años transcurridos desde que Jean-Paul Sartre nos visitó.

Sartre fue uno de los grandes pensadores del siglo xx, y un ser humano que supo poner siempre su pluma, su actuación pública y su fama del lado izquierdo en el campo de las luchas sociales, y del lado de los pueblos colonizados en el apoyo a sus combates por la liberación. Como se opuso a la dominación, sin reservas, caídas ni adecuaciones, su pensamiento y su vida constituyen un valor inapreciable. Y por lo mismo, le ha tocado su cuota de olvido, enfrentar las dificultades que la posteridad reserva a los de su condición. Al calor de este homenaje tan merecido, aprovecho la oportunidad también para reclamar la recuperación, el estudio, el debate, de aquellos años, acontecimientos, ideas y sentimientos en que aconteció el prodigioso hecho cultural que atrajo tanto a Sartre: la Revolución cubana.

# SARTRE EN CUBA

Jaime Sarusky\*

Para mí, lo primero y más sobresaliente en la personalidad de Jean-Paul Sartre era su brillante inteligencia y con ella la dialéctica de su pensamiento; la capacidad para vincular los más disímiles y contrapuestos elementos; la coherencia de sus ideas, de las cuales daba incesantes muestras en todo momento y un increíble poder de síntesis. Del mismo modo que no lo vi reír con frecuencia, tampoco dio signos nunca de frivolidad o ligereza. Diríase que la lucidez primaba en cada reflexión, en cada movimiento de su existencia. Daba la impresión de que, para él, la vida era inobjetablemente una aventura intelectual al punto de que no había persona, acontecimiento u obra de cualquier índole, que no analizara minuciosamente y cuestionara hasta desmenuzarlos sin contemplaciones.

Fui testigo de excepción de no pocos de sus juicios, valoraciones y comentarios, al servir en varias ocasiones como intérprete suyo y de su amiga, la gran escritora Simone de Beauvoir, durante las visitas que ambos hicieron a Cuba en febrero-marzo y a fines de octubre de 1960, invitados por el periódico *Revolución*.

La pugna del Gobierno norteamericano contra Cuba se recrudecía y desde su arribo a la Isla se interesaron vivamente en el proceso revolucionario y en los aspectos singulares que lo caracterizaban y lo distinguían. Basta recordar sus apreciaciones o leer de nuevo sus declaraciones a la televisión y a la prensa cubanas, el reportaje “Huracán sobre el azúcar”, que primero publicó en el semanario *L'Express* a su regreso a Francia, su ensayo “Ideología y Revolución” —ambos reunidos en un libro con el título de aquél—, para corroborar que la de ellos fue una entrega, porque cada instante lo experimentaron intensa, apasionadamente, metidos de lleno, ellos también, en la atmósfera de efervescencia popular que sacudía

---

\* Escritor, novelista y periodista, su presencia en el contexto cultural cubano se significa con los premios nacionales Alejo Carpentier 2001 y de Literatura 2004. Sus novelas y ensayos constituyen eslabones de alta significación para la narrativa cubana.

al país. Que años más tarde hayan manifestado críticas contra las medidas tomadas en el manejo del caso de un escritor, no es de ningún modo como para borrar toda referencia a sus viajes a Cuba. Lo que escribió Sartre sobre la Revolución y en apoya a Cuba frente a su poderoso enemigo, escrito está y forma parte indivisible de su obra y de la historia de este país. Y lejos de olvidar o censurar sus palabras, sus escritos y su nombre, pienso que resulta obsoleto entregar los valores que sólo pertenecen al patrimonio cultural de la Isla; tales “obsequios” son propios de posturas y mentalidades hijas de la intolerancia.

Los días cubanos del filósofo y la escritora fueron de exaltación. Quizás, uno de los aspectos que más llamó su atención, y que él analizó detenidamente, fue el de considerar que se trataba de una revolución sin ideología. Parecía ser así en el momento de su visita; en particular, la primera de ellas, que se prolongó desde fines de febrero hasta el 22 de marzo. A fuerza de estricta objetividad, resulta necesario situarla en el contexto exacto y tomar en consideración la coyuntura en que se produce su viaje. No era igual en absoluto febrero-marzo de 1960, fecha en que llegan a la Isla, que agosto de ese mismo año cuando se nacionalizan las grandes compañías y los centrales azucareros norteamericanos, o mediado de octubre —justo una semana antes de la llegada de ambos a La Habana en el segundo viaje procedentes de Brasil adonde habían sido invitados por el novelista Jorge Amado—, cuando igualmente se nacionalizan las industrias y el comercio cubanos. El hostigamiento era constante, pero *todavía* no había ocurrido la agresión militar en Girón, que tendría lugar justo un año más tarde; ocasión en que se define *públicamente* el carácter socialista del régimen y, meses más tarde, la adhesión al marxismo-leninismo como su ideología. De todos modos, la amenaza de invasión era una realidad, tal como se lo expresara Fidel a Sartre y a Simone de Beauvoir en la losa del aeropuerto adonde hubo de llevarlos y despedirlos. Mientras la tripulación de la nave aérea había retardado su salida en espera de que terminara el diálogo que tenía lugar cerca de la escalerilla, Fidel les informaba que en Guatemala ya estaba concentrada una tropa de contrarrevolucionarios y que se tenían noticias fidedignas de que la agresión era inminente. Recuerdo que descendíamos en el ascensor del Hotel Nacional y cuando se abrió la puerta allí estaba Fidel; luego, en la ruta hacia el aeropuerto, quiso mostrarles a los invitados el centro escolar de Ciudad Libertad construido donde antes estuviera el campamento militar de Columbia y que se había inaugurado semanas antes.

Pero en la estrategia que hasta entonces se seguía, que a su vez era táctica, es decir, la de la riposta cubana a cada medida hostil de Washington, ¿quién hubiera podido negar el manifiesto nacionalismo y la poderosa corriente antimperialista que sustentaban sus más connotados dirigentes?

A fines de la década del 40 y en la del 50, Sartre era uno de los intelectuales más influyentes de la época. No sólo por su obra filosófica, por sus novelas y por su exitosa trayectoria como dramaturgo, sino, sobre todo, por su postura política y ética. Hombre de izquierda, su actitud crítica lo hizo coincidir en ocasiones con organizaciones también de izquierda, pero en otras discrepaba abiertamente desde las publicaciones del mismo signo o desde las páginas de *Les Temps Modernes*, revista que fundó y dirigió durante muchos años. Aún es tema recurrente su teoría del compromiso del intelectual con la sociedad y con su tiempo.

Yo no lo conocía personalmente cuando vino a Cuba, pero sí había leído algunas de sus obras y había visto en París, en salitas del Barrio Latino, dos de sus piezas de teatro. Seguí su trayectoria y leí sus polémicas, como miles de jóvenes atentos al movimiento de las ideas avanzadas en aquel tiempo marcado también por el macartismo, el stalinismo y la confrontación este-oeste. Incluso, en mi novela, *La búsqueda*, el exergo de las dos primeras ediciones, de 1961 y 1962, lo había tomado de *La náusea*, una de las novelas de Sartre, y rezaba así: “érase un pobre tipo que se había equivocado de mundo”. Veinte años después, en 1982, en la tercera edición, todavía seguía planeando alguna bruja rezagada del tiempo gris y había que cazarla porque el editor o alguien, demasiado celoso de sus atribuciones, simple y llanamente lo suprimió y, con él, por supuesto, el nombre del autor. Bastaría detenerse en el recorrido que hicieron Sartre y la Beauvoir por casi toda la Isla para darse cuenta de que su interés fundamental era verse atrapados y atrapar ellos también el significado de la tromba revolucionaria.

En La Habana y en provincias, todo el tiempo nos acompañó Korda, quien logró acumular un rico testimonio gráfico de la presencia de ambos en nuestro país. No olvido que estábamos en la tribuna donde hablaría Fidel en la inauguración de la ciudad escolar Oscar Lucero de Holguín, donde se vivieron momentos de verdadera tensión porque se había avistado una avioneta no identificada. Al parecer, se dieron cuenta de que algo anormal estaba ocurriendo y a petición suya hube de traducir los comentarios en ese sentido, pero Sartre y la Beauvoir, que saboreaban un helado de mango en su barquillo, impertérritos, no dieron señal alguna de in-

quietud. Al terminar el discurso fueron presentados a Fidel con quien sostendrían varias entrevistas en ambos viajes.

También estuvieron en la tribuna durante el sepelio de las víctimas de la explosión de *La Coubre*. Muy próximos a ellos estaba el Che, precisamente en el instante en que Korda lo fotografió y esa imagen, después de su caída en Bolivia, se convertiría en la foto más famosa y difundida de la historia.

Eran días en que se multiplicaban los golpes y contragolpes políticos, económicos y el asedio a Cuba no daba tregua; los acontecimientos se precipitaban. Sartre lo escribía en el famoso reportaje sobre su viaje: “era imposible vivir en aquella Isla sin participar en la tensión unánime”.

No sé si lo descubrieron en ese viaje, o en otro anterior que hizo Sartre a La Habana en 1949, lo cierto es que en medio de los calores de aquellos días, los dos bebían a veces el refrescante daiquirí. Sin embargo, hubo de impactarle el hecho, y así lo diría, del alto índice de abstinencia alcohólica entre los cubanos, contrariamente a lo que estaba ocurriendo en Francia, donde crecía de manera acelerada el consumo de vino y su terrible secuela.

En otras ocasiones, él prefería que le sirvieran jugo de naranja, tal como lo vi en el agradable entorno del patio de la casona de la familia Ruiz Bravo en Estrada Palma (hoy Félix Peña) número 357, en Santiago de Cuba. Toda la familia, el doctor Ruiz Velasco, su esposa Esperanza Bravo y los 11 hijos, habían tenido una extraordinaria participación durante la insurrección. Haydée Santamaría había llamado desde La Habana rogándole a la familia que atendiera a los connotados intelectuales franceses. Creo que ésa fue la ocasión en que a todos se nos hizo evidente lo que es la real hospitalidad, porque pocas veces he visto mayor dedicación e interés de toda una familia para que sus ilustres huéspedes se sintieran como en casa. Desde la llegada hasta la despedida en el aeropuerto, pasando por las conversaciones en ese patio donde Esperanza Bravo dialogaba con ellos en un francés muy fluido; sus visitas a la tumba de Martí en Santa Ifigenia, al barrio marginal de San Pedrito y al reparto Nuevo Vista Alegre que se había edificado para sus moradores y que hubo de conmoverlos fuertemente; o los encuentros que tuvieron con algunos profesores de la Universidad de Oriente. Todo estaba regido por el propósito de la familia Ruiz Bravo de hacer lo más grata posible su estancia en esa ciudad.

A esto se sumaron algunos detalles técnicos, pintorescos e inesperados. Resulta que al reservar Margarita Ruiz dos habitaciones para ellos en el hotel Casagrande, nunca imaginó que les vería en los rostros la expre-

sión de desagrado. A juzgar por tal reacción deseaban compartir la misma pieza. Pero ella, respetuosa y delicada, al no conocer con precisión el *status* de la pareja —como no lo conocía nadie, salvo ellos y sus íntimos, a decir verdad—, sabia y cubanamente optó por separar dos habitaciones. Se sabía que formaban una pareja unida desde hacía muchísimo tiempo, pero nada más. Y esa pareja, como otras no menos conocidas en la historia de la literatura, pudo haber sido estrictamente intelectual y nada más. Estaba claro que probablemente aplicaban con fidelidad algunas ideas muy propias sobre la libertad en las formas de relación de la pareja. Menos mal que la tormenta sólo duró un instante.

En la visita al Morro de Santiago de Cuba les sirvió de guía el profesor Prats Puig. A la salida, el calor era tan sofocante que los invitamos a beber algo que refrescara en un café situado frente a esa fortaleza que domina la bahía. Había allí una victrola Wurlitzer y Korda seleccionó un númeroailable y movidito, introdujo la moneda, presionó el botón y se acercó al grupo dando pasillos de bailarín cubano, extendió la mano hacia la Beauvoir invitándola a bailar. Esa mujer, tan seria siempre, empezó a recular y a recular y a huirle a Korda, como al diablo, que con inaudito desenfado seguía invitándola: “Vamos, vamos, que te voy a enseñar bailes cubanos”. Ella seguía reculando hasta el mostrador y nos miraba espantada a Sartre, a las hermanas Ruiz Bravo, a Juan Francisco Ibarra, a Lisandro Otero y a mí que los acompañábamos, como pidiendo auxilio. Korda llegó hasta ponerle la mano en la cintura, tratando de incitarla a bailar, pero se dio cuenta de que la mujer estaba aterrada. Después, como siempre, la broma criolla suavizó el ambiente tan grato en que se desenvolvía la visita.

Alguien le preguntó a Sartre si podría escribir sistemáticamente en un país con un clima tan caluroso como el de Cuba. Por supuesto que sí, respondió. Ello no influiría para nada. Sus palabras las hacía realidad muchas noches, por no decir casi todas, pues declinaba invitaciones de toda especie que no le aportaran al trabajo que ya se había propuesto escribir sobre Cuba. Se retiraba entonces a escribir las notas de las observaciones y reflexiones sobre lo ocurrido ese día.

No obstante, no se privó de conocer algunos de los lugares que habían contribuido a modificar a La Habana de noche en aquellos tiempos, por ejemplo, irse de madrugada a tomar sopa china y a comer arroz frito en el Mercado Único. Excepto, claro está, su entrevista con el Che que tuvo lugar justo a medianoche en el inmenso salón de la presidencia del Banco Nacional de Cuba en la Habana Vieja. El Che le brindó café y le ofreció un tabaco a Sartre que él mismo tuvo la amabilidad de encenderle.

Recuerdo que agarraba el tabaco con timidez, por no decir con temor, como si intentara adaptarse a esa nueva experiencia, muy diferente de la de fumar cigarros, que más que tomar entre los dedos daba la sensación de que los abracaba. Esa vez no tuve necesidad de traducir, porque el Che hablaba un francés correcto. Durante casi dos horas conversaron sobre asuntos de muy diversa índole, aunque se centró en las relaciones de Cuba con Estados Unidos, las medidas y contramedidas que en aquellos momentos las caldeaban. No recuerdo si esa misma noche o días más tarde, Sartre aseveró y posteriormente escribió que “si los Estados Unidos no existieran, quizás la Revolución Cubana los inventaría: son ellos los que le conservan su frescura y su originalidad”.

Transcurridos varios días de estancia en Cuba, quienes los atendíamos habíamos observado en ellos tal seriedad y rigor en su trabajo que nos preguntábamos si realmente podía interesarles o entusiasmarles asistir a Tropicana a presenciar su archifamoso espectáculo, convertido ya en un mito internacional. En aquellos momentos, lo montaba y dirigía todavía el famoso coreógrafo Rodney, nombre artístico de Roderico Neira. En el *show*, como característica que perdura aún en estos tiempos, sobresalía la hermosura de las despampanantes modelos de un espectáculo influenciado a todas luces por las grandes producciones musicales de Broadway, sin desestimar el toque hollywoodense. Y una vez que callaron los tambores y las trompetas y las bailarinas, bailarines y modelos regresaron a los camerinos, y se disipó el humo que los envolvía, el filósofo nos dio una disertación acerca del programa que habíamos visto, acerca del cabaret como institución y, sobre todo, hizo una muy seria reflexión a propósito de la autenticidad o no del espectáculo. Y para ello fue analizando, describiendo y cuestionando cada uno de los componentes, el asunto, la proyección, las partes y los protagonistas principales de aquel burbujeante musical que, sin discusión, seguía un patrón ya reiterado hasta el cansancio. Resultaba muy sugestivo, intelectualmente hablando, su método y el flujo de su pensamiento, capaz de desmontar un fenómeno como aquel que podía parecer tan trivial.

En el curso de su segundo viaje que tuvo lugar, si mal no recuerdo, entre el 22 y el 28 de octubre, Sartre observó por la vía tan sencilla y transparente de escuchar y conversar con la gente, que en la Isla se habían producido, de marzo a esa fecha, cambios muy serios y muy importantes. Una mañana viajamos al central Amistad con los Pueblos en la región de Güines. Había pertenecido en el pasado al magnate Gómez Mena y hubo de ser nacionalizado. Conversó con los obreros y los dirigentes políticos,

administrativos y sindicales de esa industria. Al regreso a La Habana en el auto explicó el proceso de radicalización que había observado, tan sólo de escuchar a sus interlocutores y los términos que utilizaban. Describió entonces las dos variantes del optimismo y que él calificaba como el optimismo blando y el optimismo duro. El blando era el de la exégesis, el de la admisión o el de la imposición de consignas o lemas que tienen una base y un fundamento más escolástico que revolucionario. El optimismo duro es el de quien asume la justeza de la causa y de los objetivos a alcanzar, pero, a su vez, está plenamente consciente de que a pesar del cúmulo de dificultades, accidentes y luchas por enfrentar, con espíritu crítico, fuerte y lúcido, en algún momento, a corto o a largo plazo, se logrará una victoria que generará nuevos empeños y nuevos enfrentamientos y otra victoria que a su vez... porque ése es el destino de todo revolucionario. Sartre escribiría, quizá pensando en revoluciones como la francesa, la rusa y la mexicana, que “la exterminación [en una revolución] del adversario y de algunos aliados no es inevitable, pero es prudente prepararse para ella. Después de eso, nada garantiza que el nuevo orden no será aplastado en el huevo por el enemigo de adentro y de afuera, ni que el movimiento, si es vencedor, no será desviado por sus combates y por su propia victoria”.

Una mañana de domingo fueron invitados a compartir con un grupo de escritores y artistas. El encuentro ocurrió en la terraza y más tarde a la sombra de una arboleda cercana a la que fuera la casona de descanso del pintor Luis Martínez Pedro en lo alto de la loma que domina la playa de Jibacoa. Como en la mayoría de sus conversaciones, los temas predominantes eran la política y también la cultura. Contemplando la perspectiva del tiempo me llama la atención que Simone de Beauvoir, en términos generales, fue excesivamente discreta en esas reuniones. Imagino que prefería dejar que fuera Sartre quien se manifestara, a pesar de ser ella una de las grandes escritoras del siglo xx.

Cada pregunta que se formulaba a Sartre, salvo raras excepciones, estaba relacionada con la candente realidad cubana. En algún momento se refirió a un experimento reciente del cual había sido testigo: el de campesinos franceses que manifestaban sus vivencias personales y sociales y sus preocupaciones a través de actuaciones teatrales. Momento en el cual se habló de los intentos para organizar en Cuba un movimiento de aficionados que, a juzgar por los métodos que se usaron en su implementación y por los resultados, éstos distaron mucho de los argumentos que se esgrmieron esa mañana. Acaso, los voceros de tales proyectos estaban pensando ingenuamente en suplantar a los auténticos creadores. Como si los

artistas, los escritores o la cultura de un país pudieran improvisarse tan caprichosa como festinadamente.

En esos días presencié una función de *Mulato*, de Ramiro Guerra, por el Conjunto de Danza Moderna y, en varias ocasiones, insistió en que el folclor en Cuba podía recuperarse por los jóvenes y fundirse con la cultura moderna sin que perdiera su carácter. Aunque el empeño era difícil, sobre todo en Cuba por la riqueza de su folclor, valía la pena intentarlo. También insistió en que en lo referente al teatro había que crear mitos y que éstos surgirían de la propia vida. Y subrayaba que se necesitaba huir de la inmediatez y que había que ir al mito, que era lo más profundo y perdurable. Los tres caminos para llegar a él, según puntualizara en entrevista que le hizo Humberto Arenal para *Revolución*, eran a través de la historia de la Revolución, a través de la cultura y por un análisis de la vida cotidiana. De todos modos, para él, la cultura no podía desinteresarse del mundo en que estaba inmersa; por tanto, debía desempeñarse de manera activa, exponiendo los problemas y los conflictos de su tiempo, de seguro una de las formas más profundas y eficaces de enriquecer espiritualmente esa realidad.

Porque —como escribiría— “si consideramos que el hombre es la superación constante de las contradicciones, entonces podemos llegar a ser optimistas”.

# LA PRESENCIA DE SARTRE EN LAS PUBLICACIONES CUBANAS DE LA DÉCADA DEL 60

Natacha Gómez Velázquez\*

El 22 de febrero de 1960, el suplemento cultural *Lunes de Revolución* anunciaba: “Sartre a la vista”.<sup>1</sup> Incluía un comentario que lo catalogaba como una de las mentes más lúcidas de nuestra época y resaltaba el significado intelectual y revolucionario de su visita. Agregaba que vendría acompañado de Simone de Beauvoir. Ésta fue la presentación de Sartre a la nueva Cuba. Es de suponer que la motivación fundamental del viaje giró alrededor del triunfo revolucionario de 1959. La Habana, una ciudad “fácil” en 1949 cuando la visitara por primera vez, ahora lo “desorientaba”.<sup>2</sup> Ciertamente, eran tiempos de búsquedas y encuentros.

La estancia de Sartre incrementó el interés por su obra que, en sí misma polémica, se vio envuelta en los humores ideológicos y teóricos que fecundaban el pensamiento cubano de entonces. Sus ideas inquietaron por su valor intrínseco y por las aristas insospechadas que les otorgaron los debates de la Cuba de los 60. En el mismo año 1960 apareció *Sartre visita a Cuba*.<sup>3</sup> Este libro contenía tres textos: “Ideología y Revolución”; “Una entrevista con escritores cubanos” y “Huracán sobre el azúcar”. En el interior de la portada se decía que Carlos Franqui director del periódico *Revolución* —del cual *Lunes de Revolución* era su suplemento— lo había invitado a Cuba. El anfitrión, junto al editor del semanario cultural Guillermo Cabrera Infante, estaban inmersos en debates, a veces subterráneos, en los cuales emergieron posiciones ideológicas consideradas por algunos como anticomunistas. Muy pronto comenzaron a tomar distancia respecto de la histórica organización comunista, el Partido So-

---

\* Doctora en Filosofía, es profesora titular en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Ha desarrollado un importante trabajo docente investigativo en los estudios del Pensamiento Cubano, de cuyos resultados son conocidos sus artículos publicados en Cuba y en el exterior.

<sup>1</sup> “Sartre a la vista”, en *Lunes de Revolución*, no. 48, 1960.

<sup>2</sup> “Huracán sobre el azúcar”, en *Sartre visita a Cuba*, Edición Revolucionaria, 1961, p. 57.

<sup>3</sup> *Sartre visita a Cuba*, ed. cit. Esta obra tuvo una edición anterior en 1960.

cialista Popular (PSP). Por esta razón, la invitación a Sartre ya resultaba inquietante.

*Lunes* había empezado a editarse en 1959 y encontró un polémico fin en 1961. En la temprana fecha de su inicio, el ambiente cultural estaba caracterizado por una gran diversidad cuyo resultado era la confrontación de todo tipo: ideológica, teórica, estética, generacional, de grupos, etc. Empezaba a constituirse la estructura institucional de la cultura: la Imprenta Nacional (1959); el Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos (ICAIC, 1959); la Casa de las Américas (1959); la Cinemateca de Cuba (1960); etc. En general, los editores de *Lunes* apreciaban el panorama ideológico y el suyo propio de la siguiente manera: “No somos comunistas. Ninguno: ni la revolución ni *Revolución*, ni *Lunes de Revolución*... Pero nosotros, los de *Lunes de Revolución*, hoy queremos decir, simplemente, que no somos comunistas. Para poder decir también que no somos anticomunistas. Somos, eso sí, intelectuales, artistas, escritores de izquierda...”<sup>4</sup>

Respecto del criterio editorial que asume *Lunes* se dice: “nosotros no formamos un grupo... sino que simplemente somos amigos y gente de la misma edad más o menos. No tenemos una decidida filosofía política, aunque no rechazamos ciertos sistemas de acercamiento a la realidad —y cuando hablamos de sistema nos referimos por ejemplo, a la dialéctica materialista o al psicoanálisis o al existencialismo... Dedicaremos buena parte del magazine a divulgar todo el pensamiento contemporáneo que nos interesa y nos toca”.<sup>5</sup>

La visita de Sartre se insertó en la polémica de *Lunes* con el *Diario de la Marina*.<sup>6</sup> Los editores del suplemento cultural tuvieron que defender su presencia argumentando que especialmente en la Cuba revolucionaria “todas las ideas tienen cabida” y “la libertad de pensar y de escribir son absolutas”. Unos meses antes de la llegada de Sartre, en noviembre de 1959 habían comenzado las críticas desde las páginas de *Lunes* al prestigioso grupo intelectual conformado en la década del 50 alrededor de la revista *Orígenes*.<sup>7</sup> A su vez, el ya entonces significativo intelectual Jorge Mañach había replicado. Los editores de *Lunes* rotularon a Mañach como

---

<sup>4</sup> “Haciendo lo que es necesario hacer. Una posición”, en *Lunes de Revolución*, 6 de abril de 1959, p. 3.

<sup>5</sup> “Una posición”, en *Lunes de Revolución*, no. 1, marzo de 1959.

<sup>6</sup> “Sartre y la marina”, en *Lunes de Revolución*, nos. 38, 39, 49, 1960.

<sup>7</sup> *Lunes de Revolución*, nos. 35 y 37, 1959.

“conservador” y el hoy antológico dramaturgo Virgilio Piñera escribiría desde las páginas de *Lunes*: “Diario de la Marina: 128 años de infamia”.

*Lunes*, como anfitrión, le dedicó su número 51 de 1960. Dos de los textos que incluyó se recogieron en el mencionado libro *Sartre visita a Cuba*. La edición especial del suplemento contenía tres escritos sobre Sartre, uno de ellos de la autoría de Simone de Beauvoir. Los otros dos se enmarcan dentro de la declaración inicial de principios ideológicos y teóricos del semanario. Se precisa que la “lucidez” del pensador francés radica en sostener una relación cercana con el marxismo, pero manteniendo la distancia. En este sentido, las páginas de *Lunes* expresan que “su moral personal es que en el mundo contemporáneo hay que estar del lado de los oprimidos (la clase obrera) y en contra de los opresores, idea esta muy próxima al marxismo... Sin aceptar la sumisión a la ideología comunista”. Se le reconoce como “uno de los filósofos más importantes, si no el más importante, de nuestro tiempo”. Aparece una reseña de su literatura y teatro, así como una caracterización del existencialismo.<sup>8</sup>

En 1961 terminan los fugaces, inquietantes y ambiguos *Lunes*. Roberto Fernández Retamar, actual presidente de la Casa de las Américas, caracterizaría en 1967 el escenario cultural de esos años como de “exaltación precrítica”, “fervor” y “confusión”.<sup>9</sup> El fin del semanario, matizado por acontecimientos culturales específicos, sucedió en la coyuntura de trascendencia general que generó en 1961 la reunión de Fidel en la Biblioteca Nacional con un grupo de intelectuales.

En las polémicas más propiamente artísticas y estéticas se vieron inmersos los escritos de Sartre. Las “Palabras a los intelectuales” pronunciadas por Fidel en 1961 durante aquella reunión, y concretamente, la clara y a la vez enigmática frase “dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”, no hizo reposar las inquietudes que se movían en la esfera cultural.<sup>10</sup> Después de esa fecha continuaron los debates. En ocasiones, éstos quedaron por escrito. Ejemplo de ello fue la polémica sobre cine desarrollada en 1963-1964 desde las páginas de distintos órganos de prensa y en la cual se involucraron creadores, intelectuales y dirigentes de la

---

<sup>8</sup> “Sobre J. P. Sartre. J. A. Baragaño”, en *Lunes de Revolución*, no. 51, 1960, p. 26; “Sartre o el heroísmo del hombre en situación. J. Arcocha”, en *Lunes de Revolución*, no. 51, 1960, pp. 29 y 31.

<sup>9</sup> “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”, en *Cuba: una revolución en marcha*, Ruedo Ibérico, 1967, p. 291.

<sup>10</sup> “Palabras a los intelectuales. Fidel Castro”, en *Revolución y Cultura*, año 2, suplemento 2, febrero de 1969, p. 52.

cultura: Alfredo Guevara, Mirtha Aguirre, Tomás Gutiérrez Alea, Edith García Buchaca, otros. Durante 1964 y 1965, importantes figuras como Ambrosio Fornet y José Antonio Portuondo discutieron sobre presupuestos estéticos relativos a la función social del arte y al elitismo intelectual. Quizás, el más connotado debate se desató a fines de 1963 entre Blas Roca, dirigente histórico de la organización comunista cubana (Partido Socialista Popular, PSP) y Alfredo Guevara (Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos, ICAIC). Los asuntos abordados fueron en lo esencial los siguientes: responsabilidad social del artista; arte de mayorías o minorías, función social y carácter clasista del arte, papel del Estado ante los fenómenos de creación y difusión. Todo ello permeado de un tinte ideológico, disputas personalizadas, y concepciones teóricas que giraban alrededor del marxismo.

Interesa destacar que, de alguna manera, estos debates constituían la estela de un asunto que ya tenía una historia dentro de la literatura y la práctica socialistas de Europa: en especial, al interior de las discusiones partidistas. Se trataba del “realismo socialista”. El arte a promover en el socialismo: ¿debía reflejar (únicamente) la realidad?, ¿qué realidad?, ¿cómo?

En la esfera artística, la Revolución cubana había tomado sus propias decisiones. Las “Palabras a los intelectuales” de Fidel en 1961 trascendieron el ámbito estrictamente artístico y cultural, para constituirse en una declaración de valor teórico y político. Ante el debate en torno a la libertad de creación, dio a la luz una definición que, al margen de la feliz retórica, marcó fronteras políticas: “dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”. Obsérvese que a diferencia de lo que se conocía como “realismo socialista” y que se practicó en Europa del Este, los límites no se remiten a una expresión artística determinada, lo cual hubiera implicado un reduccionismo estético. Más tarde, en 1965, el Che haría notar cómo “en nuestro país, el error del mecanicismo realista no se ha dado”.<sup>11</sup> Aunque el pronunciamiento de Fidel en 1961 resultó importante en materia de política cultural, él mismo no operó de manera concluyente en los distintos círculos y niveles en que se tomaron decisiones y posiciones al respecto. ¿En qué consistía hacer y promover una cultura que se moviera dentro de las fronteras y los intereses de la Revolución? Con relación a esto se sucedieron divergentes y encontradas respuestas que en algunos

---

<sup>11</sup> “El socialismo y el hombre en Cuba”, en *Ernesto Che Guevara. Obras*, Casa de las Américas, p. 190.

casos se expusieron públicamente y en otros incidieron de manera directa en el curso de ciertos proyectos creativos.

Durante buena parte de la década del 60, la marea editorial se movió acerca de estas cuestiones, también la presencia de los escritos sartreanos relativos a la estética y la creación artística. Acaso, la entrevista dada a conocer por *Pueblo y Cultura* en 1964 bajo el título de “Sobre el realismo”, sintetizaba las ideas que, al menos en otros tres textos, giraban en torno al tema. En la entrevista a Sartre puede leerse: “para un materialista (y yo soy uno de ellos) esto quiere decir que esa obra se refiere necesariamente a cierto sector de la materialidad. Pero al mismo tiempo la materialidad de la obra conlleva una estructura profunda de ‘imaginería’: ella se refiere, en efecto, a un objeto que no es dado en la obra, pero que en su ausencia ella representa o sugiere... Por otra parte, yo pienso que todas las artes son realistas en la medida en que el arte es una realidad propia que se desarrolla, que posee una historia, que no puede develar una esfera, una capa de lo real, salvo cuando esto fuere lo real estético... toda obra de arte válida, sea cual sea, se realiza; pero que toda obra realista no es necesariamente artística”.<sup>12</sup>

Sartre fue interrogado directamente por los intelectuales cubanos acerca del “realismo socialista”.<sup>13</sup> Su respuesta se publicó como parte de *Sartre visita a Cuba*. La definición de conflictos *a priori* entre pasado y presente de la sociedad soviética constituía, en su opinión, una de las características de aquel movimiento. El escritor partía de definiciones y debía exaltar actos positivos. Su resultado era el conformismo. La esencia del problema se encontraba, sin embargo, en las ediciones del Estado. No obstante, Sartre comprendía que para favorecer la edición de libros en una sociedad socialista, el Estado debía invertir y patrocinar. Era un problema económico y práctico, que generaba una especie de inercia en la formación de escritores y comprometía la vitalidad del acto de creación. De esa manera, el futuro sólo deparaba más “realismo socialista”.

En “Un análisis sobre el teatro burgués” presentado por *El Caimán Barbudo*, Sartre aborda filosóficamente el tema del carácter clasista del arte; asunto que se enmarca dentro de la problemática marxista. Sostiene la idea de que la burguesía en el teatro no quiere ser representada como objeto, sino que pretende una complicidad con el espectador generada

---

<sup>12</sup> “Sobre el realismo. J. P. Sartre”, en *Pueblo y Cultura*, no. 29, 1964, pp. 29-30.

<sup>13</sup> “Una entrevista con los escritores cubanos”, en *Sartre visita a Cuba*, ed. cit., pp. 49-53.

por cierta identificación. De todas formas aclara que “se podría ser objeto total, para las hormigas o para los ángeles, pero no se puede serlo para los hombres...”.<sup>14</sup> También la “Carta sobre la infancia de Iván” que se publicó en otra revista de corte cultural, *La Gaceta de Cuba*, se introduce en el vínculo entre creación artística e ideología, tomando como pretexto el filme del soviético Andrei Tarkovsky.<sup>15</sup> Por su parte, *Unión* dio a conocer “*Rinascita* entrevista a Sartre” que se mueve en el mismo sentido de la relación marxismo-ideología-estética.<sup>16</sup>

En “El intelectual frente a la Revolución” aborda la especificidad de la responsabilidad social de los hombres de pensamiento dentro de la sociedad socialista y sus relaciones con el Partido. Estima que debe comportarse como un vínculo contradictorio. En este sentido expresa: “No se puede tomar con respecto a la URSS una actitud crítica que pudiera traer como consecuencia la ruptura de los lazos con ella, hay que examinar exactamente la situación...”.<sup>17</sup> Sobre este complejo tema de la responsabilidad social de los intelectuales se pronunció igualmente en otros dos textos. Uno, elaborado a partir de su visita bajo el título “Una entrevista con los escritores cubanos”.<sup>18</sup> El segundo consiste en una especie de respuesta a una “Encuesta a Jean-Paul Sartre” que recibieron los cubanos en lugar de lo que debió ser una tercera visita a La Habana. Lamentablemente, Sartre enfermó y el Congreso Cultural de 1968 se efectuó sin su presencia.<sup>19</sup>

También en Cuba se había reconocido como uno de los grandes teóricos de la literatura, su tesis de que la obra escrita es un hecho social y de que el escritor siempre está comprometido, se expuso ante los lectores cubanos en 1966 —casi 20 años después de su publicación inicial— en forma de libro bajo el título *¿Qué es la literatura?*. Este grupo de ensayos repasaba, de una manera muy personal y en forma problémica, todos los tópicos que eran objeto de cuestionamiento en la esfera intelectual y cultural cubanas. Uno de los textos que recogió esta edición fue la “Presentación de *Los Tiempos Modernos*”. En ella, Sartre se refiere a la “conciencia

---

<sup>14</sup> “Un análisis sobre el teatro burgués. J. P. Sartre”, en *El Caimán Barbudo*, no. 2, 1966.

<sup>15</sup> “Carta sobre la infancia de Iván. J. P. Sartre”, en *La Gaceta de Cuba*, nos. 11-12, 1963.

<sup>16</sup> “*Rinascita* entrevista a Sartre”, en *Unión*, no. 1, 1964.

<sup>17</sup> “El intelectual frente a la revolución. J. P. Sartre”, en *Pensamiento Crítico*, no. 21, 1968, p. 199.

<sup>18</sup> “Una entrevista con los escritores cubanos”, en *Sartre visita a Cuba*, ed. cit.

<sup>19</sup> “Encuesta a J. P. Sartre”, en *Islas*, no. 30, 1968.

de profesionales” que regiría su publicación y a la vocación de investigación que se planteaba.<sup>20</sup>

La literatura se había convertido en propaganda, dice en otro ensayo, pero el autor no debe hacer de funcionario. Lo primero se justifica por el hecho de que crea necesidades a satisfacer. Pero esas necesidades serían: justicia, libertad, solidaridad. El creador no puede permitirse halagos, homenajes; ha de recobrar la “fuerza de escandalizar”. Escribir y leer han de ser actos libres. Para Sartre, la lectura es también creación, se erige en “constitutiva del objeto”, pues las palabras que conforman la literatura no constituyen simples signos de la realidad, sino otra realidad. “No se escribe para esclavos”, sentencia.<sup>21</sup>

Como resultado de esta indagación teórica en la cual los editores cubanos devinieron una pieza clave, pues manejaron los criterios de selección que operaron en las publicaciones, se conformó un interesante mosaico de propuestas estéticas. Ese panorama estuvo especialmente matizado por autores franceses como Roger Garaudy, de quien se conoció, entre otros textos, “De un realismo sin riberas”.<sup>22</sup> Los lectores accedieron igualmente a trabajos de Lucien Goldmann, André Breton y Louis Althusser, por mencionar algunos.

La presencia de Sartre en las publicaciones periódicas se mantuvo constante a través de la década del 60. Aproximadamente más de 20 textos —que incluyen algunas entrevistas— se difundieron. Una buena parte de ellos en revistas de corte cultural: *Revolución y Cultura*, *Unión*, *La Gaceta de Cuba*, *Pueblo y Cultura* y *El Caimán Barbudo*. Además aparecieron reseñas, comentarios, análisis y opiniones acerca de su pensamiento y obra.

Precisamente porque el mundo cultural cubano de entonces apreciaba la polémica y la diversidad de criterios, y no veía en ello confusión sino creación, el lector interesado pudo acceder a perfiles disímiles de Sartre. Algunos venían con el valor adicional de emitirse por importantes intelectuales franceses de la época, por ejemplo: André Gorz y Roger Garaudy.

En el primer caso se trataba de un filósofo y escritor que ejercía como colaborador de Sartre en *Los Tiempos Modernos*. Su artículo en la

---

<sup>20</sup> “Presentación de *Los Tiempos Modernos*”, en *¿Qué es la literatura?*, Consejo Nacional de Cultura, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1966, pp. 15 y 29.

<sup>21</sup> “La nacionalización de la literatura”, en *¿Qué es la literatura?*, ed. cit., pp. 54-55: “¿Por qué se escribe?”, en *¿Qué es la literatura?*, ed. cit., p. 112.

<sup>22</sup> “De un realismo sin riberas. R. Garaudy”, en *Unión*, no. 1, 1964.

revista *Pensamiento Crítico* remitía a una cuestión medular para los cubanos: “Sartre y Marx”. Si bien el debate teórico era entonces moneda corriente, la referencia para una Revolución que se reconoció a sí misma en 1961 como socialista, era el marxismo. Gorz destaca, en lo fundamental, la dirección crítica del pensamiento sartreano hacia el denominado marxismo soviético. En especial, llama la atención acerca del sentido antiobjetivista y antiteleológico de las tesis de Sartre. Argumenta: “Si la historia humana es sólo el fragmento de una totalidad mucho más vasta y envolvente, y está dirigida por la supuesta finalidad de los acontecimientos en la naturaleza, entonces su verdad radica fuera de ella misma y no puede haber un conocimiento auténtico”. Más adelante agrega: “Amparándose en la ‘ciencia’ marxista, estos críticos [los de Sartre] abandonan la ciencia, y sobre todo, el esfuerzo por comprender la historia”.<sup>23</sup> En este artículo, Gorz toma como pretexto la *Crítica a la razón dialéctica*. Por cierto, el Prólogo a esa obra, *Cuestiones de método*, se había publicado en Cuba por el Instituto del Libro en 1966 con un prólogo del entonces profesor universitario Aurelio Alonso.

Los criterios de André Gorz llegaron no sólo a través de “Sartre y Marx”, sino también por medio de una entrevista que le efectuaran las profesoras universitarias Talía Fung e Isabel Monal, y publicada por *El Caimán Barbudo* en 1968. La “Entrevista con André Gorz” gira en torno al capitalismo contemporáneo y la “nueva izquierda” en Occidente. También en este contexto se establece la conexión con el marxismo: “el papel de Sartre en la izquierda francesa fue esencialmente una acción de desdogmatización del pensamiento, de la teoría marxista... Reveló a una parte muy importante de las nuevas generaciones francesas que el marxismo era una cosa muy distinta de lo que se practicaba en la Unión Soviética y en los países socialistas de Europa”.<sup>24</sup>

En cambio, Roger Garaudy cuestiona las tesis sartreanas desde las páginas de la revista *Unión* (órgano de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, UNEAC). Siempre tomando como medida de valor el cuerpo doctrinal que en sentido general se denominaba marxismo, señala de manera crítica: “Sartre es, ciertamente, el filósofo que ha desarrollado frente al materialismo dialéctico y la idea de una dialéctica de la naturaleza, los ataques más importantes, desde hace veinte años”. Más adelante continúa: “existe un núcleo de verdades absolutas del marxismo, un cuerpo de

---

<sup>23</sup> “Sartre y Marx. A. Gorz”, en *Pensamiento Crítico*, no. 5, 1967, pp. 84, 107.

<sup>24</sup> “Entrevista con A. Gorz”, en *El Caimán Barbudo*, no. 4, 1968.

doctrina que es una adquisición definitiva y que no puede ser jamás revisado... porque es el resultado de toda la práctica y de toda la experiencia humana acumulada”. También desde *Unión*, Garaudy se pronuncia sobre “Estructuralismo y muerte del hombre”. En este sentido, hace explícito su respeto a las tesis de Claude Levy Strauss y su rechazo a Foucault y a Sartre que las retoman de manera dogmática y en abstracto.<sup>25</sup>

Desde el mismo 1959, los editores cubanos insertaron a Sartre en los debates sobre marxismo. El texto “Sartre y *Los Tiempos Modernos*” presentado por *Lunes de Revolución*, abordaba el tópico del compromiso social del artista, pero derivaba en una especie de valoración crítica del marxismo, al cual le atribuye una “concepción totalitaria de clase” que debía complementarse con una “psicología sintética”. Su pensamiento dialoga con el historicismo de Marx en tanto reconoce como primera la “realidad humana”, y también lo hace con la teoría de la lucha de clases, pues declara tomar partido por todos aquellos que quieren “cambiar” la condición humana y hacerla libre. Se trata de la liberación del hombre como totalidad, abarcando todos los factores constituyentes. Adiciona una frase que recuerda las *Tesis sobre Feuerbach*: la sociedad hace a la persona y la persona hace a la sociedad.

La concepción de Marx se debilita no por fisuras internas sino por su insuficiencia: “el hombre totalidad... corre el riesgo de perecer devorado por la clase, si sólo esa existiera y sólo a ella hay que liberar. Pero, se dirá: ¿liberando la clase no se libera a los hombres que incluye? No necesariamente”. Y es que, evidentemente, el marxismo formaba parte de los presupuestos culturales y hasta filosóficos de Sartre. Pero también, la fenomenología. En el contexto de su concepción existencialista, la libertad era a la vez fuente de grandeza y maldición.<sup>26</sup>

En la entrevista que efectuara con escritores cubanos durante su estancia en La Habana, argumenta una noción ontológica del hombre, dada precisamente por la dimensión de libertad. Advierte que no se trata de un atributo abstracto, sino una especie de potencialidad cuyo ejercicio pasa por la praxis. Y ésta se define como la violencia sobre las condiciones objetivas. En ese acto, la libertad se consume. Libertad y praxis *versus* determinismo, ésa es la tesis de la respuesta a uno de los escritores cubanos.<sup>27</sup>

---

<sup>25</sup> “Semana del Pensamiento Marxista: Conclusiones. R. Garaudy”, en *Unión*, no. 2, 1962, pp. 131 y 137.

<sup>26</sup> “Sartre y Los Tiempos Modernos”, en *Lunes de Revolución*, 6 de abril de 1959.

<sup>27</sup> “Una entrevista con los escritores cubanos”, en *Sartre visita a Cuba*, ed. cit., pp. 32-36.

Marxismo, socialismo, comunismo. Términos reiterados en una Revolución y que operaron en los criterios de publicación de los editores. A esa selección, sujeta a cambiantes y contradictorios parámetros ideológicos, estuvieron sometidos los textos sartreanos.

La ideología de filiación marxista no se había hecho explícita en Cuba hasta abril de 1961. Uno de los factores contribuyentes a la radicalización lo constituyó el pensamiento político de algunas de las fuerzas organizadas que habían participado en la lucha. Las masas, en su mayoría con disposición revolucionaria, no alcanzaban esa comprensión. La adhesión del pueblo al socialismo constituyó un fenómeno fáctico. Se movió alrededor de las realizaciones mismas de la Revolución, de las movilizaciones —de carácter defensivo, económico y social— y de la educación que provino del discurso de sus principales dirigentes.

Mas, no debe despreciarse la incidencia de la difusión masiva del marxismo en la transformación operada al interior de la conciencia política cubana. Las funciones políticas que de ella se esperaban estaban vinculadas al ejercicio de la hegemonía. En época tan temprana como diciembre de 1960 había comenzado la institucionalización de los estudios de marxismo. Su expansión dirigida contribuyó a la realización de los fines integrador y movilizador de la ideología. La difusión inicial puso especial énfasis en la construcción del consenso y la legitimación del nuevo orden. Se proponía, igualmente, el desarrollo de un pensamiento dialéctico-materialista. La creatividad y la reflexión más que un entretenimiento o lujo intelectual, debían convertirse en una necesidad ideológica. Por demás, esto posibilitaría la ampliación progresiva de un segmento intelectual capaz de hacer una teorización propia de la práctica revolucionaria cubana y defender, desde el campo estrictamente teórico, su posición de clase. Las acciones institucionales más significativas fueron la constitución de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria (EIR) y la implantación de la Reforma Universitaria que comprendía de manera obligatoria asignaturas de marxismo-leninismo.

El encuentro masivo con el marxismo incluyó a un segmento intelectual emergente que sólo entonces empezó a moldearse teóricamente. También involucró a consagradas figuras del arte y la cultura que pudieron haber tenido contacto anterior con una doctrina que ahora pasó a formar parte de sus reflexiones cotidianas. De estas dos ramas se nutrieron los colectivos editoriales. Una tercera, conformada por personalidades cuya práctica política había sedimentado para 1959 determinada formación marxista.

Al tratarse de la Cuba de los 60, regida por el debate teórico e intelectual generado por el triunfo de la Revolución, que en sí misma constituyó un hecho cultural, las publicaciones se permearon por un espíritu creador, diverso y polémico. Es de suponer que la concepción general de cada revista era el resultado de determinado criterio. Los conceptos teóricos de los colectivos editoriales y sus debates (no siempre explícitos), constituyeron las aguas en que Sartre navegó frente a los lectores cubanos en los 60. Teniendo siempre como escenario una sociedad marcada por una vida política agitada como nunca antes.

Aunque el marxismo se convirtió en una referencia imprescindible, pronto fue abriéndose paso la idea de que la teoría fundada por Marx había sido retomada, asimilada, desarrollada y/o ¿revisada? internacionalmente de muy diversas maneras. Surgió entonces la certeza de que había que emprender el camino hacia las fuentes originarias del marxismo. Esto no dejaba de resultar inquietante, pues ya los cubanos sabían, en especial a través de otro francés, Althusser, que quizás existían dos Marx.

Posiblemente, el autor de *Por Marx* —editado en Cuba en 1966— fuera el filósofo extranjero contemporáneo más difundido en las publicaciones cubanas de la década. Sus trabajos constituyeron un intento de reencuentro con el pensamiento originario. Llamó la atención acerca del carácter histórico de la conformación del pensamiento de Marx. La problemática relativa a las obras de juventud trajo consigo una apertura hacia temáticas como: humanismo, fetichismo, hombre, enajenación, ética, subjetividad, etc. Al presentar con insistencia a Althusser ante los lectores se promovió el interés en particular por una región o vertiente del discurso marxista con la cual los cubanos no estaban familiarizados, pues la popularización de la doctrina se había efectuado en lo fundamental a través de los manuales soviéticos.

En el viaje de indagación, orientación, formación y asimilación teórica, la brújula intelectual condujo a los editores cubanos (profesores universitarios, artistas, dirigentes políticos y figuras de la cultura) a diversas zonas de pensamiento. Por ejemplo, el que iba tomando cuerpo a partir de las expresiones prácticas de los revolucionarios del Tercer Mundo y, en especial, de América Latina. Entre los animadores de las páginas y el pensamiento cubanos, estuvieron los escritos de filósofos italianos que, entre otros asuntos, se debatían alrededor del historicismo gramsciano.

También el pensamiento francés, y no sólo Sartre, disfrutó de la preferencia de los editores. Los cubanos supieron de las “Semanas de Pensamiento Marxista” organizadas en París y de las disputas teóricas entre

Garaudy y Althusser, en lo fundamental, a través de las páginas de la revista *Unión*. Además, estuvieron al tanto de los debates acerca del arte y la cultura que se desarrollaron en aquel escenario.<sup>28</sup>

La Editorial del Consejo Nacional de Universidades publicó en dos tomos *Lecturas de marxismo-leninismo* que vieron la luz entre 1965 y 1966. En el prólogo se expresaba satisfacción por poder “ofrecer en español el primer fascículo del curso sobre marxismo-leninismo, dictado directamente en París por un grupo de eminentes filósofos comunistas franceses...”<sup>29</sup> Recogía textos de dirigentes del Partido Comunista francés y de profesores universitarios. Algunos de sus nombres se hicieron familiares por la frecuencia de sus textos en las publicaciones de los 60: Garaudy y Guy Besse, por ejemplo.

En general, la muestra del pensamiento francés en las publicaciones cubanas se caracterizó por su heterogeneidad en cuanto a problemáticas, la presencia de figuras reconocidas internacionalmente, crítica a discursos teóricos de determinadas personalidades, crítica al marxismo soviético y elaboración conceptual de los textos. Al estructuralismo francés le dedicaron números especiales las revistas *Revolución y Cultura*, *Casa de las Américas* y *Pensamiento Crítico*.<sup>30</sup> Los lectores se familiarizaron con nombres como P. Bourdieu, J. Pouillon, J. Cuisemier, P. Ricoeur, M. Barbut, H. Lefebvre. Tampoco fueron pasados por alto los acontecimientos de mayo-junio del 68 en París. *Pensamiento Crítico* editó un número especial que recogía, entre otros, los comentarios de Sartre.<sup>31</sup> Su apoyo a las revueltas estudiantiles ya se conocía aquí a través de la reproducción de uno de sus artículos en *De le Nouvel Observateur* por *Revolución y Cultura* desde el mismo 1968.

La vitalidad teórica que se desarrollaba en Francia y, en particular, la circulación de ideas en torno al marxismo, generó en Cuba gran interés tanto en círculos académicos como políticos. La presencia francesa, y también soviética, se extendía por publicaciones periódicas y formaba parte de la política editorial. En una carta escrita por el Che en 1965 —y que permaneció inédita hasta hace unos años— se dice que esto obedecía a las

---

<sup>28</sup> *Unión*, no. 2 de 1962; no. 2 de 1964; no. 1 de 1965.

<sup>29</sup> *Lecturas de marxismo-leninismo*, Editorial del Consejo Nacional de Universidades, t. I, 1965.

<sup>30</sup> *Revolución y Cultura*, no. 13, 1968; *Casa de las Américas*, no. 55, 1969; *Pensamiento Crítico*, nos. 18-19, 1968.

<sup>31</sup> *Pensamiento Crítico*, nos. 25-26, 1969.

facilidades existentes para la traducción y a lo que denominó “seguidismo político”. En el segundo caso se refería, por supuesto, a la literatura proveniente de la URSS. Durante la visita efectuada por el presidente de la república en 1964 al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana y a instancias de los profesores, dijo que existía “todo un desarrollo polémico en Francia... del cual hemos pedido la mayor cantidad de material posible para comenzar la traducción”. La Comisión de Estudios Sociales de las EIR se propuso, en 1966, “traducir y editar trabajos de filósofos soviéticos, húngaros, franceses, italianos, ingleses, sobre los problemas actuales de la filosofía marxista, con el fin de difundirlos y dar información de actualidad a aquellos que, dentro de las posiciones de la clase obrera, se dedican a estudios filosóficos”.<sup>32</sup>

Los debates sobre marxismo en Cuba comprendieron las formas, medios y métodos de enseñanza. Ejemplo de ello fue la “polémica de los manuales” escenificada en las páginas de la revista *Teoría y Práctica* en 1966. Su detonante fue, casualmente, la carta a la redacción de una estudiante francesa. Una de las partes involucradas, los profesores de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria estimaban que los manuales soviéticos tenían limitaciones, pero constituían una “exposición popular” del marxismo y, por tanto, imprescindibles para la enseñanza masiva. Su contraparte, el profesor Aurelio Alonso —quien prologó ese mismo año *Cuestiones de método*— emitió criterios que expresaban cierta tendencia de pensamiento que dentro del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, venía dibujándose hacia 1966-1967 y que desembocó en *Pensamiento Crítico*. Ésta se caracteriza por reconocer el carácter historicista y antiobjetivista de la teoría fundada por Marx; identificar a la teoría de la revolución como su esencia; sostener que aquel discurso debe estudiarse y exponerse siguiendo la historia de su conformación. Estos presupuestos condujeron a Aurelio Alonso a formular la única tesis que presenta en la polémica: los manuales son resultado de un pensamiento ajeno al marxismo y forman, por ende, un modo de pensar no marxista.<sup>33</sup>

El manualismo había sido atacado duramente desde las mismas esferas políticas. El presidente de la república Osvaldo Dorticós en su visita

---

<sup>32</sup> “Carta del Che a Hart, 4 de diciembre de 1965”, en *Contracorriente*, no. 9, 1997; “Acta de la visita del Presidente de la República Osvaldo Dorticós al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana”, 1964 (inédito); “Las investigaciones sociales en las EIR”, en *Cuba Socialista*, no. 63, 1966, p. 70.

<sup>33</sup> *Teoría y Práctica*, nos. 28, 30, 31 de 1966; no. 31, 1967.

al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana en 1964 expresó: “Estamos superando ya el mal del manualismo. Es decir, muchas veces, el aprendizaje del marxismo-leninismo en los institutos de nuestro país, se ha hecho a través de los manuales...”. Un año más tarde, el Che manifestaba en privado que los “ladrillos soviéticos... tienen el inconveniente de no dejar pensar... Como método es lo más antimarxista, pero además suelen ser muy malos”.<sup>34</sup> El reconocimiento de las limitaciones del marxismo de manual en determinados sectores intelectuales, tuvo como consecuencia que la política editorial fuera haciendo cada vez más espacio a las concepciones teóricas heterogéneas, contradictorias y personalizadas del denominado marxismo occidental, también el francés. Ésta constituyó una tendencia que se manifestó en forma progresiva en las publicaciones cubanas de la década.

El escenario de estas transformaciones teóricas y editoriales estuvo marcado por significativas declaraciones y decisiones políticas en el país. Hacia el segundo lustro de los 60, la dirección cubana expresó de manera reiterada la voluntad de diferenciarse de otras comprensiones y prácticas originadas en el mundo socialista —también el soviético— y el movimiento comunista en general. Para entonces se imponía la búsqueda de una *interpretación propia* de la teoría y la práctica revolucionarias. Esto suponía la no asunción mimética de la propuesta que nos llegaba.

En el contexto descrito se origina la denominada “polémica económica” animada por el Che. Además de ministros y profesores cubanos, intervinieron —por medio de trabajos que fueron publicados— el economista francés Charles Bettelheim y el economista belga Ernest Mandel. Más allá del valor que poseen los criterios concretos emitidos por los participantes, estimamos oportuno destacar dos aristas del asunto que hacen de esta confrontación teórica un precedente del giro que tomaría el marxismo en las publicaciones a partir de la mitad de los 60. Uno de ellos, la existencia de un espacio para la discusión de problemáticas teórico-políticas. Esto estimuló, a la altura de 1963-1964, la creencia en lo posible y a la vez necesario de generar y sostener criterios propios. Puso de manifiesto que la obra de la Revolución requería de decisiones que no estaban escritas ni experimentadas de antemano; más bien, había que pensar sobre ello.

---

<sup>34</sup> “Acta de la visita del Presidente de la República Osvaldo Dorticós al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana”, 1964 (inédito); “Carta del Che a Hart”, en *Contracorriente*, art. cit.

El Che, entonces ministro de Industrias, sostuvo la tesis del sistema presupuestario que, aunque venía de países socialistas, lo trabajó en correspondencia con la situación particular de Cuba marcada por el subdesarrollo y el ideal socialista. Su contribución principal consistió en insistir en la relación trabajo-estímulo moral-conciencia-socialismo. Se abordaron conceptos como: sistema contable y técnico, planificación, centralización, control económico. Mas, la discusión de fondo giraba alrededor de una concepción o modelo de socialismo, y a la tesis del determinismo económico presente en los manuales soviéticos y cuestionada por el Che. En este sentido hay que recordar que entendía al comunismo —en lo fundamental— como un acto de conciencia.

Sus artículos conjugaron una peculiar lectura de los textos marxistas con las condiciones cubanas. Desbrozaron el camino para una comprensión más desprejuiciada de Marx, en el sentido de desprenderse de esquemas conceptuales ya fijados por interpretaciones anteriores. La polémica constituyó una señal de la vitalidad y de pensamiento propio de la dirección cubana.

El tema del signo ideológico de la Revolución constituyó, desde 1959 y especialmente en los primeros 60, lugar común de pronunciamientos, escritos y especulaciones. Convertido en asunto de interés político tanto por fuerzas internas como externas, poseía además un atractivo teórico. En marzo de 1960, Fidel Castro decía: “nosotros no somos gente de mucha teoría... nosotros somos, gente de hechos y Paul Sartre lo dijo. *Esta Revolución no está escrita en ningún libro...*”.<sup>35</sup> De esta manera quedaban amplificadas, magnificadas e interpretadas las palabras de Sartre acerca del signo de la Revolución cubana, en momentos en que aún no se había declarado el carácter socialista del proceso. ¿Qué había dicho el escritor y filósofo francés?

En un texto titulado “Ideología y Revolución”, Sartre expresó que se trataba de una especie de “*ideología salvaje*” o una “ausencia aparente de ideología” a diferencia de “otras ideologías que son muy elaboradas”. Más tarde, en 1968, *Pensamiento Crítico* dio a conocer un escrito con su firma que decía: “Es absolutamente imposible no ser procubano. Esa *revolución caótica* ha tenido sus momentos negativos, pero posee una línea coherente...”.<sup>36</sup> Aunque, a primera vista, las frases sartreanas y la de Fidel pudieran

---

<sup>35</sup> “Intervención de Fidel en el Programa Telemando”, en *Hoy*, 30 de marzo de 1960.

<sup>36</sup> “Ideología y Revolución”, en *Sartre visita a Cuba*, ed. cit., p. 3; “El intelectual frente a la Revolución”, en *Pensamiento Crítico*, no. 21, 1968, p. 200.

parecer afines, no son precisamente idénticas. No obstante, en su contexto presentan puntos comunes. Uno es la vocación práctica de la ideología. Sartre precisa que se trataba de un “proyecto práctico de conservar o de cambiar las estructuras” y, evidentemente, la intención cubana era de transformación.

Sus propias notas sobre la visita a Cuba también pueden sugerir otra tesis. A diferencia de la “*ideología salvaje*” que remite a cierto empirismo, las ideologías “elaboradas” comparten un programa político y social definido. En este sentido, el alegato de Fidel en 1953 conocido como *La historia me absolverá* y, en general, la conciencia política de las fuerzas que lideraron la Revolución, ejercieron prácticamente como programa. Interesa destacar, sin embargo, las palabras del propio Sartre sobre la dinámica del movimiento revolucionario: “vio desaparecer unos tras otros sus objetivos, descubriendo cada vez objetivos nuevos, más populares y más profundos, en una palabra, más revolucionarios. Y habéis aprendido que... para lograr los objetivos más inmediatos, y aparentemente más simples, había que apuntar de entrada hacia los más complejos y lejanos. Pero lo contrario también es cierto: para atravesar a la nación entera, había que proponerse en primer lugar los objetivos universales que no alcanzarían sino al final”.<sup>37</sup> Este texto, entonces, orienta hacia la conformación de una ideología mezclada de lo *a priori*, lo presente y hasta de un horizonte de utopías. Por demás, ésa sea posiblemente la fórmula de toda revolución.

No obstante, este asunto no tuvo reposo ni en la conciencia política ni en el pensamiento teórico durante aquellos años. Los dirigentes insistieron en que se trataba de “una revolución, en los hechos, enteramente marxista”. Meses después de la visita de Sartre en 1960, el Che escribe un imprescindible trabajo titulado “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana” que en ciertos aspectos remite a aquella noción de “*ideología salvaje*”. Aborda, por ejemplo, el asunto de la insuficiente formación teórica de los actores de la Revolución. Éste fue un planteamiento reiterado en distintas ocasiones por Fidel: “Cuando nosotros salimos de la Universidad (en el caso particular mío) ya realmente estaba grandemente influido (no voy a decir que era marxista-leninista ni mucho menos...)”.<sup>38</sup>

---

<sup>37</sup> “Ideología y Revolución”, en *Sartre visita a Cuba*, ed. cit., p. 3.

<sup>38</sup> Fidel Castro: *Se enseña haciendo y se hace enseñando*, EIR, 1962, pp. 14 y 20; “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana”, en *Ernesto Che Guevara. Obras*, Casa de las Américas, ed. cit., p. 92; Fidel Castro: *Discurso sobre el PURS*, Obra Revolucionaria, no. 46, 1961.

Un interesante documento inédito recoge las palabras del presidente de la república Osvaldo Dorticós al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana el 20 de febrero de 1964. Su objetivo, según recoge el Acta, consistía en tener un “contacto personal” con un colectivo que tenía la responsabilidad de impulsar los estudios de marxismo-leninismo. Reconoce que era un empeño que generaría dificultades: “en primer lugar, en Cuba, el movimiento revolucionario cubano, no está asistido de una fuerte tradición teórica... El Partido nuestro es un Partido nuevo, integrado por viejos marxistas, pero, sobre todo, por masas trabajadoras, estudiantes, intelectuales, de innegable decisión revolucionaria, de alto nivel político, pero tenemos que confesar que de un bajo nivel teórico...”. Más adelante señala que “el pueblo se había adherido primero a los hechos históricos [se refiere al socialismo]... pero desde luego, eso trae consigo... un déficit inevitable, un *déficit teórico*...”.<sup>39</sup>

En “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana”, el Che sostiene que lo más importante para la transformación revolucionaria de la sociedad, radica en hacer una interpretación correcta de la realidad y que en el caso de Cuba se complementó con algunos conocimientos teóricos: “Es decir... las leyes del marxismo están presentes en los acontecimientos de la Revolución cubana, independientemente de que sus líderes profesen o conozcan cabalmente, desde el punto de vista teórico, esas leyes”.<sup>40</sup>

“*Ideología salvaje*” dijo Sartre; “*revolucionarios prácticos*” dijo el Che; “*gente de hechos... esta revolución no está escrita en ningún libro*” dijo Fidel; “*déficit teórico*” dijo Dorticós. Y quedaría pendiente la tesis del Che de que había que ser marxista con “naturalidad”.

En congruencia con el espíritu de apoyo y solidaridad hacia los movimientos insurreccionales del Tercer Mundo y América Latina que fomentó la Revolución cubana, se divulgó la obra de Sartre en torno a la guerra de Viet Nam. A través de las páginas de *Tricontinental*, los cubanos lo conocieron como presidente ejecutivo del Tribunal Russell enjuiciando políticamente a Estados Unidos y denunciando “El genocidio” en que se había convertido aquel conflicto. También dentro de la temática política se difundieron sus críticas al colonialismo en África y a la situación en

---

<sup>39</sup> “Acta de la visita del Presidente de la República Osvaldo Dorticós al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana”.

<sup>40</sup> “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana”, en *Ernesto Che Guevara. Obras*, ed. cit., pp. 92 y 95.

Sudáfrica, así como su acercamiento a “El pensamiento político de Patricio Lumumba”.<sup>41</sup>

La composición general del pensamiento y la obra sartreanos en las publicaciones cubanas, se completó con una especie de psicoanálisis. Su personalidad se repasó con lupa por el reconocido escritor argentino Ernesto Sábato. Utilizando un prisma existencialista enfrenta a “Sartre contra Sartre”. Este artículo mostró un severo perfil psicológico que establecía una relación entre las tesis filosóficas y la personalidad de Sartre.<sup>42</sup>

En cambio, un acercamiento femenino, emocional y benevolente de Simone de Beauvoir iluminó la figura del autor de *Crítica de la razón dialéctica*. El “Sartre visto por una muchacha de buena conducta”, exigía y estimulaba un interlocutor inteligente: “Por primera vez en la vida me sentía dominada intelectualmente por alguien... Yo me comparaba con Sartre y en nuestras discusiones no era yo la que pesaba más... Prefería aprender que a brillar...”.<sup>43</sup>

Las tesis sartreanas, diversas y polémicas en sí mismas, se expusieron ante los lectores en un significativo número de aristas. Su discurso sobre marxismo, ideología, política, arte y cultura, se resemantizó en medio de los debates que fecundaban el pensamiento cubano de entonces. En este sentido, pasó de ser un observador curioso y confiado del fenómeno revolucionario, a ejercer como interlocutor. Sartre visitó a Cuba en los 60, más con sus frecuentes reflexiones que con su presencia. Las páginas cubanas hace décadas que esperan su regreso.

---

<sup>41</sup> “De Nuremberg a Estocolmo. J. P. Sartre”, en *Tricontinental*, no. 3, 1967; “El genocidio. J. P. Sartre”, en *Universidad de La Habana*, no. 190, 1968; “África del Sur: centro del fascismo. J. P. Sartre”, en *Pensamiento Crítico*, no. 32, 1969; “El pensamiento político de Patricio Lumumba”, en *Pensamiento Crítico*, nos. 2-3, 1967.

<sup>42</sup> “Sartre contra Sartre. Ernesto Sábato”, en *Casa de las Américas*, no. 47, 1968.

<sup>43</sup> “Sartre visto por una muchacha de buena conducta. Simone de Beauvoir”, en *Lunes de Revolución*, no. 51, 1960.

# DE ALGO QUE JEAN-PAUL SARTRE NOS DIO FILOSOFANDO

Aurelio Alonso\*

Recuerdo que en el verano de 1967, mientras nos internábamos en las cálidas aguas de una playa de la Isla de la Juventud, Margueritte Durás me comentó que si Sartre venía al Congreso Cultural de La Habana (a finales de ese año) ella no asistiría. Me sorprendió tanto que le pregunté el motivo sin reparar en que podía cometer una indiscreción.

Recuerdo que me respondió, como algo muy natural, que la presencia de Sartre polarizaba las opiniones. Que todo el mundo iba a estar pendiente de lo que él dijera para manifestarse a favor o en contra y que ése no era el tipo de discusión que a ella le interesaba. Entonces, el pensador francés contaba con 62 años de edad y la influencia de su pensamiento marcaba a varias generaciones de la intelectualidad europea, aunque los más jóvenes comenzaban a orientarse entonces hacia discursos más radicales. Pero incluso a eso había contribuido él, como pocos de los filósofos de su tiempo.

La autora de *Hiroshima, mon amour* no estuvo finalmente en el Congreso, pero Sartre tampoco. Él y Bertrand Russell fueron los dos grandes ausentes. Los dos escribieron disculpándose amablemente.

Entre la visita de Sartre a Cuba, en 1960, y la publicación entre nosotros de *Cuestiones de método*, media casi una década. No una década cualquiera, sino una década muy compleja y decisiva para toda la epopeya revolucionaria del siglo xx. Fueron los años en que tuvo lugar el cisma entre Pekín y Moscú, que privó al intento socialista, joven aún pero fortalecido con la victoria sobre el nazismo, de la inapreciable fuerza que hubiera significado la asociación de ambos colosos frente a la dominación capitalista mundial. Europa se vio inflamada al final de los 60, como no se veía hacía más de un siglo, por la marea revolucionaria que se levantó dentro del

---

\* Sociólogo, ensayista y diplomático, en la actualidad es especialista en el Departamento de Estudios Socio-religiosos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociales. Su amplia trayectoria en los estudios de las ciencias sociales lo hacen destacarse con autoría en importantes obras, entre libros, ensayos y artículos .

estudiantado, la cual no llevó a transformaciones socioeconómicas, pero hizo que rodaran por tierra muchas convenciones.

Fue una década de descolonización creciente, de aparición del “no alineamiento”, de la polémica latinoamericana entre desarrollistas y críticos de la dependencia. Y de muchas otras confrontaciones notables que no es el caso citar aquí.

En Cuba, la Revolución recién instalada en el poder descubría enseguida el sabor más amargo de la intransigencia imperialista, y los escollos que podían ser levantados a la soberanía real de un país pequeño y vulnerable en su mismo traspatio, y profundizaba de manera acelerada, a contrapelo de amenazas y agresiones, la armazón de una respuesta que se adentraba en el socialismo marxista, tratando mantener a la vez a toda costa su proyección propia e independiente. Era mucho más que un mero gesto de soberbia, de los que antaño el país, como muchos otros, se había visto forzado a tolerar.

Jean-Paul Sartre visitó la Isla acompañado de Simone de Beauvoir cuando la Revolución recién nacía, y dejó un testimonio, de simpatía cierta, valioso por lo agudo y por lo sincero, al cual después de tantos años se le podrán encontrar aciertos ingeniosos e inexactitudes que sorprendan. Pero nada tocado por la magnificación, ni por el afán de extraer generalizaciones, ni la intención de dar lecciones.

El lugar de Sartre como pensador —como uno de los grandes filósofos del siglo xx— lo adquirió principalmente a partir de su monumental ensayo filosófico *El ser y la nada*, escrito cuando aún no llegaba a los 40 años de edad, venaje de un existencialismo que tocó, en alguna medida, a toda la modernidad, en Europa y parte de América. Que opacaba, a mi juicio, hacia un plano más estrictamente académico —y quizás, incluso, más local—, los aportes del existencialismo alemán, considerados en este contexto como los más importantes. Aunque la extensión de su fama seguramente la deba mucho más a la difusión de sus ideas a través de su producción literaria. La novela, el teatro y el guión cinematográfico le propiciaron a su prolijidad creativa un cauce excepcional. Un hecho visto con poca frecuencia en los filósofos significativos. Y junto a la ficción, el periodismo político, ejercicio en el cual su pluma dejó una marca muy propia y convincente.

En el mismo año 1960, meses después de su visita a Cuba, verá la luz su segundo monumento filosófico, la *Crítica de la razón dialéctica*, que dará lugar a que muchos autores distingan entre dos épocas en Sartre, debido a la problematización crítica de la aproximación al pensamiento

marxista, que ya se había hecho perceptible en sus análisis políticos y sociales. Otra lectura diferente encuentra en su filosofía una continuidad lógica, un desarrollo entre ambas obras, escritas con casi 20 años de distancia. *Cuestiones de método*, publicado como ensayo inicial, preámbulo a la *Crítica de la razón dialéctica*, constituye una versión sintética de las hipótesis que desarrollaría en la obra mayor; sin embargo, fue escrito con la independencia necesaria y suficiente para trascender el carácter de una introducción.

Posiblemente, *Cuestiones de método* haya sido la única obra filosófica de Sartre publicada en Cuba. Merecía aquella edición un prólogo que la tratara con atención y respeto, y entonces me pareció posible intentarlo. Aquella publicación debió haber sido un comienzo, pero resultó de cierto modo un final. Poco después, Sartre no sólo dejaría de ser leído en Cuba, sino que ni siquiera tendría el privilegio de ser criticado con rigor. Su filosofía quedaría encasillada como expresión de la decadencia del pensamiento occidental, pues el existencialismo respondía a la peregrina idea de que la “existencia precede a la esencia” y bastaba con encuadrarlo dentro del idealismo objetivo cuando era cristiano y dentro del idealismo subjetivo cuando era ateo, y eso era todo.

Ni siquiera el inmenso mérito que significó el rechazo, en un acto público de dignidad sin precedente, del Premio Nobel que se le concedió en 1965, le permitió franquear la barrera que le puso la filosofía soviética. Entonces pesaba también el reproche a su rechazo rotundo de la invasión a Checoslovaquia en 1968, motivo de desencanto extendido en la izquierda europea y mucho más allá de Europa.

Su centenario parece una buena ocasión para volver, primero, a recordarlo como lo conocimos, después para tratar de conocerlo mejor.

### Prólogo a *cuestiones de método*

El título que estará en manos del lector inmediatamente se ha escrito para la reflexión. Versión final de un extenso artículo —más vale decir ensayo—, escrito originalmente a solicitud de una revista polaca, constituye una manera de balance e hipótesis previa a la obra mayor: *Crítica de la razón dialéctica*, la más importante de las obras recientes de Sartre por su alcance en cuanto expresión de la problemática existencial. De las precedentes sólo *El ser y la nada* es equivalente en contenido, extensión y significado en la historia personal del pensamiento del autor.

En esta ocasión, *Cuestiones de método* se publica por separado y a ella limitaremos la referencia, remitiendo al lector que se interese en una aproximación a la *Crítica...*, antes del contacto con el original, al artículo de André Gorz titulado “Sartre y Marx”, que aparece en el número cinco de *Pensamiento Crítico*.

Tres capítulos componen las *Cuestiones de método*. Los dos primeros, dedicados a reconocer la validez del pensamiento marxista, criticarlo en su expresión contemporánea (reducida, veremos más adelante, su “expresión contemporánea”), y explicar por qué su reconocimiento no se consuma en adopción. El tercer capítulo, “El método progresivo-regresivo”, agrupa en forma de tres observaciones las ideas centrales de su “dialéctica crítica”.

El punto de enfoque del análisis: el problema del hombre como objeto y sujeto de la historia a la vez. El intento de Sartre (quizás, el más enjundioso, sin ser el primero ni el único válido) consiste en desmitificar este enunciado que en el marxismo, en lo que ha sido el marxismo después de Marx, ha aparecido y reaparece deformado con una frecuencia alarmante, si no nos hubiéramos habituado a ella, por cierto determinismo de las condiciones objetivas. Esta deformación se observa tanto en el marxismo en cuanto teoría como en cuanto conducta política, en el marxismo de los filósofos y en el marxismo de los partidos, y no constituye una deformación aislada dentro del pensamiento revolucionario de nuestro tiempo. Es factor de una deformación mayor que ha hecho tradición, que se ha sistematizado como teoría para ser a la vez rígido, ambiguo y eficaz y adaptarse a la exigencia irrestricta y directa de objetivos políticos determinados y no siempre legítimos; que se ha permitido adulterar la relación específica entre objetivos y producción teórica que se plantea en la base del pensamiento marxista. Contra este pensamiento, que si no es justo llamar marxista no podríamos llamarlo de otro modo, se rebela Sartre, sin tener muy en cuenta algunas diferenciaciones indispensables.

En Sartre no ha habido ni un esfuerzo en profundizar (aunque ha sido sagaz y penetrante en la descripción de situaciones y en análisis inmediatos) el efecto de la *oficialización revolucionaria* del marxismo, ni un reconocimiento de la diversidad de “los marxismos” actuales y la desigual significación de algunos marxistas desde la década del 20 hasta nuestros días. Esta ausencia hace que la crítica de Sartre al marxismo sea válida sólo parcialmente; aunque dentro de estas fronteras, plenamente válida.

La producción de Sartre, en el campo del conocimiento político, del análisis de la acción inmediata, de la praxis en su más alta significación,

resulta de una lucidez contradictoria. Su enfoque histórico en este campo cuenta con la plenitud, imparcialidad referencial, parcialidad revolucionaria y las más racionales jerarquizaciones que pueda exigirse al análisis marxista. Por otra parte, consecuente con la tesis de su pensamiento filosófico, su óptica se encuadra en un esquema estrictamente existencial. No obstante, esta problemática se expresa en una construcción conceptual que hace su posible integración al marxismo muy incierta e imprecisa. Esto ha hecho que muchos marxistas observen en Sartre, de manera superficial y equívoca, una incoherencia (contradicción) entre su actitud y análisis políticos y su sistema filosófico.

*Cuestiones de método* nos revela, en primer término, la superficialidad de ese maniqueísmo inherente al “marxismo” que Sartre repudia, y que, a decir verdad, es muy antiguo en la tradición marxista. La reducción del discurso a una valoración bivalente continua e inmediata, primera y última: el sí y el no, lo verdadero y lo falso, el materialismo y el idealismo, el marxismo y el no marxismo. Sartre le reprocha a Lukács que “haya creído distinguirse de nosotros, recordando la definición marxista del materialismo: ‘la primacía de la existencia sobre la conciencia’, cuando el existencialismo —su nombre lo indica bastante bien— hace de esta primacía el objeto de una afirmación de principio”.

No se trata de situar en dos términos. En *Cuestiones de método* lo vemos con claridad, no porque sea el primer lugar donde esta bivalencia se haga estrecha (la historia del pensamiento contemporáneo está llena de incidencias de este tipo), sino porque es una expresión decididamente consciente y directa. Menos se trata de extender la taxonomía “marxista” hacia la tierra de nadie; ya otros han intentado clasificaciones intermedias que, en el mejor de los casos, sólo pueden resultar útiles como recursos de memoria. Se trata de un ángulo del problema de la existencia, de un ángulo de enfoque del concepto “hombre”, que escapa a las determinaciones del análisis marxista: la significación de la historia personal; “son ellos [los hombres] los que la hacen [la historia] y no las condiciones anteriores, si no serían los simples vehículos de unas fuerzas inhumanas que dirigían a través de ellos el mundo social”. Encontramos aquí un punto directo de contacto con el pensamiento de Marx en una resonancia perdida dentro del perímetro mayor del marxismo de nuestro siglo. El concepto “proyecto” entra a jugar como concepto-llave del análisis que se propone. Introduce la dimensión de futuro en lo “no-existente”, “lo-que-nunca-ha-sido-aún”. Sustituye al esquema que reduce la praxis a presente, a acción objetiva, acción incorporándose a lo que hay, convirtiéndose en pasado, por un es-

quema que identifica la praxis, la historia-sujeto en un parámetro temporal presente-futuro, frente a las condiciones de existencia, la historia-objeto, en un parámetro presente-pasado.

Esta consideración no es una simple tesis, sino el enunciado de una problemática que opera un campo determinable, aunque indefinido, de la especificidad humana.

Hay que tener en cuenta la correlación de la historia personal con las condiciones de existencia: el presente histórico en que la acción humana se realiza, en que adquiere una significación social. Desde su infancia, el hombre recorre una trayectoria, vive, produce una historia personal; “el niño *no sólo vive* a su familia, sino también —en parte a través de ella, en parte solo— el paisaje colectivo que lo rodea; y también se le revela la generalidad de su clase en esta experiencia singular”. A la presencia inmediata de las condiciones sociales en el acto histórico, se suma una presencia mediata a través de la significación ambiental en que se forma el individuo. Y esta incorporación constituye una intimidad de la acción; intimidad que se descubre en la medida en que el acto proyectado se objetiva, se incorpora a su vez a la realización social, se hace historia. “El dato que superamos en todo momento, por el simple hecho de vivir, no se reduce a las condiciones materiales de nuestra existencia; ya he dicho que hay que hacer entrar en él a nuestra propia infancia... Superar todo eso es también conservarlo: pensaremos con esas desviaciones originales, actuaremos con esos gestos aprendidos y que queremos negar”.

En el acto singular concreto, el proyecto se expresa inicialmente en forma de fin; es decir, de significación mediata, no realizada. El “marxismo” (que Sartre critica) ha eludido el estudio del *fin*, atribuyéndolo a posiciones definitivamente teleologistas o diluyendo su sentido en la mala sistematización teórica de la práctica política. Me refiero concretamente a la ubicación de conceptos afines como “objetivos”, “estrategia”, de indiscutible validez, engarzados en esquemas teóricos apriorísticos y programáticos. El *fin* como proyección individual, como factor de praxis, forma parte de las ausencias que Sartre reclama en el marxismo. Porque, en definitiva, en un aparato conceptual u otro, constituye un campo real de las relaciones sociales; “la relación con los fines es una estructura permanente de las empresas humanas, y los hombres reales aprecian las acciones, las instituciones o los establecimientos económicos *según esta relación*”. La historia presenta al hombre la materia prima que establece los límites probabilísticas de la acción. La dirección de la acción y su alcance, el sentido y la medida de

su significación histórica, se proyectan en los fines y se completan en su objetivación.

Esta proyección no suele coincidir con la lectura posterior de la historia efectiva, que expresa el producto de interacción de los agentes singulares, de grupos que coinciden, pugnan con desigual intensidad, u operan en muy diferentes órdenes de la actividad humana. Esta proyección trasciende, a menudo, el contexto de las posibilidades frustrando o deformando su efecto. Esta proyección tiene en condiciones geográficas y circunstanciales jerarquías muy diversas y diferenciales en cuanto a sus significaciones. Admite, además, ser jerarquizada en función de la inversión intelectual que —en una comparación lineal— podríamos decir es mínima en la realización que representa el trabajo monótono de un obrero (rigurosamente normado, con independencia de la libertad que le ofrezca su instrumento de trabajo) y máxima en el descubrimiento científico o la innovación tecnológica. Finalmente, “el fin se enriquece a lo largo de la empresa... cuando la objetivación está terminada, la riqueza concreta del objeto producido supera infinitamente a la del fin... en cualquier momento del pasado que se considere. Pero es que el objeto no es ya un fin; es el producto ‘en persona’ de un trabajo, y existe en el mundo, lo que implica una infinidad de nuevas relaciones (de sus elementos entre sí en un nuevo medio de la objetividad —de él mismo con los otros objetos culturales— de él mismo como producto cultural con los hombres)”.

Esta óptica del análisis social —más se trata del ángulo que de extensión— constituye una ausencia no sólo del marxismo contemporáneo (insisto aun, en el que Sartre ha hecho objeto de crítica) que ha llegado a condenarla y abandonarla a los idealismos reales y supuestos. El problema, aunque tiene que ver principalmente con el efecto deformante de la regimentación stalinista sobre el marxismo dentro y fuera de la URSS, se origina en una ausencia que alcanza la tradición válida misma del pensamiento marxista.

Los marxistas actuales —no necesariamente todos los que firman en nuestros días, sino los literalmente actuales— se percatan de esta ausencia y buscan su solución mayormente en el retorno a las obras de juventud de Marx. Volver a Marx, precisamente por lo distorsionado que nos llega su pensamiento, es el tono inevitable del momento teórico presente del marxismo. Volver al joven Marx, ante la necesidad de “completar” el marxismo y de “completarlo” con el producto teórico del propio Marx, constituye un callejón sin salida. Retornar a una producción y una estructura de ideas superada en la propia obra marxista, buscar dentro de una

“ortodoxia” intachable las respuestas a aquella ausencia delatada desde fuera y cargarle la ausencia al stalinismo, parece ser la consigna de muchos marxistas de hoy. Por este camino ha cobrado cierta vigencia el retorno al problema del hombre, de la ausencia humana, el humanismo antropológico del Marx joven, más vinculado con la herencia feuerbachiana que con su pensamiento maduro.

Pero hoy, aún más que en años anteriores, resulta posible y necesario diferenciar enfoques para que hablar de marxismo no sea simplemente —como en Sartre— referirse al acto de producir algunas verdades trilladas, a lo que se ha llamado dogmatismo stalinista y que es generalizable como posibilidad. Ni referirse a toda “heurística” que parta de (o se adhiera a) los principios del marxismo; porque la búsqueda es una condición necesaria pero no suficiente del método marxista. De modo que no todos los caminos que se toman en la investigación marxista (ni en la práctica política) constituyen, por derecho de innovación, producción acreditable.

Dentro de esta historia habrá que resaltar una tradición marxista válida que se expresa de manera indistinta en nombres, obras, ideas, y principalmente acción revolucionaria. Y se comprende en nuestros días, cada vez de manera más decidida, la necesidad de volver a Marx como objeto del análisis teórico, como punto de partida. De volver a la historia del marxismo como teoría y como acción política (y en su interrelación). De darse a la tarea de seleccionar y conectar la producción teórica y política que constituye la verdadera tradición marxista para constituir los esquemas hipotéticos de las proyecciones presentes y, por supuesto, para rescatar el pensamiento científico de la acción corrosiva de los años.

El antropologismo existencialista critica o rechaza la concepción centrada en la esencia humana que responde a la construcción del conocimiento natural extendida al fenómeno social, cuya ruptura en Marx es el punto obligado para la construcción de una teoría científica de la historia. En Merleau-Ponty, el rechazo del concepto “esencia humana” es explícito y consecuente; en Sartre se evidencia en una expresión más confusa: “Esta tarea de la integración (estructural e histórica) sería fácil si pudiera sacarse a la luz del día algo así como una esencia humana... Pero el acuerdo está hecho sobre este punto entre la mayor parte de los investigadores”. Puede observarse que, aunque se reitera, la negación parece hacerse bajo el peso de una convención.

Las virtudes del análisis existencial no se reducen al hecho de haberse ocupado de los problemas de la persona. No se trata de que se hayan formulado las preguntas ausentes, sino de los términos de las respuestas.

Otras filosofías se han ocupado de esta esfera de problemas. Y es, sin dudas, en los términos de las respuestas que podemos encontrar coherencia entre los juicios de Sartre y el pensamiento marxista verdadero. Es sobre las respuestas que puede plantearse Sartre la posibilidad de inserción o engrane de ambos sistemas de pensamiento.

Sartre ofrece, en una dimensión que le está vedada al “humanismo marxista”, la perspectiva de una antropología orgánicamente conectada con el materialismo histórico. Pero en calidad de ciencia complementaria y específica, sin pretensiones de estratificar sus teoremas, de convertirse en fundamento o de sustituir otro saber. Hasta hoy, el estudio riguroso del fenómeno social desde el ángulo del determinante-individuo, se hace reconocer en las sistematizaciones de la psicología y la etnología, y limita al materialismo histórico la inexistencia de una teoría más general de estas determinaciones. El pensamiento de Sartre arriba a esta coincidencia, como él mismo ha dicho, “debido a sus resortes internos y no a la excelencia de la filosofía marxista”.\* La conciencia de esta incorporación constituye un punto de su propia evolución. Y parte de Sartre, no de los marxistas, que o bien se han empeñado en la crítica del existencialismo como un idealismo (reconociéndole, en el mejor de los casos, haber abordado una problemática olvidada), o se han sumado al existencialismo sin análisis crítico. Pero *Cuestiones de método* no expresa, entiéndase bien, un cambio de la problemática sartriana, una superación o una renuncia de la filosofía de la existencia, sino la exposición de la conciencia de la inserción de su problemática en la del marxismo, lo cual implica, en el reconocimiento de ausencia recíproca, la crítica del marxismo y del existencialismo a la vez.

Implica, al cabo, otra incorporación: incorporación del marxismo al existencialismo. Sartre aborda ausencias y presencias dentro de un campo instrumental (para usar sus propios términos, pues son precisos) determinado por la evolución de un pensamiento antropologista que parte de la oposición del irracionalismo kierkegaardiano a la construcción idealista hegeliana del saber. Más que como punto de referencia obligado de todo existencialismo, cito a Kierkegaard en el punto de partida por su situación histórica, convergente en fuente y paralela en problemática al marxismo y, en fin, como estructura conceptual originaria del instrumental existencialista. En otros términos, la estructura conceptual con que opera Sartre está determinada por la historia de un pensamiento, y de manera consecuente por la historia de las épocas sucesivas que deviene ese pensamien-

---

\* Del libro de Roger Garaudy: *Perspectivas del hombre*; carta de Sartre al autor.

to. Creo oportuno aludir aquí de nuevo al propio Sartre: “Cada vocablo tiene consigo un significado profundo que le da la época entera; en cuanto habla el ideólogo dice más y otra cosa de lo que quiere decir, la época le roba el pensamiento; da vueltas sin parar y al final la idea expresada es una desviación profunda, se ha dejado coger por la mistificación de las palabras”. Sartre se acerca al marxismo con respuestas y una ausencia.

No propongo exigir al existencialismo, como dote a su matrimonio, el análisis crítico de la historia de su pensamiento, pero mientras ese análisis no dé frutos (así sean de consumo estrictamente personal) tendrá que seguir declarándose “a la vez completamente de acuerdo con la filosofía marxista y mantener provisionalmente la autonomía de la ideología existencial”. Y no sólo a causa de las ausencias y las deficiencias del marxismo, sino también de las del existencialismo.

Enriquecer el aparato conceptual del marxismo resulta, más que oportuno, necesario casi escandalosamente, gracias a la miseria a que años de rigidez han condenado su léxico. Y este enriquecimiento comprende la valoración y adopción lícita de términos originados y desarrollados más allá de las fronteras de la tradición marxista. Creo que sería casi un truismo insistir que se trata de una exigencia de la razón analítica. No es posible, sin embargo, asimilar en seco todo un instrumental conceptual a otro.

Los marxistas, en nuestros días —muchos marxistas, ya nos referimos a esto, aunque se trate de esfuerzos individuales mayormente—, han llegado a reconocer como estrategia teórica, como urgencia de la producción de ideas en el campo del pensamiento, el análisis, la profundización de las trayectorias en que se forman los esquemas marxistas, partiendo del propio Marx; la valoración crítica de esos esquemas, la introducción continua, jerarquizada y coherente en el estudio del pensamiento marxista, de las condiciones de la época y los productos y trayectorias de otros pensamientos significativos. El marxismo cuenta con más de 100 años, y convenimos en que “de una generación a otra... una actitud, un esquema, pueden cerrarse, convertirse en objeto histórico, ejemplo, idea cerrada que habrá que volver a abrir o imitar del exterior”. Pero también el existencialismo cuenta más de 100 años. Y no olvidemos que toda forma de conocimiento científico impone junto a la ductilidad de las definiciones la menor ambigüedad de las significaciones.

*Cuestiones de método* se ha escrito, dijimos al principio, para la reflexión. Y aun si no tuviéramos en cuenta la importancia de la conducta del autor en el orden político y de su obra en el orden de la producción de ideas, esta sola intención realizada justificaría de sobra su publicación y

estudio en cualquier atmósfera radicalmente revolucionaria. Pues si la apología es necesaria para la cohesión ideológica y la información como materia prima de la construcción teórica, la crítica constituye el instrumento de la reflexión más eficaz.

Prólogo de Aurelio Alonso Tejada a Jean-Paul Sartre:  
*Cuestiones de método*, colección Estudios, Instituto del  
Libro, La Habana, 1968, pp. VII-XII. (*N. de la E.*)



# SARTRE, ENTRE EL SER Y LA NADA

Lisandro Otero\*

El existencialismo brotó, como una embriaguez colectiva, al término de la Segunda Guerra Mundial. Tras la derrota fulminante del ejército francés ante la acometida alemana, después de ver humillado el orgullo patrio, luego de sufrir la ocupación extranjera y transcurrir por años grises de sofocantes frenos, de anulación de la creatividad, de mediocres intimidaciones y realce de los más crudos instintos, Francia alcanzó una plenitud deslumbrante y se abrieron todas las opciones. Los vehículos de expresión desbordaron de ideas, una expresividad mayúscula invadió las artes, los intelectuales asumieron un protagonismo trascendente. Una nueva estética surgía en Francia con el culto al arte negro, el jazz, la angustia existencial, la subversión de las costumbres, la rebelión del idioma, la demolición del ceremonial burgués. Las canciones de Juliette Gréco y los poemas de Prevert se pusieron de moda. Albert Camus estrenó su pieza teatral *Calígula*, en la cual debutó un joven actor llamado Gerard Phillippe.

Comenzaba la reconstrucción del país y la creación de un nuevo orden social. Charles de Gaulle era presidente del gobierno provisional. Ocurría a la vez un feroz ajuste de cuentas: el colaboracionismo era castigado. El editor Robert Denöel, que publicó a Hitler, fue asesinado frente a su domicilio; Louis Ferdinand Celine fue arrestado en Copenhague, mientras intentaba escapar a la justicia, Pierre Drieu de la Rochelle se suicidó; Paul Morand se exilió en la neutral Suiza junto a la modista Cócó Chanel. Maurice Chevalier fue puesto bajo observación por haber cantado para la oficialidad alemana y la actriz Danielle Darrieux a duras penas escapó del escarnio público por aceptar una invitación de Goering. El ex primer ministro Pierre Laval fue fusilado y el mariscal Petain, condenado a muerte,

---

\* Novelista, diplomático y periodista, de una vasta obra intelectual que lo significa como una de las personalidades de la cultura cubana. Premio Nacional de Literatura 2002, entre otras distinciones nacionales e internacionales; es director de la Academia Cubana de la Lengua y miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

fue indultado por De Gaulle. De otra parte, todos aquellos que se identificaron con el movimiento de Resistencia adquirieron un relieve público y una autoridad moral, tales fueron Sartre, Beauvoir y Merleau-Ponty, Eluard, Camus y Vercors. Otros, como Bernanos, Levy Strauss y Raymond Aron prestaron su voz al inconformismo desde el exilio. Los comunistas formaron parte del gabinete y asumieron ciertos ministerios; entre ellos, el presidente del partido, Maurice Thorez.

El lunes 29 de octubre de 1945 se anunció una conferencia en la Sala Central, calle Jean Goujon, donde un tal señor Sartre hablaría sobre el tema “El existencialismo es un humanismo”. Empujones, golpes, sillas rotas, desmayos, síncope. La policía tiene que acudir para poner orden. Una muchedumbre invade la sala y las calles aledañas. En primera fila, el editor Gaston Gallimard junto al actor Jean Louis Barrault y otras personalidades de la cultura. Sartre presenta el existencialismo como una doctrina que posibilita la vida humana. Al día siguiente, el éxito alcanzado se comentaba por todo París. ¿Quién era ese desconocido que había demostrado tal poder de convocatoria? Durante todo el año 1945, el nombre de Jean-Paul Sartre había aparecido con frecuencia en la prensa. Se publicaron los dos primeros volúmenes de su ciclo novelesco *Los caminos de la libertad* y surgió el primer número de una revista contestataria y desafiante, *Los Tiempos Modernos*, que dirigía él. André Gide, el prestigioso decano de las letras francesas, preguntaba: “¿quién es ese novedoso señor Sartre?” El tal señor Sartre contaba en su haber con la novela *La náusea* y con el libro de relatos *El muro*.

Antes de atreverse a publicar *La náusea*, en 1938, el editor Gallimard requirió 45 cortes en el manuscrito para atenuar su ostentosa obscenidad. También le cambió el título original que era “Melancolía”. Las primeras reseñas hablaban de literatura de alcantarilla, de estilo de letrinas, de depósito de inmundicias. El protagonista, Antoine Roquentin, mantiene una relación —toda biología y nada de lirismo— con la patrona del café al cual asiste regularmente. La vida consiste en lavarse después que le humedecen el vientre a una, dice el personaje femenino. Las escenas ásperas, de una intimidad grotesca, se suceden. Los personajes sombríos han perdido toda motivación para vivir. Sartre no negó su deuda con los narradores norteamericanos y proclamó a John Dos Passos como el más importante novelista vivo, sin negarle su cuota a Faulkner.

En un breve lapso, Sartre se había convertido en un *chef d'école*, en un *maître a penser* de toda una generación. Sartre ha impuesto un estilo de vida, el estilo de la desilusión, de cierto romanticismo decadente, un

culto a la marginalidad, al desconcierto, cierta complacencia con la frustración y el fracaso, una manera de vivir la vida sin pasión. El pesimismo, el disgusto de estar vivo, la desesperanza, se convierten en el comportamiento de moda entre los jóvenes. Su biógrafa, Annie Cohen-Solal, apunta que la celebridad le agobia por el exceso de peticiones, entrevistas, consejos que lo convierten en el gurú más seductor del momento.

Como existe una mayor disponibilidad de papel, tras el conflicto bélico se produce una verdadera fiebre de divulgación. En el primer año de la postguerra comienzan a editarse 34 publicaciones periódicas. Entre ellas *Los Tiempos Modernos*, una revista que aceptaba todos los géneros literarios, desde el poema hasta el reportaje, desde la encuesta hasta el documento. El núcleo original de editores estuvo constituido por Sartre, Beauvoir y Merleau-Ponty y más tarde se les unieron Camus y Michel Leiris. Hasta ese momento, la publicación dominante en el panorama cultural había sido la *Nouvelle Revue Française*, una de las grandes gacetas de todos los tiempos en la cultura francesa. Durante la ocupación alemana, su dirección cayó en manos de Drieu la Rochelle, fascista de corazón, simpatizante nazi, perdió su influencia social y cesó de editarse tras la liberación. *Los Tiempos Modernos* vino a ocupar su lugar y le otorgó a Sartre una posición de poder ideológico indiscutible. A la vez fascina al gran público con su lucidez crítica, su capacidad de análisis, su enorme fecundidad. Su exploración de los aspectos más sórdidos del alma también le otorga cierta seducción de monstruo de circo. Extrae a la narrativa francesa de la armonía del lenguaje, de la elegancia, de la sutileza, habituales desde Stendhal hasta Proust. Crea un nuevo modo, otro discurso más escabroso, va a escrutar en una cantera desconocida.

Su filosofía, denominada existencialismo, es algo que nadie sabía muy bien en qué consistía, pero todo el mundo hablaba de ella. Era una doctrina de origen alemán (Heidegger, la fenomenología de Husserl), el tema obligado a la hora del té. Apoyaba su sistema de pensamiento en *El ser y la nada*, publicado en 1943. Sartre pretendía que la existencia precede a la esencia. El ser humano acontece, como tal, actuando. De ahí pasó a subrayar la responsabilidad social y los valores de una ética de los hechos. Quizá, su filosofía fue anticipada, involuntariamente, en unos versos de Antonio Machado: “caminante no hay camino / se hace camino al andar”.

Con Albert Camus lo ha ligado una estrecha armonía. Fue Camus quien lo hizo entrar en la redacción de *Combat*, Camus quien le propició su primer viaje a Estados Unidos, Camus quien primero reconoce los

méritos literarios de *La náusea*. Sartre elogia la aparición de *El extranjero* y escribe *A puerta cerrada* para Camus, director teatral. Sartre propone a Camus para el primer consejo de dirección de *Los Tiempos Modernos*. ¿Qué sucede después? Una primera discordia en casa de Boris Vian a propósito de un artículo de Merleau-Ponty, por el cual Sartre toma partido. La ruptura definitiva viene cuando Camus publica *El hombre rebelde* y Sartre decide inicialmente no comentarlo en *Los Tiempos Modernos* y luego accede a publicar un demoledor asalto contra el libro. Camus responde con una carta al director. Sartre le responde, agrio. Camus se mueve cada vez más a la derecha y se une a las denuncias del stalinismo comparándolo con el fascismo, mientras Sartre busca los matices entre política y moral. Sartre termina calificándolo de “canallita argelino, un atorrante”.

En 1945, en el número inicial de *Los Tiempos Modernos*, Sartre esboza su concepción de lo que debe ser la literatura. Comienza afirmando que todos los escritores de origen burgués han conocido la tentación de la irresponsabilidad. Por un lado, canta, suspira; por el otro, le dan dinero. El intelectual ha optado por juzgar a su medio y de esa manera creer que escapa de sus trampas. Pero el escritor no tiene ninguna posibilidad de evadirse y debe abrazarse estrechamente con su época. No cabe lavarse las manos. Se escribe para los contemporáneos y se percibe el mundo con ojos percederos. Continúa diciendo que cada época descubre un aspecto de la condición humana y el hombre debe decidir su propio destino frente a los demás. Resulta indispensable contribuir a que se produzcan cambios en la sociedad que nos rodea, afirma. La literatura debe volver a asumir lo que nunca debió deponer, su función social. La única tarea del espíritu de análisis de la burguesía es turbar la conciencia revolucionaria y aislar a los hombres en beneficio de las clases privilegiadas. Un hombre es toda la tierra y se libera actuando sobre su entorno. Cada ser humano debe elegir el sentido de su propia libertad, aceptándola o rebelándose contra ella, y una vez hecha su elección se compromete y es totalmente libre.

En 1947 publica, en el segundo tomo de sus *Situaciones*, su ensayo “¿Qué es la literatura?” en el cual comienza afirmando que el escritor trabaja con significados y la propia ambigüedad del signo permite ir más allá de la grafía para perseguir contenidos nuevos. La prosa es ante todo una actitud del espíritu, afirma y concluye que la palabra deviene un momento de la acción y no se comprende fuera de ella. Hablar es actuar y toda cosa que se nombra ya ha perdido su inocencia. Revelar es cambiar y no resulta posible descubrir sin proponerse un cambio. El escritor revela el mundo a los

demás hombres para que asuman sus responsabilidades. La mirada del escritor coagula y cambia el objeto en sí mismo. Por tanto, la misión del escritor consiste en obrar de modo que nadie pueda ignorar el mundo.

En otro ensayo, en el mismo opúsculo, “La nacionalización de la literatura”, expresa su temor de que se convierta a los escritores en bienes nacionales y trocado en funcionario y agobiado de honores se desvanecerá discretamente detrás de su obra. El deber del intelectual, afirma, consiste no solamente en escribir, sino en saber callarse cuando es necesario. La obra escrita es un hecho social y un escritor, antes de tomar la pluma, debe estar profundamente convencido de lo que va a decir y muy persuadido de su enorme responsabilidad.

Sartre se formó, huérfano de padre, en el hogar de su abuelo paterno, Charles Schweitzer, profesor de alemán en La Sorbona. Realizó estudios en Berlín y esa influencia germánica se hizo sentir en su pensamiento. Algunos decían que el existencialismo era como la fe: no se explica, se siente. Camus declaraba: “yo no soy existencialista” y Sartre confirmaba la excomunión: “no, no lo es”. Hay quien afirma que el existencialismo es una manera de vestir, un baile, un estilo de peinarse, la costumbre de no bañarse, incluso se dice que es una civilización, toda una manera de vivir. Sartre recibe la misma acusación de Sócrates: corrompe a la juventud.

Los escenarios donde se movía la corte eran el Café de Flore y el Deux Magots, en Saint-Germain-des-Prés, que se convierte en lo que fue Montmartre para los pintores finiseculares y Montparnasse tras la Primera Guerra Mundial. A veces se reúnen en la Rhumerie Martiniquaise y, en ocasiones, en la Reine Blanche. El desencadenamiento de una libertad sin límites, el descubrimiento de la belleza de los excesos, la estética de la angustia, suscitan la proliferación de pequeños cabarets en los sótanos que reciben el nombre de “cuevas”. Un cronista de la época escribió: “los existencialistas se han refugiado en cuevas en espera de ser golpeados por la bomba atómica que tanto aman”. Son sobrenombrados “ratas de subsuelo”. Sartre se convierte en el intelectual orgánico de ese submundo.

Pero ese hombrecito que es adornado con todas las depravaciones tiene el método de un jefe de estación de ferrocarril. Vive con su madre en la Rue Bonaparte, con un salón de muebles estilo Luis XVI. Escribe todas las mañanas. Al mediodía acude la Beauvoir y entonces Sartre se relaja interpretando sonatas de Schubert en el piano, a veces Mozart o Bach, en ocasiones, Chopin. Escribe de nuevo en la tarde. Jornadas de trabajo de seis horas que a veces le rinden hasta 20 páginas manuscritas de apretada letra; todos los días, hasta los domingos, y aun en vacaciones. Es hombre

de hábitos regulares, de inquebrantable sistema. Nunca deja de usar traje y corbata oscura y camisas de impecable cuello blanco. Viste como un cajero de banco. Almuerza en su casa, cena en restaurantes con sus íntimos. Aprecia las comidas pesadas, los embutidos y asados, se atiborra de pasteles de chocolate, mientras consume su litro de buen vino. Constituye su único exceso. Las orgías y desenfrenos le son completamente ajenos. A veces le tienta la seducción de alguna jovencita existencialista que acude con los ojos deslumbrados ante el genio o conquista a alguna de las actrices que interpretan sus obras de teatro. Una serie de piezas tuvieron un éxito considerable de público: *Las moscas*, *A puerta cerrada*, *La ramera respetuosa* y *Las manos sucias*, fueron sucediéndose y contribuyeron a promoverlo a una mayor nombradía.

Como toda corriente o personalidad que demuestre tener éxito, el Imperio lo absorbe. En 1946 lo invitan a ofrecer una conferencia en Nueva York. La revista *Time* comienza a hablar del existencialismo. *Harper's Bazaar* le pide a Simone de Beauvoir una semblanza de su compañero que se publica bajo el título de "Jean-Paul Sartre, estrictamente confidencial", en la cual afirma que el escritor detesta el campo, el rumor monótono de los insectos en la noche, la profusión vegetal: su "odio a la clorofila" es agudo. Se traduce al inglés y se le abre un importante mercado editorial. Sostiene un coloquio en la universidad de Harvard. La revista de modas *Vogue* le publica. Culmina esta gira con una conferencia en el prestigioso Carnegie Hall.

La fecundidad de Sartre en esos años es pasmosa: conferencias, piezas de teatro, ensayos, libros, emisiones de radio, reseñas, letras de canciones y reportajes, salen de su pluma sin cesar. Trata de apoderarse del mundo, de ser dueño de todos los estilos, de todas las escuelas. A su lado, invariablemente, Simone de Beauvoir, organizada, metódica, discípula leal, feminista militante, compañera devota, crece a la sombra de Sartre hasta que se emancipa con sus propias obras. Él la bautiza *Castor*, por la afanosa laboriosidad del pequeño roedor acuático, capaz de construir represas.

Mientras el existencialismo crece y se reproduce, está en curso la guerra fría. El experimento social más importante del siglo xx, en Rusia, choca con el capitalismo estadounidense en expansión, que ha alcanzado su ápice tras la Segunda Guerra Mundial. Sartre mantiene con el Partido Comunista francés y la Unión Soviética un vínculo de atracción y desavenencia, de amistad y discordia, que se repite en ciclos recurrentes.

Paul Nizan sea, quizás, el germen de estas discrepancias periódicas. Nizan fue unos de los condiscípulos más cercanos a Sartre, uno de sus

afectos más íntimos, había sido militante del Partido Comunista francés e intentó en más de una ocasión que Sartre ingresara. Pero Sartre no era un hombre de partido, no fue gregario, se sentía más holgado como francotirador, actuando individualmente que sumándose a un cuerpo colectivo. Nizan era un joven y brillante intelectual que murió prematuramente, en 1940, vistiendo el uniforme del ejército francés, en Dunquerque. Un año antes había renunciado a su militancia por cuestión de principios y, a partir de ese momento, el partido comunista desató una campaña de descrédito e injurias que Sartre siguió muy de cerca. Los hijos de Nizan pidieron explicaciones al partido y la viuda envió una carta a Aragon que nunca fue respondida. Finalmente, Sartre alentó un manifiesto que un grupo de intelectuales publicó en la prensa, afirmando la inocencia de Nizan y rechazando las imputaciones de renegado y delator que se le hacían. La respuesta del partido no demoró. Jean Kanapa, uno de los dirigentes del Partido Comunista francés, publicó una novela en que aparecía un personaje antipático llamado Lapzac en el cual era posible reconocer a Sartre, bajo un delgado velo de ficción.

Ulteriormente ocurre el acercamiento al Partido Comunista francés. En el verano de 1952 aparece un número especial de *Los Tiempos Modernos* titulado “Los comunistas y la paz”, en el cual Sartre plantea que no puede constituirse un frente de izquierda coherente sin contar con los comunistas. De un plumazo se borraban anteriores referencias, en la propia revista, a la existencia de campos de concentración en la URSS y la denuncia del proceso Slansky, ocurrido en Praga. Sartre se convertía en un compañero de viaje, pero un compañero crítico. Este acercamiento tuvo su ápice en la invitación que se le hace para acudir al Congreso de Viena, del 12 al 19 de noviembre de 1952. El Movimiento Mundial por la Paz, de inspiración soviética, convocó a ese cónclave de intelectuales al cual acudieron Jorge Amado, Pablo Neruda, Iliá Ehrenburg y Alexander Fadeiev, entre muchos otros. En su discurso, Sartre apeló a la conciencia de los hombres honestos para que abandonasen su neutralidad, ya que toda supuesta imparcialidad era, en el fondo, una posición derechista. Fue la primera vez que aceptó asistir a un congreso. En esos días se presentaba *Las manos sucias* en un teatro de Viena y prohibió que continuasen las representaciones, alegando que esa obra estaba siendo manipulada como propaganda hostil a la Unión Soviética.

En febrero de 1949, Ehrenburg había realizado un ataque demoledor contra Sartre en las páginas de *Letras francesas* que era el órgano cultural del Partido Comunista francés; sin embargo, en Viena se produjo una cálida

reconciliación entre ambos. Al regresar a París acudió a un mitin en el Velódromo de invierno y se le situó en la tribuna junto a Jacques Duclos, secretario general del Partido Comunista francés. Un poco más tarde, la condena de los esposos Rosenberg lo ubicó en una posición polémica, defendiendo la inocencia de los supuestos espías atómicos. Esa nueva infamia del sistema judicial estadounidense le recuerda el *affaire* de Sacco y Vanzetti. Se trataba del sacrificio de inocentes en aras, esta vez, de la guerra fría. En el curso de 1953 pronunció discursos y publicó artículos en que condenaba la guerra que Francia lleva a cabo en Indochina contra las fuerzas de Ho Chi-Minh. Su posición anticolonialista era ardiente y enérgica.

En 1954 realizó su primer viaje a la Unión Soviética. Stalin ha muerto el año anterior y empieza el deshielo jruschoviano. Los homenajes excesivos, los frecuentes brindis con vodka, terminan provocándole una crisis de hipertensión y debe ser hospitalizado durante diez días en un hospital moscovita. A su regreso, en junio de 1954, accedió a una larga entrevista publicada en *Liberación* en la cual habló del cambio que se percibía en el ambiente ruso, donde aparecían posibilidades críticas y existía ahora un margen para disentir en los medios obreros. Comentó favorablemente la última novela de Ilia Ehrenbug, *El deshielo*. Inmediatamente fue nombrado vicepresidente de la Asociación Francia-URSS. Ha efectuado una conversión tardía, algo precipitada, pero es evidente su necesidad de declararse al margen de la guerra fría.

En octubre de 1955 viajó a China a conocer uno de los grandes movimientos políticos del siglo xx, que le dio carta de nacimiento a una buena parte de los ciudadanos del planeta. La Revolución china ejercía un claro poder de seducción en el orbe afroasiático empeñado en un fuerte movimiento descolonizador. Para Sartre fue su primer encuentro con el subdesarrollo, con las necesidades del Tercer Mundo que despertaba. Sartre compara la Revolución de Octubre con el cambio ocurrido en China. Rusia nunca fue un país colonizado, afirma, su desarrollo fue una manera de defender la revolución. Para los chinos, la industrialización constituyó la única manera de levantar un valladar contra el retorno al colonialismo.

En esa época comienza a abusar del corydran, una anfetamina mezclada con aspirina que le proporciona un gran estímulo a los centros nerviosos y le otorga una brillante lucidez. Potencia su capacidad intelectual, que ya es inmensa. Años más tarde, en los 70, fue declarado un producto tóxico y prohibida su venta en las farmacias, pero en los 50 Sartre llegaba a consumir un tubo de 20 comprimidos en una jornada de trabajo y con ese estímulo llegaba a escribir hasta 30 cuartillas en un día.

Entonces ocurre Budapest, 1956. Fuerte golpe para la intelectualidad europea. Sartre se indigna y manifiesta en *L'Express*: “condeno enteramente y sin ninguna reserva la agresión soviética”. La entrada en Hungría de los tanques de los países del Pacto de Varsovia suscita manifiestos, artículos, protestas. Renuncia a su cargo en la Asociación Francia-URSS, pero mantiene sus lazos con el Movimiento Mundial por la Paz y con el Comité Nacional de Escritores. Asiste a un coctel ofrecido por el embajador soviético en París como una manera de demostrar que su alejamiento no es drástico ni definitivo. Sin embargo, prepara un número especial de *Los Tiempos modernos* en el cual publica uno de sus textos fundamentales: “El fantasma de Stalin”.

Empieza reproduciendo el argumento de los comunistas franceses: el gobierno de la URSS intervino en Hungría para salvar las bases del socialismo y fue necesaria la violencia para contrarrestar los disturbios contrarrevolucionarios. Pero teme que, en realidad, a la URSS no es Hungría la que le interesa, es la propia Unión Soviética. Y se pregunta: ¿cómo es posible que el Ejército Rojo pueda disparar contra la clase obrera? Luego se pregunta si era legítimo que Hungría buscara su propia vía hacia un socialismo democrático que le devolviese su soberanía. Estima que el Partido Comunista húngaro había perdido su contacto con las masas. Se extendía el rechazo al despotismo burocrático. Con la agresión, el reclamo liberal perdió fuerza y se produjo una explosión nacionalista. Sartre afirma que los obreros insurgentes no querían devolver las industrias a los capitalistas, sino demandaban el derecho a elegir entre ellos comités de empresa y consejos obreros para dirigir sus medios básicos. En un instante de los eventos, la clase obrera armada combatía contra el invasor ruso y contra quienes querían revocar las nacionalizaciones. Sartre ve como el lastre de la sociedad húngara a la pequeña burguesía de comerciantes y artesanos que aún se apega a la propiedad privada a lo cual se suman, de otra parte, los pequeños agricultores. La gran burguesía se autoeliminó en una emigración masiva y no fue una fuerza considerable en la contrarrevolución, pero los terratenientes comenzaron a repartirse la tierras de las cooperativas apenas se iniciaron los tumultos.

Rusia obtuvo en Yalta, proseguía Sartre, una posición de influencia hegemónica sobre naciones vecinas. Hasta entonces había vivido bajo el temor de un cerco hostil y ello la obligó a encerrarse en sí misma. Tras la guerra abandonó su soledad, pero lo hizo con desconfianza del contacto con Occidente. La cohesión con las democracias populares era una manera de contrarrestar la influencia del Plan Marshall y el atractivo de un

posible desarrollo capitalista. Esa coherencia debía consolidarse por la fuerza. Los dictadores llegaron en los vagones del Ejército Rojo. Con los años, la URSS se convirtió en la segunda potencia industrial del mundo y la importancia concedida a la industria pesada frenó la manufactura ligera que elevaba el nivel de vida. Una nueva generación, mejor educada, profesionalmente bien formada, ocupó las posiciones de dirección y exigió una recompensa a sus esfuerzos que los viejos cuadros no estaban en posición de otorgar. Jruschov atribuía a perturbadores extranjeros una inquietud que tenía causas internas. Y Sartre concluye que la esclerosis del sistema soviético era de tal envergadura, que una verdadera democratización ya parecía imposible —hablaba en 1956—. Víctima de su largo aislamiento, el propio sistema se había convertido en el principal factor de contención y repliegue.

Apenas cuatro años más tarde, otra revolución, en otro lugar del planeta, le devolvería su confianza en las fuerzas de renovación social. Su visita a Cuba, en 1960, lo sumergió inicialmente en la reconstrucción arqueológica de las bienandanzas de la burguesía derrotada. Se mostró sensible a la baja temperatura de su habitación, en el Hotel Nacional, climatizado para el gusto de turistas norteamericanos, quienes masivamente visitaban la Isla antes de la Revolución. Sartre señala en su texto, “Huracán sobre el azúcar”, cómo observaba, desde las ventanas de su enorme *suite*, a los paseantes sudorosos al sol, sufriendo de 33 grados, mientras él permanecía en la acogedora penumbra con estremecimientos suntuosos. Los rascacielos del Vedado le parecían testimonios de una degradación frente a la metrópoli voraz: el sometimiento de la identidad cubana a las culturas del norte. El frío de los ricos era una ofrenda a la riqueza efímera. En cierta medida, el costo de esa gélida temperatura artificial era una causa indirecta de las conmociones sociales experimentadas. Durante el mes de su estancia en Cuba acompañó a Fidel Castro en varias ocasiones, quien mostraba a Sartre, desde el vehículo, los planes en curso, los sitios donde se proyectaban nuevas dimensiones de la economía. Entonces se hacía un alto. Corría la voz entre los campesinos y en breve un hormiguero humano rodeaba a los visitantes. Aquel estrecho intercambio entre dirigente y gobernados llevó a Sartre a acuñar la expresión “democracia directa”. Cuba se orientaba hacia ese tipo de consultas, sin urnas ni retórica electoral, sin comicios burocráticos: el pueblo era dueño de su destino y lo moldeaba, usando al gobernante como agente de su voluntad; el dirigente escuchaba y convertía en derrotero político su auscultación de los vientos de opinión. Ése era el mensaje y el estilo. Nos detuvimos en un sitio de descanso,

dispuesto en plena Laguna del Tesoro. Los acompañé en ese histórico diálogo. Durante nuestra excursión, en cada parada se le había solicitado algo a Fidel Castro, más tierras, tractores, subsidios, escuelas, viviendas. Era evidente: las demandas excedían la capacidad del Estado para satisfacerlas. La Revolución había despertado las necesidades latentes desde mucho tiempo antes, pero no disponía de recursos para calmar tanto apetito. Fidel dijo que se ofrecería a las mayorías populares beneficios inmediatos. Las leyes revolucionarias, dictadas una tras otra, conquistaron de entrada el enorme apoyo popular, del cual entonces disponía la Revolución. “¿Y si le pidieran la luna?”, preguntó Sartre a Fidel, quien hizo una pausa, miró por la ventana abierta hacia la neblina en la laguna y le respondió: “Si me pidieran la luna es que estaban necesiéndola y habría que dársela. Todo lo que piden, sea lo que sea, tienen derecho a obtenerlo”. Sartre concluyó: el único humanismo posible se basa en la necesidad.

Sartre coincidió con un instante en que se exacerbaba el carácter brutal de las fuertes oposiciones, los poderosos enemigos, del imperialismo hostil a los cuales el Gobierno revolucionario se enfrentaba; por ello necesitaba conquistar el favor popular lo más rápidamente posible, porque pronto necesitaría ese apoyo para sobrevivir. Indagó sobre las condiciones determinantes en la derrota del ejército de Batista. Fidel le explicó cómo rechazó la idea de algunos revolucionarios de conspirar con las fuerzas armadas. La lectura de “La técnica del golpe de Estado” de Curzio Malaparte, dijo, aparte de ser un texto históricamente falso, hizo mucho daño entre los insurgentes cubanos. En Cuba se creía en las confabulaciones con o sin el ejército, pero nunca *contra* el ejército. Con el concurso de los institutos armados, estimaba Fidel, no podía hacerse una revolución profunda, por eso él fue muy cuidadoso para evitar un golpe de Estado. De haberse consolidado la conspiración del general Cantillo, quien había propuesto una especie de golpe de Estado para asegurar la continuidad del batistato sin Batista, se habría necesitado continuar la lucha.

Sartre entró, entonces, en un difícil tema. Todas las revoluciones, tarde o temprano, habían devorado a sus hijos, incurrieron en el terror como manera de sobrevivencia. Robespierre, Saint Just, Maquiavelo, Trotsky, señalaron la violencia como un recurso para conservar el poder cuando éste comienza a debilitarse, como consecuencia de las acciones contrarrevolucionarias y de la acción pendular de la opinión pública. ¿Cómo podía evitarse en Cuba? Fidel le argumentó su rechazo a los procedimientos coactivos y su fe en los persuasivos. La mejor manera de entenderse con el

pueblo era usando la razón y la lógica. Eso explicaba sus largos discursos, minuciosos y didácticos, de aquellos tiempos. Fidel confiaba en un aumento de la cultura popular, con el cursar de los años, y con ello crecería la capacidad de comprensión de las masas, así se lograrían mejores resultados de los objetivos planteados por la Revolución, sin recurrir a imposiciones. Sartre se mostró complacido con la respuesta: no debía sacrificarse una generación por otra. Entonces fue el turno de Fidel Castro para indagar sobre la situación en Argelia y el Frente de Liberación Nacional, de sus tácticas de combate. Quiso saber de las tensiones políticas dentro de Francia y cómo Charles de Gaulle capeaba sus tormentas. Luego preguntó por el balance de fuerzas en el mundo árabe, de los cambios promovidos por Gamal Abdel Nasser y su juego este-oeste. Se habló de Bourguiba y su dimensión real dentro de la problemática del norte de África.

En su diálogo con los intelectuales cubanos, ocurrido pocos días después, reiteró su concepción de la literatura comprometida. “Un escritor que no se compromete muestra que no está de acuerdo”, diría. Afirmó que jamás cambiaría su condición intelectual por la acción política pura. Expresó que el conjunto de reglas que definían el llamado “realismo socialista” arrebató a los escritores la posibilidad de definir por ellos mismos su condición de socialistas y de realistas, y sobrevino una anquilosis por dar recetas a los escritores. Dijo que en la URSS se desconfiaba de los intelectuales, pero que en ese instante se abría un espacio para la crítica.

En su ensayo “Ideología y Revolución”, publicado en aquellos días en las páginas del diario *Revolución*, manifestó que comprendía por qué el Gobierno revolucionario cubano no se apuraba en formular declaraciones socialistas y liberales, porque la Revolución era una praxis que forjaba sus ideas en la acción. Hay lazos dialécticos que enlazan los hechos al pensamiento. La Revolución cubana parecía una confirmación de su doctrina: la existencia precede a la esencia. A su regreso a Francia declaró en el diario *L'Express*, el 20 de abril de 1961, que Cuba no era —como pretendían algunos— una pistola apuntada al corazón de Estados Unidos, la cuestión era otra, se trataba de la ruptura del sistema colonial y del establecimiento de vínculos entre los países subdesarrollados. Tras aquellos días, Sartre publicó una serie de artículos en el diario *France Soir*, entonces el de mayor circulación en Francia, y los recogió en *Huracán sobre el azúcar*. Allí acuñó su fórmula de la “democracia directa”. Su visita dejó un saldo provechoso de solidaridad y conquistó simpatías en un momento en que los más siniestros peligros comenzaban a engrisarse contra la naciente Revolución.

Sartre conoció anticipadamente, por un despacho publicado en el *Figaro Literario*, que la Academia Sueca se disponía a concederle el Premio Nobel. De inmediato escribió una cortés misiva en la cual anunciaba su irrevocable decisión de no aceptarlo, alegando “razones personales”. Por un error, la carta no fue entregada a tiempo. Algunos atribuyeron la renuncia a que el galardón se había concedido con antelación a su rival, Albert Camus, siete años antes. Sartre explica a la prensa en la oficina de Gallimard que siempre ha rechazado los honores oficiales. No aceptó la Legión de Honor, rehusó ocupar una cátedra en el Colegio de Francia. Cree que el Nobel se ha convertido en una distinción para encumbrar a los escritores de Occidente o a los disidentes del campo socialista. El único combate legítimo del momento en el frente cultural, consiste en promover la coexistencia pacífica entre ambas culturas, y espera y desea que a la larga el socialismo sea triunfador, declara. Sin embargo, el caudal del premio está a su disposición y duda entre entregarlo al movimiento Tupamaro, en Uruguay, o donárselo al Comité Anti-Apartheid de Londres. Para evitar nuevas consecuencias embarazosas termina renunciando a la bolsa monetaria. El escándalo contribuye a aumentar su nombradía y su autoridad moral.

En 1968, la sociedad francesa se encuentra sacudida hasta sus cimientos: huelgas, manifestaciones, desafíos estudiantiles. En Nanterre, zona marginal donde habitan trabajadores magrebinos, se crea precipitadamente un centro de estudios superiores para estudiantes pobres. Nueve millones de franceses se encuentran desocupados. El alumnado de las secundarias y las universidades se ha politizado por las guerras coloniales que Francia ha mantenido en Argelia y Viet Nam. El 10 de mayo aparece un manifiesto en *Le Monde* firmado por Sartre, Blanchot, Lacan, Lefebvre y Maurice Nadeau, entre otros, en que expresa su solidaridad total con los estudiantes. Sartre se encuentra en ese momento sumergido en la escritura de su monumental estudio sobre Flaubert, pero lo abandona para volcarse en las luchas políticas. Desde el 18 de mayo, un paro generalizado entumece a la nación. Nuevos proyectos revolucionarios de Fidel Castro y Mao Tse-Tung se convierten en banderas y reclutan millares de prosélitos. Anarquistas, neoleninistas, trotskistas, sindicalistas, vociferan sus teorías en todas las tribunas posibles. Daniel Cohn-Bendit surge como un líder respetado por las masas. Marcuse es el nuevo maestro de las juventudes. Todos leen a Althusser, Mao, Che Guevara, Lacan, Lukács y Foucault. Aparecen nuevas consignas: “¡A cazar a los banqueros, policías, curas y sociólogos!” “Tomen sus deseos por realidades”. “¡Sean realistas, pidan lo impo-

sible!” “Lo imaginario es lo real”. Sartre escribe artículos en *Le Nouvel Observateur* en apoyo al movimiento transformador. Habla en mítines en la sala de la Mutualité. Acepta participar en una asamblea en La Sorbona en protesta por la expulsión de 34 estudiantes. El diario comunista *L'Humanité* lo acusa de provocador y la prensa gaullista lo tilda de vedete en afanes protagónicos. Más tarde acepta dirigir el periódico *La Causa del Pueblo*, cuyos dos rectores anteriores han sido encarcelados. Le ofrecen la dirección de otros dos diarios insurgentes y las acepta también. Su nombre actúa como una sombrilla protectora contra nuevas incautaciones y prohibiciones de las publicaciones revolucionarias. Llega hasta a vocear esas gacetas en los bulevares de París, ante el estupor de sus conciudadanos. Tiene 63 años pero actúa como un novicio: el espíritu rebelde le ha devuelto su juventud. La renuncia de De Gaulle, después de un referendo adverso, concluye ese período borrascoso. Son sus últimos arrestos vehementes.

En el otoño de 1973 sufre una crisis de hipertensión y una triple hemorragia del fondo del ojo. La fragilidad de sus arterias y la erosión causada por años de excesos de alcohol, drogas y cigarrillos le pasan la cuenta. Había sido tuerto de su ojo estrábico, pero ahora se queda ciego. Comienzan los años de declinación. Simone de Beauvoir nos ha legado un hermoso y polémico testimonio de ese período: “La ceremonia del adiós”. Continúa viajando, gustando los placeres de la mesa. Le solicitan adhesiones a manifiestos, entrevistas, aportes financieros, firma de cartas abiertas. Habla ante grabadoras que registran su pensamiento al vuelo. A su lado se suceden sus compañeras: la de siempre, su *Castor* infaltable y también la que fuera tierna amante juvenil y luego hija adoptiva, Arlette Elkaim, que será designada albacea testamentaria. Sartre no era hombre de grandes posesiones. En una ocasión se declaró usufructuario del mundo. Ha llegado a ganar millones. Solamente la edición de su teatro llega a tener en Gallimard 163 ediciones consecutivas. Pero ha gastado con ligereza, ayudando causas perdidas, sirviendo de mecenas, viajando incesantemente. Ahora continúa visitando los lugares que amó: Venecia, Florencia, Roma, las islas griegas, que ya no puede ver, pero aspira los aromas, se deja bañar por el sol, trata de reconstruir con su memoria anteriores caminatas. Del Sartre corrosivo, de respuestas fulminantes, ya queda poco, habla con parsimonia, reacciona lentamente a sus interlocutores, a veces —espectáculo lastimoso— deja caer un bocado sobre su pantalón en el viaje del plato a la boca. La agonía terminal empezó con un edema en el pulmón, fue llevado de urgencia al hospital de Broussais, donde su estancia

fue cubierta por la prensa como un divorcio de una estrella de Hollywood. Murió a las 9 de la noche del 15 de abril de 1980 y el periódico *Le Monde* dedicó ocho planas a los tributos de sus contemporáneos y los resúmenes de su existencia. *The New York Times* le destinó un cintillo de primera plana. *Izvestia* solamente publicó cinco líneas en una página interior. El entierro del pensador que había sustituido a Voltaire, dominando una parte de las ideas de todo un siglo, tuvo un entierro tumultuoso: 50 000 personas se oprimieron entre las lápidas del cementerio de Montparnasse. Vivió una existencia espléndida donde el optimismo, las ideas de vanguardia y las contradicciones, se mezclaron en una pluma utilizada como una espada; una existencia densa y justa que produjo un hombre entregado al trabajo, a la amistad, al regocijo de vivir y a la ardua tarea de actuar como conciencia universal.

Miramar, julio de 2005.



# EL SÍNDROME SARTRE

Jorge Luis Acanda\*

*El texto del que nos enamoramos  
es aquel en el que no cesamos de  
aprender lo que ya sabíamos.<sup>1</sup>*

Recordar a Sartre, ahora que se cumple el centenario de su natalicio, no puede significar la simple celebración de una efemérides, pues ello sería superflua señal de erudición o vacía ceremonia. Debe ser una reflexión sobre su aporte, acerca de lo que todavía queda vivo de su legado, sobre lo que éste todavía nos grita con la urgencia de su necesaria realización.

Sobre Sartre ha caído en los últimos decenios un manto de olvido. Él no sólo fue un filósofo, o un dramaturgo, o un novelista. Fue todo eso y mucho más. Lo que explica la extraordinaria relevancia que tuvo en un período muy concreto de la historia de su patria y del mundo (y no puede entenderse no ya su obra, sino la lectura que se hizo e, incluso, la que prácticamente no se hace ya de ella, desvinculándola de las circunstancias históricas que establecen las condiciones de posibilidad de aquella apropiación y de esta casi no apropiación), fue todo el conjunto de características de su obra, y su resonancia con las características de esa etapa histórica. Sintomática resultó la relevancia de Sartre en aquella época. Porque el “fenómeno Sartre” sólo puede entenderse como manifestación de un conjunto de síntomas de una época. Creo entonces que puede hablarse de Sartre como un síndrome, como un conjunto de síntomas, de expresiones y manifestaciones de una situación histórica, canalizados a través de lo que un individuo representó mediante su actividad vital. Mi intención es apuntar a algunos de estos síntomas, e intentar argumentar que todavía la herencia dejada por Sartre puede tratarse como algo vivo, algo que todavía nos demanda y conmina, y no sólo como añoranza o recuerdo vacío.

---

\* Doctor en Ciencias Filosóficas, es profesor titular en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Diversas obras publicadas destacan sus estudios sobre el pensamiento filosófico cubano e internacional.

<sup>1</sup> Vincent Descombes: *Lo mismo y lo otro*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1988, p. 17.

## Sartre es Francia

Comienzo evocando una foto que circuló profusamente, en la cual se ve al gran filósofo francés parado en una calle parisina, vendiendo el periódico *La Cause du Peuple*. ¿Qué podía llevar a una figura de su talla a empeñarse en una ocupación tan humilde? Se trataba del pasquín maldito del grupo maoísta al cual se unió en una breve pero intensa militancia, y que había sido objeto de una contundente prohibición de venta al público, so pena de arresto inmediato de los infractores. Ya eran varios quienes habían sido detenidos, cuando el autor de *El ser y la nada* decidió retar al poder, vendiéndolo abiertamente, acompañado por una multitud de reporteros y simpatizantes. Cuando se le consultó al entonces presidente de Francia, Charles de Gaulle, si debía encarcelarse también a Sartre, rechazó de plano la idea, y justificó su decisión diciendo: “Sartre es Francia”.

Poco importa ya si la anécdota es verdadera o no. Lo que importa es que *pudo* haberlo sido. Porque la dimensión de las dos personalidades implicadas en ella se corresponde totalmente con la idea que quiere comunicar. La afirmación que identifica a Sartre con Francia resulta elocuente; sobre todo, porque provino de un gran estadista de indudable filiación de derecha (de hecho, el más grande estadista francés del siglo xx), y porque hacía referencia a un intelectual raigalmente de izquierda (de hecho, el más grande intelectual francés del siglo xx). Revela no sólo el genio político de De Gaulle, lo suficientemente inteligente para saber que el encarcelamiento de poetas, filósofos y locos es siempre un mal negocio para el poder, sino también la dimensión histórica de Sartre. Porque efectivamente, en aquella época, Sartre era Francia. Si los siglos xviii y xix llevan en Francia los nombres de Voltaire y Víctor Hugo, respectivamente, no hay dudas de que Sartre marcó el siglo xx francés como ninguna otra figura. El siglo xx en Francia es Sartre. Pocas veces, un creador marcó pautas en tantos campos de la producción espiritual: el teatro, la novela, la crítica literaria, la biografía, el ensayo y la filosofía. Logró algo inédito: ser un filósofo con una audiencia de masas.

Este año 2005 marca el centenario del nacimiento de cuatro grandes de la vida intelectual francesa: Raymond Aron, Paul Nizan, Emmanuel Mounier y Jean-Paul Sartre, además del centenario de la muerte del gran escritor Jules Verne. La repercusión mediática del centenario de Sartre ha sido más bien modesta. Y en los medios académicos, francamente pequeña. No es algo de extrañar. Hace ya rato que su obra dejó de ser un punto de referencia en el campo filosófico, y sólo se menciona en los textos de historia de la filosofía. Tanta tibieza en la conmemoración contrasta con

el peso que llegó a tener Sartre en el panorama no sólo intelectual, sino político en Francia y en el mundo. Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, su presencia en la vida pública francesa fue enorme. Bástenos como botón de muestra lo que nos cuenta su biógrafa Annie Cohen-Solal: “desde el 1ro de septiembre al 31 de diciembre del año 1945, no pasó un día sin que apareciera en la prensa la evocación, el recuerdo o la referencia a Sartre y al existencialismo”.<sup>2</sup> Desde entonces, y hasta inicios de la década del 60, fue la autoridad intelectual indiscutible en su país. Pero desde hace ya más de dos decenios, su obra se ha relegado al rincón de los trastes inútiles en el mundo de la filosofía profesional. Parafraseando una sentencia que no hace mucho formulara Boaventura de Sousa Santos, puede afirmarse que cuando los intelectuales no desempeñan su papel como pensamiento de vanguardia, quedan reducidos a ser tan sólo notas al pie de página. En el caso de Sartre, la verdad resulta aún más cruel. En un mundo como el actual, de predominio de cierta derecha tan huérfana de principios como de estadistas, y donde ciertos sectores intelectuales y publicistas de mucho peso mediático abominan de conceptos como vanguardia, compromiso político o revolución, y que, incluso, rechazan como puntos de referencia las nociones de izquierda y de derecha, es natural que la obra de un hombre como Sartre, que hizo de su compromiso político con la izquierda revolucionaria la brújula de su trayectoria vital, se haya secuestrado tras un manto de silencio y de olvido. Tal es la fortaleza e irreductibilidad de la herencia subversiva del hombre que en 1964 rechazó de plano el Premio Nobel de Literatura para evitar ser instrumentalizado por la cultura burguesa, que la única forma que se ha encontrado de impedir que siga desempeñando su papel de pensamiento de vanguardia es la de desterrarlo, incluso, de las notas al pie de página.

¿Sigue siendo todavía válida la afirmación de De Gaulle? ¿Resulta todavía posible afirmar que Sartre es Francia? Aún más: ¿podría hacerse la pregunta a la inversa? ¿Podría decirse que Francia todavía es Sartre?

Esta pregunta no es ociosa, ni meramente retórica. Tiene que ver con un tema tan complejo y sensible como el de la correspondencia entre un paradigma cultural, por un lado, y la imagen que proyecta ante los demás como su símbolo identificador, por el otro. La anécdota de marras resulta significativa porque fija, tácitamente, la identificación entre todo ese complejo entramado de ideas, actitudes, afinidades electivas, inclinaciones, preferencias, etc., al cual llamamos cultura nacional, cultura de

---

<sup>2</sup> A. Cohen-Solal: *Sartre 1905-1980*, Edhasa, Barcelona, 1989, p. 336.

un país, con un producto muy específico y particular de esa cultura nacional, en este caso, el individuo de nombre Jean-Paul Sartre. Afirmar que “Francia es Sartre” implica admitir (por cuanto abre a la identificación inversa, de que “Sartre es Francia”) que, ante los ojos no sólo de los franceses, sino del mundo entero, las esencias últimas de la cultura francesa se condensan y, aún más, se identifican a sí mismas, en la obra y el actuar de una persona que se toma como símbolo y representación, como punto de anudamiento y eclosión de lo mejor de ese espíritu nacional. Y en tanto que el individuo Sartre no sólo fue un pensador, sino —como lo expresa la anécdota claramente— un activista político de izquierda, lo que en esencia se estaría poniendo en la boca de aquel gran estadista no sólo es la admisión de que el vector dominante de “lo francés” sería la cultura de izquierda, la cultura revolucionaria, la de la contestación y el envite libertario, sino sobre todo que la propia nación gala gusta de mirarse a sí misma, y de ser mirada por los demás, a través de esa imagen. Es decir, se identifica a sí misma con ella. En aquellos años, otras figuras de gran dimensión intelectual animaban también la escena espiritual gala. Dentro del pensamiento de derecha, por sólo tomar un ejemplo, Raymond Aron era la principal figura, en abierto contrapunteo con Sartre. Pero estaba claro, incluso para la derecha ilustrada y sagaz (de la cual De Gaulle era destacadísimo exponente), que Francia no era Aron, sino Sartre. Que la esencia de “lo francés” estaba del lado de lo revolucionario y lo subversivo, y no de lo conservador. Que la cara de Francia, el rostro que Francia gustaba mostrar, era la de ese pertinaz, incansable y profundo pensador de la contracultura burguesa. La afirmación que vincula a Sartre y a Francia en tanto símbolo, a través de un verbo tan profundo y complicado como el verbo “ser”, nos invita a preguntarnos no sólo si todavía objetivamente puede identificarse primordialmente a la cultura francesa con la cultura revolucionaria, a lo francés con lo revolucionario, sino sobre todo si a los franceses les sigue gustando que se les identifique de esa manera. ¿Cuál es ahora el rostro de Francia? Recordemos que a partir de 1789, en el idioma español, el adjetivo de “afrancesado” no tenía una significación estética o de carácter moral, sino una dimensión política marcada y explícita: la calificación del individuo al que se identificaba así con los ideales de la Revolución francesa. “Afrancesado” constituía una categoría política y también jurídica, pues bastaba con utilizarse en una acusación para legitimar encarcelamiento y represión. Desde la eclosión del pensamiento ilustrado en el siglo XVIII, el principal aporte de Francia al acervo espiritual mundial lo han sido las ideas revolucionarias, exportadas no sólo en forma de tex-

tos políticos o filosóficos, sino también de obras artísticas, en las cuales la maestría estética devenía vehículo de difusión de concepciones y valores de ruptura y libertad. Por supuesto, no toda la cultura francesa de los siglos XVIII al XX ha sido sólo cultura revolucionaria o de izquierda, pero no es menos cierto que esa cultura progresista y de ruptura resultó el principal producto espiritual francés de exportación, precisamente porque era lo más demandado por los restantes pueblos europeos y también los latinoamericanos, asiáticos y africanos, lo que fue apropiado en otras latitudes y por otros pueblos como portador de preciosos instrumentos para pensarse a sí mismos y a su relación con el mundo. En la filosofía con Diderot y Voltaire, en la novelística con Zola, Víctor Hugo y Proust, en la pintura con los impresionistas, en la poesía con Baudelaire y Apollinaire, fue siempre esa producción espiritual de protesta y denuncia, el rostro del que la cultura gala se enorgulleció. Identificar a Francia con Sartre no era más que la confirmación de una tendencia mantenida. De ahí que resulte válido no sólo que nos preguntemos, incluso empleando el plural, quiénes son hoy los rostros en los cuales “lo francés” se reconoce a sí mismo y es reconocido por otros, sino también cuestionarnos por qué Sartre, con todo lo que simbolizó y simboliza, ha dejado de ser, si no *el* rostro, al menos uno de esos rostros.

### Sartre es el Intelectual

Gramsci utilizó un concepto ampliado de intelectual, bajo el cual englobaba a todos aquellos que realizaban labores intelectuales en el proceso de producción y reproducción de las relaciones sociales existentes. Y acuñó el concepto de intelectual orgánico para designar el vínculo inmanente y objetivo de ciertos grupos de intelectuales con el proceso de reproducción del sistema de relaciones sociales existentes, y, por tanto, con la hegemonía de la clase dominante, o, por el contrario, con su desafío. Por sus características específicas, por el grado de interrelación existente entre los factores materiales y los espirituales en la producción de bienes materiales, por la significación nueva que alcanza la cultura espiritual, la producción y la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, han exigido y exigen la existencia de un grupo social en constante ampliación de personas que garantizan, con su labor cotidiana, la existencia de la compleja dominación del capital.

A diferencia de lo que cierta mala prensa (tanto de derecha como de izquierda) ha querido hacer creer, la organicidad del intelectual “orgánico” no viene dada por su adscripción consciente a un partido político y su

obediencia a una línea o grupo de dirección, sino por la relación inherente, más allá de su conciencia y percepción de ello, entre las características de su labor intelectual y sus resultados, y la reproducción o desafío de la hegemonía existente. Así entendido, tanto la clase obrera como la burguesía tienen su intelectualidad orgánica. Desde esta interpretación gramsciana, no hay dudas de que Sartre puede considerarse un intelectual orgánico de la revolución anticapitalista, aunque nunca se hubiera adscrito a ningún partido comunista. Y su propia relación tensa y desgarrada con el movimiento comunista de su época es claro testimonio de ello.

Sartre no sólo fue un intelectual orgánico, sino además un intelectual con mayúscula. Y aquí me estoy refiriendo ahora a una categoría muy específica, más limitada en su contenido. El “Intelectual” no es cualquiera que realiza una labor intelectual, sino aquel escritor, artista o científico que opina en cosas de interés público y que goza de autoridad moral entre las élites. El criterio decisivo aquí no radica en el tipo de trabajo que se ejerce, sino en el papel social que se realiza. En este sentido, “Intelectual” es aquella figura que tiene un público, que es reconocido socialmente no sólo como portador de la capacidad de presentar una segunda lectura de lo cotidiano, sino que esa lectura se espera y acepta. Un intelectual sin público no es un “Intelectual”, en esta acepción. Lo que hace al “Intelectual” es la recepción de su discurso, más que su discurso.

En los años posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial, y hasta inicios de los años 60, Sartre se convirtió en árbitro de la discusión intelectual en su país. Fue el efecto de llamada de su obra, en la cual encontraban expresión las dudas, inquietudes, esperanzas y —no menos importante— las protestas y rechazos de muchos, lo que explica, en buena medida, la aceptación generalizada que ella logró. “Su obra permitía encontrar un nivel de lectura a cualquiera, desempeñando así el papel de albergue abierto a todos, en el que cada uno encuentra lo que lleva consigo. Obra de múltiples usos, también de múltiples lecturas... proporcionaba... instrumentos, fórmulas, héroes utilizables para todo y en cualquier situación”.<sup>3</sup> Sartre fue beneficiario y usufructuario modélico de ese papel de intelectual con mayúscula. Fiel a su divisa de que “el compromiso es una acción, no una palabra”, su involucramiento directo en las luchas políticas de su época fue una constante en su vida. Constituyó la máxima expresión de una figura que tuvo su origen en la Francia de la Ilustración y que desde entonces mantuvo una presencia en la vida social de aquel país, extendiénd-

---

<sup>3</sup> *Ibíd.*

dose a otros: la del intelectual crítico, portador del papel de conciencia de la sociedad, guardián de la justicia y la libertad, denunciador de los excesos del poder. Un paradigma que apareció dramáticamente encarnado por E. Zola, cuando intervino en el caso Dreyfus. En particular, por su carta abierta al presidente de la república, publicada por el diario *L'Aurore* (13 de enero de 1898) con un título que pasó a la historia: *J'accuse*. Zola no era abogado ni militar, pero ello no constituía un obstáculo para que opinara en el caso específico del proceso y la condena contra el oficial francés de ascendencia judía, porque su toma de posición no se apoyaba en algún conocimiento técnico, por así decirlo, sino en su carácter de figura pública de reconocido prestigio que asumía la defensa de determinados principios universales que consideraba que se habían violado: la justicia, la verdad, la dignidad del ser humano. Desde Voltaire hasta Zola, el carácter subversivo de esa figura ha sido tal, que contra ella se han conjurado siempre todos los poderes, los cuales han intentado domar, comprar, instrumentalizar o manipular a estos creadores. Y fue en el enfrentamiento no sólo a la explotación y la injusticia (que estimó siempre en términos muy concretos en su vinculación con el capitalismo), sino también a todo intento de manipulación de su pensamiento, proviniera de donde proviniera, donde Sartre marcó un hito indeleble, un ejemplo a recordar.

Resulta importante no olvidar esta función que Sartre desempeñó como nadie, porque en ella hallamos uno de los síntomas o rasgos que marcan la imprescindibilidad de su ejemplo. En momentos como los actuales, de ofensiva de una razón cínica y egoísta que encuentra en el rechazo a los valores universales un punto de contacto con el muy publicitado pensamiento de la "postmodernidad", el cuidado y tesón que puso siempre Sartre en construir y salvaguardar la función social del intelectual crítico, es algo a destacarse y resaltarse. Tesón y cuidado, porque fueron muchas las trampas y tentaciones, las dificultades e incomprendiones que lo acompañaron en ese desempeño, y que marcaron, para bien y para mal, la recepción de su obra por sus contemporáneos.

La polémica, el rechazo, el denuesto, jalonaron siempre su trayectoria pública. Fue insultado por la derecha, pero también por el movimiento comunista organizado. Ambos encontraron en él un pensador demasiado molesto. Y siempre por su celo en impedir su manipulación por las cúpulas encaramadas en el poder en uno u otro bando, por mantener su independencia de intelectual comprometido con la verdad y la libertad. Recordemos los resultados paradójicos de los encontrados e interesados ecos que tuvieron algunas de sus obras de teatro: entronizado por la derecha y

pisoteado por los comunistas gracias a *Las manos sucias* (1948), fue exaltado por esos mismos comunistas y vilipendiado por esa misma derecha con *Nekrassov* (1956). Precisamente con la primera de estas dos obras se pudo apreciarse ya la irreductibilidad de su lucha contra la hegemonía cultural burguesa. En *Las manos sucias* se debate el tema del realismo y el idealismo, de los medios y los fines, la verdad, la mentira y el compromiso político; la trama se ubica en Iliria, un imaginario país comunista de Europa Oriental. Esta obra, exquisitamente balanceada y compleja, recibió una respuesta inesperadamente positiva de parte de la prensa burguesa, que la quiso interpretar —en contra de las intenciones de Sartre— como predominantemente anticomunista. En consecuencia, Sartre se sintió obligado a prohibir su puesta, con el escándalo subsiguiente (prohibición que mantuvo durante casi un decenio).

Como todo ser humano, cometió errores. Pero fueron siempre producto de la impaciencia de su corazón, y nunca de la cobardía o del elitismo conservador. Es lo que no quieren tener en cuenta aquellos que demasiado fácilmente olvidan las actitudes y afinidades filofascistas mantenidas a lo largo de toda su vida por Heidegger, pero que no le perdonan a Sartre que en los años posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, en el cenit de la ola maccartista y de enconamiento de la guerra fría, hubiera sido un admirador excesivamente entusiasta de la Unión Soviética, al extremo de haber hecho la afirmación, en pleno terror stalinista, de que “la libertad de crítica es total en la URSS”.

La invasión de Hungría por el ejército soviético marcaría el final de esa etapa. Entonces escribió y publicó en su revista *Les Temps Modernes* un largo ensayo, “El fantasma de Stalin”, en el cual condenó tanto la intervención soviética como la sumisión del Partido Comunista francés a los dictados de Moscú. Apoyó de manera decidida la causa de la independencia de Argelia, y fue partidario activo de las luchas de los países del Tercer Mundo por su liberación. Fue cofundador del Tribunal Russell contra los crímenes de guerra de Estados Unidos en Viet Nam. Cuando ocurrió la insurrección de mayo de 1968, en París, se lanzó a la calle junto a los estudiantes que querían derribar el sistema. La causa de los pobres y de los desheredados de toda clase tuvo siempre su apoyo.

Es lógico, y muy humano que, ante la presencia omniabarcadora de Sartre en el panorama cultural francés durante 15 años, demasiado asfixiante por ubicua, la generación que arribaba en Francia a su madurez intelectual en la década del 60 lo considerara el blanco favorito de sus ataques, y que ante la figura del intelectual omnisciente, del “intelectual

universal”, capaz de hablar de todo, y que Sartre encarnaba a la perfección, pensadores de la relevancia de Michel Foucault y Pierre Bourdieu (entre otros) levantarán, como contraposición, el modelo del “intelectual específico”. Por venir de quien vino, un artículo escrito por Bourdieu sobre Sartre resulta altamente indicativo de todo lo que se jugaba y se juega en torno a la discusión sobre la herencia sartreana. Me refiero a un breve texto, del cual transcribo aquí su título en francés (“Sartrèmoi. Èmoi. Et moi, et moi et moi”) por ser casi intraducible al español.<sup>4</sup> Después de explicar todas las diferencias irreconciliables que lo separaban del autor de *El ser y la nada*, apunta lo siguiente: “Sin embargo, no me situaré nunca del lado de quienes hoy cantan la muerte de Sartre y el fin de los intelectuales”.<sup>5</sup> Reprochándole el haber encarnado la figura del pensador que, sin necesidad de cargarse con saberes positivos, se creía capaz, por su sola inteligencia, de enfrentar las tareas intelectuales más inmensas, Bourdieu reconoce que “su seguridad sin límites tenía como contrapartida el reconocimiento sin concesiones de las obligaciones ligadas a su dignidad”. Y agrega: “No ha habido nadie que creyera más que Sartre en la misión del intelectual y que haya hecho más que él por aportar a este mito interesado la fuerza de la creencia social. Este mito y el mismo Sartre... hay que defenderlo a cualquier precio, en contra de la opinión general y, sin duda, en contra sobre todo de una interpretación sociologista de la descripción sociológica del mundo intelectual: incluso si todavía es demasiado grande para los más grandes de los intelectuales, el mito del intelectual y de su misión universal es uno de esos ardides de la razón histórica que hacen que los intelectuales más sensibles a las seducciones y a los beneficios de la universalidad pueden tener interés en contribuir, en nombre de motivaciones que pueden no tener nada de universal, al progreso de lo universal”.<sup>6</sup>

Puede disculparse la extensión de la cita, si tenemos en cuenta la importancia de su contenido. Bourdieu, gran investigador que ha aportado como nadie al conocimiento de los resortes internos que condicionan la reproducción de saberes y posiciones de poder dentro del campo intelectual (y de los campos intelectuales específicos), osa utilizar el concepto maldito contra el cual se ha empeñado el irracionalismo desde siempre: “lo universal”. Y fija la relación indeleble entre esta extraña categoría y la

---

<sup>4</sup> El lector cubano lo puede encontrar en Pierre Bourdieu: *Intervenciones, 1961-2001*, coedición de Hiru y la Editorial de Ciencias Sociales, Hondarribia, 2004, pp. 57-62.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 60.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 61.

misión del intelectual crítico. Es, precisamente, labor de éste la de introducir y defender los valores de lo universal —la razón, la justicia, la verdad, el civismo, etc.— en la percepción del mundo y del propio ser humano frente al intento de estructurar el sistema de relaciones sociales desde el prisma de la racionalidad económica capitalista (esencia de la actual concepción neoliberal), y también frente a la razón cínica de las elites políticas pretensamente de izquierda que, al liberar a los medios de su necesaria subordinación a la ética de los fines, terminan perdiendo también a estos últimos, y convirtiéndose en rehenes de lo mismo que una vez intentaron rebasar.

Los últimos decenios han estado marcados por un creciente proceso de sustitución del intelectual crítico por lo que P. Bourdieu ha denominado de manera acertada como “intelectual mediático”: periodistas, presentadores de televisión, gacetilleros, o pretensos “expertos” en temas concretos que, desde supuestas posiciones de neutralidad axiológica y objetivismo científico, repiten y difunden las ideas banales afines a la razón instrumental. Son “intelectuales de servicio”, que colocan su alegada competencia al servicio de los intereses del poder.

En oposición a esto, Sartre representó (y siempre fue consciente de ello) al intelectual que, en razón de su carácter crítico y de su organicidad para con la lucha contra la dominación capitalista, podía y tenía que ser agente del develamiento y defensa de los valores universales que conceden su dignidad a la existencia del ser humano.

Sartre rechazó el papel de “intelectual de aparato”<sup>7</sup> de la derecha; es decir, de aquel encuadrado en los aparatos de reproducción de la hegemonía burguesa. La prueba más clara de ello la dio cuando en 1964 rechazó el Premio Nobel de Literatura que se le había concedido. Señaló que una razón para ello residía en su propia concepción del intelectual, que —según sus palabras— “tiene que ser un realista crítico, y rechazar cualquier institucionalización de su función”. Sartre defendía la autonomía del intelectual y del campo intelectual con respecto a todos los poderes: al poder político del Estado capitalista, al poder económico del gran capital que se manifiesta a través del poder de los grandes medios de difusión masiva. Y ello como expresión de su demanda de autonomía que lo llevó también a rechazar el papel de “compañero de ruta”, del intelectual puesto al servicio de los aparatos anquilosados, burocráticos y cínicos enquistados en el movimiento comunista, que exigía de los creadores la lealtad sin condi-

---

<sup>7</sup> Expresión de P. Bourdieu.

ciones a los vaivenes estratégicos y las componendas tácticas de las direcciones partidistas, y el silencio total sobre sus errores y traiciones. Ese “intelectual de aparato”, falsamente de izquierda, tampoco era orgánico a las luchas liberadoras y desenajenantes de los sectores oprimidos, sino que, bajo un disfraz de izquierda, ayudaba a la reproducción, con su silencio y su colaboración, de las mismas estructuras de pensamiento y comportamiento que tributan a la opresión de los individuos.

Proclamar la autonomía del intelectual como condición para la realización de su labor crítica orgánica, no significa en modo alguno negar que el compromiso político raigal resulte condición de posibilidad de la labor intelectual verdadera, ni tampoco la aspiración a la proverbial y falsa torre de marfil. Como bien afirmó F. Houtart en un reciente artículo,<sup>8</sup> el intelectual, para poder desempeñar su función social, tiene que “estar adentro”, formar parte de las luchas del pueblo, convertir su pluma en una espada. Pero a la vez que está adentro tiene que tomar distancia. Es decir, tiene que ser crítico, marcar su compromiso irrenunciable y por encima de todo con la verdad. Su función crítica “no significa el rechazo del compromiso, el cinismo bajo pretexto de objetividad, o de mentalidad científica, pero exige un rigor y una apertura de espíritu, una humildad intelectual, y también el derecho al error”.<sup>9</sup> Y Houtart acuña una expresión que por breve deviene dos veces buena: “Si no está adentro no puede ser creíble. Si no es crítico es inútil”.

### Sartre es el existencialismo

¿Qué nos queda de su legado filosófico? Sería mejor replantearse la pregunta, y formularla en estos términos: ¿qué nos debe quedar? Porque al envite que representa la primera interrogante habría que responder afirmando que no ha quedado nada. En el *establishment* filosófico, Sartre y el existencialismo no son objeto de atención por nadie. El existencialismo ha quedado olvidado. Es una constatación inquietante, si tenemos en cuenta la importancia que esta escuela filosófica tuvo en el ambiente cultural de Europa y las Américas en el período comprendido entre el final de la Segunda Guerra Mundial y principios de la década del 60. En el período inmediatamente posterior al término de la gran conflagración bélica, el existencialismo devino moda. Floreció no sólo en las universidades, sino

---

<sup>8</sup> F. Houtart: “Contribuir a la conciencia colectiva”, en la edición no. 146 del semanario electrónico *La Jiribilla*.

<sup>9</sup> Ídem.

en el mundo del periodismo de calidad y de las reuniones de intelectuales, en novelas, poemas, obras de teatro y películas, incluso en cabarets y clubes nocturnos. Más que una simple escuela filosófica, se trató de un movimiento intelectual, y precisamente uno de los más relevantes del siglo xx. Un testigo de la época dirá: “El existencialismo se ha convertido en el estilo de nuestro tiempo en todos los órdenes de la vida”.<sup>10</sup> El adjetivo “existencialista” no sólo se empleó para calificar ideas filosóficas, sino sobre todo actitudes y comportamientos individuales. En aquella etapa histórica de auge de la ola revolucionaria a nivel mundial, amplios sectores de la juventud de todos los países, ansiosa de desafiar las reglas y convencionalismos que castraban la vida cotidiana, encontraron en el existencialismo y en su afirmación de la total posibilidad de libertad del individuo, un instrumento irresistible para expresar sus propias urgencias.

Su súbita desaparición del campo cultural y del de la filosofía llama aún más la atención, si tenemos en cuenta la gran aceptación que siguen gozando las obras de S. Kierkegaard y de F. Nietzsche, considerados precursores del existencialismo, y sobre todo la de Martin Heidegger, a quien se le señala en todos los textos de historia de la filosofía como el iniciador de esta corriente. ¿Cómo es posible que el existencialismo constituya hoy sólo un registro en los catálogos de las bibliotecas, cuando esos tres pensadores tienen gran influencia en la filosofía académica actual? La respuesta a ese acertijo hay que buscarla en la constelación de factores que, desde mediados de los años 70 de la pasada centuria, condicionan la recepción de esos autores en los medios filosóficos hegemónicos de Europa y Norteamérica. Porque Kierkegaard, Nietzsche y Heidegger son celebrados ahora no por su relación con el existencialismo, sino como iniciadores del giro irracionalista, nihilista y conservador que abrió paso a las así llamadas “filosofías de la postmodernidad”, que se sitúan en las antípodas de los objetivos que el existencialismo se propuso en aquellos años cuando marcó el clima cultural occidental.

Si bien en el existencialismo brillaron figuras de la talla de Albert Camus, Gabriel Marcel y otros, fue Sartre quien llevó hasta sus últimas consecuencias lo que de prometedor y positivo hubo en él. Por eso podemos afirmar que Sartre es el existencialismo. Aunque algunos señalen a Heidegger como su iniciador. ¿Realmente fue así? El propio Heidegger siempre rechazó de

---

<sup>10</sup> Paul Tillich: “Existentialism and Psychotherapy”. Citado en S. Finkelstein: *Existencialismo y alienación en la literatura norteamericana*, Editorial Arte y Sociedad, La Habana, 1968, p. 12.

manera expresa cualquier vinculación con esta corriente. Y tenía toda la razón. Los conceptos utilizados pueden ser idénticos en su formulación (el yo, la existencia), pero la interpretación de su contenido y su finalidad resulta diferente. Constaté todo lo que separa la *Carta sobre el humanismo*, de Heidegger, del ensayo sartreano *El existencialismo es un humanismo*. Opuestas eran sus historias de vida. Diferentes, sus posicionamientos políticos, sus posturas críticas ante la modernidad, y sus respectivos *humus* culturales.

¿Debe establecerse una comparación entre Sartre y Heidegger? Aún más: ¿resultaría pertinente? ¿Estaría dentro de los cánones de la “corrección filosófica” establecida por la academia? Pregunta importante y necesaria, sobre todo, ante el espectáculo repetido del abroquelamiento fundamentalista con el cual un sector del pensamiento filosófico francés ha rechazado tradicionalmente toda mención a lo que con toda razón Giorgio Agamben ha denominado como el “escándalo de la filosofía del siglo xx”, y que no es otro que “la relación entre Heidegger y el nazismo”.<sup>11</sup> El cerril rechazo de esos sectores a aceptar la evidencia de que “la filosofía de Heidegger sólo haya sido una sublimación filosófica, impuesta por la censura específica del campo de producción filosófica, de los mismos principios políticos y éticos que determinarían su adhesión al nacionalsocialismo”,<sup>12</sup> y cuya manifestación más recién ha tenido lugar a partir de la reciente publicación de un libro de Emmanuel Faye sobre Heidegger, y la reseña de él escrita por Roger-Pol Droit publicada el 25 de marzo de este año 2005 en *Monde des Livres*, suplemento del conocido diario *Le Monde*, contrasta sobremanera con el vergonzoso silencio que esos mismos círculos han guardado ante la infamante y difamatoria biografía de Sartre escrita por el ex “nuevo-filósofo” A. Glucksmann.

El existencialismo no puede considerarse como una escuela uniforme, ni como un conjunto de doctrinas determinadas con precisión y concreción. Pero si buscáramos una caracterización que destacara lo esencial común en los diferentes autores que se engloban dentro de esta denominación, diríamos que se trata de un discurso filosófico que sitúa a la existencia humana en el centro de la reflexión. Como afirmó Sartre, lo que tienen en común los distintos tipos de existencialismo “es simplemente el

---

<sup>11</sup> Giorgio Agamben: *Homo sacer. El poder y la nuda vida*, Pretextos, Valencia, 1998, p. 190.

<sup>12</sup> P. Bourdieu y L. J. D. Wacquant: *Respuestas: por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México, 1995, p. 109.

hecho de considerar que la existencia precede a la esencia o, si se prefiere, que hay que partir de la subjetividad”.<sup>13</sup>

El existencialismo surgió como una reacción contra los sistemas filosóficos predominantes en las universidades europeas en el primer cuarto del siglo xx (neokantismo, neohegelianismo y fenomenología), que tendían a englobar al ser humano en grandes construcciones especulativas, olvidando sus dimensiones individuales y sociales concretas. Fue una reacción contra el exceso de la filosofía de las ideas y de la filosofía de las cosas, animada de la intención de construir una filosofía del ser humano.

En los paradigmas filosóficos predominantes en esa época, reinaba una concepción racionalista de la razón, en la cual se olvidaba y se anulaba al individuo con sus ansias y sus esperanzas, con su sentido de la vida y de la muerte, con su problema profundo de salvación o perdición. En la profunda crisis cultural que precedió a la Primera Guerra Mundial, el sentimiento difuminado de pérdida de sentido y de angustia ante la racionalización tecnicista y economicista de la vida social, encontró expresión en una búsqueda filosófica que tomaba a la existencia (entendida en tanto singularidad, en tanto persona) como protesta contra la concepción de una razón universal e impersonal, ante la cual se difuminaba el ser humano, y por ello negadora de lo que en cada uno es singular.

El existencialismo partió de la idea de que, en última instancia, todo análisis auténtico de la realidad objetiva ha de pasar por el análisis previo de la existencia individual del sujeto concreto. El primer problema es el yo existente, pero en el existencialismo este yo no es el sujeto pensante, puro entendimiento o razón, ni el yo o sujeto trascendental puro, sino el yo subjetivo y fáctico, individual y libre, pleno de sentimientos y deseos, el yo de carne y hueso.

Considerado en su enfrentamiento contra el neokantismo y la fenomenología, el pensamiento existencialista resultó plenamente innovador, pues frente al racionalismo y al objetivismo, frente a la interpretación de la realidad como resultado de la interacción de fuerzas anónimas e impersonales, ese pensamiento insistió y se esforzó en hacer resaltar la irrenunciable individualidad y libertad de cada ser humano, la ausencia de una esencia humana inmutable: el ser humano no constituye una esencia fija, sino que existe, se hace, se encuentra siempre en camino.

El existencialismo tuvo un precedente esencial en las ideas expresadas por el filósofo alemán Martin Heidegger en su libro *El ser y el tiempo*,

---

<sup>13</sup> J.-P. Sartre: *El existencialismo es un humanismo*, Edhasa, Barcelona, 1989, p. 14.

aparecido en 1927, en el cual presentó su propuesta de *Existenzphilosophie*. El paradigma “existencial” propuesto por Heidegger llamó rápidamente la atención de los medios filosóficos no sólo en Alemania, sino también en Francia y España. Partía de la necesidad de una manera distinta de indagación filosófica, contrapuesta a la orientación predominantemente utilitaria del mundo contemporáneo. La importancia de ese paradigma residía en un enfoque del pensamiento que rehusaba ser medido con arreglo a los cánones instrumentales de eficacia, y promovía un espacio para la reflexión acerca de los valores fundamentales que todo ser humano tiene que representarse, abriendo un sendero hacia la recuperación de un tema que había quedado olvidado hasta entonces: el de la autonomía del espíritu. Herbert Marcuse ha explicado la gran repercusión que tuvo este libro, destacando que en la situación de aridez filosófica reinante en aquellos años “apareció de repente <El ser y el tiempo> como una filosofía realmente concreta. Se hablaba de <vida> (*Dasein*), <existencia> (*Existenz*), el <ellos> (*das Man*), <muerte> (*Tod*), <preocupación> (*Sorge*). Aquello nos pareció que nos hablaba”.<sup>14</sup>

Para Heidegger, hasta ese momento, la filosofía occidental había adolecido de un fuerte carácter especulativo en su propio planteamiento del problema del ser, tema central de toda la metafísica. En *El ser y el tiempo* destacó la inmediatez de la relación entre la persona que pregunta y lo que es preguntado, entre el problema del ser y el ser en sí mismo. Ambos coinciden en su existencia, de tal manera que el ser humano que se plantea la pregunta acerca del ser no puede formularse y no puede responderla, a menos que tome como punto de partida su propio ser. Con ello, las cuestiones inherentes a la existencia del ser humano, entendido como individuo, devinieron centrales. Heidegger rechazó la filosofía académica de su tiempo, que rehuía estos temas por considerarlos por debajo de la dignidad del debate intelectual serio. Él, por el contrario, los señaló como el objeto esencial y punto de partida de la reflexión filosófica. En *El ser y el tiempo* señaló que para filosofar *sobre* el mundo resulta imprescindible estar primero situado *en* el mundo. La existencia, entendida como concepto que englobaba no vacías abstracciones, sino los temas fundamentales de la vida práctica humana, se colocó ahora como la cuestión primordial de la filosofía. De ahí su intención de crear lo que llamó “ontología fundamental”, en sustitución de la vieja ontología abstracta.

---

<sup>14</sup> Citado en Richar Wolin: *Los hijos de Heidegger*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2003, p. 203.

En los primeros trabajos de Heidegger, ésta es una idea que reaparece constantemente: a menos que las preocupaciones de la ontología fundamental se traduzcan en términos históricos concretos, están destinadas a seguir siendo vacías e irrelevantes. La aspiración a la “concreción filosófica”, presente en el pensamiento alemán desde la época de la izquierda hegeliana, y que se había extraviado después de 1848, reapareció ahora envuelta en un lenguaje que expresaba las preocupaciones y características de aquellos años tormentosos de la primera postguerra, y constituyó, sin duda alguna, la principal aportación de Heidegger a la historia de la filosofía.

Pero no sólo se replanteaba la demanda de la concreción en la reflexión ontológica, sino que además en *El ser y el tiempo* reapareció el problema de la cosificación, también un tema que había sido central ya en Hegel y en Feuerbach. En esta obra se destacaba como el Ser-en-el-mundo (el ser humano, en la compleja y hermética terminología creada por Heidegger) sucumbe ante las presiones cotidianas de la existencia inauténtica, que reprimen o se oponen al momento “activo” de la existencia humana, con lo cual la vida humana deviene cosificada o reificada. Es lógico entonces que Heidegger llegara a la conclusión de que la meta central de la ontología fundamental no podía ser otra que la de la superación de la reificación.

Pero ninguna de estas dos tareas (la realización del principio de la concreción en la interpretación del sujeto, y la intelección profunda de su cosificación como primer paso para la superación de ésta) se cumplieron por Heidegger a lo largo de su carrera filosófica.

Heidegger había insistido en la importancia del “lado activo” de la existencia humana, en la necesidad de una respuesta práctica radical a las realidades de la existencia social alienada. De ahí que algunos entusiastas lectores de su libro de 1927 (como Herbert Marcuse en Alemania y el propio Sartre en Francia, más tarde) comprendieron que la crítica de la reificación exigía poner de manifiesto la verdadera naturaleza de un orden social en el cual los individuos son sistemáticamente degradados a la condición de simples personificaciones de categorías económicas. Pero precisamente ésa no era la intención de Heidegger, ni lo fue nunca.

Una reflexión sobre la situación de reificación del individuo concreto, debía conducir necesariamente a la filosofía a incursionar en esferas que había ignorado tradicionalmente: la economía, el trabajo, las relaciones políticas, etc. Pero aunque Heidegger se había propuesto reformular por completo la filosofía occidental, su comprensión del Ser siguió man-

teniéndose apartada de estas zonas, por demás muy importantes en la vida cotidiana de todos y cada uno de los individuos.

Si el punto de partida de la ontología fundamental lo constituyó el *Dasein*, o individuo existente, no por ello Heidegger logró realizar la aspiración a la concreción en la comprensión del sujeto, pues despreció por completo la consideración de las condiciones históricas concretas en las cuales ese individuo podía encontrarse, y el modo en que podían condicionar sus intentos de superar su reiniciación. Hacía ya casi 80 años que Ludwig Feuerbach había señalado que el yo no puede existir sin el tú, y que la subjetividad sólo puede entenderse como intersubjetividad, tomando como fundamento de la reflexión sobre ella el conjunto de relaciones que establecen los individuos entre sí. Pero Heidegger se adhirió al punto de vista de lo que podemos llamar “radicalismo aristocrático”. Estimaba que la superación de la cosificación era accesible solamente a unos pocos elegidos. En su libro, la esfera de “lo público” se devaluaba de manera sistemática como expresión de “inautenticidad”, pues consideraba que había sido monopolizada y colonizada *a priori* por el “ellos” (*das Man*, el “se” impersonal), y sólo evitándolo pueden los individuos alcanzar modos auténticos de comportamiento. La concreción de la situación histórica en que se vive quedaba disuelta en el esquema, decididamente ahistórico, de la ontología fundamental. Al tratar la reificación como un rasgo intemporal de la condición humana, la *Existenzphilosophie* de Heidegger cayó en el error de no indagar sobre sus verdaderos orígenes sociales: la economía capitalista, en la cual los hombres y mujeres sólo tienen cabida como productores y/o consumidores de mercancías. Por ello, Herbert Marcuse, al referirse a la trayectoria filosófica de Heidegger, afirmó lo siguiente: “Empezó filosóficamente como un gran debate con el racionalismo e idealismo occidentales, con el fin de rescatar la concreción histórica de la existencia individual para esta herencia intelectual. Y concluye filosóficamente con la negación radical de sus propios orígenes; la lucha contra la razón lo arroja ciegamente en los brazos de los poderes reinantes”.<sup>15</sup>

Podría suponerse que la importancia concedida por Heidegger a la reflexión sobre la reificación del individuo en la sociedad moderna, lo hubiera llevado a intentar establecer un diálogo con el pensamiento de Marx, quien también había convertido ese tema en objeto central de su obra. Pero en *El ser y el tiempo* no hay ninguna referencia explícita, ni siquiera de rechazo, a Marx, y no precisamente por desconocimiento de la obra de éste.

---

<sup>15</sup> Citado en R. Wolin, ob. cit., p. 242.

Debe tenerse en cuenta que en 1923 (cuatro años antes de la publicación del libro que lanzaría a Heidegger al reconocimiento académico) había aparecido en Alemania *Historia y conciencia de clase*, de G. Lukács, quien había sido él mismo miembro destacado del *stablishment* filosófico germánico (antes de vincularse plenamente al movimiento comunista en 1918) y en el cual se retomaba el tema de la cosificación y se intentaba tejer una sofisticada plataforma conceptual para pensarla, sobre la base de una síntesis de los aportes de Max Weber (otra gran figura de la universidad alemana) y de Marx. En un interesante estudio sobre este tema, Lucien Goldmann demostró de manera fehaciente que si bien no se menciona ni a Lukács ni a su libro en ninguna parte de *El ser y el tiempo*, toda esta obra está animada directamente de la intención de elaborar una plataforma no sólo alternativa, sino expresamente opuesta a la propuesta marxistizante del joven Lukács.<sup>16</sup> Las posiciones reaccionarias de Heidegger en lo político y lo filosófico, determinarían su incapacidad para lograr trascender la especulación en la reflexión sobre el individuo y su existencia.<sup>17</sup>

El prestigio de Sartre como filósofo alcanzó su pico, al menos en Francia, a fines de los 40, en la secuela de la Segunda Guerra Mundial, cuando una filosofía de la libertad y la autodeterminación llenaba el ánimo de un país recientemente liberado de la ocupación. Y alcanzó su punto más bajo a fines de los 60 y en los 70, cuando el estructuralismo desacreditó, temporalmente, tanto al humanismo como al existencialismo, y proclamó que el “hombre” no era más que el *locus* de fuerzas cruzadas y, por tanto, un ente producido por estructuras sociales y lingüísticas.

Las reacciones emotivas tendieron a distorsionar, en diferentes formas, la interpretación de las tesis presentadas por Sartre y a concentrar la atención en uno u otro de los polos de las muchas paradojas implicadas en su filosofía. Pues Sartre fue, ciertamente, un filósofo de la paradoja, que enfrentaba de manera deliberada a sus lectores con lo “imposible” lógicamente o con afirmaciones contradictorias, con el objetivo de forzarlos a pensar más allá de los confines de las oposiciones binarias a las cuales habían sido acostumbrados tradicionalmente por el sentido común y la razón analítica.

Como afirmó Christina Howells, el París de los años 40 sobreestimó la fe sartreana en la libertad humana y lo elogió por ello. El París de los 60

---

<sup>16</sup> Véase L. Goldmann: *Lukács y Heidegger*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1975.

<sup>17</sup> Para un detenido estudio sobre el tema, ver Pierre Bourdieu: *La ontología política de Martin Heidegger*, Paidós, Barcelona, 1991.

cometió el mismo error, pero con signo inverso, y lo descartó a él y su obra junto con quienes consideró las “otras reliquias” del humanismo de la primera mitad del siglo. Ninguno de estos dos períodos leyó a Sartre con el suficiente detenimiento para captar la evolución del propio pensamiento sartreano en su interpretación de la compleja relación entre determinación y libertad.<sup>18</sup>

Resulta indispensable tener en cuenta la evolución del pensamiento filosófico sartreano, y no asumirlo como algo conformado de una vez. Hubo un cambio evidente entre sus obras iniciales de la década del 30, en la que sus concepciones estuvieron influidas en lo esencial por Husserl y el primer Heidegger, y que culminaron con la aparición de *El ser y la nada* en 1943, y la dirección que van a tomar sus búsquedas después de 1945, y que lo llevarán a la publicación de la *Crítica de la razón dialéctica* en 1960. Fue un proceso marcado por el intento consciente, por su parte, de alejarse del irracionalismo y el individualismo extremos presentes tanto en el heideggerianismo como también en otras variantes del existencialismo. Dos factores incidieron fuertemente en esta intención. Por un lado, la influencia que sobre él ejerció sin dudas su interacción con el propio campo filosófico francés de la época, marcado por la obra de autores como Maurice Merleau-Ponty, Henri Lefebvre y otros, centrada en la reflexión acerca de las causas y formas concretas de los procesos de cosificación del ser humano, tema esencial para el existencialismo, que ellos situaban en una perspectiva cercana a éste, pero a la vez alejada del idealismo y la especulación, y en abierto diálogo con el pensamiento de Marx. Y, por el otro, el propio compromiso político de Sartre. La creciente profundización de sus luchas políticas en defensa de la libertad y la dignidad humanas lo llevaron a girar su atención hacia el concepto de responsabilidad social, y a una modificación radical de su interpretación sobre la libertad humana, lo cual lo encaminó a reconocer más plenamente que antes la influencia de los factores sociales que condicionan las decisiones y los destinos de las personas. Comprendió que la libertad individual está completamente alienada si no existe la libertad colectiva. Precisamente, la necesidad de pensar las posibilidades de la acción liberadora de los seres humanos, lo condujo a alejarse de manera paulatina del irracionalismo y el individualismo.

Es indiscutible que la aparición de *El existencialismo es un humanismo* (1945) marcó un parteaguas en su pensamiento. Las experiencias

---

<sup>18</sup> Christina Howells: *Sartre: The Necessity of Freedom*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

de la guerra, de su estancia en un campamento de prisioneros, de la ocupación nazi, de su participación en la Resistencia y de la liberación, incidieron profundamente en sus concepciones. Comprendió la insostenibilidad del individualismo insolidario de su existencialismo inicial, y la necesidad de colocar, como fundamento de la moral, al compromiso y la universalidad del proyecto individual.

En el sentido de esta demanda de asumir la responsabilidad, una parte del existencialismo francés se aproximó hacia el marxismo, con el cual compartía el diagnóstico de la existencia como la relación primordial del ser humano con la naturaleza y la sociedad. En la *Crítica de la razón dialéctica*, Sartre intentó una síntesis entre el existencialismo y el marxismo, mediante la modificación de la noción de “proyecto” que había defendido en *El ser y la nada*, y mediante la utilización de la noción de dialéctica, tal y como se entendió por Marx. Ahora, el proyecto, en el cual consiste la existencia, ya no es el resultado de una elección arbitraria (como Sartre había mantenido anteriormente), sino que es, por el contrario, el resultado del condicionamiento de la vida por las posibilidades objetivas, a las cuales identificó (como Marx) con las condiciones materiales de existencia. Sartre se dispuso a examinar críticamente la dialéctica marxista.

Con la *Crítica de la razón dialéctica*, el pensamiento de Sartre inició un viraje con respecto a los planteamientos anteriores que se plasmaban en *El ser y la nada*. El existencialismo, tal y como se había expuesto hasta aquel momento, adolecía de una carencia fundamental que el mismo Sartre supo ver: una dimensión social, histórico-práctica, que el propio talante comprometido del filósofo enseguida echó en falta. En un intento de superar esta carencia, Sartre inició un complejo trabajo de aproximación al marxismo, entendido como filosofía concreta de la clase obrera y “horizonte insuperable de nuestro tiempo”. Fue la relación de mutuo condicionamiento entre su compromiso político y su interés teórico en captar las condiciones concretas que marcan la vida del individuo y posibilitan o no la formulación y realización de su proyecto, lo cual le permitió salvar el obstáculo del irracionalismo, a diferencia de Heidegger, quien siempre consideró a la razón como el principal enemigo del pensamiento. El irracionalismo de la primera etapa sartreana no era, en definitiva, otra cosa que una reacción contra la concepción positivista de la razón, contra la inautenticidad de la “razón racionalista”, incapaz de traducir la autenticidad de la existencia concreta.

Sartre intentó salvar la brecha que separaba al existencialismo y al marxismo. En *Cuestiones de método*, primera parte de la *Crítica de la*

*razón dialéctica*, emprendió la tarea de determinar un método que posibilitara comprender la compleja interrelación entre individuo y comunidad, y conciliar la libertad individual con el condicionamiento social, la reflexión sobre la subjetividad del individuo concreto con la admisión del carácter condicionante de las estructuras materiales. Sartre estimó que la hibridación del marxismo con el existencialismo resultaría provechosa para ambos. Salvaría al existencialismo de la especulación y el irracionalismo, obligándolo a prestar atención a la compleja dialéctica de los procesos de socialización y de individuación. Y también permitiría revivir al marxismo, al cual consideraba que estaba deviniendo esclerótico, al activar su toma de conciencia sobre la importancia de la subjetividad individual. Para Sartre, la dialéctica, como método filosófico, era insostenible en la forma en que se tergiversaba en la URSS. Había devenido una dialéctica osificada, que había perdido su savia revolucionaria, y en la cual lo particular era impelido a adaptarse a un universal predeterminado. El marxismo tenía que aprender a reconocer las circunstancias existenciales concretas que diferían de una colectividad a otra, y respetar la libertad individual del ser humano.

Con la *Crítica de la razón dialéctica* se propuso realizar un examen de la razón, con el deseo de que ésta reorientara de manera crítica su marcha, y ello desde dos coordenadas fundamentales: en primer lugar, el supuesto de que el marxismo es la filosofía del tiempo presente, la filosofía viviente; en segundo lugar, la constatación de que el marxismo debía reconducirse a su condición inicial, despojándolo de ciertos caracteres que, en particular desde su utilización como ideología legitimadora del poder estatal en la Unión Soviética, habían traído consigo la aniquilación del individuo y el desprecio por lo particular. De esta forma, la tarea que Sartre se proponía era una especie de complementariedad recíproca entre existencialismo y marxismo; si bien admitía que el marxismo constituye la única filosofía viviente de nuestro tiempo, y que el existencialismo como tal quedaba relegado a ser una ideología al margen del marxismo (aunque no contra él) y, por ende, una ideología “parasitaria”, también es cierto que consideró que la aportación existencialista estaba en condiciones de proporcionar una antropología y una teoría del sujeto de las cuales carecía el propio marxismo. Así, el marxismo sólo podría llegar a ser doctrina “heurística”, si utiliza los instrumentos ofrecidos no sólo por el existencialismo, sino también por otros saberes, hasta ese momento ignorados o rechazados por él, como el psicoanálisis, la microsociología y el resto de las ciencias humanas.

La significación de lo planteado por Sartre en 1960 puede comprenderse mejor, si lo situamos a la luz de las características del marxismo de aquella época. Sartre distinguió entre el pensamiento fundante de Marx y el cuerpo doctrinal que se presentaba a sí mismo como su continuación, el “marxismo”, y que se producía y reproducía, en lo esencial, por los centros de producción filosófica de la URSS, de los otros países socialistas europeos y (en menor aunque no despreciable medida) por grupos intelectuales al interior de algunos partidos comunistas europeo-occidentales (sobre todo, del Partido Comunista francés). Ese marxismo, que se presentaba a sí mismo como el “marxismo verdadero”, estaba fuertemente lastrado por el determinismo mecanicista, el economicismo y el dogmatismo, que lo habían conducido a travestir el materialismo dialéctico marxiano en un materialismo naturalista dieciochesco, que entendía la conciencia sólo como reflejo. El *stablishment* filosófico soviético había condenado el tema de la enajenación como rezago idealista del pensamiento temprano de Marx, y había sumido en un manto de silencio textos tan importantes como los *Manuscritos de 1844* y los *Grundrisse* de 1857-1858. No fue hasta 1956, con la conmoción que provocó el reconocimiento, en el XX Congreso del PCUS, de las violaciones a los principios de la democracia y los derechos humanos por parte de Stalin, la intervención del ejército soviético en Hungría y la sublevación obrera en Polonia, que el marxismo “oficial” tuvo que abrirse al tema del humanismo y comenzar a prestarle atención. El diagnóstico establecido por el pensador francés era certero, y marcaba las líneas a seguir por el marxismo para la recuperación de su esencia revolucionaria: rescate de la comprensión de la dialéctica, como interpretación de las relaciones intersubjetivas y objetuales; desarrollo de la interpretación del comunismo, como pleno desarrollo del individuo y de su libertad, como una cuestión de socialización del poder y no exclusivamente de redistribución de la renta; develación de los mecanismos de la enajenación y la cosificación no sólo en el capitalismo sino también en el socialismo, etc. Lo importante no fue, ni es, la forma en la cual el propio Sartre intentó resolver estos problemas, sino el planteamiento de ellos, el reconocimiento de la necesidad, por parte del marxismo, de superar el determinismo estrecho y abrirse a la reflexión sobre la subjetividad en sus múltiples dimensiones.

La aparición de la *Crítica de la razón dialéctica* le valió a Sartre una lluvia de adjetivos descalificadores y ataques por parte de las academias filosóficas de los países socialistas europeos, y, sobre todo, de la URSS. En vez de saludar la intención de diálogo y el reconocimiento al marxismo

como la filosofía imprescindible de la época por parte de un pensador de amplia influencia universal, se tachó a la obra de revisionista y pequeño-burguesa. En todo caso, no cabía esperar otra reacción. Aquel marxismo, que había perdido su filo crítico y se había convertido en doctrina legitimadora de las burocracias partidista-estatales, no podía aceptar el reto humanista que se le planteaba. No sólo por una cuestión teórica, de insuficiencia de su propia base antropológica y su apropiación distorsionada del legado marxiano, sino sobre todo por una razón de índole política. En las condiciones del comunismo de Estado, en el cual el individuo se concebía como pieza desechable de un engranaje, en que lo excelso de “El Proyecto” (así, con mayúsculas) condenaba a la persona singular a la incondicionalidad o la exclusión, no había lugar a la reflexión ni a la atención a las angustias y deseos del individuo, a la diversidad de sus proyectos de vida, a la multiformidad de las formas de subjetividad individual, al derecho inalienable de cada persona a pensar y decidir con cabeza propia. La cuestión de la libertad no tenía cabida allí donde primaba el sueño de la sociedad totalmente administrada, donde el hombre era visto como instrumento del colectivismo que lo aplastaba en pos de una dicha siempre diferida hacia el futuro, y no como realidad trascendente, singular e irreductible.

Christina Howells ha afirmado que se trataba de un intento imposible, pues tanto el existencialismo como el marxismo tendrían que cambiar mucho. En lo referido al marxismo determinista y economicista, está en lo cierto. Pero también existía otro marxismo, crítico y revolucionario, que interpretaba al comunismo como el proceso incesante de la progresiva desenajenación del ser humano, y para el cual el planteamiento sartreano era muy cercano. Pero las circunstancias cambiarían mucho en los años 60, y aun después, y el proyecto sartreano no se continuó por nadie. El existencialismo dejó de ser el paradigma filosófico reinante, ante los ataques del estructuralismo que horadó el propio concepto de individuo y lo disolvió en el contexto de un conjunto de estructuras anónimas. El ataque al concepto de sujeto se abrió paso, y ante la indigencia conceptual del marxismo “oficial”, muchos marxistas no encontraron mejor solución que adscribirse a la propuesta althusseriana de un marxismo antihumanista. El intento de superar el irracionalismo en el enfoque de los problemas existenciales del ser humano, desapareció ante la embestida irracionalista de las “filosofías de la postmodernidad”, que retrocedieron a las posiciones heideggerianas que el propio Sartre (y buena parte del existencialismo francés) había intentado superar. La preocupación por el individuo termi-

nó deviniendo individualismo egoísta en la versión mostrenca de un Gilles Lipovetsky.

### Conclusión

Sartre perdió a su padre a una edad temprana, y creció en el hogar de su abuelo materno, Carl Schweitzer. El niño, que paseaba por los jardines de Luxemburgo en busca de compañeros de juego, era pequeño de estatura, feo y bizco. En su brillante autobiografía, *Las palabras* (1963), narró, con su prosa difícil y brillante, las aventuras de la madre y el niño deambulando por el parque, yendo de grupo en grupo, en la vana esperanza de ser aceptados, hasta finalmente confinarse en su vivienda, “en las alturas donde los sueños encuentran su morada”. Allí, el niño Jean-Paul comenzó su aventura con la lectura y con las palabras. Las palabras salvaron al niño, y las innumerables páginas de sus escritos fueron la respuesta a un mundo que lo había rechazado y el cual procedió a reconstruir a partir de su propia fantasía. Ese mundo construido con la mezcla de palabras artísticamente hilvanadas, de conceptos filosóficamente contruidos, de pasiones ensartadas en la dignidad de la existencia del individuo, cautivó durante una época a muchos. Su ejemplo y su obra vagan hoy también en busca de un difícil reconocimiento. Sólo aquellos que, como él, deseamos reconstruir el mundo a partir de la utopía razonada, podremos padecer del síndrome de Sartre.

## **Sartre desde un lente cubano**







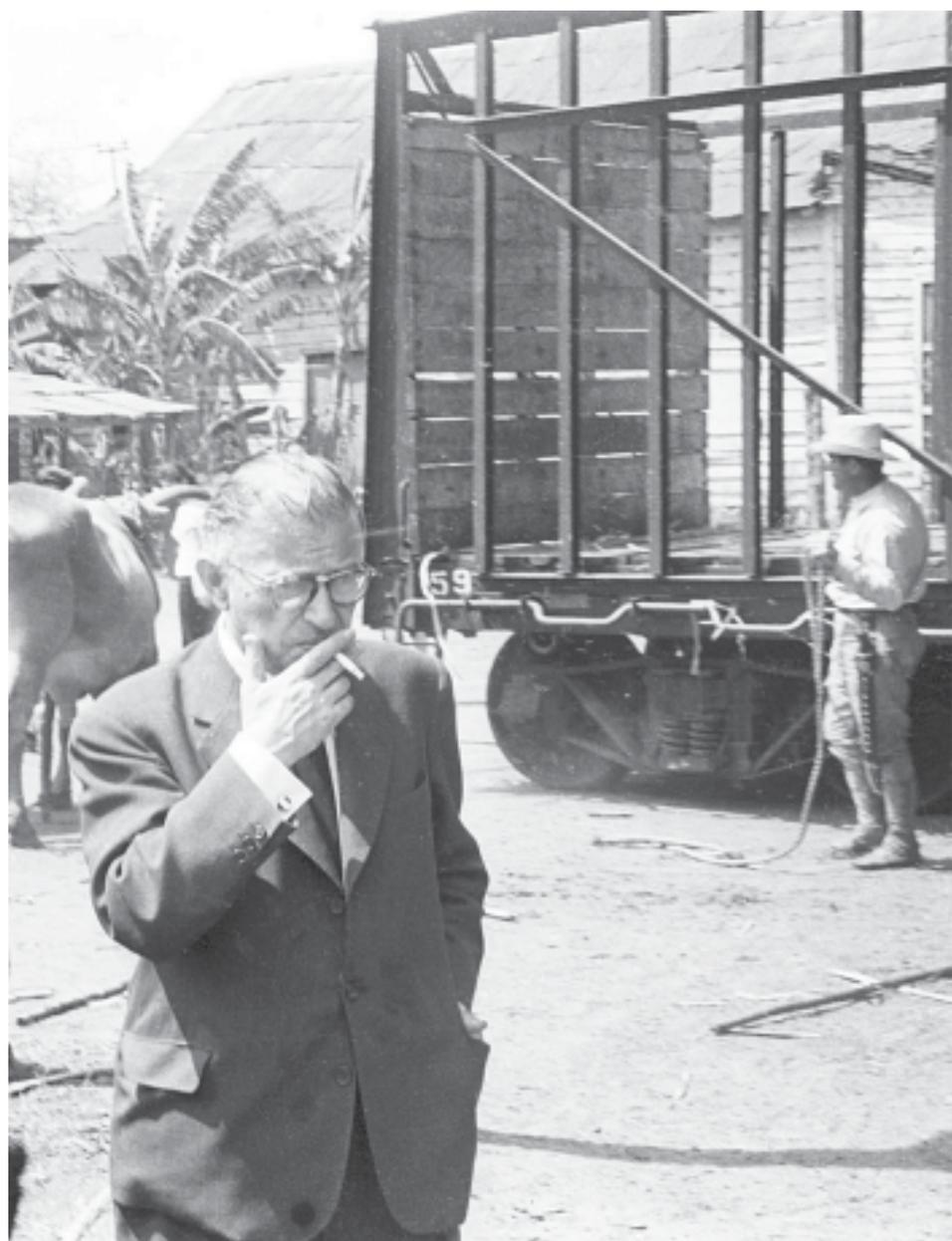
*Arriba a La Habana.*



*Lo saludan intelectuales cubanos.*

*Sartre y Simone con Alberto Díaz, Korda, quien captó con imágenes como las que aparecen en este libro su visita a Cuba. ►*







*En su recorrido por los ingenios y plantaciones cubanas, comienza a entender el Huracán sobre la azúcar. Observa y detalla los hombres, las mujeres y las máquinas.*





*Encuentro entre dos luchadores clandestinos: Enrique Oltuski, el más joven, en la lucha de liberación cubana y Jean-Paul Sartre, el de más edad, en la resistencia francesa.*



*Otro momento en la ciudad de Trinidad.*



*Recorre distintas ciudades de Cuba y entra en contacto con diversas personas de las diferentes esferas sociales del país.*





*En sus manos la prensa revolucionaria cubana.*



*Durante su viaje a Santiago.*





*Sartre y Simone durante una concentración espontánea y popular con motivo de la inauguración de la Ciudad Escolar Oscar Lucero (antiguo cuartel militar), en Holguín. Conocen a la dirigencia revolucionaria cubana.*





*Sartre, Fidel y el pueblo.*





*Sartre entra en contacto con las tradiciones y costumbres cubanas.*







*En el carnaval habanero.*



*En el encuentro con los artistas del movimiento folclórico cubano.*



*Encuentro con los escritores cubanos.*





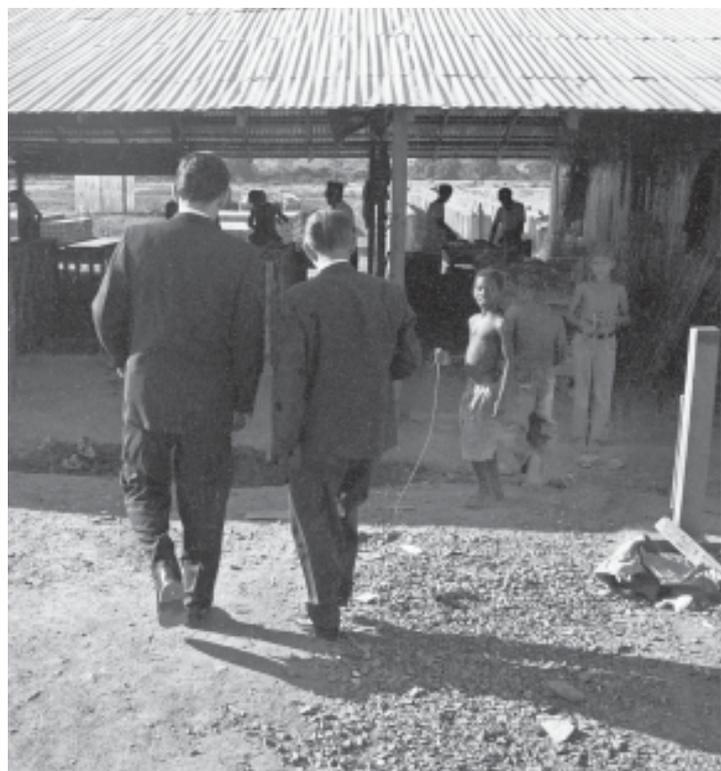
*Con los ministros de Educación, Armando Hart y de obras públicas, Osmani Cienfuegos.*





*Visita los barrios pobres de las ciudades cubanas:  
el lado que ocultó la burguesía cubana de los años 50.*







*Sartre y Simone con los trabajadores de la prensa revolucionaria.*



*Con dos héroes de la Revolución cubana: Sartre con el Ché y Simone con Haydée.*





*Sartre y Simone visitan a los habitantes de un barrio de extrema pobreza, quienes construyen sus nuevas viviendas.*





*En el patio de la Escuela de Artes Plásticas de Santiago de Cuba.*



*Sartre y Simone en el Morro de Santiago de Cuba.*

